





Antº Loma delineó

Domº Estruc lo grabº

# Viages de Antenor

## *por Grecia y Asia,*

CON NOCIONES SOBRE EGIPTO:

MANUSCRITO GRIEGO DEL HERCULANO;

QUE TRADUJO Á LA LENGUA FRANCESA

*E. F. LANTIÉR;*

Y Á LA ESPAÑOLA

*el T. C. D. Bernardo María de Calzada,*

*miembro de varios Cuerpos Literarios.*

TOMO I.

MADRID:

Imprenta de D. Pedro Sanz.

1827.



*¡Ament meminisse periti!*

VIRG.

# PRÓLOGO

## DEL TRADUCTOR FEANCES.

Viajando por la Italia, llegué á Nápoles, y lo primero que hice fue visitar aquel famoso Vesuvio, cuya erupcion primera se verificó, segun algunos autores, bajo el imperio de Tito, año 619 de nuestra era, costando la vida al célebre Plinio. A mi vuelta, quise ver el Herculano, esto es, aquella ciudad, que acababan, por decirlo asi, de desenterrar [1]. Bajé, á la luz de algunas hachas, á aquella habitacion de los Gnomos, hundida en tierra cerca de ochenta pies; pero la humedad, la frescura y el humo de las hachas, abreviaron mi paseo.

Volví á Pórtici, hermosa casa del

[1] Mandó el Duque de Elboeuf, en el año de 1736, excavar un pozo en su casa de Pórtici, y descubrieron, bajo una bóveda, columnas y estátuas. Cedió despues aquel terreno al Rey de Nápoles: este Soberano hizo excavaciones, en el espacio de muchas millas, y desenterró aquella ciudad antigua.

Rey de Nápoles, á dos leguas de esta capital, en una bellísima situacion, á la orilla del mar, y al pie del Vesuvio. Enamorado de la amenidad de aquel sitio, me establecí en él imaginariamente, exclamando:

¡*Abite hinc urbanæ molestæque curæ*!

Recorriendo el museo del Rey (que estaba lleno de cuanto se habia desenterrado del Herculano, hasta nueces, huevos, y pan) vi á unos hombres ocupados en descifrar algunos manuscritos, casi ya pulverizados. Eran unos rollos cilíndricos, muy parecidos á los del tabaco. Costó muchísimo el desarrollarlos. Sirviéronse, para aquella operacion, de un bastidorcillo de tapicería inclinado, sobre el cual extendian, por medio de tornillos, aquellos pergaminos negros y acribillados, que se forraban con un lienzo ó papel grasiento. Asi que descubrian alguna palabra, la escribian, y adivinaban lo que no podia leerse por la palabra antecedente y la subsiguiente. No habia puntos ni comas; pero la inteligencia y sabiduría de los comisionados lo suplia todo.

Como yo admirase aquel trabajo ingenioso, me dijo el Abate Spalatini (que era uno de los cooperadores, y hombre de talento y de mucha urbanidad) que aquellos rollos se habian sacado de las ruinas del Herculano, que era una ciudad enterrada, diez y siete siglos habia, bajo la lava del Vesuvio. —„Nos lisonjeábamos, continuó Spalatini, de hallar, entre estos escombros, los fragmentos que nos faltan de tantos autores celebrados, como de Polibio, de Dionisio de Halicarnaso, de Diódoro de Sicilia, de Salustio, de Tito Livio &c.; pero, en vez del oro que buscamos, solo hemos recogido, hasta ahora, un mineral medianísimo, esto es, algunos libros griegos sobre la música, la medicina, la moral y la retórica." Roguéle que me permitiese recorrer aquellos antiguos trozos. Vi un rollo voluminosísimo, en el idioma griego, cuyo título era: *Viages de Antenor por Grecia y Asia.* Pregunté al Abate ¿si conocia aquella obra? —„No tengo tiempo, me respondió, para leer tanto fárrago, dejando aparte, que es de un autor muy poco cono-

cido [1]." Como yo tenia aun mis retazos de griego en la cabeza, le supliqué que me los prestase por algunos dias. Encerréme, por veinte y cuatro horas, en mi cuarto; pero conocí que mi familiaridad con la lengua de Homero no era tanta, que pudiese traducir aquel viage. Volví al Abate, y le pedí permiso para llevármelo á Paris, ofre-

1 Se engaña el Abate Spalatini. Muchos sabios, como consta á los estudiosos, hablaron de Antenor. San Agustin, Ciudad de Dios, libro 7, capítulo 15, hace su retrato de este modo: *Inenormis proceritas, succulenta gracilitas*, rubor temperatus, oculi Cæsii quidem, sed vigiles, et in aspectu micantes: speciosus et inmediatatus incessus.*" Con todo eso, no se puede menos de convenir en que los eruditos no se conforman sobre la época de su existencia. Lilio Giraldo afirma, que Antenor era un estatuario, y aquel mismo de quien habla Pausanias, esto es, aquel que hizo las estátuas de Harmodio y de Aristógiton. Cuando Alejandro hizo su irrupcion en la Grecia, se las llevo; y Alejandro, despues de la toma de Persépolis, las devolvió á los Atenienses. „Lo que prueba, dice él mismo, mi dictámen, es que Antenor conoció á Arístides en su ancianidad; y Arístides era Arconte, en la olimpiada sesenta y dos, cuatrocientos ochenta y nueve años antes de Jesucristo. Pedro Colwio, autor exactísimo, niega abiertamente esta asercion: quiere que Antenor viviese mucho mas tarde, en la olimpiada noventa y tres de Coroebo, cuatrocientos ocho años antes de Jesucristo, el de cuatro mil trescientos seis del período Juliano, y trescientos cuarenta y seis de la fundacion de Roma. Este sabio cómputo le atrajo un mentís formal de Juan Wower,

ciéndole, sobre mi palabra de honor, devolvérselo, acabada que fuese la traduccion: titubeó un poco, pero, al fin, cedió á mis vivas instancias.

Luego que llegué á la sobradamente famosa Lutecia, asocié á mi trabajo á uno de mis amigos, versadísimo en el griego, y de cuya profunda erudicion saqué grandísima utilidad.

Pero, aparte todo esto, seria un es-

y muchas injurias, y el llamarle Colwio, *doctor asinorum*, en lo que no tiene razon. Defiende, que Antenor no compareció hasta el reinado de Alejandro el Grande, trescientos cuarenta años antes de Jesucristo; lo cual no es un error disimulable, pues hay sesenta y ocho años de diferencia; y añade, que este autor griego fingió haber vivido en una edad mas remota, para, con esto, hacer sus memorias mas agradables, persuadiéndonos á que vió y conoció á los grandes personages y filósofos, que presenta sobre la escena. Esta paradoja eriza el pelo á Godescalc Stewequio, y se encoleriza hasta llamarlo impudente. „Es palpable, dice, que si Antenor hubiera nacido en el tiempo de Alejandro, hubiera hablado de aquel héroe, del incendio de Efeso, de la batalla de Ceronea y del asesinato de Filipo de Macedonia. De la misma opinion son Cornelio Celso y Pricco. Pero es verdad que la defiende con una especie de moderacion, que hace dudoso su convencimiento íntimo.

¿Qué debemos concluir de esta diversidad de opiniones....? Que Antenor existió realmente; y que, en cuanto á la época de su existencia, lo mas acertado es abandonar la crítica á los sabios, y decir modestamente: *Non nostrum inter vos tantas componere lites.*

cepticismo ridículo dudar de la vida de Antenor, quien existió lo mismo que Aristóteles y Platon, visto que su obra existe.

Deseo que el público agradezca mi trabajo, y que se me perdone lo débil de la traduccion, á favor de lo antiguo y singular de la obra.

¡Dichoso yo, si los sabios me leen por curiosidad, y las demas gentes por ocio, con el fin de adquirir, sin trabajo, algunas nociones sobre las costumbres y usos antiguos! Las mugeres hallarán, acaso, en las aventuras amorosas, remedio contra el fastidio y los vapores, y dulce alimento para su sensibilidad.

En cuanto á los versos, que se encontrarán sembrados en esta produccion, digo, que me esforcé todo lo que pude para explicar bien el pensamiento y la poesía del texto; pero toda traduccion de un gran poeta es una figura trabajada en cera, que quiere representar un cuerpo animado.

# PREFACIO

## DE ANTENOR

Cuando di á luz mis Viages contaba ya veinte y siete olimpiadas, quiero decir, que el sol habia descripto, desde mi nacimiento, ciento y ocho veces su círculo anual. Los dias de mi vida han desaparecido como las líneas de sombra que pasan sobre un cuadrante. Dícese que el tiempo es un punto entre dos eternidades. ¡Qué de hombres he visto nacer y morir! Un mar, cuyas ondas se suceden, se azotan y se chocan unas con otras, es viva imágen de las generaciones que he visto desaparecer. ¡Cuántas revoluciones, combates y batallas, tan importantes entonces, y hoy tan olvidadas! ¿Qué se han hecho aquellos tiranos, aquellos cabezas de bandos, que, enfurecidos á fuerza de orgullo, y avaramente sedientos de riquezas y de dominacion, subieron, de delito en delito, hasta el gobierno del estado, y desde aquella altura, como genios maléficos llevados

sobre nubes, sembraron sobre su patria desolaciones y lutos? No son ya mas que un polvo vil, revuelto con las maldiciones de los pasageros. ¡Y yo todavía existo! Pero cuando da la hora de la muerte, ¿qué mas tiene haber vivido dos siglos que dos dias....?

Mas si alguno envidioso de mi larga vida, deseare conocer el secreto con que me la he alargado, le diré, que mi receta se halla en aquel ramo de la medicina, que se llama higiena. Toda mi ciencia se reduce á mucho ejercicio, frecuente uso del agua y del hidromel [1], repetidos paseos en el campo, sobriedad en comidas y placeres, aseo en el cuerpo y paz en el alma.

Para divertir á mis contemporáneos y á la posteridad, á quienes miro delante de mí como jueces temibles, voy á referir las censuras que asaltarán á

1 Es agua cocida con miel, ó tambien con vino añejo. Esta bebida es bonísima para los biliosos y los ancianos. Preguntó el Emperador Augusto á un ciudadano de Roma, de mas de cien años de edad, ¿de qué medios se habia valido para conservar aquel vigor de alma y de cuerpo? — No de otros, le respondió, que del hidromel por dentro, y del aceite por afuera.

mi obra en el instante de su publicacion, no para refutarlas, sino para aliviar la imaginacion del lector; pues, con esto, tendrá á mano los tiros que deberá asestarme.

Los viages de Antenor, dirá un sofista de Atenas, son unas fantasías extravagantes, é informes, y si me comisionaran para ponerles nombre, los llamaria las *locuras de Antenor*. En esta tan irregular produccion trastornó totalmente el orden de la cronología, que es el único hilo que puede guiarnos, por entre las edades, al camino de la historia. ¡Qué filósofo del Liceo, ó del Pórtico, leerá sin indignacion, y sin rasgar las hojas, una obra, que reune, en una escena misma, personages, cuya existencia estuvo separada, por el transcurso de un siglo y mas!

Un peripatético, dotado de bellísima memoria, que le suple el ingenio, asi como una lámpara suple la luz del sol, pretenderá que he espigado en campo ageno, sin hacer esta confesion. — „Si Antenor, dirá, no fuera un plagiario, y no hubiera que-

rido, como nos cuenta Esopo, adornarse con las plumas del pavo real, hubiera imitado á los autores graves, que indican, al pie de cada página, las minas de donde han sacado su oro: cosa que aumenta la importancia de un libro, con mucho provecho del autor, pues la acumulacion de nombres y de líneas, contribuye necesariamente al volúmen de la obra.

Un académico me reprenderá el haber sembrado difusamente la ciencia y las reflexiones, y con tal torpeza, que es preciso que las mugeres y los desocupados me lean bostezando, y que los médicos, les prohiban la lectura, del mismo modo que se prohibe á los estómagos débiles el jugo del ababol.

A un hijo de Helicona se le dará poquísimo del trastorno de mi cronología y de mis plagios; pero mi estilo no tendrá para él colorido ni imágenes. „Mas quiero, asi lo dirá, leer y releer mis versos, que tan insípida prosa."

Un dialéctico me enviará á su tratado de lógica, para que aprenda á escribir metódicamente.

Un geómetra querrá probar, con

su matemática, que, á cada paso, yerro en las distancias y en las medidas.

Un sacerdote de Baco me culpará de irreligioso y de ateista.

Un sectario de Epicuro me acusará de supersticioso; y en fin, alguno de los chistosos de Atenas fallará, que los amores de Fánor y los mios son pesados, frios y mal hilados.

Confieso que, alguna vez, mi amor propio, exasperado, me ha puesto las armas en la mano para parar y rechazar las aceradas flechas de mis zoilos. No me hubieran faltado razones, y especialmente injurias; pero hubiera perdido mi quietud, y alterado mi sangre. Mas quiero que mi libro caiga suavemente, como un cuerpo ligero que baja por el aire, que no con el fracaso y velocidad de una encina tronchada por el viento.

Lo que no puedo es satisfacer á los que, por reforzar su erudicion, desearen saber la época de mi muerte, porque todavía vivo.



Iniciacion de Orféo en los misterios Egypcios.



# VIAGES DE ANTENOR

## POR GRECIA Y ASIA.

### CAPITULO I.

*Su pais. Su nacimiento milagroso. Su educacion. Su partida para Atenas.*

Nací en Éfeso, ciudad de Jonia, donde estaba el magnífico templo de Diana. Mi madre, que vivia consagrada al culto de aquella diosa, era, á la edad de catorce años, ya por su extremada devocion, ya por la pureza de sus costumbres, el ejemplo de las sacerdotisas jóvenes, y la admiracion de las ancianas. Su hermosura daba mayor realce á sus virtudes, y gozaba de una felicidad completa; pero sobrevino un acaecimiento imprevisto y prodigioso, que contristó la vida de la que poseia el favor del cielo y de los hombres.

Habia ya algun tiempo que la amable y

virtuosa Eufrosina, que asi se llamaba mi madre, padecia y se marchitaba como una flor de otoño. Antes de mucho, se la llegaron á notar síntomas de embarazo. Voló, de boca en boca, la novedad, impulsada de la maledicencia. ¡Cuánta fue la admiracion y el rezelo de la comunidad! Creyeron ya las sacerdotisas ver á Diana vengando la profanacion de su templo con la aparicion de algun monstruo, ó con el desorden de los elementos; pero el cielo se mantuvo sereno, y ningun monstruo espantó la tierra. Con esto calló la calumnia, y volvieron las sacerdotisas á usar de indulgencia con mi madre; la cual afirmó, con todo el candor de la inocencia, que su pensamiento estaba tan vírgen como el mismo pudor.

Solamente se acordaba de que un dia, que se quedó dormida en el último recinto del templo, se la habia aparecido Apolo, bajo la forma de un bellísimo jóven, con los cabellos sueltos y coronados de laureles; que la habló del himeneo, y del deleite puro é íntimo de las uniones celestiales; que la turbacion y el delirio de sus sentidos la despertaron; pero que el dios habia desaparecido. Ya fuese fraude de algun sirviente jóven del templo, ó ya fuese, en efecto, que Apolo hubiera querido honrar con sus favores á la bella Eufrosina, lo cierto es, que su virtud quedó tan blanca y tan pura como la azucena cuando se abre.

Pariòme en el campo. De todas partes acudieron á verme en la cuna, porque me tenian por hijo de una deidad.

Mi madre, aunque tan muchacha todavía, se consolaba con pensar que algun dia seria yo el alivio y el apoyo de su vejez; pero una enfermedad rápida y aguda abrevió la carrera de su vida. Tenia yo entonces diez años; pero mi alma y mi cuerpo eran inferiores á mi edad; y sí, como algunos filósofos lo afirman, la duracion de la vida de los individuos está en razon del tiempo que emplean en el desarrollo total de sus facultades, digo, que debe causarme poquísima admiracion haber vivido mas de lo que, comunmente, viven los hombres, pues mi pubertad fue muy tardía.

Al morir la desgraciada Eufrosina, me confió á un sacerdote anciano, amigo y consejero suyo. Este me llevó á Éfeso, donde empezó á educarme. Toda su moral se reducia á vencrar á los ministros de los dioses, y á tener por una virtud suprema la economía, ó mas bien avaricia; porque era el mortal mas avaro que hubiese pisado la tierra. Encargóme expresísimamente, al morir, que me guardara bien de no ponerle mas de un óbolo bajo la lengua, para pagar á Caron su pasage; añadiéndome, que, si no queria pasarlo por aquel precio, se guardaria gustosísimo, á la orilla, aunque fuesen cien años.

Estaba yo en la primavera de los mios, cuando aquel viejo sicofanto dejó sus tesoros con la vida.

Sintiéndome agitado de nuevas necesidades, pareciéndome que era otra mi existencia, y viéndome libre, sin carrera, sin parientes, y sin patria, determiné hacerme cosmopólita. Partí, pues, para Atenas, inflamado con los deseos de seguir á los filósofos, y de ejercitarme en la elocuencia y en la gimnástica.

## CAPITULO II.

*Sus estudios en Atenas. Sus observaciones. Su presentacion á Arístipo. Su retrato.*

Apliquéme desde luego al dialecto del país. Estudié aquella armonía de lenguage, y aquella expresion noble, que distingue á los Atenienses de lo restante de la Grecia. Dime particularmente al estudio de la pronunciacion; porque los Atenienses cuidan tanto de la pureza de su acento, que lo exigen hasta en las amas que crian á sus hijos.

No habia entonces morada mas deliciosa que Atenas. Sus habitadores eran benignos y amables. Sus fiestas y juegos se succedian sin cesar. Amaban los placeres, la libertad y la gloria. Pero Isócrates compara-

ba aquella ciudad á las mugeres mundanas, á quienes se tributan pasageros afectos, sin quererlas, de modo alguno, para mugeres propias.

Estaba la soberanía en el pueblo. Juntábase este, por la madrugada, en la plaza pública, ó en el teatro de Baco. Cada ciudadano, cuando llega á la pubertad, tiene voto deliberativo en aquella asamblea, y debe asistir bajo pena de multa. Un dia ví á muchos magistrados, llamados Lexiarcos, que andaban por ambas aceras de las calles, atajándolas con una cuerda, teñida de bermellon, que llevaban agarrada por sus extremos. Iban llevándose al pueblo por delante, para obligarlo á que se presentara en la asamblea. Si la cuerda llegaba á señalar á algun perezoso, aquel habia de pagar la multa. Y los ciudadanos, exentos de aquella señal, recibian tres óbolos por su derecho de asistencia.

Seguí á los lexiarcos. Abrieron la sesion con un sacrificio á Ceres. Sacrificaron los sacerdotes un cochinillo de leche, y con su sangre, purificaron el recinto. Despues pronunció esta imprecacion un magistrado: ,,*Perezca, maldito de los dioses, con toda su raza, cualquiera que obrare, hablare ó pensare contra la república.*"

Aquella junta general debe ser, á lo menos, de seis mil hombres para hacer una ley. Los senadores propusieron el asunto

del decreto. Los oradores, en pie, desplegaron su elocuencia para admitirlo ó impugnarlo. Pero estaban subordinados á la ley de los clépsidros, esto es, que habian de terminar sus arengas en el tiempo fijado por unos relojes de agua. Despues de grandes debates, y estruendosos clamores, pasó el decreto á pluralidad de los sufragios, que se dan por la extension de las manos. Confieso, que aquellos gritos tumultuosos, y aquellas oleadas de las turbas, conmovidas y agitadas como las del Eúripo, me dejaron, para siempre, una impresion nada favorable contra los estados democráticos.

Divertíame mucho en los ejercicios del gimnasio; y aun llegué á ganar algunos premios en la lucha, en la carrerra y en el disco. Conseguí formarme una constitucion robusta. ¡Cuánto tuve despues que aplaudirme de aquella educacion física! ¡cuántas veces me fué útil! ¡cuánto ha contribuido á mi felicidad!

La frecuentacion del gimnasio me proporcionó amistades con algunos jóvenes, y uno de ellos me presentó al celebrado Arístipo. Aquel filósofo tenia una alma tan sensible, que se adaptaba á todas las situaciones de la vida, y estaba entonces en el otoño de su edad; pero la serenidad de su ánimo, su moderacion en los placeres y en las aficiones, y su indiferencia sobre los

acaecimientos de la vida, prolongaron su virilidad.

No habia en Atenas hombre mas amable é instruido. Extendíanse sus talentos hasta sobre el arte de las comidas. Los cocineros le consultaban acerca de la delicadeza y condimento de los manjares. Era muy apasionado á comer bien, y decia, que si esto fuera reprensible, no se darian tan grandes festines y convites en honor de los dioses. Para con las mugeres ocultaba su erudicion con el velo de lo chistoso, y solo dejaba caer aquellas agudezas que podian divertirlas. Gustaba de agradarlas, y se complacia de su mismo rubor y resistencia. Su casa era el punto de reunion de la mejor sociedad. Su filosofía dulce y suave, su jocosidad, las sales de su entendimiento, y sus dichos ingeniosos y lisonjeros, hacian delicioso su trato. Estaba dotado de tal sagacidad, que, para conocer á un hombre, no necesitaba mas que oirle hablar. »Que hable como quisiere, decia; pues, con tal que hable, eso me basta."

Conocia profundamente los negocios, y era ligero y entretenido en las concurrencias y festines. Escogia las expresiones con felicidad; y sus chanzas eran finas, sin ser picantes. Con la misma facilidad que hablaba de la política, hablaba del amor, de la moral, de la religion, de los placeres y de la muerte.

## CAPITULO III.

### *Comida de Arístipo.*

Convidóme á comer, algunos dias despues de mi presentacion. Fui á su casa al ponerse el sol, y hallé que habia muchos convidados. No aguardaban mas que á Arístipo y á la filósofa Lastenia, su amiga, á quien yo no conocia. Entraron juntos. Arístipo llevaba un vestido de púrpura, empapado en olores suavísimos. Lastenia iba adornada con toda la sencillez y gallardía de las gracias. Caíanle sobre la espalda sus cabellos castaños y ensortijados. Flores decoraban su cabeza y seno; y este era su mas rico ornato. Nos hicieron bañar: nos perfumaron con esencias; y luego entramos en el salon del convite, donde quemaban inciensos y perfumes. En lo interior se veia un bufete, en el que ostentaba el lujo vasos de oro, de plata y sobredorados, y algunos guarnecidos de piedras preciosas. Saliéronnos al encuentro unos esclavos con coronas de flores, que nos pusieron sobre las cabezas [1], y con jarros para verternos agua sobre las manos. Sorteóse el rey de la fiesta. Cayó la suerte sobre Xántes el Peripatético, quien ordenó los brindis, y arregló las leyes de la comida, y los tiempos en que habíamos de beber.

Nos colocamos sobre camillas, alderredor de una mesa, que lavaron repetidas veces. Las cubiertas de nuestras camillas eran de color de púrpura.

Entró en aquellas circunstancias el sofista Filóxenes, y sorprendido de la abundancia y del aparato del festin, arqueó las cejas, y dijo á Arístipo: »que tanta profusion y lujo no sentaba bien á un filósofo.» Arístipo le satisfizo, sin alterarse: »Mi querido Filóxenes, dame el gusto de contarte entre los nuestros.» — Eres sobradamente agasajador, Arístipo: no hay fuerzas para resistirte. — Ya que Arístipo lo vió colocado, y comiendo con buenas ganas, le dijo: »Estimado Filóxenes, para responder á tu censura sobre la suntuosidad de mi mesa, te voy á contar lo que me sucedió con Ándron el Estóico. Compré, en su presencia, una perdiz por cincuenta dracmas (ciento y ochenta reales de vellon): me reprendió, lo mismo que tú, un gasto tan excesivo. Escuchéle sosegadamente, y le pregunté: ¿Comprarias la perdiz, si no te costase mas que un óbolo? — ¿Quién lo duda? me respondió. — Pues yo, Ándron, estimo las cincuenta dracmas lo mismo que tú un óbolo. — Veo que no es la ostentacion y la buena mesa lo que te exaspera, Filóxenes, sino el gasto.» — El sofista conoció muy bien la aplicacion, pero no por eso comió menos.

El primer servicio consistió en ostras, y en varias especies de conchas marinas, unas crudas y otras compuestas; en huevos frescos de gallinas y de pavos reales (los de estos últimos eran mas estimados); en pies de puerco; en cabezas de cordero; en menudillos de ternera, y en langostas, de que gustan mucho los Atenienses, y abundan los mercados. Nosotros reservamos las primicias de los manjares para el altar de Diana.

En el segundo servicio pusieron caza, aves, y exquisitos peces.

Advertí que muchos convidados daban platos á sus esclavos. Dijéronme que aquella era la costumbre, y que todo convidado podia regalar á sus amigos.

Al empezar la comida, gustó Arístipo ligeramente una copa de vino, y la entregó á su inmedito, para que la fuera pasando, de mano en mano, á la redonda. Aquel primer brindis es el símbolo de la fraternidad de los convidados. A él se siguieron otros. Arístipo brindó á nuestras saludes, y nosotros le correspondimos al instante. La copa primera tenia un tercio de vino sobre dos de agua. Insensiblemente se fue esta disminuyendo, y se acabó por saciarse con vino puro.

Lastenia tomó despues una cítara, y cantó, acompañándose, un himno en honor de Baco, con voz suave, melodiosa y

flexible. Poseia el arte de modularla á cualquiera tono; y los versos eran de su propia composicion. Diéronse muchas palmadas á sus talentos; pero no hubo elogios bastantes para el placer que causó.

Todos los convidados, con ramos de laurel y de mirto en las manos, cantaron alternativamente acompañándose con la lira.

Asi que me tocó, confesé, aunque con rubor, que yo no entendia la música; con lo que hice ver que habian descuidado mi educacion (a).

Alabó uno de los convidados á Arístipo su magnificencia, su buen gusto, su mesa exquisita, y exaltó su felicidad; á lo que Filóxenes repuso:—Epicuro no gastaba mas que un as (cosa de seis maravedis) en cada comida, y sin embargo, era feliz.—¿Y lo era tambien, le pregunto Lastenia sonriéndose, cuando, atormentado por los dolores de la gota, exclamaba: „*Soy dichoso: este es el último, y el mas afortunado dia de mi vida?*"—No lo dudo, Lastenia.—Pues yo, Filóxenes, opino que aquello era jactancia y descaro filosófico.—Por lo menos, dijo Arístipo, supone mucho valor, pues él mantuvo aquella firmeza hasta su

(a) Con todo eso los atenienses no se vanagloriaban de diestros en la música. Poseian la perfeccion de este arte las dos naciones de menos talentos y mas groseras. Los de Beocia sobresalian en tocar la flauta, y los de Arcadia en el canto.

último instante. La naturaleza no puso exclusivamente la felicidad en ser rico ni en ser pobre, sino en la flexibilidad del alma, y en la sabiduría de la conducta, porque el pobre goza de las mismas sensaciones y deleites que el rico. ¡Qué extravagantes son los mas de los hombres! Cuando tratan de comprar bienes y muebles, toman todas las precauciones imaginables á efecto de no ser engañados; pero cuando se trata de un sistema de conducta, que los haga felices, no ponen el menor cuidado. Muchas veces ha variado la escena del mundo en el tenor de mi vida. Mas de una vez he trocado mi capa de púrpura por un paño muy grosero; y con todo, circundado de la indigencia, he hecho producir rosas á un campo aridísimo.

Era yo dueño de muchos bienes cuando dejé á Cirena, mi patria, para ir á Atenas á gozar de sus delicias, y á cultivar mi razon. Estudié, á las órdenes de Sócrates, con mucho empeño, pero, con no menos, iba tras de los placeres; de modo, que, ansioso de felicidad, agoté en poco tiempo mis riquezas. Abrí los ojos en el mismo borde del abismo. Vendí muebles, caballos, joyas y vestidos. Envolvíme en una capa grosera, caminé con los pies desnudos, púseme un sombrero viejísimo, y fuí á ocultar mi vida en Enoe, arrabal del Ática. Alli me mantuve con legumbres y

raices; y allí me forjé nuevas fruiciones, porque mi carácter enérgico era superior á la situacion mia. El paseo y el estudio llenaron mis ocios. Cierto dia se llegó á mí un hombre rico á preguntarme, ¿qué le llevaria por instruir á su hijo? — Seiscientas dracmas, le respondí. — Por Baco te aseguro, me replicó, que con ese dinero podria comprar un esclavo. — Harás bien, le añadí: compra uno, y con eso tendrás dos.

Cayó despues la conversacion sobre el soberano bien. „Epicuro, nos dijo Arístipo, quiere que consista en el placer y en la carencia del dolor." Esa definicion, replicó Filóxenes, ha desacreditado su moral y sus costumbres. — Pero sin razon, añadió Arístipo, porque, aunque se leía á la puerta de su jardin: *Aqui es el deleite el soberano bien*; no daba á sus huéspedes mas que pan y agua; y decia, que no podia vivirse arregladamente sin seguir la senda de la sabiduría y de la justicia.

*Filóxenes.* — Zenon, gefe de los Estóicos, opinaba, que la salud, la reputacion, las riquezas y las demas ventajas, no eran bienes; y excluyó de la clase de males la pobreza, la ignominia y el dolor. „La virtud sola, dijo, basta para la felicidad nuestra, y el sabio siempre es dichoso, cualquiera que sea su situacion." — *Arís-*

*tipo.*—Creo muy bien que el sabio tiene mas motivos de consuelo que los que no lo son, ya sea en las tribulaciones, y ya en las cadenas; pero solamente un loco puede exclamar que es feliz en un caso igual. Un ignorante, que bebe buen vino, y que disfruta de su manceba, es seguramente mas afortunado que un sabio en una prision, reducido á pan y agua. —*Filóxenes.*—El sabio de Zenon es un ser sin pasiones, cuya alma ni aun siente los latidos de la compasion. Los Estóicos graduán de debilidad este sentimiento. —*Arístipo.*—Ese ser exagerado se parece al sabio verdadero, del mismo modo que una estatua de Hermes á un ser animado. No es ese mi hombre.—Ni el de mi sexo, repuso Lastenia.—*Arístipo.*—Los Peripatéticos son los filósofos mas razonables. Convienen en que el hombre es un compuesto de cuerpo y de alma. Necesítase, pues, la reunion de los bienes físicos y morales para componerle un existir agradable y análogo á los deseos de la naturaleza. Salud, bienes y consideraciones, son para ellos verdaderas riquezas. Dolores y escasez, males verdaderos; pero la virtud es superior á todos los bienes; y el vicio es el mayor de todos los males.—*Filóxenes.* —Nunca confesaré que las riquezas sean verdaderos bienes.—*Arístipo.*—¡Cómo que! ¿Ni aun cuando asistes á una buena co-

mida?—Este chiste dió mucho que reir.
—Mas para terminar la disertacion, continuó Arístipo, véase cual es mi dictamen sobre este objeto. No creo que la felicidad consista en los placeres; lo que sí creo es, que está en el mas activo uso de nuestras facultades, y en los cuidados y trabajos con que procuramos dichos placeres, ó sea la fortuna ó la celebridad.

Y para demostraros, casi matemáticamente, cuán poco aseguran nuestra felicidad las grandezas y los caudales, os citaré el ejemplo de Dionisio de Siracusa, á cuya inmediacion viví mucho tiempo. Tenia despejado talento y rectitud de juicio; pero la ambicion le constituía desgraciadísimo. Rodeado del lujo, y sentado en el trono, venia frecuentemente á buscar consuelos á mi lado; cuando yo jamás necesité que él me consolara. Cierto dia me ofreció un puesto eminente para fijarme en su corte. „No me quiteis, le dije, la dulzura de vivir con mis iguales." Siempre estaba circundado de sospechas y de terrores. Habia mandado fabricar una casa subterránea, circuida de un foso ancho, en la que no entraban su muger é hijos hasta que se despojaban de sus ropas, porque temia que llevasen armas ocultas. Nunca iba sin coraza. A su barbero, porque dijo un dia, chanceándose, que su vida estaba entre sus manos, le mandó matar, y en lo su-

cesivo él propio se quemaba la barba (a). Dió muestras de amarme mucho, si es que los tiranos pueden amar, porque me colmó de beneficios. Verdad es que yo contribuía á que comiese delicadamente. Yo era el presidente de sus festines, y me embriagaba con él. Un dia le dí una leccion muy filosófica. En una espansion de amistad, ó de generosa franqueza (bien que algo acalorado del vino), me dijo que formara un deseo, y que juraba satisfacérmelo. Pedíle tantos granos de trigo cuantos produjese el número de las casas de un tablero de damas, doblando siempre, y empezando por un grano en la primera casa, dos en la segunda, cuatro en la tercera, y asi de las demas. Todos riyeron de la cortedad de mi peticion; y Dionisio me la otorgó riendo mas que todos. Pero luego que hicimos el cálculo, hallamos, que no hubiera podido pagarme todo el trigo de la Sicilia y del Egipto.

En otra ocasion le pedí un talento que necesitaba. „¿Es posible? me preguntó con risa sardónica. ¿Pues no me has dicho mil veces que el sabio de nada necesitaba?" —Y he dicho bien, le repuse; pero dad,

(a) No menos agitado vivia Cromwel de los terrores de la tiranía. Iba siempre con coraza, cargado de armas ofensivas, y rodeado de satélites. Tenia doce habitaciones para dormir; y ninguno sabia en cuál de ellas pasaria la noche.

y luego ventilaremos este asunto. Así que tuve la suma pedida, le añadí: „Ya veis que el sabio de nada necesita."

Aquí llegaban, cuando entraron algunos jóvenes. Dejaron la mesa para bailar, porque el baile es uno de los mas grandes placeres de los Atenienses. Volvieron despues á ella, y sirvieron varios postres para escitar el apetito, y aceitunas y vino. Al acabar hicimos nuestras libaciones, y bebimos en honor de Júpiter y Salvador[2].

Habia yo estado atento á los discursos de Arístipo. Hablaba con tanta erudicion y gracia, y su filosofía era tan adaptada á la debilidad y naturaleza del corazon humano, que imponia silencio y atencion.

## CAPITULO IV.

*Enamórase Antenòr de Lastenia. Sus conversaciones y correrías con ella.*

Pero la bella Lastenia, atrajo, á ratos, mis ojos hácia su persona. Mezclóse poco en la conversacion; pero su acento era tan puro, su voz tan persuasiva y lisonjera, y tal su expresion cuando hablaba, que para mí fue un pesar la sobriedad de sus palabras. Separéme de ella llevándome su imagen impresa en el corazon.

Por una casualidad feliz la encontré al dia siguiente por la mañana en el Parte-

non [3]. ¿Vendreis, me preguntó, á admirar nuestras obras magistrales? — En cuanto le es posible, Lastenia, á un extrangero conocer las bellezas de un arte en que no está iniciado. — Pues yo, Antenor, quiero serviros de guia ó de mistágogo (*a*).

Empecemos por la estatua de Minerva, que es obra de Fídias: su altura es de treinta y seis codos. Está en pie, cubierta con su égide y con una túnica blanca. En una mano tiene su lanza, y en otra una victoria, de cuatro codos de alto, y su casco remata en un esfinge. — Me parece, Lastenia, que veo muchos bajos relieves. — Estan primorosamente trabajados, Antenor: las partes visibles del cuerpo son de marfil, exceptuando los ojos, donde el íris está figurado por una piedra particular. Se gastaron en esta obra cerca de tres millones de oro. Examinadla atentamente ¡Qué magestad! ¡qué carácter tan sublime! ¡qué aire de cabeza! Respira la diosa, é impone veneracion. La lámpara de oro, que tiene delante, arde todo el año, y solo una vez se le echa aceite: la mecha es de amianto, que nunca se consume. Os sorprende la altura de esta Minerva; pero mas lo quedareis cuando veais en Olímpia

(*a*) Dice Ciceron, que los mistágogos eran lo que mostraban los tesoros y demas particularidades de los templos de los dioses.

al Júpiter del mismo artífice y de la materia misma.

Al salir del Partenon me ofreció Lastenia llevarme al Pecilo, llamado asi, dijo ella, á causa de la variedad de sus cuadros, pintados por Micon y Polígnoto, dos de nuestros mas grandes pintores, que fueron los primeros que emplearon cuatro colores. Es un pórtico abierto, y uno de los mas bellos monumentos de Atenas. El frente está adornado con muchísimas estatuas, y entre otras la de Solon, aquel gran legislador, aquel sabio, que decia: „Dejemos á los otros mortales la riqueza, y quedémonos con la virtud." — Ya que estuvimos entre ellas, me dijo: Mirad aquel segundo cuadro, que es la famosa obra maestra de la toma de Troya. Ya veis los Griegos, juntos en consejo, tratando del atentado de Ayax, contra Casandra, hija de Príamo. He alli al osado Ayax. En aquel grupo de cautivos se distingue á la desventurada Casandra. ¿Qué objeto os fija mas las atencion? — Casandra. — Y con razon. — Polígnoto cogió el momento en que acaba de ser violada por Ayax en el templo de Minerva. Un velo cubre parte de su rostro; pero se la ve, al traves, el rubor de su frente y todos los síntomas del pudor ultrajado. Los Atenienses estan enamorados de aquella figura, y nada admiran tanto como la inteligencia con que el

artífice venció la dificultad de tal asunto.

Al lado de la toma de Troya ví la batalla de Maraton, del mismo pintor. Leí en el cuadro, en letras mayúsculas, los nombres de todos los guerreros principales, menos el de Milcíades. —¿Pues cómo no está Milcíades, pregunté admirado, á la cabeza de esta lista? —Por no estarlo será mas famoso, respondió Lastenia; pero Polígnoto lo omitió, por no mortificar el amor propio de los Atenienses (*a*).

Desde el Pecilo pasamos á ver la Venus de Gnido de Praxíteles. Esta célebre estatua, me dijo Lastenia, es retrato de la famosa Frine, que fue una de las mas hermosas mugeres de la Grecia. Dicho artífice, despues de haber estudiado muchas actitudes, abrazó la en que está, porque la juzgó mas favorable para que luciera todo el garbo de su talle, y todas las perfecciones de su persona. ¡Qué obra tan grande! Parece que se mueve, que se anima y que habla; y llega á tanto la ilusion, que muchísimos aficionados pasan desde la admiracion al entusiamo 1.

Ya que hubimos admirado bastante aquella estatua grandiosa, me dijo Lastenia, que iba á pasearse segun su costumbre. Un aire

(*a*) *Sed præfulgebant Cassius, atque Brutus; eo ipso quod effigies eorum non videbantur.* Hay, no obstante, autores, y entre otros Pausanias, que dicen que Milciades no quedó olvidado.

puro, añadió, alamedas deliciosas, y ejercicio moderado, facilitan el juego de los resortes, y dan al alma nueva espansion, y aun la dan virtudes, si hemos de creer á Sócrates y á Arístipo. — „¿Es dudable, preguntan ellos, que el alma no haga sus funciones mas noble y fácilmente en un cuerpo bien dispuesto, que en otro enclenque y cacoquimio?" — El ejercicio, pues, es quien da esta disposicion feliz. — Pedí permiso á Lastenia para acompañarla. — Con mucho gusto mio, Antenor; y pasaremos por el Cerámico 5. Vamos á reverenciar alli los restos de un hombre grande, y á esparcir algunas flores sobre su tumba. Llegamos, en efecto, y ella se acercó á un sepulcro de mármol, donde leí esta inscripcion.: „*Esta tierra cubre el cuerpo de Platon. El cielo contiene su alma. Hombre, cualquiera que fueres, venera sus virtudes, si eres honrado.*"

Despues de habernos casi prosternado ante las cenizas de aquel bello ingenio, fuimos á sentarnos bajo los plátanos arrogantes, que bordan el Iliso. No sé si la serenidad del cielo, ó la dulce temperatura del aire, ó el silencio de la soledad, fue lo que dispuso nuestras almas á la confianza, ó si nos arrastró alguna feliz simpatía; pero lo cierto es, que asi que estuvimos bajo la sombra de los plátanos, y que vimos correr á nuestros pies el agua pura y límpida

del rio, animó nuestra conversacion una dulce tranquilidad. El sobrehumano Platon fue el objeto.—Es un filósofo á quien amo, me dijo Lastenia. ¡Qué expresion tan florida! ¡qué aticismo! Por eso le llaman la abeja del Ática, ó el Homero de los filósofos. Continuamente pulia sus obras, y cuando murió, hallaron correcciones sobre sus tablillas. Llámase su escuela la Academia. Viajó mucho. Cuéntase de él una singularidad, que pinta bien su modestia. Á su vuelta de Sicilia, pasó por Olimpia para ver los juegos. Alojáronlo con unos extrangeros de respeto, á quienes ocultó su nombre. Caminó con ellos hasta Atenas, y los hospedó en su misma casa. Suplicáronle, que los llevase á la de Platon.—„Aqui lo teneis" les dijo mostrándose.—¡Juzgad de lo sorprendidos que quedarian°! Pasaba un dia por Agrigento, cuyos habitadores eran dados al lujo de la mesa y de los edificios. „Los Agrigentinos, dijo entonces, fabrican como si hubiesen siempre de vivir, y comen como si comieran por la última vez." Díjole uno, que todo el mundo maldecia de él.—„Deja llos decir, replicó, que yo viviré de manera, que los haré mudar de lenguage." No quiso dejar su casa por huir de una epidemia que reinaba en su barrio, diciendo, que, aun cuando supiera prolongar su vida, no iria á vivir sobre el monte Atos.—¿Aprobais esta filo-

sofía?—No, Lastenia; porque me parece muy exagerada. Mucho mas razonable lo encuentro cuando habla de los deleites, del dolor, del desprecio de las riquezas, y cuando nos recomienda el amor á los hombres y á la honradez, y cuando nos anuncia las recompensas destinadas, despues de la muerte, á los buenos, y los suplicios reservados á los malos.

Empeñóme mucho lo atractivo de la conversacion de Lastenia.—Planton, la dije, á pesar de lo grave de sus costumbres, sentia una secreta inclinacion hácia las mugeres. Lo sospechan de haber sacrificado algunas veces al amor.—La calumnia, Antenor, es un gusano, que pica siempre las mejores frutas. Dícese, que Axíotes, muger de talento, se disfrazaba de hombre para ir á oirlo: otras mugeres la imitaron; y, con este motivo, esparció la envidia rumores injuriosos. Pero; no obstante; lo que da á sospechar que no hallaba inmoralidad alguna en los placeres del amor, es su sistema de union entre ambos sexos en su repúlica.

Quiere que en una fiesta se junten los guerreros y las jóvenes; que los magistrados pongan los nombres de unos y de otras separadamente en dos urnas, y que aquellos, cuyos nombres salgan en cada sorteo, queden unidos por algunos dias; que los hijos que nazcan de tales matri-

monios efímeros les sean inmediatamente quitados; que queden confundidos entre ellos, y que las madres den su leche al primero que las presenten; y que luego que los dos amantes hayan satisfecho los deseos de la patria, se separen y vivan libres, hasta que los magistrados vuelvan á llamarlos para otro nuevo concurso. De manera, que las mugeres podian pertenecer sucesivamente á muchos guerreros. Este plan extravagante es el descarrío de una imaginacion exaltada, y dudo que nunca se adopte 7.

Lo que sí pudiera todavía suscitar algunas dudas sobre el amor desinteresado de aquel bello ingenio, son los ternísimos versos que compuso para Ágatis: Dicen asi:

*Cuando Ágatis consiente, cariñosa,*
*En pagarme los males que he sufrido,*
*Se me asoma á los labios toda el alma*
*Para pasarse á los del dueño mio.*

En aquel momento llegó Arístipo, que venia de la casa de campo de Anaxágoras, adonde fue para anunciarle la muerte de su hijo. » Asi que le dí esta nueva, dijo Arístipo, me respondió friamente: *Ya sabia yo que lo habia engendrado mortal.* " Alabó Arístipo la respuesta, porque hallaba en ella estoicismo y valor; pero no la

alabó Lastenia, porque la creia falta de sensibilidad. Para terminar la disputa, le dió Lastenia parte de nuestra conversacion sobre Platon. — Le he conocido, dijo Arístipo: era de alta estatura, de anchas espaldas, de frente espaciosa, y de poco pelo. Su exterior era agradable y respetoso, por la modestia, gravedad y nobleza de su porte. Lo sublime de su ingenio, sus conocimientos generales, lo benigno de su carácter, y lo chistoso de su conversacion, extendieron su nombre por toda la Grecia. Decian, que era hijo de Apolo; y tambien, que estando su madre Perictíonea sobre el monte Hímeto, sacrificando á las musas, con Aríston, su marido, depositó al niño Platon entre unos mirtos, y que, volviendo despues, lo encontró rodeado de un enjambre de abejas, unas revoloteando sobre su cabeza, y otras untándole los labios con miel.

Añaden que Sócrates, vió en sueños, que un cisne se escapó del altar del amor, se paró sobre las rodillas del niño Platon, echó á volar otra vez, y encantó, con la suavidad de sus gorgeos, á los hombres y á los dioses. Murió de ochenta y un años, el mismo dia de su nacimiento. Habíanlo convidado á una comida de boda. No comió mas que aceitunas, porque era extremadamente sobrio. Enamoró á todos los convidados con su elegría y con sus chis-

tes. Lejos estaban de prever la catástrofe de aquella fiesta. Acometióle un desmayo al acabar la comida. Diéronse priesa á suministrarle toda suerte de socorros; pero en vano. Espiró en los brazos de sus amigos. Fue inclinado á la melancolía, como Sócrates y Empédocles. — Si este es el fruto de la sabiduría y de la ciencia, convengámonos en que es mal empleado el trabajo de cultivar el árbol que la lleva.

En cuanto á la moral de Platon, él siguió la de Sócrates, su maestro, que ciertamente no es la mia. Estos sabios desprecian los deleites, y yo defiendo, que son el colmo de la felicidad, cuando los sazonan el entendimiento y la delicadeza. Los preceptos de Zenon, y los de todos aquellos elevados profesores de sabiduría, me causan lástima. Para las aflicciones nos recetan la lectura de libros serios, cargados de moral. Nos alegan, para consolarnos, la necesidad del mal, la fatalidad, y lo desgraciado de la condicion humana. Es burlarse el querer suavizar un mal con la idea de que somos miserables. He conocido á uno, que, cuando se hallaba pesaroso, recurria á los licores agradables. Raciocinaba aquel hombre como buen físico. El alma, unida al cuerpo, está incesantemente tiranizada por él. Si el movimiento de la sangre es sobrado lento, si los espíritus no estan bastante purificados, ó si la can-

tidad es insuficiente, caemos en abatimiento y tristeza; pero si, con bebidas, cambiamos aquella disposicion del cuerpo, recibe nuestra alma impresiones nuevas, y recobra, digámoslo asi, su movimiento y su vida. El grave Platon conocia el precio de la alegría; porque, el dia que murió, le hallaron, bajo su almohada, una coleccion de chistes.— Mas ya es tiempo de que os deje: voy á comer á casa de Xenófanes, que opina que la luna está habitada, y que, sobre la tierra, la suma de los bienes es mayor que la de los males; en lo que no convenimos, porque advierto, en este globo terráqueo, mas desdichados que dichosos.

Ya que estuvo distante, dije á Lastenia: „Allá va el hombre mas amable y mas feliz de Atenas."— El mas amable, tambien os lo confieso, Antenor: es el encantador de las mugeres, y tanto mas peligroso, cuanto que nunca perturba su presencia de espíritu el amotinamiento de las pasiones. En cuanto á su felicidad, la juzgo problemática. ¿Os acordais de lo que se le escapó ayer, hablando de aquella aldeana que quiso. „No me impedia el estudiar y el beber en la copa de los placeres; sin pasion &c.?" Pues tambien en otra ocasion, dijo de Lais: *Yo la poseia, sin que me poseyese.* Quiero decir con esto, que él nunca ha tenido otro modo de amar y de sen-

tir. Tiene el corazon en la cabeza. Medita sobre lo que goza en el mismo acto de gozar. ¿Es felicidad eso? ¿Puede haberla sin las dulces ilusiones de la amistad ó del amor? Siempre ha vivido con sosiego amando, y jamas ha conocido las inquietudes de los zelos, que son la verdadera prueba del amor. Dijéronle un dia, que Lais, con quien él vivia, no lo amaba. „Tampoco pienso, replicó, que me aman los peces, y sin embargo, los como con mucho gusto." Advirtióle un amigo suyo, secretamente, que la misma le era muchas veces infiel. „Si la pago, repuso, no es para que otros no la disfruten, sino para disfrutarla yo." Diógenes le reprendió el que viviese con una ramera pública; pero él le dijo: „¿Te parece absurdo que habite yo una casa que otros han alquilado?" Pues no es mas activo en la amistad; la cual, segun él, es una palabra sin significacion. „Los locos y los necios, dice, la buscan por miras interesadas; y los sabios se contentan consigo mismos, sin cuidarse de los demas." Con igual ligereza trata del amor de la patria. Segun él, es una inconsecuencia y un absurdo aventurar el descanso y la vida por un monton de ignorantes é insensatos. Frecuentemente suele decir, que es extrangero en todas partes; al contrario de Sócrates, quien decia, que era ciudadano del universo. — En aquel mismo instante

divisamos, á lo lejos, dos personas echadas bajo un plátano. Luego que pudimos distinguirlas, exclamó Lastenia: »¡Huyamos, huyamos, que es Crátes!" La celebridad de aquel nombre me paró, como tambien á otras personas; y vimos á Crátes y á Hipárquia, su muger, que se olvidaban de que tenian espectadores. Reimos mucho de aquella distraccion, ó de aquel cinismo. Entonces se puso Crátes en pie, y vi un hombrecillo feo, jorobado, sucio, y cubierto de andrajos, que nos apostrofó en estos términos: »¿Qué decis? ¿por qué reis tan neciamente? ¿no comeis delante de testigos? ¿os ocultais para plantar un árbol? Andad, pobres hombres, que yo soy quien debo reirme de vuestra imbecilidad. Lo que es muy malo es hacer mal á los hombres." Mientras esta arenga, se compuso Hipárquia, se levantó, nos hizo un saludo, y partió con su esposo querido.

## CAPITULO V.

*Historia de Hipárquia y de Crátes. Retrato de Lastenia.*

Conté á Lastenia lo que nos habia dicho Crátes. Bien conocido es, me replicó: está con Diógenes el Cínico, que es el mas desvergonzado de su secta.— Ese cinismo, Lastenia, me sorprende menos en un hombre;

¡pero su muger!.... — Es mas loca que el marido, continuó Lastenia. Tiene habilidades, talento, erudicion y hermosura; pero su amor á la filosofía ha exaltado su imaginacion. Iba á menudo á oir á Crátes, y seducida por su elocuencia y por sus sofismas, se determinó á casarse con él, prefiriéndolo á los partidos mas sobresalientes de Atenas. Representáronla sus padres lo indigno y bajo de su eleccion. Respondióles, que no podria hallar marido mas hermoso, ni mas rico, y que se daria de puñaladas si se lo rehusaban. Desesperados los padres, recurrieron al mismo Crátes, quien prometió esforzarse á disuadirla y á disgustarla de él. — Púsosele delante: „Ved aqui, la dijo, el monote, que tanto deseais, con su joroba y con su ridícula figura." Luego la mostró su báculo y sus alforjas, añadiéndola: „He aqui todas mis riquezas. Pensadlo bien, porque si os quereis casar conmigo, es preciso resolveros á participar de mi miseria, y á llevar la vida de la secta cínica." — La respuesta de Hipárquia fue abrazarlo, llamándolo su esposo. El casamiento se celebró públicamente bajo el pórtico. Vistióse ella de andrajos, y se abandonó seguidamente al mas asqueroso cinismo. Pero Crátes tiene mérito y filosofía. Para darse totalmente al estudio, dicen unos, que arrojó su dinero al mar, exclamando ¡*ya soy libre*! Y aseguran otros,

que lo depositó en casa de un banquero, con orden de que se lo entregasen á sus hijos, si eran ignorantes y estólidos; ó bien, que lo diesen al público, si eran filósofos, porque entonces no necesitarian de riquezas 8. Preguntáronle una vez ¿de qué aprovechaba la filosofía? „ Aprovecha, respondió, para contentarse con legumbres, y para vivir exentos de cuidados y de inquietudes. " En todo es singular. Se abriga mucho en el verano, y se desabriga en el invierno. Su desaseo es repugnante. Se viste con pieles de carnero no preparadas; lo cual, junto con su fealdad, lo constituye una especie de monstruo.

Acompañé á Lastenia hasta su casa. ¡Cuánto me costaba ya dejarla! ¡cuánto aumentaba su belleza el atractivo de su conversacion! Atormentada mi alma con una actividad nueva, como que sentia nuevas necesidades, y aspiraba á otra existencia. — Pero voy á daros á conocer la amable Lastenia, haciendo su retrato fiel, porque si pretendiera hermosearlo, la desfiguraria.

La aficion á la filosofía y al estudio la trajo á Atenas, á la edad de veinte años, donde frecuentó mucho las escuelas, é hizo amistad con Arístipo.

Aunque algo irregular en sus facciones, tenia linda tez, mucha frescura, frente pequeña, labios encarnados, y bellos dien-

tes; y con esto, era, segun la opinion comun, la mas hermosa muger de la ciudad. Su fisonomía era noble, modesta y penetrante, y su talle magestuoso. Era muger de talento profundo y luminoso, pero solamente lo mostraba en alguna conversacion importante, ó con la pluma en la mano. Dijéronla un dia, que su juicio era superior á su talento, y esta alabanza la lisonjeó mucho. Gustaba de lo verdadero y de lo natural en todas las cosas. Era sagacísima, y de fino gusto, en conocer las bellezas y defectos de cualquiera obra, y en distinguir la bachillería de un sofista, de la sana lógica de un sabio.

Los átomos de Demócrito y de Epicuro, los números de Pitágoras, y las ideas de Zenon sobre Dios y sobre el mundo (á quien tenia por un animal perfecto), eran el objeto de sus burlas. Sócrates y Arístipo la parecian los filósofos mas razonables.

Aunque instruidísima, no tenia los caprichos ni el humor que se atribuye á los literatos, los cuales, ya se entregan á una locuacidad importuna, ó ya se encierran en un silencio despreciador. Lastenia hablaba poco, y escuchaba mucho, y citaba, con frecuencia, la máxima de Zenon: *Que la naturaleza nos ha dado dos orejas, y una sola boca para enseñarnos, que debemos oir mas que hablar.* Y añadia: *El silencio es el ornamento de las mugeres.* Gus-

taba de decir cosas lisonjeras, y escuchaba con indulgencia á los tontos: cosa rara entre las personas de talento. Era tan bienhechora, que, con tal que hubiese hecho algun bien, no consideraba el dia perdido. „El gozo de hacer bien, decia, es mas dulce y mas íntimo que el de recibirlo. Conviene menudearlo, porque es un placer que no se gasta. Mientras mas un individuo lo disfruta, mas digno se hace de disfrutarlo. Acostúmbrase el hombre á su prosperidad, y aun llega á ser insensible á ella; pero la complacencia de ser autor de la prosperidad de otro, siempre dura."

El amor á las riquezas era una pasion, que su alma no conocia. Un hombre rico, que necesitaba de su crédito, la envió, cierto dia, dos jarros de oro, de un trabajo exquisito; pero ella se los devolvió llenos de excelente vino, y con recado, de que todo el que le quedaba estaba á su disposicion.

Sus inclinaciones eran tan sencillas como su alma: Amaba, con pasion, el campo y las flores. Todo su adorno se reducia á un aseo extremado. En los libros queria perspicacia, pureza de estilo, nobleza, ideas profundas, y mas verdad que imaginacion. Un dia arrojó uno, encolerizada, diciendo: „Todo él es ingenio." Amaba la pintura, la música y el baile; pero especialmente la poesía, á la cual llamaba la música del alma.

Veíase en su biblioteca, al lado de Eúclides, Demócrito y Platon, Hesíodo, Anácreon, Homero y Eurípides. Preguntáronla ¿cómo podia reunir los placeres y las obligaciones de la sociedad, al tiempo que empleaba en el estudio? Y respondió: „Tres cosas arrojan por la ventana las mugeres de Atenas, que son: el tiempo, la salud y el dinero. Yo soy muy económica de estas tres cosas; pero, en cuanto al tiempo, me gobierno como aquellos que tienen medianos bienes, y que, por medio de una economía interior, se ponen al nivel de los mas opulentos."

Tal era la amable Lastenia, cuya memoria no ha padecido alteracion en mí de treinta años á esta parte.

## CAPITULO VI.

*Acusacion y juicio del filósofo Cleanto. Noticias sobre Arístipo.*

Tenia yo permiso para visitar á Lastenia. A la mañana siguiente, me preguntó, ¿cómo habia pasado la noche? — Paseándome, la respondí, por las orillas del Iliso. ¿Volveis allá hoy por la mañana? — No, Antenor, porque voy al Areópago. ¿Conoceis á Cleanto, el filósofo del pórtico? Pues ese está citado para dar cuenta de su conducta. — ¡Qué me decis, Lastenia! ¿Aquel

personage sabio y grave? ¿de qué pueden acusarlo? — De haber nacido pobre, Antenor. Llegó á esta ciudad no mas que con cuatro dracmas. Los Atenienses opinan, que un hombre indigente y desnudo es enemigo de todos; y hay una ley que obliga á cada ciudadano á declarar sus medios de subsistencia. No deja de darme cuidado Cleanto. Le he ofrecido el crédito de Arístipo y el mio; pero no ha querido admitir mi oferta. Me tiene inquieta y curiosa, y por eso quiero ir á ver como sale de la acusacion, porque, en fin, todo el mundo sabe que nada tiene, y que pasa los dias en la escuela de Zenon. Acompañé á Lastenia al Areópago. Luego que el acusado compareció, le preguntaron los jueces severamente, „¿con qué oficio ó trabajo se mantenia?" Entonces Cleanto puso delante de los jueces á un jardinero y á una panadera vieja, y les dijo, que respondiesen por él. El jardinero dió testimonio de que todas las noches le sacaba Cleanto agua para el riego, y la panadera lo dió de que, cuando salia de casa del jardinero, iba á su casa á amasar para ella. Esta justificacion le grangeó á Cleanto la estimacion y el aprecio de toda la concurrencia; y los mismos jueces, asombrados de aquella grandeza de alma, le hicieron cuantiosos regalos; pero él los rehusó diciendo: „Ya veis que tengo un tesoro en mi trabajo."

Cuantos espectadores habia lo aplaudieron, gozosos de ver su desinteres, y lo llevaron en triunfo.

Al entrar en casa de Lastenia encontramos á Arístipo, quien, de alli á poco, nos dejó.

Como aquel galan filósofo era el objeto oculto de mis zelos, me aventuré á decir á Lastenia: „Que aquel hombre, tan sosegado y apático, ó habia de sentirse agitado de su amor, ó habia de tener el alma petrificada por la cabeza de Medusa." — Confieso, Antenor, que soy la muger que mas ha amado; y tambien, que su jovialidad, su talento y sus luces, divirtieron mi imaginacion, y empeñaron los afectos de mi alma; pero no ha tenido arte para alimentar aquella ilusion. Quiso agradarme, y lo logró; pero el entendimiento, aunque entretiene, no quema: es un fuego de fósforo: el amor no pasa de un sentimiento comun y despreciable, cuando no lo acompaña algo de embriaguez y de entusiasmo. Pero como yo no tenia mas que veinte años, fui seducida, y acaso lo fui tanto por el amor, cuanto por el lenguage y adhesion de Arístipo; y no hay duda en que mi debilidad y mi inclinacion le hubieran dado el triunfo, si sus chistes, sus chanzas y sus ligerezas, no hubiesen, poco á poco, entibiado mi corazon. Cuando hablaba, le encontraba yo mil gracias, y me

daba la enhorabuena de su conquista; y cuando se iba, mis reflexiones le eran contrarias, y me afirmaba en mis repulsas. Por fin, fijó mi irresolucion un pasage de su conducta. Ya sabeis el desastrado fin del hombre mas sabio de todos, esto es, de Sócrates. Arístipo era su amigo, y dejó de visitarlo desde que lo condenaron á beber la cicuta. Preguntéle el motivo.—»Si yo pudiera, me contestó Arístipo, romper sus hierros, volaria á socorrerlo; pero como me veo imposibilitado de servirlo, me ahorro el dolor de verlo padecer: ¿á qué viene inventarse penas? Cierto dia, que habia yo de dar una gran comida, me dijeron, que estaba espirando un amigo íntimo mio. Inmediatamente participé la novedad á mis convidados, y corrí á emplear todas mis atenciones en el enfermo. No pude retardar su muerte ni un minuto: espiró una hora antes de ponerse el sol. Envié, al instante, á llamar á mis amigos, y no fueron del todo inútiles mis gastos."—„Vuestra filosofía, le dije, es de una complexion felicísima, porque podeis disfrutar de todos los placeres, menos del de verter lágrimas."

Aquel adquirido conocimiento de su carácter me determinó; y despues de una penosa lucha, lo envié á llamar. El se portó con su ordinaria ligereza, diciéndome cosas agradables y lisonjeras. Resistí á la seduccion. „Querido Arıstipo, le dije, no

sin algun encogimiento aprecio vuestra inclinacion, y os aseguro, que vuestra filosofía amable, y lo chistoso y penetrante de vuestro entendimiento, serán, mientras viviere, el encanto de mi vida. Nacísteis para instruccion y para adorno del mundo; pero confesadme que no nacísteis para amar. — ¿Qué decis, Lastenia? ¿por qué quereis echarme tan cruelmente del templo del amor? — Porque no teneis, Arístipo, el don de amar, y porque amais por sistema, y por conveniencia, y no por sentimiento. — Pero, Lastenia, las máximas son necesarias hasta en el amor: este dios es un niño, y como tal, se ha de juguetear con él, y no tratarlo gravemente. Las pasiones, tumultuosas y ponderadas, cansan al alma y la cargan de nubes. El céfiro es quien abre las flores, y el boreas quien las marchita y abate. — Pues bien, Arístipo, os cojo la palabra: os deberé mi reposo y mi filosofía. Habeis desembarazado mi entendimiento de muchas preocupaciones: me habeis ilustrado: permitidme, pues, que yo os ilustre á mi vez. En vos el amor no es mas que una fantasía y un movimiento del amor propio: quereis parecer amable, pero se os da poco de amar ó de ser amado. Ceñíos, pues, á la amistad, que es un sentimiento mas sosegado, y mas análogo á la esencia de vuestra alma. — ¿Qué hablais, Lastenia? ¿que-

reis encerrarme en el estrecho círculo de la amistad? — Sí, Antenor; con tal que me juzgueis digna de ser objeto de la vuestra. — No puedo rehusar, Lastenia, un título tan lisonjero, porque sois muy amable, y valeis mucho; pero con dificultad apagaré el fuego que han encendido en mí vuestros sobrados atractivos. — Consultaos bien, Arístipo. Con el talento que teneis encontrareis mil amantes; pero una verdadera amiga es muy rara. — Me temo, Lastenia, que teneis razon. Vaya, pues: repudio al amor, y abro mi puerta á la amistad."

Desde entonces es amabilísimo nuestro trato. Ni celos, ni querellas excitan, entre nosotros, altercados. Cuando reincide en su defecto habitual, hablándome de galantería, le digo riéndome: „cuidado que os engañais: mirad que vamos por el camino de la amistad."

## CAPITULO VII.

*Modo de pensar de Lastenia sobre el amor. Compone Antenor una tragedia para agradarla.*

Visité con sobrada frecuencia á la amable Lastenia, y se me clavó en el alma el dardo del amor. Siglos de vida hubiera yo dado por ser amado de ella algunos meses. Díjome un dia, hablándome de la mala

eleccion de algunas mugeres en sus inclinaciones: „Jamas amaré hombre que no tenga talento y erudicion. Si puede perdonársenos alguna flaqueza, es solo en el caso de que el talento y mérito del objeto amado publique, que nuestra inclinacion está purificada por un gusto fino y delicado. Amar á un necio es identificarse con él; es poner carteles de que se tienen sentidos, y no alma; y es despojar á Venus de su ceñidor."

Aquel discurso bastó para dedicarme al estudio, y para buscar la gloria; de manera, que concebí el proyecto de componer una tragedia. Trabajé en ella misteriosamente, con el ardor é impetuosidad de un jóven. Mi plan fue obra de una semana, y mis versos la de un mes; verdad es que empleaba hasta las noches. Instaba el tiempo, porque estábamos ya en la primavera, que era el tiempo en que se celebraban las grandes fiestas de Baco. El asunto de mi pieza era la muerte de Aquiles, dada por Páris, en el instante en que iba á casarse con Políxena.

Acabado mi drama, se lo leí á cinco jóvenes, amigos mios, iniciados en los misterios de la literatura. No se conformaron en sus elogios ni en sus censuras. Uno aprobaba lo que criticaba el otro. Este queria suprimir. Aquel pretendia aumentar. Finalmente, despues de haber analiza-

do, desmenuzado, criticado y aprobado mi drama, durante toda una mañana se retiraron aquellos bellos espíritus, dejándome mas indeciso que antes de la lectura.

Confié mis ansias y mi suceso á otro amigo sabio sin presuncion, que cultivaba las letras solo por hacerse feliz. — Escuchad, me dijo, el pasage de Polícleto de Siciona, célebre estatuario. Trabajaba á un mismo tiempo dos estátuas semejantes, la una en público, y la otra en secreto: para esta consultó solamente con su ingenio, y para la otra admitió cuantos consejos le dieron, corrigiendo, añadiendo y quitando á gusto de los críticos. Acabadas ambas obras, las expuso una al lado de la otra. Censuraron amargamente la estatua pública; y la de su ingenio reunió todos los sufragios. — „Atenienses, exclamó entonces Polícleto, la figura que criticais es obra vuestra, y la que admirais es obra mia." Aconséjoos, pues, añadió mi amigo, que confieis en vuestras fuerzas, y que sigais vuestra minerva. — Con mucho placer hubiera yo consultado á Lastenia, cuyo buen gusto y sana crítica conocia; pero aspiraba yo á sorprenderla y admirarla con un golpe maestro.

Cuando ya hube pulido, limado y dado el último color á mi cuadro, encontré á Eúpolis, poeta dramático, á quien habia yo visto muchas veces en casa de Lastenia.

Me convidó á ver una comedia suya, que habia de representarse en las fiestas de Baco. Parecióme favorable el momento para confiarle el secreto de mi produccion y pedirle sus luces, y añadirle, que esperaba de su amistad un lenguage sincero. Asi me lo prometió, y con tanto mas zelo, cuanto que él mismo lo exigia de los amigos suyos. Lo convidé á comer para el dia siguiente: tratéle con esplendidez, y acabada la comida, empecé mi lectura. Escuchó atentamente, me detuvo sobre ciertos menudos reparos, y me hizo observaciones juiciosas; pero quedó satisfecho de mi ensayo, me aseguró que tendria un éxito lisonjero, y me dejó prendado de él y de mi obra.

Inmediatamente la presenté al primer arconte y á los jueces, nombrados con él, para admitir ó desechar las piezas (*a*): dignóse de serme favorable. Quedé inscripto, y aguardé la representacion con toda la impaciencia de los autores.

Llegó aquel dia. Asi que salió el sol corrí al teatro, que se abre á aquella hora, porque en las grandes dionisíacas se representan diez ó doce piezas al dia, y no se aca-

(*a*) Habia en Atenas un tribunal nombrado para juzgar las piezas teatrales. Algunas veces se juzgaban, en pocos dias, hasta cien tragedias. Cada poeta debia hacer representar tres dramas trágicos, y uno satírico.

ba el espectáculo hasta entrada la noche. Estaba adornada la escena con decoraciones muy bien ejecutadas, por una parte, y por otra, con un vasto anfiteatro, que se levantaba hasta una grande altura.

Acudió el pueblo de monton; y subia, bajaba, gritaba, reia y se rempujaba sucesivamente. En medio de aquel tumulto vi entrar á los nueve arcontes ó magistrados primeros, á los tribunales de justicia, al senado de los quinientos, á los oficiales generales del ejército, y á los ministros de los altares, que ocuparon las gradas inferiores. Las mugeres se colocaron lejos de los hombres y de las cortesanas.

Los Atenienses ricos traian tapices y almohadones de púrpura. A otros, mientras la representacion, les trajeron vino, pastas y frutas. El número de los espectadores ascendia á treinta mil. ¡Qué concurrencia para un autor (*a*)!

Di á los actores, para causar mas impresion, un calzado altísimo, máscaras nuevas y vestidos talares y magníficos. En mi drama salian sombras de los sepulcros, hacia comparecer divinidades infernales, hórridas y lívidas, armadas con antorchas, y

(*a*) Pericles estableció fondos para que se distribuyeran á los ciudadanos pobres, que no podian pagar sus asientos en los espectaculos; y el pueblo pronunció pena de muerte contra quien propusiese aplicar aquellos fondos á otros usos.

entrelazado el pelo con serpientes, y habia tambien horribles espectros que rugian. Viéndome, pues, apoyado con tantos medios, y casi no dudando del éxito, me coloqué lo mas inmediato que pude de Lastenia para gozar en mi ánimo, de sus aplausos y de sus lágrimas. — Abrióse la escena, llegó el coro al número de quince personages (*a*), precedidos de un flautista, que arreglaba la marcha. Los que hacian el coro eran ancianos, y jóvenes de ambos sexos, que representaban sacerdotes y guerreros. (*b*). Apoderóse de mí el terror, y se sucedieron rápidamente mis pulsaciones. Primero escucharon los espectadores en silencio, sin señal alguna de aprecio ni de reprobacion; pero á poco empezó el murmullo, el cual, semejante al viento ligero, precursor de las borrascas, creció, se elevó, y prorumpió en silbidos y en risas inmoderadas. Mis espectros y sus rugidos solo asustaron á las mugeres y á los niños. Heme aquí transido, helado, palpitante y fuera de mí. ¡Qué caida tan dolorosa! ¡y delante del objeto de mi amor!..... A pesar de todo, contaba yo mucho sobre mi últi-

(*a*) Los coristas eran quince en la tragedia, y veinte y cuatro en la comedia.

(*b*) Los coros cantaban todos juntos cuando los actores se retiraban, ó bien se mezclaban frecuentemente en la accion, y cantaban ó declamaban con los personages.

mo acto, en el que habia reunido, como en un foco, toda la importancia de la pieza. Aquiles moribundo presentaba, á mi modo de entender, un cuadro muy patético. Pero súbitamente empezó á tronar, sobrevino la lluvia, y quedó el teatro, los actores, y el autor, abandonados. Todos huyeron, y yo tambien huí avergonzado, desesperado, persuadido á que aquello solo á mí podia sucederme, y maldiciendo á Tespis el inventor de la tragedia (*a*).

No tanto eran mi suplicio los silbidos del público, cuanto la irreparable afrenta que me envilecia para con Lastenia, que era por quien yo habia procurado volar al templo de la gloria.

En las pesadas horas de la noche me asaltó una calentura, y al dia siguiente, solo medité proyectos siniestros. Quise huir de Lastenia y del mundo, sepultarme en un desierto, y terminar allí mi vida odiosa. Entre estas angustias crueles pasé dos dias, solitario, aprensivo, y sin tomar reposo ni alimento.

Al tercer dia por la mañana recibí un billete de Lastenia, la cual me pedia, con instancia, que fuese á verla. Hízome vacilar un necio amor propio; pero en fin, pudo mas el amor que la vanidad. Fuí

(*a*) Como el teatro no tenia techo, se iban los espectadores cuando llovia.

allá. Un pasmo me sobrecogió á la puerta. Temia que supiese ya mi desastre. Asi que alcanzó á verme, se vino á mí, y me alargó la mano con aire afectuoso y risueño, diciéndome: „¿Qué es eso, pobre autor? ¿Con que ha caido vuestro drama, y yo no os puedo consolar en vuestra desgracia? Algo mas presumia yo de vos y de mí." Estas palabras, y la dulce serenidad de su rostro, templaron mis ansias. — ¿Con que sabeis, Lastenia, que soy el desgraciado autor, que....? Espiró la palabra en mis labios. — Sí, Antenor; y desde ayer no mas. Eúpolis es quien os ha nombrado, y quien anunció la caida de vuestra tragedia. — ¡Cómo, Lastenia! ¿El mismo Eúpolis?.... ¡Pues á él se la leí, y me aplaudió, y me aseguró de un éxito dichoso! — ¡O traicion de autor! Bien, Antenor, se ve que sois un joven adepta. ¿Posible es que os fiáseis de vuestro competidor? ¿No veíais que vuestra desgracia realzaba su gloria? Pero decidme: ¿Cuál fue vuestro objeto al componer esa obra? ¿Soñásteis como Esquilo (cuando estaba guardando una viña), que Baco os mandaba hacer una tragedia? ¿O queríais ilustrar vuestro nombre adquiriendo gloria? — No, Lastenia; yo os lo juro: no ambiciono los aplausos del público: otro sufragio mas lisonjero inflamó mi ánimo. Un dia me dijísteis, que jamas amaríais á un hombre sin letras ni talento.

Inmediatamente me dediqué al estudio, y compuse esa pieza infeliz para conciliarme una mirada vuestra. — ¿Con que no aspirábais mas que al sufragio mio? — No mas que al vuestro, Lastenia; y por obtenerlo daria yo toda la gloria de Sófocles y de Eurípides. ¡Ay de mí! puede perjudicarme una tragedia tan vergonzosamente silbada. — Nada temais, pues antes bien os será útil, habiéndome dado á conocer vuestro corazon, y aun la extension de vuestro ingenio; porque el drama, bien que débil y mal concebido, no podia producirlo un hombre sin talento. — Su caida, pues, será mi embeleso, Lastenia. — Nada perdísteis, Antenor. — Al oir esto, me arrojé á sus pies, le juré un amor ternísimo, y la rogué que me abriese su corazon, y que me alumbrase con algun rayo de esperanza. — ¿Con que quereis que yo os ame, Antenor? ¿Sabeis que tengo treinta años de edad, y que sois un niño en comparacion mia? — Con eso, Lastenia, quereis decirme que sois mas instruida y mas amable que yo; pero el amor desarrollará mi talento y los resortes de mi alma, y me levantará hasta vos. — En fin, por entre el velo de la timidez, me dejó divisar que era amado.

En aquel momento entró Arístipo, y dijo á Lastenia: „A buscaros vengo para llevaros al Areópago, porque van á juzgar á la desventurada Eudoxia." — Me habeis es-

tremecido, repuso Lastenia. ¡Cuánto la compadezco! Pero conozco que su culpa es grave. ¡Envenenar á su amante! ¡Qué atrocidad! — Las apariencias deponen contra ella, Lastenia; pero Eudoxia está inocente. El público que siempre es ligero, y que siempre está pronto á condenar, pide á voces su suplicio. Es una barbarie. Escuchad algo de su catástrofe, que acaban de contarme.

## CAPITULO VIII.

### *Historia de Ifícrates y de Eudoxia.*

Ifícrates, que vivia ciegamente enamorado de Eudoxia, tuvo el arte de inspirarla una pasion tan viva como la suya. Eudoxia era hermosa, joven y tierna, y de corazon ingénuo y amenísimo; pero tan limitada de imaginacion que no sabia que amar, y correspondia con una total indiferencia. Ofendido de ella Ifícrates suspendió sus visitas, y al fin, se abstuvo enteramente de su trato y conversacion. Entonces se dispertó en ella vivamente su pasion hácia Ifícrates, y para atraerlo y fijar su corazon, se valió, como crédula y supersticiosa, de una hechicera, para que la confeccionase unos bebedizos, que propuso á Ifícrates; pero, por desgracia, mezcló en ellos ciertas yerbas venenosas.

Pronto sintió Ifícrates la primera operacion del veneno: sobreviniéronle convulsiones, dolores agudos en las entrañas, y ardores insufribles.—„¡Ay! exclamó: Eudoxia, ¿qué has hecho? ¡yo me muero! ¡me has envenenado!" Asustóse Eudoxia, y perdió el color; mas no la esperanza de que aquello fuese solamente un efecto pasagero del filtro. Pero el mal se aumentaba, fermentaba el veneno, y el desgraciado Ifícrates se abrasaba. „¡Me muero! gritó. ¡Qué tormento tan horrible! ¡tú me has dado la muerte! ¡Sí: tú!"—Eudoxia, á la vista de su amante, cubierto con las sombras de la muerte, se estremeció, se desesperó, fue, vino, llamó, imploró socorros. Corrieron á buscar al médico: llegó este, y declaró que Ifícrates moriria del veneno. En efecto, se le trastornó todo el rostro, se le torció la boca, se le hundieron los ojos, y se le puso lívido el color. „¡Acabadme por compasion! gritaba el infeliz. ¡En nombre de los dioses os pido que abrevieis mi suplicio, porque sufro en mis entrañas el tormento de Prometeo! ¿Qué te hice, Eudoxia? ¿qué te hice para que me dieras un veneno tan cruel?" A estas razones, la desesperada y aturdida Eudoxia, se arrojó sobre él, le estrechó en sus brazos, y se quedó pasmada é inmóvil. Recobró luego sus espíritus, y exclamó asi: „Ifícrates mio, que-

rido Ifícrates, yo soy tu asesino y tu verdugo!.... ¡yo, que te idolatro!.... ¡déjame inspirar tu veneno y morir contigo!.... ¡Aquella muger bárbara me engañó! ¡Yo creí que te daba un filtro para que me amaras! ¡Mírame, por los dioses! ¡Perdóname el delito!".... Suspiros y sollozos la interceptaron las voces. Ifícrates, que vió su inocencia y su dolor, levantó hácia ella sus caidos ojos, la alargó una mano, y la dijo con moribunda voz: Amada Eudoxia, yo te perdono: sí; te perdono: sé feliz.... Dicho esto, espiró. Su amante desatentada, horrorizada, lívida y convulsa, quiso matarse á puñaladas, pero cayó en tierra exánime. Levantáronla, lleváronla á su cama, y en ella estuvo tres dias en un delirio continuado, sin caérsela de la boca las palabras veneno, muerte é Ifícrates. Asi que recobró sus sentidos, inundó su cama de lágrimas, invocando la muerte, y pidiéndola como una gracia.

No tardó en esparcirse por Atenas la noticia de aquel envenenamiento. Tuvieron á Eudoxia por un monstruo, por una Euménide; cuando Eudoxia no es mas que una amante ternísima. Un areopagita es quien me ha contado este suceso terrible. — Ya sabeis que el segundo arconte la denunció; y que, segun la ley, ha ya ocho dias que estan expuestos al público su nombre y su delito. Todo Atenas acu-

de al Areópago; y aunque muchos miembros de aquel tribunal se hallan noticiosos de la equivocacion y de la inocencia de Eudoxia, Ifícrates ha muerto, el delito existe, y nuestros magistrados tienen precision de pronunciar una sentencia. Vamos, porque la causa es interesantísima. — Inmediatamente encendieron hachas los esclavos; porque solo de noche se congregaba el Areópago. Dímonos priesa á subir la colina 9. Ya estaban los trescientos jueces ocupando sus asientos. Corria á sus pies la sangre de las víctimas que acababan de inmolar, cuyos miembros sangrientos todavía palpitaban. Sobre una mesa se veían las dos temibles urnas, llamada la una *de la misericordia*, y la otra *de la muerte*. Esta segunda era de bronce, y la otra de madera.

Oimos súbitamente un ruido confuso. Todos se levantaron y miraron hácia donde se notaba el movimiento. Vióse llegar á la desventurada Eudoxia rodeada de la guarda Escita. Su palidez, su penoso andar, su melancolía profunda, el desórden de sus cabellos, el de sus vestidos, y particularmente su hermosura, enternecieron los corazones de todos. Yo oía sollozos, y veía correr lágrimas. Luego que estuvo junto á las víctimas, el arconte rey (*a*) formó su

(*a*) Asi nombraban al segundo arconte.

acusacion, y la denunció como envenenadora. Entonces uno de los areopagitas la mandó que prestase el juramento ordinario. Acercóse Eudoxia, con paso lento y firme, colocóse entre las víctimas sangrientas, paseó sus tristes ojos por toda la concurrencia, y luego exclamó en voz alta: „¡Atenienses, juro por los dioses, y por las Euménides, que tienen aqui cerca su templo, que yo soy quien envenenó á Ifícrates mi amado, y que, por ello, merezco yo la muerte!" Calló, dicho esto, y cayó desmayada.

Los areopagitas, sin mas informacion, se levantaron sucesivamente, tomaron dos piedrecitas, una blanca y otra negra, con el dedo pulgar, el index y el del medio, y fueron á echar la una de las dos en una de las dos urnas. Mientras esta ceremonia lúgubre, palpitaban todos los corazones, y aguardaban, con susto, la fatal sentencia.

Vueltos otra vez los jueces á sus asientos, abrieron las urnas, y contaron las piedrecitas. Fue mayor el número de las blancas. Los magistrados entonces trazaron, con la uña, sobre una tablita, cubierta de cera, una línea corta; lo cual anunciaba la absolucion del acusado; asi como la línea larga denotaba la condenacion. Presenraron la tablita al público; y este dió ponderados aplausos á la prudencia y be-

nignidad de aquel juicio. El tribunal sabio se sintió movido á compasion á la vista de una infeliz, enloquecida y culpada por un exceso de amor.

Asi que Eudoxia dió señales de vida, la noticiaron su perdon. „¡Y qué perdon! exclamó: ¡solo la muerte es un favor para mí!"

Tal fue la célebre sentencia del Areópago. Eudoxia no sobrevivió mucho tiempo á ella. Perdió el reposo, y huyó de sus ojos el dulce sueño: tanto de dia como de noche no veía mas que espectros, ó la irritada sombra de su amante, que la acosaba reprochándola su muerte. Por último, murió pronunciando el nombre de Ifícrates.

Aquella escena lastimosa dejó profundamente pesarosa el alma de Lastenia; quien me contó otra sentencia que honra mucho la sabiduría y luces del Areópago.

Teléciles, muger de la rica Siciona, casó segunda vez con Pisódoro. Tenia un hijo de su primer marido llamado Licio, jóven de lucidas esperanzas. En el segundo matrimonio tuvo otro hijo, el cual, asi que llegó á la edad de la adolescencia, dió entrada en su alma al odio y á los zelos. No podia tolerar á su hermano: bien es cierto que su mismo padre nutria é irritaba el aborrecimiento. Agitados ambos de las furias, llevaron á Licio á un parage so-

litario, y allí lo degollaron. Su madre lo lloró mucho tiempo al lado de sus asesinos, confiándoles sus ansias y dolores. Pero, al fin, la justicia del cielo descubrió su maldad. Todo se supo; y al saberlo Telécides concibió tambien la venganza y el delito. Con un activo veneno mató á los dos culpados. Prendiéronla y lleváronla á muchos tribunales, en los que no se atrevieron á condenarla ni absolverla. Llevóse la causa al Areópago, donde, despues de largo y maduro exámen, se decretó, que las partes compareciesen dentro de cien años.

Yo no me atreví á volver á hablar á Lastenia sobre que me hiciese dichoso; pero un acaecimiento determinó su indecision, y me hizo el hombre mas afortunado del mundo.

## CAPITULO IX.

*Lucha Antenor con un toro. Esperanza lisonjera.*

Nos íbamos paseando por el campo, y subimos á una eminencia, llamada la colina de los caballos, adonde se dice que Edipo fue á llorar sus desgracias. Gritó Lastenia súbitamente: volví la cabeza, y vi que un toro furioso la embestia. — ¡ Libradme, libradme! decia á voces; y yo, ligero como el viento, me puse delante de

la fiera: no tenia yo mas arma que un garrote largo, con que le sacudí: irritado el animal, quiso destrozarme: evité su acometida, eché á huir, y dió tras mí. Unos pastores armados con una especie de chuzos, acudieron á defenderme. Agarré uno de los chuzos, esperé á mi enemigo, y, cuando quiso herirme con las astas, le atravesé con mi chuzo, y le derribé muerto en tierra. Gritaron los pastores aplaudiendo mi victoria, y me coronaron, como en los juegos olímpicos, con una corona de olivo. Inquietábame, sin embargo, el no ver á Lastenia. La busqué, y la diviné, por fin, sobre la colina, desde la cual habia visto mi batalla y mi triunfo. Corrí hasta llegar á sus pies, y en ellos depositè mi corona. Echóme entonces los brazos al cuello, diciéndome: „Abrazo al nuevo Teseo, vencedor del toro de Maraton: á ese le debo la vida; y á ese le recompenso con este abrazo." Aquel fue el primer abrazo del cariño. ¡Qué dulce para mi corazon!

## CAPITULO X.

*Papel enojoso de Lastenia. Conversacion de Antenor con el filósofo Xenócrates.*

Lleno de regocijo, de resultas de mi victoria, iba, al dia siguiente, á visitar á

Lastenia, cuando recibí de su parte, un billete, que decia: „Siento, querido Antenor mio, verme precisada á diferir mi paseo del campo, por una sagrada obligacion, que me llama adonde parto luego: os noticiaré mi vuelta: conservad vuestra salud, y sed feliz."

Me aterró aquel billete. Creíme burlado y vendido, y maldije al amor, á mi estrella y á Lastenia. Corrí á su casa desesperado, é hice mil preguntas sobre su partida. Nada pudieron decirme; y aquel misterio me llenó de terrores y de sospechas. Vagué por las calles y por las plazas; me fui desde el Pnix al Cerámico, y desde el Cerámico á la calle de las Trébedes, caminando por acaso y sin objeto, absorvido en mis pensamientos, sin ver nada, hablando solo, y exclamando, de tanto en tanto, ¡la ingrata! ¡la pérfida! ¡la falsa!.... Al pie de la escalera que va á la ciudadela, le di un codazo á un hombre, que me detuvo, me nombró, y se me quedó mirando: vi que era el filósofo Xenócrates, á quien yo conocia. „Jóven, me dijo, ¿qué tienes? parece que vas fuera de tí: ¿estás enfermo?" — ¡Ojalá que estuviese muerto! — Ya te entiendo: tienes penas y pesares. — ¡Soy el mas desventurado de los hombres, Xenócrates! — Puede ser que sí, Antenor; pero sígueme. — Agarróme por la mano, y subimos á la ciudade-

la. „Mira, me dijo, enfrente de tí los propíleos, ó los vestíbulos de la ciudadela, que es un monumento magnífico, erigido por las órdenes de Péricles: estan cubiertos de mármoles blancos, y se entra á ellos por cinco puertas grandes. Mira alli á la izquierda el templo de la victoria. Henos aqui ya en la ciudadela. Examina todas esas estatuas, animadas por el cincel de Miron, de Fídias, y de los mas celebrados artífices. Alli estan Mercurio y las tres gracias que se atribuyen á Sócrates. Saluda los retratos de Péricles, de Formion y de Timoteo. Pero mira aquellos dos altares: el uno es el del pudor, que debiera ser servido por las gracias, y el otro es el de la amistad, asilo de las almas nobles y sensibles...... — Pero no me oyes: estas sordo y ciego: ¡ qué flaqueza! Pon los ojos sobre las casas de la ciudad. — Ya las veo, Xenócrates. — Represéntate ahora, Antenor, cuántos sinsabores, pesares y males habitaron, en tiempos pasados, bajo esos techos, y cuántos los habitan todavía, y cuántos los habitarán en la serie de los siglos. Cesa, pues, de afligirte, como si fueras el único individuo paciente, y como si debieras estar exento de los males que acompañan á la humanidad. Pero vamos á pasearnos al jardin de la Academia[1]: ese es mi paseo favorecido: la sombra de los plátanos, la salubridad del aire,

y la frescura de las aguas, templarán la efervescencia de vuestros espíritus. Conviene distraerte. Un ser, dotado de razon, no debe dejarse abatir por un reves, que, frecuentemente, suele incluir el gérmen de su felicidad." — Hallamos el jardin solitario. Sentémonos, dijo Xenócrates, sobre este banco, y hablemos. Un filósofo debe ser médico del alma: con que asi, ábreme la tuya, y verteré en ella las dulces lecciones de la filosofía. ¿ Es causa de tus pesares la ambicion chasqueada, ó tu fortuna destruida? — No, Xenócrates: no estaria por eso tan pesaroso: mi dolor me angustia allá en lo mas hondo del corazon. — Me parece, Antenor, que lo adivino: es mal de amor. A tu edad se da mucha importancia á tales niñerias: la indiferencia de una muger, sus rigores, su infidelidad, y una mirada mas ó menos tierna, perturban la cabeza de un jóven, y trastornan, á sus ojos, la gran naturaleza; y todo esto por un objeto adornado con los colores de nuestra imaginacion, que, acaso, será desdeñado de alli á poco. — Vos, Xenócrates, estais en vuestro otoño; y á tal edad se rie de una pasion, que es juntamente la delicia y el tormento de nuestra juventud. — He pasado, Antenor, como cualquiera otro, por la primavera de la vida, y he cometido sin duda, muchas faltas; pero he podido señorear mis senti-

dos, y sobreponerme al imperio de la hermosura y del amor. Mas de una sacerdotisa de Diana es menos vírgen que yo. Sabíanlo en Atenas, y estaba yo en la estacion de las fruiciones, cuando la famosísima Lais, que oyó citar mi continencia y mi apatía, se atrevió á apostar, que triunfaria de ellas, y que me seduciria. Envióme un atento recado para que fuera á verla. —Muchas veces, Xenócrates, he oido nombrar á esa cortesana; pero la conozco poquísimo. —Pues primero, Antenor, voy á bosquejarte algunos de su lineamentos.

Lais es natural de Sicilia. Un General Ateniense la transportó á Grecia. Ella se estableció en Corinto, se votó al culto de Venus, y vendia sus favores al que mas daba. Hallábase dotada de rarísima belleza, y de exquisito talento. Los pintores iban á verla para tomar modelos á presencia de la hermosa proporcion de su persona. Apeles fue quien logró sus primicias. Él la vió volviendo de la fuente, y quedó pasmado de su hermosura. Llegóse á ella, la lisonjeó, y la redujo á que se fuese á comer con él á casa de unos amigos suyos. Estos se burlaron de él, objetándole, que, en vez de una ninfa ejercitada, les llevaba una jóven inocente. —„No os dé cuidado, les dijo Apeles, que, antes de tres años, sabrá bien lo que se hace." Cumplió la palabra. Lais Llegó á ser una de las cortesa-

nas de mas nombre. Toda la Grecia la amó. Demóstenes fue expresamente á Corinto, para comprar su hermosura; pero maravillado del precio, la renunció, diciendo, que no compraba él tan caro un arrepentimiento. El anciano escultor Miron ambicionó tambien sus favores, pero fue desechado. Atribuyó su desgracia á sus canas, y por eso las ocultó bajo una peluca, y volvió á ver á Lais, quien le dijo: „Eres necio en pedirme una gracia, que he rehusado á tu padre." Burlábase Lais, muy á menudo, de la decantada sabiduría de los filósofos. „No sé, decia, si serán mas austeros que los demas hombres: lo que sí sé es, que no frecuentan menos mi puerta." Pero aquella hermosura altiva, que vendia sus favores á tan elevado precio, los franqueaba de balde al Cínico Diógenes. Imitaba á los médicos caritativos, que curan á los pobres gratis.

Tal era la bella Lais. Acudí á su llamamiento. La encontré en su tocador. ¡Qué lujo! ¡qué inutilidades!

Estaba rodeada de palancanas y de aguamaniles de plata, de espejos grandes y pequeños, de agujas para separar los cabellos, de hierros para rizarlos, de tiras de varias telas para cogerlos, de encajes para rodearlos, y de polvos amarillos para esparcirlos sobre ellos y dorarlos. Veíanse tambien, sobre aquel altar de Venus,

cajas con arrebol y albayalde, para hermosear la piel; otras con negro, para teñir las cejas; y otras con opiata, para los dientes. Y no hablo de muchísimas esencias, ni de la planta partenon, con que nuestras damas hermosas sahuman sus lienzos, ni de las almohadillas de olor que llevan en sus faltriqueras. Vi tambien, con admiracion, que aquella hermosura se refregaba los párpados con unos polvos muy astringentes. Preguntéla ¿cuál era su utilidad? y me respondió que servian para estrechar los párpados, y hacer los ojos mas grandes y rasgados; y añadió, que todas las damas usaban de la misma receta.

Pero lo que me hizo reir, fue ver en medio de aquellos trofeos del lujo y del engaño, una pequeña biblioteca, que contenia las piezas teatrales de Menandro, de Aristófanes, de Eurípides y de Sófocles. A estos se seguian los poetas eróticos Demófilo, Mosco, Anácreon, y todas las producciones del dia. — Son los libros que leen nuestras mugeres de moda, las cuales leen no para madurarse el juicio, sino para ostentarse eruditas, y hablar con elegancia.

Recibióme Lais con la sonrisa en los labios, y me alegó no sé que pretextos sobre el deseo que tenia de verme. Destilaban de su boca elogios y palabras dulces. Segun ella, era yo el filósofo mas grande y mas sabio, y me confirmaban en esta

sabrosa preocupacion sus miradas lisonjeras y acariciadoras. Preguntóme ¿qué cosa era un filósofo? — Es un hombre, la respondí, que hace por su voluntad y por su razon, lo que hacen los demas por temor de las leyes y del castigo. — ¿Y qué es necesario, repuso Lais, para ser dichoso? — Lo contrario de lo que haceis, la añadí. — Veo que no sois cortesano, Xenócrates." — Pero todo esto lo dijo continuando su tocador, poniéndose sus polvos amarillos, peinándose las cejas, extendiéndose, con arte, el arrebol y el blanquete sobre sus frescas mejillas y hermoso seno, perfumándose el pelo con esencias, sembrando en él piedras preciosas y cigarras de oro, poniéndose en las orejas almendras, tambien de oro, en figura de higos. — ¡Qué de trabajo, la dije, para desfigurar los dones de la naturaleza! — »Acaso teneis razon, Xenócrates; pero me precisa obedecer á la moda, que es una divinidad con su culto y con sus ritos. — Y con muchas víctimas, Lais. — Pero, Xenócrates, yo creo que aun la mas rígida filosofía debe convenir en que puede rectificarse y hermosearse la naturaleza, y en que los prestigios del arte sirven, á lo menos, para disimular sus defectos. — Sí, Lais; pero el arte debe siempre tomarla por modelo, é imitar, en muchos casos, hasta sus imperfecciones."

Dos muchachas esclavas pusieron á Lais

una túnica, sobremanera blanca, y se la recogieron, por debajo del pecho, con un ancho ceñidor: la túnica bajaba, en pliegues ondulantes, hasta los talones, y todo el ruedo inferior lo adornaban cintas de varios colores. Púsose Lais, por encima, otra túnica mas corta, y una especie de mantilla, rodeada de manera, que señalaba todos los contornos de su voluptuoso cuerpo. Despues cargó su cuello de perlas y de piedras preciosas, y se metió en las faltriqueras almohadillas de olores. Asi que dió la última mano á tan largo afan, despidió á sus esclavas, y quedamos solos. Hízome sentar á su lado sobre una camilla, cubierta de púrpura; y como notase, que, no obstante tantos atractivos y gracias conservaba yo mi fria gravedad, se determinó á confesarme, que, despues de haber visto á sus pies á los hombres mas amables, y á los mayores personages, la seria muy lisonjero conquistar á un sabio, que era el honor de la filosofía; y diciendo esto, me apretaba cariñosamente la mano. Yo la respondí, que hartos triunfos la habian dado todos aquellos grandes hombres, y que se atuviese á ellos, pues mi conquista nada aumentaria sus glorias. A Dios, Lais, añadí, pues me voy por excusaros el desaire de una repulsa. Y la dejé, dicho esto, mas encendida de su confusion y de su vergüenza, que de su amor fingido. — Vues-

tro estoicismo, dije á Xenócrates, es inimitable[11]. ¿Con que Lais perdió su apuesta? _ Pero no quiso pagarla, Antenor, alegando, que ella habia apostado seducir á un hombre, y no á una estatua.

En esto se llegaron á nosotros algunas gentes, y nos noticiaron que Teofrasto estaba á los últimos de su vida. Disputaron sobre su edad; pero todos fueron de dictámen de que moria abrumado de años y de fatigas, pues contaba ya noventa y nueve años, cuando compuso su famoso libro de los caractéres[12], que cualquiera diria ser obra de un jóven vivísimo y alegre.

Aprovechéme de la ocasion para evadirme. Necesitaba yo estar solo; y queria buscar á Lastenia; pero perdí pasos y trabajo. Estaba despechado y fuera de mí.

## CAPITULO XI.

*Papel anónimo, mas consolador que el primero. Consecuencias del papel. Muerte de Teofrasto.*

Amanecia el sexto dia, despues de mi desgracia. Llamó un esclavo á mi puerta, y me entregó un billete, que contenia estas palabras: „Seguid á ese esclavo, sin rezelo, que él os guiará bien." Como no pude conocer la letra, le pregunté; y me respondió, que tenia la orden de acompa-

ñarme, y no la de hablar. — „Anda, pues, que ya te sigo."

Despues de una hora de camino, llegamos á una puertecilla. Abrióla el esclavo, y entramos en una calle de chopos, al cabo de la cual se presentaba una preciosa casa. Entróme en una sala octógona, sencillamente amueblada, bien que con fino gusto, y desapareció. Delante de la casa habia un terrado, adornado con columnas pareadas, del orden dórico, que dominaba un gran jardin. Gocé en él de una admirable perspectiva. Descubria el mar, cuya superficie plateaba el sol, y tambien el campo, risueño con su verdura, y rico con los frutos y flores, y cubierto de bonitas habitaciones, y de verdes colinas. Al pie del jardin paseaba sus aguas el Céfiso. Estuve un cuarto de hora como encantado con semejante vista, creyéndome transportado á los campos Elísios. Pero no tardé en acordarme de que estaba solo, de que ignoraba por qué me conducian allí, y quien la habitaba.

Para cerciorarme bajé del terrado: recorrí un cuadro lleno de rosas, y de las flores mas bellas de la primavera, que tenia en el centro un tazon de mármol blanco, en el que dos náyades vertian de sus urnas abundantes aguas.

Era sobrada mi preocupacion para ver bien, y asi mis extraviados ojos buscaban por

todos lados. la divinidad de aquel pequeño Elísio. Una calle de plátanos me llevó á una pradera esmaltada de flores, y cortada, en muchos parages por un arroyuelo, que corria sobre unas guijas. Terminaba la pradera un bosquecillo, en cuyo interior, á derecha y á izquierda, divisé dos gabinetes de verdes hojas. Entré en el de la izquierda, y en él vi dos estátuas de mármol de Páros; la una representaba al amor, el cual, con maligna sonrisa, ajustaba una flecha sobre su arco, y la dirigia contra una ninfa, que estaba enfrente, y que doblaba la rodilla, y tendia los brazos al amor, como rogándole que no la hiriera. Era obra de Alcámenes.

Inquieto siempre, pasé á visitar el gabinete opuesto. En medio, sobre un pedestal, estaba el grupo de las tres gracias, obra magistral, digna de Fídias, que era su autor. La primera tenia en la mano un ramo de mirto: la segunda una rosa para significar la primavera; y la tercera un huesecillo, símbolo de los juegos de la niñez. Estaba el amor á sus pies, sonriéndose con ellas, y mirándolas con benignos ojos. Púseme á examinar, de mas cerca, la estátua del medio, y me pareció que era retrato de Lastenia. Transportado entonces, exclamé: ,, ¡ O querida Lastenia mia! ¡ ingrata Lastenia! ¿ Eres tu? ¿ por qué huyes de mí? ¿ dónde estás?" Oí, en esto, agi-

tarse el follage, salí del gabinete, y ¿qué ví? á la misma Lastenia, que me dijo, con aire risueño: „Vedla aqui." Quedé pasmado de admiracion y de alegría. — ¡Vos sois Lastenia! la dije: ¡la que tanto me habeis hecho padecer! ¡la que me abandonais! — „Habeisme condenado sin oirme, Antenor: los hombres, y especialmente los amantes, son injustos. Pero sentémonos: escuchad, y juzgad luego.... La noche del dia en que vuestro valor triunfó del fogoso toro, me noticiaron que Teofrasto se moria, y que deseaba verme: yo le queria por agradecimiento, y por amistad, pues cultivó mi entendimiento y mi alma. Entre la afluencia de discípulos que tenia en el Liceo (pues se contaban hasta dos mil) me distinguió, y me prodigó sus cuidados y consejos. Le debo la poca filosofía que tengo, y me enseñó á economizar el tiempo. Decíame con frecuencia: „El mayor gasto que puede hacerse es el del tiempo."

De algunos años á esta parte, vivia retirado en el campo, donde aun ocupaba el estudio sus ocios. Asi que supe su peligro, pasé á verle. Los cuidados que se deben á la amistad paciente, son primero que una promesa hecha al amor dichoso. ¡Ay! encontré á mi amigo moribundo, y con mi presencia se animó. „¡Amiga mia! exclamó el anciano venerable: ¡Qué rápida es

nuestra existencia! ¿Por qué dieron los dióses á las cornejas y á los ciervos una carrera tan larga? ¡Oh naturaleza! Unos seres mudos é inanimados vivirán muchos siglos, y quizás existirán mientras durare el mundo: ¡y el hombre, cuyo pensamiento lo abarca y lo comprende, no tiene mas que un pasage instantáneo! ¡el primer instante de su vida toca al de su muerte! ¡los astros que le alumbran hoy alumbrarán mañana su tumba!" Quísele persuadir á que su fin no estaba tan cercano. ,, No temo la muerte, me dijo. ¡Ah! ¡la vida es un viage que se hace de meson en meson! ¡llegué ya á las puertas de la muerte, y es preciso entrar!" Hablóme despues sosegadamente de sus disposiciones, de sus obras literarias, de su tratado de las plantas, y de sus caractéres, que prefería á todos sus escritos. En el momento de espirar, me tomó la mano, y se la puso sobre su corazon, diciéndome: ,, Ve aqui lo que es la vida del hombre." — Le he llorado dos dias en esta soledad, porque no me pareció bien entregarme á los placeres al dia siguiente de la muerte de mi amigo. ¿Qué decis, pues? ¿me hallo tan culpada? ¿os quejais de mí con razon? — De ningun modo: la amable Lastenia no puede extraviarse, siguiendo los movimientos de su corazon. — Salgamos de aqui, Antenor, me dijo sonriéndose, porque este asilo puede serme peligroso. — No os olvideis

de vuestra promesa, Lastenia, y especialmente, de lo que he sufrido. — No, Antenor, no lo olvido. Acabemos de ver mi pequeño retiro: venid á ver mi pajarera.

El enrejado de alambre estaba entrelazado con ramas de granados y de laureles. En el centro de la pajarera corria una fuente, sombreada por un mirto, y habia en ella muchísimos pájaros de los mas raros y vistosos. — Aqui, me dijo Lastenia, sobre este banco de césped, vengo á pasar horas enteras en escuchar la dulce melodía de estos musiquillos: aqui me complazco en observar la amable sencillez de sus costumbres, que contrastan tanto con el artificio de las nuestras; y aqui comparo su tranquila felicidad, con la inquietud y con las pasiones que consumen al corazon humano.

Pero entremos en aquel recinto de olmos y de cipreses [14]. — Triste me parece su aspecto, Lastenia. — Como que han de habitarlo la melancolía y el duelo, Antenor. ¿Veis aquella urna? pues es la que contendrá mis cenizas, cuando mi alma se una al Ser supremo que la crió. Aqui vengo muy á menudo, á familiarizarme con la muerte. Sois mas jóven que yo, y, acaso, vendreis algun dia á derramar flores sobre ella, y á llorar á vuestra amiga. — Dejemos Lastenia, esos pensamientos aflictivos. — ¿Por

qué son aflictivos, Antenor? Nuestra alma sobrevive á la disolucion de nuestro cuerpo para nuestra felicidad: ¿por qué, pues, hemos de mirar con disgusto la tierra en que nos convertimos? Dejemos correr la vida dulce y sosegadamente, y miremos la muerte como un sueño suave, que termina una jornada penosa. — Vamos ahora á visitar lo interior de mi soledad, que es un regalo de Arístipo, que he aceptado con el fin de volverlo, muerta yo, á él ó á sus herederos. — ¡Dichosísimo aquel, Lastenia, que pudiera consumir toda su vida á vuestro lado! — Me guardaria yo bien, Antenor, con el amante que fuese mas apasionado, de encerrarme aquí para siempre. Todas las rosas se trocarian pronto en adormideras. Advertid, que la flor del placer solo se cria sobre los arbustos espinosos.

Estábamos ya entonces sobre el terrado; y Lastenia (despues de haberme dado á admirar la belleza del sitio, el magnífico cuadro del mar, del rio y de la campiña), me llevó á la sala. — Aquel gabinete de la izquierda, me dijo, es el santuario de las musas, y en él encontrareis libros selectos, y el retrato de Homero, de Hesíodo, de Anácreon y de Platon. ¿Quereis rendirles vuestros homenages? — No, Lastenia, sino antes bien llevadme al templo del amor. — La alameda que á él guia, Antenor, es

risueña; pero la vuelta suele ser muy triste. Visitemos, no obstante, la capilla de Flora, que está enfrente, y en ella vereis hermosas flores. — Con dificultad veo, Lastenia, porque mi pensamiento y mi alma habitan en una region superior. — Comprendo que os importuno, Antenor; pero debeis usar de alguna indulgencia con una propietaria, deseosa de que admiren su buen gusto y su ingenio en la disposicion y adornos de su casa.

La sala de Flora era de forma ovalada, incrustrada de mármoles blancos, con pilastras de pórfido. Toda la circunferencia estaba guarnecida de vasos y de cajones de preciosa madera, donde se ostentaban, á porfía, bellísimas flores. — ¿Qué os parece, Antenor, este pequeño templo? — Digno de la diosa.

Vistas tantas maravillas, y refrescando el aire con la cercanía de la noche, nos convidó á gozar de la belleza del campo y de las delicias de la naturaleza. Nos paseamos bajo los plátanos en la pradera. Entre tanto pusieron unos esclavos la mesa del festin sobre el terrado. Tomamos el baño, y despues cenamos. La delicadeza de los manjares, la frescura de la tarde, la vista del ocaso del sol, que derramaba profusamente por los aires el oro, y los mas brillantes colores, la embriaguez voluptuosa de nuestros sentidos, y nuestra dulce y tierna in-

timidad, todo esto junto vertia en nuestras almas torrentes de felicidades. — ¡ Ay sueño encantador, y cómo te has desvanecido! ¿Qué se hizo aquella hermosura, ídolo de los mortales? ¿no es ya mas que un despreciable polvo? ¡Oh amada Lastenia mia! ¿Oyes hoy mis pesares y suspiros? ¿ves estas lágrimas que derramo, despues treinta años de separacion?

Al dejarme, me dijo: »Querido Antenor, te he hecho feliz, y tambien á mí misma. Nunca olvides, cuando se te hubiere apagado el amor, que me debes fidelidad y agradecimiento. — Me separé del gimnasio, de la academia y del liceo. Pero como yo sabia que Lastenia amaba los dones del entendimiento, daba al estudio los instantes en que no podia verla, deseoso de ponerme á su nivel. Me instruia leyendo obras polémicas, y extraia y me sumía en las abstracciones de la metafísica. Fatigado un dia de tantas incertidumbres, y de todos aquellos sistemas, hablé de ello con Lastenia, y me dijo: »Arregla los movimientos de tu alma, y goza de sus placeres, como gozas del sol y de los beneficios de la naturaleza, sin procurar levantar el velo, que ningun mortal ha penetrado jamas. „Al instante desseché aquel fárrago de una filosofía abstracta, y estudié á los poetas y á los oradores. ¡Qué resorte tan admirable es el amor! ¡qué talentos y virtudes no brotaria,

si tan á menudo, no lo rompiese la hermosura!

Desaprobó Lastenia mi retiro. „No des, me dijo, en imitar á Demócrito el Bufon, que se metia en los sepulcros para darse al estudio. La vida contemplativa no es la de tu edad. El estudio esencial de un jóven es el del mundo; y es el libro en que debe leer con frecuencia. Como que estás entre los hombres, y como que has de vivir con ellos, necesitas conocer sus usos, sus costumbres, y la diversidad y extrañeza de sus caractéres. En el torbellino del mundo y en su esfera de actividad, se descubren y se desarrollan los hombres. Tú no has de ser un libro, sino un individuo de la especie humana. El trato del mundo, cuando hay entendimiento, puede suplir el estudio de los libros, en vez de que la ciencia y la teoría, sin la práctica, dan al hombre, en la sociedad, un aire ordinario y prestado, y le hacen inepto para todo. Si acaso es permitido ocultarse en la soledad, es allá al declinar nuestra carrera, cuando ya todo se ha visto y apurado, y cuando se ha pagado la deuda á la patria."

## CAPITULO XII.

*Sentencia pronunciada contra Focion: bella accion de Lastenia.*

En esta época fue cuando el pueblo Ateniense señaló su arrebatamiento y ligereza con una sentencia eternamente vergonzosa. Tal es el pueblo en todos tiempos y paises, esto es, bárbaro y frívolo, dócil y enagenado, ciego é insolente. Decia Epicuro: „Jamas he pensado en agradar al pueblo: lo que sabe, no lo aprueba; y lo que aprueba, lo ignoro."

La historia ha grabado sobre bronce las virtudes y talentos de Focion. Era un filósofo de genio rígido, á quien nunca vieron reir ni llorar. Conciliaba la filosofía y la elocuencia con el valor y la ciencia de un guerrero. Desdeñaba los placeres; y su mesa era escuela de frugalidad. Ya fuese al campo, ó ya estuviese al frente de las tropas, siempre caminaba descalzo y sin capa, como no hiciese un frio excesivo. Cuando la llevaba puesta, los soldados decian: „Focion con capa, señal de invierno crudo." Lo llamaban, por excelencia, el hombre de bien. A este, pues, grande hombre se atrevieron los Atenienses á acusar de inteligencia con los enemigos del estado. Le quitaron el mando de las tropas; y se pre-

sentó al pueblo, á los ochenta años de su edad, para defender su causa. Habia en la plaza un concurso prodigioso. Yo tambien estaba. Vi comparecer al anciano venerable, lleno de canas, y llevando, como en triunfo, sobre su rostro la calma y serenidad de la inocencia. Subió á la tribuna con paso firme. Tres veces abrió la boca para justificarse, y otras tantas le impuso silencio el clamoroso tumulto de aquella desenfrenada plebe. Pasaron á votar sin oirlo, y fue condenado á morir por unanimidad de sufragios. Inmediatamente lo llevaron á un calabozo los soldados. Todos los buenos temblaban de cólera; y solo un cortísimo número tuvo valor para despedirse de él. Pero Focion iba andando con igual serenidad á la que mostraba en las batallas. Uno de sus íntimos amigos le dijo, anegado en lágrimas: ,, ¡ Querido Focion mio, qué injusta es vuestra sentencia!" — Ya yo me la aguardaba, le replicó. ,, Esta es la suerte que han tenido los ciudadanos mas ilustres de Atenas." — Seguílo con el pueblo, que cometió tambien la vileza de llenarlo de injurias y de oprobrios. Un hombre, mal vestido y de malísima cara, usó la bajeza de escupirle en el rostro. Focion, sin descomponerse, exclamó: ,, ¡ No podrán impedir á ese hombre que haga cosas tan indignas!" Entré en la prision con muchos amigos suyos. Asi que el verdugo le pre-

sentó la cicuta, uno de ellos le preguntó ¿si tenia algo que encargar para su hijo? — Sí tengo, le respondió; y es, decirle, que olvide la injusticia de los Atenienses." — Tomó seguidamente la copa, levantó los ojos al cielo, los bajó sobre nosotros, se sonrió, y se echó á pechos el fatal brebage. Luego se acostó sobre una cama de tablas, sin proferir una queja, y sin la menor alteracion; y espiró, como Sócrates, el que tenia sus mismas virtudes.

Murió el 19 Targelion (Mayo) dia de la festividad de Júpiter, llamada Diasia. Hacian los caballeros una procesion en honor de Júpiter; y al pasar por delante de la prision, unos se quitaron las coronas de las cabezas, y otros echaron á llorar.

Aquel espectáculo doloroso me traspasó el corazon. Corrí á casa de Lastenia, que por este suceso estaba en cama; pues, como queria tanto á Focion, habia lastimado su alma la atroz injusticia de los Atenienses. Asi que llegué, empezé á llorar: ella me entendió, y me acompañó con lágrimas abundantes. Vinieron á decirnos, que un decreto prohibia dar sepultura á quien se debian erigir altares. Lastenia, que era intrépida en hablándose de obrar bien, me propuso, que arrostrásemos el furor del pueblo, y que fuésemos de noche á recoger los preciosos restos de aquel hombre grande.

Marchamos, entre la obscuridad, acompañados de un solo esclavo. Vendiéronnos el cadáver; y Lastenia lo mandó transportar á su casa de campo. Trabajamos toda la noche para abrirle una huesa en el jardin, y la cubrimos con una gran piedra, en la que se puso esta inscripcion: *Apreciable y sagrada tumba, deposito en tu hueco las reliquias de un hombre de bien. Consérvalas fielmente, para devolverlas algun dia al sepulcro de sus antepasados, cuando Atenas fuere mas sabia.*

## CAPITULO XIII.

*Discurso y paseo de Lastenia. Encuentro de Diógenes. Desayuno en el campo sobre la yerba.*

Continuaba Lastenia haciéndome feliz. No habia cosa que alterase su serenidad. Para nosotros habia olvidado el amor sus caprichos é inconstancias. Mezclábamos con lo agradable de sus placeres el delicioso entretenimiento de la lectura. Nunca acababan nuestras conversaciones. Paseábamos, en las mejores horas del dia, á las orillas del Iliso, ó por parages poco frecuentados. ,,El amor, me decia Lastenia, es hijo de la naturaleza, y gusta de los frescos céspedes, de los prados, y de la sombra de los bosques, y del canto melodioso de los pájaros.

Hasta la filosofía se complace bajo doseles de hojas, y por los valles, y cerca de las rústicas cabañas. Conviene que sean risueñas las entradas de la sabiduría. Los jardines de Epicuro estan llenos de plátanos; y nuestros pórticos y liceos se ven circundados de grandes alamedas de bellos árboles."

— Salimos, una hermosa madrugada, al apuntar la aurora, para ir á desayunarnos al campo. Dos esclavos nos llevaban las provisiones; y yo, bajo del brazo, el alimento espiritual de los Caractéres de Teofrasto, porque sus máximas y retratos solian ser pábulo de nuestras conversaciones y disputas. Andábamos, muy poco á poco, respirando la frescura de la mañana, cuando nos dió en ojos una perspectiva espantable. Nos acercamos, y vimos á una vieja que acababa de ahorcarse. Estaban discurriendo sobre el motivo de su despecho, y compadeciendo su desventura, cuando un hombre, con capa andrajosa y remendada, con un palo en la mano, con unas alforjas al hombro, con barba larga, sin zapatos y sin túnica, se paró junto al cadáver, y exclamó: ¡*Qué dichosos fuéramos, si todos los árboles diesen semejante fruto*! A todos enfadó aquel sarcasmo, y aun yo iba á responder al imprudente, cuando Lastenia me dijo: ¿Pues no conoces á Diógenes el Cínico? Alejémonos, porque es un hombre á quien no puedo tolerar; y no porque

no tenga penetracion, entendimiento ameno, y agudezas felices, y bastante elevacion en su ánimo, sino porque su mordacidad, su porquería, y muchas de sus máximas son repugnantísimas. Dice „que el sabio, para ser dichoso, ha de vivir independiente de la fortuna y de toda preocupacion; y que el rigor de las estaciones, y las necesidades de la pobreza, lo han de encontrar impasible; y que las clases, las riquezas, los honores, la fama, y los miramientos que nos debemos unos á otros, no son, á sus ojos, mas que impostura y error." Su habitacion era un tonel, que ahora está en el templo de la madre de los dioses, el cual tonel rompió un jóven, y los Atenienses le infligieron, por ello, un castigo ejemplar, y dieron otro tonel á nuestro Cínico. Causa asco verlo metido en su madriguera. En verano se revuelca sobre la abrasada arena; y en invierno anda descalzo sobre la nieve. Vele allí, que va hácia el rio. Sigámosle. ¡Cuánto orgullo y fanfarronada se esconde bajo aquellos harapos! Ahora se acerca á aquel muchacho, que está bebiendo agua del rio, y le habla: escuchemos. — *Diógenes.* — „¿Qué haces, niño? — *Niño.* — Estoy bebiendo. — *Diógenes.* — ¿Y sin taza? — *Niño.* — ¿Para que la quiero? ¿Pues no tengo el hueco de la mano? — *Diógenes.* — ¡Por Júpiter que dice bien! Ese muchacho me enseña que

tengo algo de superfluo." _ Mírale, Antenor, como arroja su escudilla por mueble inútil. Has de saber que el otro dia, viendo á los jueces, que llevaban á un hombre al suplicio, por haber robado una redomilla en el tesoro público, dijo: „Ahí van unos ladronazos, que llevan preso á un ladroncillo." Pero apartémonos, que temo se me acerque. ¡Qué contraste forma su filosofía con la de Arístipo! ¿En qué se parece el decoro, las costumbres y la finura de este, al asqueroso cinismo del otro? Arístipo se plega á todas las situaciones, y sabe usar de los dones de la fortuna, y sobrellevar sus rigores; y Diógenes, como un animal inmundo, no sabe mas que vivir en el lodo. Ocurriósele un dia decir á Arístipo: „Si te contentaras con legumbres, no te humillarias á obsequiar á los príncipes." Y si Diógenes, repuso Arístipo, obsequiara á los príncipes, no se veria precisado á vivir con legumbres." No perturbe, pues, nuestros placeres ese personage vil: vámonos á sentar á la sombra sobre el pendiente de aquella colina, y desayunémonos. El almuerzo era frugal; pero exquisito. Teníamos dátiles de Fenicia, y el pan, que era del mejor trigo, estaba amasado con leche, aceite y sal. Nuestra situacion era sumamente agradable. Un horizonte brillantísimo se iba despejando delante de nosotros. El sol, que estaba á las puertas

del oriente, deslumbraba con infinitos resplandores. ,, ¡Qué magnificencia, exclamó Lastenia, encantada de ver aquel soberbio cuadro! ¡Qué inmenso foco! Sol, ¿quién te ha criado? ¿dónde está tu criador? ¿qué océano de fuego alimenta tus luces?" Estas reflexiones nos llevaron á la del politeismo. Lastenia abominó y despreció la multitud de dioses, sus oráculos, sus misterios, y sus templos hechos carnicerías. No reconocia, Lastenia, á semejanza de Sócrates, mas que un Dios, vengador de los delitos, y remunerador de las virtudes.

## CAPITULO XIV.

*Fiesta de Baco. Desgracia de Antenor.*

Renacia ya la primavera, y se llenaba la ciudad de extrangeros, atraidos por las grandes dionisíacas ó fiestas de Baco. Fui en ellas espectador constante. Empezaron á la entrada de la noche, y fui acompañado de Pólifron. Nos paseamos por todas las calles, y noté que toda la ciudad estaba como embriagada. Yo veia desfilar tropas de bacantes y bacantas, coronados de hinojo y de ramos de chopo; los cuales se agitaban, bailaban, aullaban, invocaban á Baco en voces desentonadas, y destrozaban las víctimas crudas con las uñas y con los dientes. Hablamos de aquel espectáculo,

de los gestos, y de las contorsiones de las bacantes; y dije, que las fiestas de Baco eran las de los borrachos.

Vimos luego una procesion, que representaba el triunfo de aquel dios á su vuelta de la India. Habia hombres disfrazados de sátiros, y en la figura del dios Pan. Otros llevaban machos de cabrío para sacrificarlos. Estos, montados sobre burros, con la faz rubicunda, imitaban á los Silenos, marchando con la cabeza vacilante. Y aquellos, vestidos de mugeres, cantaban cánticos obscenos, y llevaban, en el extremo de una percha, un objeto (llamado *Phallus*), delante del cual se arrodillaban todas las devotas.

Pero un espectáculo mas agradable suspendió mi atencion. Vimos venir, con paso mesurado, á las vírgenes jóvenes de mayor distincion. Caminaban dos á dos, los ojos bajos, vestidas con una túnica sencilla, y de una maravillosa blancura. Llevaban sobre las cabezas unas cestas de juncos, cubiertas con un velo de púrpura, y llenas de las primicias de muchos frutos, de tortas, de semillas, de sal, y de hojas de yedra. Acompañábanlas unos criados, los cuales llevaban en una mano un parasol para preservar á sus amas de los calores, y en la otra una silla de tijera para que descansasen.

Aquel espectáculo me prendó; porque

aquellas muchachas vírgenes eran lindas, ó lo parecian. La frescura, la lozanía de su edad, su adorno, su modestia y su silencio, atraian los ojos y los corazones, y promovian la piedad. Seguíanlas unos muchachos adornados con túnicas sencillas. Todos los techos de las casas, que eran terrados, estaban llenos de espectadores, y las mugeres alumbraban la brillante pompa con lámparas y hachones.

Recorrió aquella procesion la ciudad mientras pasó una parte de la noche, y se detuvo en la plaza mayor. Las vírgenes y los muchachos formaron una gran rueda. Los sacerdotes se colocaron en medio, sacrificaron dos becerrillas y dos machos de cabrío, é hicieron seguidamente las libaciones, y vertieron, por tres veces, alderredor de las víctimas espirantes, agua y miel en honor de Baco.

Entré en mi casa contentísimo, y con propósito de ir muy temprano al teatro, para hallarme en las oposiciones de música y de baile, y asistir á los concursos de dramas nuevos, á pesar de que la memoria de mi desgraciada tragedia me habia preocupado contra los juegos escénicos.

Durmiendo estaba yo profundamente, cuando un esclavo de Lastenia me despertó despavorido, rogándome, de parte suya, que fuese inmediatamente á verla. Salí al momento, y la hallé consternada, y con

los ojos llorosos. „Amado amigo mio, me dijo abrazándome, preciso es que nos separemos, y que, al instante, te vayas. — ¡ Irme !.... ¡ Dejarte yo, Lastenia !... ¡ yo dejarte ! — Sí, Antenor; porque has ofendido, con sarcasmos, á los sacerdotes de Baco. Te han denunciado al segundo arconte; y este al tribunal de los heliastas [15]: serás indubitablemente condenado; y aun ahora mismo tiemblo ya. Huye cuanto antes, y nunca olvides á la mas tierna amiga tuya." Quedé mudo, y petrificado como Níobe. Asustada Lastenia de mi estupor, me abrazó estrechamente, me regó con sus lágrimas, y me recordó mi juicio y mi razon. En fin, despues de un largo y pavoroso silencio, prorumpí en sollozos y en desesperadas voces. — ¡ No partiré ! la dije : ¡ prefiero la muerte ! Entraron, en aquel instante mismo, Pólifron y Arístipo, que iban tambien á advertirme del riesgo en que estaba. „Amigo mio, me dijo Arístipo, preciso es ausentarse. No querais representar aqui á Sócrates, y dar á los ánitos y mélitos el gusto de haceros tragar un vaso de cicuta : huid cuanto antes; que, mientras esteis ausente, procuraremos aqui apaciguar á vuestros contrarios."

No me resistí mas, y volví á casa á componer mis negocios. Dábame priesa á ello, cuando entró Pólifron, todo azorado, sin hablar. ¿ Qué es eso ? le pregunté : hablad

francamente, que nada tengo ya que temer. —Pues bien, Antenor, armaos de firmeza, que vienen á prenderos. En efecto, se presentó un oficial del Areópago, acompañado de dos sátelites, y me mandó que lo siguiera. Abracé á Pólifron, con ojos enjutos, y marché á la prision.

¡Tremenda caida! ¡Venir á parar desde el centro de los placeres, de los deleites y de las delicias del amor, á los grillos, y á la habitaciòn de los crímenes! Pero las tinieblas y los horrores de la muerte, que me circundaron, me asustaron menos que la pérdida de Lastenia. Pasé todo el dia envuelto en un dolor tétrico, y sentado sobre una piedra. Vino la noche. ¡Qué soledad! ¡qué silencio! Angustiábaseme el ánimo, y me aniquilaba la desesperacion. Para mí el tiempo estaba inmóvil, como antes de la creacion del mundo. Iba la noche adelantándose, y redoblándose mis angustias; pero súbitamente oí rechinar los cerrojos, me estremecí, miré y divisé una luz muy débil: traíala un esclavo, el cual me llamó, y á su voz me conmoví. „¿Qué quieres? le pregunté: ¿quién eres? — Tu amiga, que viene á salvarte: reconóceme. — ¡Cielos! ¿tú eres? ¡Oh Lastenia! ¿quién te impulsa para que me socorras? — Antenor mio, la humanidad, la lástima, y el amor; pero ven conmigo, porque, en esta habitacion espantosa, todo me estremece y

horroriza. Tomóme por la mano, salimos, apresuramos el paso, y nos vinos pronto de puertas afuera de la ciudad. Alli encontré á Arístipo, á Pólifron, á un esclavo, y dos caballos. Arístipo me dijo: „Partid; y sabed, que, no sin gran dificultad, hemos conseguido el permiso de sacaros de la prision: el alma del gran sacerdote de Baco se prestó á la compasion: fueron oidas Lastenia y la humanidad." Me postré á los pies de Lastenia, sin poder balbuciar mas palabras que....., agradecimiento....., desesperacion..... y eterna fidelidad. Mandó Arístipo acercer el caballo, y me dijo: „Todos cuatro estamos en peligro, y no querríais exponernos." Diciendo esto, me abrazaron él y Pólifron; y cuando tuve á Lastenia entre mis brazos, fue menester arrancarme de ella: alejáronla, montáronme á caballo, arreólo el esclavo, me precedió, y le seguí. Marchamos toda la noche, y una parte del dia siguiente, y paramos, al ponerse el sol, cerca de Oropa, ciudad situada sobre los confines de la Beocia y del Ática, á doscientos cuarenta estadios de Atenas (*a*).

(*a*) Cerca de nueve leguas y media.

## CAPITULO XV.

*Su encuentro al llegar á Oropa. Carta á Lastenia. Respuesta.*

Al acercarnos al pueblo, iba yo caminando á pie, cabizbajo, y profundamente condolido. Pasé por junto á un hombre, de edad avanzada y sencillamente vestido, que estaba sentado sobre la yerba tomando el fresco. Saludóme, y miróme atentamente, y conocí que lo habian parado mi melancolía y mi juventud. Vínose á mí á preguntarme ¿si tenia en Oropa algun pariente ó amigo, en cuya casa alojarme? Respondile, que á nadie conocia. Pues yo seré, me repuso, vuestro huésped y amigo: venid á mi casa, porque me parece que sois desgraciado, y siéndolo, debe mi casa ser vuestro asilo.

Movido yo del afectuoso tono y de la fisonomía agradable de aquel hombre, acepté su oferta.—Seguidme, me dijo: yo vivo en el campo, y no está lejos mi habitacion. Al entrar en su casa, me añadió: „Aqui no hallareis el fasto y la superfluidad de la opulencia; pero disfrutareis reposo y libertad." Me presentó á su hijo é hija: esta entraba en la primavera de su edad, y el hermano acababa su cuarto lustro. La casa de Diocles, que asi se llamaba

mi huésped, era cómoda y modesta: cuatro moreras copadas la daban sombra, y no lejos de la casa corria una fuente, cuya agua fresca y límpida regaba un jardin y una pequeña pradería que lo terminaba. Los muebles y utensilios correspondian á la sencillez del amo.

Habíame dado Lastenia dos palomas para que, con ellas, la enviase prontamente noticias mias: este era el uso de la Grecia. Aquellos animales, adiestrados cuidadosamente, y deseosos de volver á ver sus pichonzuelos, se volvian á sus nidos de una volada. Até una carta al cuello de una de las dos palomas, y la solté. Mientras aguardaba la respuesta estuve inaccesible á todo consuelo, é iba y venia por el campo como un atolondrado, y trepaba por las rocas y me cansaba por las colinas, y en todas partes grababa el nombre de Lastenia; y cuando encontraba algun eco, sentia alguna dulzura en hacérselo repetir; y á la noche me volvia á casa abrumado de fatiga y de dolor. El primer dia no quise tomar alimento; pero, al segundo, viéndome mi huésped obstinado en no comer, me dijo: „Examinaos bien, y si habeis determinado mataros de hambre, teneis razon de absteneros; pero, si habeis de comer algun dia, mejor es que hoy empeceis: creedme." Tomé su consejo, y me fue bien con él.

Tuve por fin respuesta de Lastenia; y me notició, que los sacerdotes de Baco, por órden de los heliastas, habian pronunciado solemnemente imprecaciones contra mí. „Se han vuelto, me decia, hácia el occidente, sacudiendo sus vestidos de púrpura, y han votado á los dioses infernales, no solo á tí, sino tambien á toda tu posteridad. Estan persuadidos de ello, y lo hacen creer á otros, que las furias van á apoderarse de tu corazon, y que su rabia no quedará saciada hasta la extincion de tu raza. Pero nuestras furias, amado Antenor mio, son nuestras mismas pasiones, cuando han quebrantado el freno de la razon. ¡Ay de mí! tu ausencia me ha entristecido y alterado mi salud: los consejos y amistad de Arístipo, y algo de filosofía, sostienen mis fuerzas, y me recuerdan la necesidad de padecer. En fin, me instruyo en la escuela de la experiencia y de las desgracias. Veo que las pasiones, parecidas á las tempestades, asolan y destruyen el campo de la vida. A Dios, amable amigo mio. Todas las horas del dia te busco, y pido tu persona á los sitios en que solia verte; pero estan sordor y mudos, y entonces derramo lágrimas, como ahora mismo, que mojan este papel. Recógelas, mezcla con ellas las tuyas, y nunca olvides á tu desventurada y sensibilísima amiga. Pásalo bien, y sé dichoso."

Aquella carta irritó mis heridas: la pesadumbre perturbó mi razon, y abatió mis fuerzas. Muchas veces, vagando por los montes, estuve á pique de precipitarme en sus abismos. No sé que mano invisible, ó que repentino apego á la vida, me contuvo en la misma orilla del precipicio.

Entre tanto el sábio Díocles procuraba fortificar mi alma, y derramar en ella algunos consuelos, con atenciones, con buenas máximas y con consejos, dictados del corazon. Crísila, hija suya, que era fresca y hermosa como Hebea, era tambien sencilla y graciosa, y se esforzaba á distraerme, ya cogiéndome flores, ya presentándome frutas, y ya cantando y tocando la lira; y me pedia con frecuencia, dulce y tiernamente, que no me entristeciese; y decia, que mis pesares la causaban pena, porque ni podia ver padecer á un pájaro. Algunas veces suspendian mi dolor sus amables caricias; pero, en quedándome solo, renacia con mayor vehemencia.

## CAPITULO XVI.

*Díocles, para consolarlo, le cuenta su historia.*

Un dia me encontró Díocles tendido sobre una piedra, con el semblante pavoroso, y con los ojos desencajados y fijos, y

me riñó tanto abandono y flaqueza. „La desgracia, me dijo, alcanza á todos los humanos: jóven sois, aprended á sufrir. A ver si sabeis el siguiente pasage de Demócrito. Estaba este en la corte de Darío, cuando el Monarca perdió la muger á quien mas amaba, manifestándose inconsolable por aquella pérdida. Ofreció Demócrito resucitarla, con tal que le diesen el nombre de tres personas, que nunca hubiesen experimentado desgracia alguna. No las hallaron, y aquella prueba sirvió á Darío de consuelo. Yo, como todos los mortales, he pagado, muy á menudo, mi tributo de dolor. He conocido la adversidad, he aprendido á sobrellevarla, y, al fin, he visto suceder á las borrascas dias serenos. Mañana por la mañana vendreis conmigo, y vereis, por la narracion de mi vida, que nuestro camino está cubierto de malezas y de agudas espinas."

Al alba del siguiente dia entró en mi cuarto Díocles, con un vaso de miel en la mano. „Seguidme, me dijo, y venid á instruiros." Atravesamos el jardin, y sublimos á una colina. Parése, en medio del repecho, delante de una urna, sombreada por unos cipreses: junto á ella habia una pirámide con esta inscripcion: „*Cenizas de Eufemia: su alma está con los dioses.*" No lejos de alli filtraba, por entre unas rocas, una agua purísima. Díocles acabó

de llenar con ella el vaso que contenia la miel, la mezcló, se acercó á la urna, la rodeó con sus brazos, la besó tres veces, hizo libaciones en torno de ella, y despues llamó, por tres veces, á la sombra de Eufemia [16].

Yo le observaba en silencio: volvió á mí, con los ojos humedecidos de llanto, se los enjugó, y me dijo: Aquella urna contiene las tristes reliquias de lo mas amable que jamas vió el mundo; de un objeto que idolatraba yo; de una esposa, que fue el consuelo, la gloria y la dicha de mi vida. Pero quiero que mi historia os enseñe, que, mientras peregrinamos sobre este globo, es preciso, por decirlo asi, zambullir nuestra alma en las aguas del Estigio, para endurecerla contra la adversidad; y que es forzoso igualmente padecer sin murmurar, y creer que nunca deja de mostrarse alguna serenidad por entre las nubes de esta vida.

Nací en Tebas, y aun era muy jóven cuando ya cursaba la escuela de la infelicidad. Diez y ocho años tenia, al tiempo que la ciudad fue sorprendida por los Espartanos, quienes, durante las fiestas de Ceres, se apoderaron, por una traicion, de Cadmea, nuestra ciudadela.

Habia dos partidos; el uno favorable á los Lacedemonios, y el otro adverso: yo era de este último; y hallándome entonces

adicto al famoso Pelópidas, pariente mio, tuvimos la felicidad de escaparnos con nuestros amigos, y de refugiarnos á Atenas, donde tuvo alivio nuestro infortunio, con el generoso acogimiento que debimos al pueblo y á los primeros personages.

Un decreto nos declaró desterrados de Tebas. Pasados seis meses, nos juntó Pelópidas, y nos dirigió este discurso: „Nuestra patria, nuestros hermanos y amigos, estan gimiendo entre cadenas. Aqui servimos de carga á los Atenienses, viviendo de sus beneficios: imitemos á su héroe Trasíbulo, que, con quinientos soldados, se apoderó del Píreo, y trastornó la tiranía. Rompamos las cadenas de nuestra patria, y llamemos á la venganza: el peligro es grande, y el éxito dificil; pero tambien nos espera una gloria inmortal: y si sucumbimos, no solamente Tebas, sino tambien los Griegos y la posteridad, erigirán altares sobre el mármol de nuestros sepulcros." Aquella corta arenga despertó nuestro resentimiento, é inflamó nuestro brio. Juramos, sobre nuestras espadas, la muerte de los tiranos. Procuramos ocultamente prevenir á nuestros amigos de Tebas. Caron, que era uno de los principales de la ciudad, nos ofreció su casa. Epamínondas alentaba, bajo mano, el valor de los jóvenes. Arreglado el plan, y fijada la época, fue Feréuico, con algunos con-

jurados, á ocultarse en el arrabal de Triasia; y nosotros, que éramos doce, todos estrechos amigos, y todos amantes de la gloria y del honor, partimos de Atenas. Llegamos á Triasia á media noche, y fue un correo á noticiárselo á Caron. Al amanecer, abrazamos á nuestros camaradas, que se quedaban en Triasia, nos prometimos mútuamente valor, venganza y fidelidad, y marchamos á Tebas. Ibamos vestidos sencillamente con unas jaquetillas, llevábamos perros de caza, y en la mano unos garrotes, para que nos tuviesen por cazadores. Aguardábamos intrépidamente á Caron; pero el débil Hiportónidas, aunque ciudadano bueno y honrado, se estremeció á la vista del peligro; y, sin prevenir á ninguno de los conjurados, despachó un correo para rogarnos que nos detuviéramos. El correo, nombrado Childron, corrió á su caballeriza, buscó la brida de su caballo, no la encontró, y preguntó por ella á su muger. Esta respondió, por acaso, que la habia prestado. Enojóse Childron, y vomitó injurias é imprecaciones contra ella. La muger le pagó en la misma moneda. Pasóse el dia entre violentos altercados; y Childron renunció por fortuna, á su viage. Entramos en la ciudad por varias puertas, á eso del crepúsculo de la tarde; pero como empezaba el invierno, tenia encerrados á los habitantes en su ca-

sa el frio, el viento y la nieve. Nos hallamos cuarenta y ocho en casa de Caron.

Fílidas, que era secretario de los polemarcos Arquías y Filipo, estaba de acuerdo con nosotros, y los habia convidado á cenar, prometiéndoles delicadísima cena, y hermosas mugeres, porque intentaba embriagarlos, y adormecer su vigilancia. A la mitad de la cena, estando ya casi embriagados, les llegó un rumor vago y confuso de que los desterrados estaban en la ciudad. Fílidas hizo cuanto pudo para desvanecer la noticia; pero Arquías envió á llamar inmediatamente á Caron. Ya estábamos preparando nuestras espadas y corazas. En esto llamaron á la puerta, y todos lo extrañamos. Enviamos á un criado fiel para que abriera, el cual volvió despavorido á decirnos la orden del polemarco. Quedámonos en silencio, mirándonos unos á otros: en fin, deliberamos y resolvimos, que Caron se presentase con libertad. Caron, que estaba intrépido en el riesgo, temia el de sus amigos, y no hubiera sido mucho sospecharlo de traidor, ó, cuando menos, de débil. En fin, corrió al cuarto de su muger, tomó en brazos á su hijo único, niño hermosísimo, y lo puso en manos de Pelópidas, diciéndole: „Si os vendiere, vengaos, sin compasion, en ese niño." Lágrimas nos arrancó aquella accion heroica. „Ve, le dijimos, que ya cono-

cemos tu buena fe y tu osadía, vuelve á tomar tu hijo; y, si pereciésemos, él será nuestro vengador y el de la patria." No escuchó mas, oró á los dioses, nos abrazó, y salió. En el camino se mesuró y se tranquilizó el rostro. Asi que llegó á la puerta de la casa del festin, le salieron al encuentro Arquías y Fílidas; y Arquías le preguntó: ,, Caron, ¿qué gentes son esas que acaban de llegar á la ciudad? — ¿De qué gente me hablais? replicó Caron haciendo el admirado: cuidado no sea algun falso rumor, inventado únicamente con el designio de interrumpir vuestros placeres. En fin, haré exactas pesquisas, y vigilaré atentamente, porque no conviene despreciar las noticias." El astuto Fílidas alabó mucho su prudencia. Volvió, con Arquías, á la sala, lo excitó á beber, prolongó la cena, y le lisonjeó de que pronto llegarian las mugeres. Regresado Caron, nos encontró á todos dispuestos á perecer con las armas en la mano gloriosamente; pero nos volvió la esperanza y la alegria.

Apenas disipado aquel peligro, sobrevino otro. Llegó un correo de Atenas con cartas para Arquías, en las que le circunstanciaban menudamente la conjuracion. Díjole el correo: ,,Señor, quien os escribe os suplica, que leais al momento las cartas, porque tratan de asuntos importantísimos." Arquías, que ya estaba to-

mado del vino, se rió del mensage, y dijo, metiendo las cartas bajo su almohadon: „Los negocios serios para mañana." Esta expresion se convirtió en proverbio.

Nos dividimos en dos partidas: una, á las órdenes de Pelópidas, fue á atacar á Leóntidas y á Hípotas, en sus propias casas; y la otra, en que yo estaba, bajo el mando de Caron, marchó contra los polemarcos. Llevábamos sobre nuestras corazas vestidos de mugeres, y sobre nuestras cabezas coronas de pino y de chopo, que nos tapaban las caras. Al presentarnos, dieron los convidados gritos de alegria, creyendo que éramos las cortesanas, que habian esperado tanto tiempo. Fuimos entrando, y observando atentamente á cada personage; y, hecho esto, nos arrojamos, con las espadas desnudas, sobre Arquías y sobre Filipo: Fílidas persuadió á los convidados á que se estuviesen quietos, asegurándoles que nada tenian que temer; y á los que se atrevieron á sacar la cara (como ya estaban casi volcados del vino) se les dió la muerte, juntamente con los dos polemarcos.

Mayores dificultades encontró Pelópidas. Llegó, con sus compañeros, y llamó á la puerta de Leóntidas, que estaba acostado, y nadie respondió. Abrió, por fin, un esclavo, á quien mataron, y despues subieron al cuarto de su amo, quien, desperta-

do ya por el ruido, saltó de la cama, y tomó su espada; pero olvidó apagar las luces, y lo erró, porque acaso se hubiera salvado. Defendió la entrada de la puerta, y derribó á sus pies á Cefisódoro, que fue el primero á presentársele. Siguióle Pelópidas, y acometió á Leóntidas: la puerta era estrecha, y el cuerpo de Cefisódoro obstruia el paso: fue la pelea larga y peligrosa; pero, al cabo, Leóntidas cedió y murió; y desde alli corrieron á casa de Hípotas, que tuvo la misma suerte.

Reuniéronse nuestras dos tropas despues de estas hazañas. Despachamos correos á los desterrados del Ática; llamamos á los Tébanos á la libertad; los armamos, y forzamos las tiendas de los espaderos. Epamínondas y Górgidas vinieron á nuestro socorro. Por toda la ciudad reinaba la turbacion y el terror: todas las casas estaban alumbradas; el pueblo, consternado y repartido por las calles, aguardando el dia con impaciencia. Al amanecer llegaron nuestros desterrados. Convocóse una junta general. Epamínondas y Górgidas presentaron en ella á Pelópidas y á nuestra tropa, circundada de sacrificadores, que llevaban las banderolas sagradas, y exhortaban á los ciudadanos á socorrer á los dioses y á su patria.

Al ver tal espectáculo, dió la multitud grandes voces y ruidosas palmadas, y fui-

mos acogidos como bienhechores y libertadores de la patria.

Este suceso, para siempre memorable, reparó, muy ventajosamente, seis meses de peligros, de pesares y de fatigas, y fortificó mi alma contra los tiros de la adversidad.

Entonces creó Górgidas el batallon sagrado, compuesto de trescientos jóvenes Tébanos. Uno de ellos fui yo. Ya sabeis que en aquel cuerpo, se elige un compañero de armas, con el cual se estrecha tierna amistad: es una reunion de amantes y de amados: se pelea junto al amado, y se le debe defender hasta perder por él la vida. No titubeé en mi eleccion. Parménides y yo, atraidos por simpatía natural, volamos uno hácia el otro; y nuestras almas, por decirlo asi, se identificaron, ó bien, sirviéndome de una feliz expresion de Pitágoras, mi amigo era otro yo. Nos tenian por un modelo de amistad, como Castor y Polux, ó como Teseo y Piritoo. Hicimos nuestra campaña primera bajo el mando de Epamínondas, que era el hombre mas grande de la Grecia. En la batalla de Leuctres peleábamos Parménides y yo lado por lado, cuando advertí que los Espartanos se lo llevaban prisionero: entonces yo me metí furioso y terrible entre mis contrarios, y conseguí libertar á mi amigo; pero en aquel mismo instante, me derribaron sin sentidos de una pedrada en la

cabeza. Rodeóme el enemigo, y Parménides me defendió, como yo á él. Declaróse la victoria por nosotros. ¡Qué gloria fue! La debimos á la bizarría y al ingenio de Epamínondas. Lo circundamos en el campo de batalla. Traslucíasele en el rostro una alegria modesta, y atribuia el buen éxito de aquella jornada á nuestro batallon, que hizo, verdad es, hazañas valerosas. Alabó nuestro valor y disciplina, y nos dió gracias de la gloria de que le colmábamos. Pelópidas le dijo, que aquella victoria debia regocijarlo mucho. — „Sí, le replicó, porque sé cuanto gozo ha de acusar á mis padres." 17

Para recoger Epamínondas el fruto de su victoria, entró en Laconia, y la devastó á los ojos mismos de Agesilas. Pasamos á nado el Eurotas, hinchado entonces con las nieves. Epamínondas iba en la fila primera, con la cabeza descubierta, y agua sobre la cintura. Desmintió aquel proverbio famoso: „Que jamas muger alguna de Esparta habia visto el humo de un campo enemigo (*a*). No obstante, tuvimos precision de retirarnos. — Pero, á su vuelta, los Tébanos se atrevieron á poner en juicio á aquel Capitan grande, por haber conser-

(*a*) Aquellas mugeres, tan duramente educadas, y tan bien ejercitadas en los gimnasios, asi que vieron cerca al enemigo sembraron la consternacion y el desorden en la ciudad, con sus gritos y espantos.

vado el mando del ejército algo mas del tiempo fijado por la ley. A su lado estaba yo cuando le noticiaron que los jueces iban á pronuciar sentencia de muerte contra él. Respondió luego, sin la menor alteracion: „Suplico á mis compatriotas, que pongan sobre la lápida de mi sepulcro: *Perdió la vida por haber salvado á la república.*" Aquel reproche avergonzó á Tebas de su ingratitud, y de alli á poco, le volvieron el mando.

Y fue para la gloria y la salud de su patria. Marchamos á Mantínea. Alli ostentó Epamínondas todo su talento guerrero, y acabó de aniquilar el orgullo de la soberbia Esparta. Quedó inundado de sangre el campo de batalla. El valor, el deseo de fama, el odio, y todas las pasiones juntas, animaban á los dos ejércitos. Fue horrible la carnicería. Parménides y yo peleábamos con nuestros escudos unidos, inflamados de un mismo espíritu de gloria, y de un mismo deseo de defendernos recíprocamente. Ibalo á herir un Espartano, yo me puse delante, y recibí una profunda herida: caí en el suelo: Parménides respiraba rabia y venganza; pero recibió otra herida peligrosa, y vino á caer junto á mí. Estrechéle, como pude, en mis brazos, y le llamé; pero yo mismo perdí muy pronto el sentido. Quando volví en mi acuerdo, me hallé entre las manos de los médicos, rodeado de muchos cama-

radas mios, y todos llorando. — ¿Qué teneis? les pregunté. ¿Se ha ganado la batalla? — Sí, me respondieron: Tebas triunfa, y Esparta queda abatida; pero hemos comprado la victoria con la muerte de nuestro General. — „¡Oh pérdida espantosa! exclamé; pero Parménides, ¿cómo no está aqui!" Habia yo olvidado su herida, y nada me respondieron. Habláronme de Epamínondas; y me dijeron, que antes de espirar, habia preguntado quién era vencedor. — Respondiéronle que los Tébanos. — „Bastante, pues, he vivido, añadió, cuando triunfante mi patria. ¡En qué mejor instante podia yo morir! — ¡Oh héroe! ¡oh hombre sin igual! exclamé enagenado; pero decidme, por compasion, ¿qué es de Parménides? Volvieron á callar, y bajaron los ojos. Entonces fue cuando un débil recuerdo, parecido á un sueño, me presentó sus heridas, y dije en alta voz: ¡Ya no vive! ¡ya murió! Fuera de mí, y como desesperado, me quité el vendage, y brotó impetuosamente la sangre. Hubiera perecido, sin remedio, á no ser por los socorros, y dulces insinuaciones y ruegos de mis camaradas. Estuve mucho tiempo penetrado de mi dolor. Huia de toda diversion y de toda sociedad, y la tristeza y el tedio consumian mi juventud. Viéndome privado de esperanzas, me creí sacrificado para siempre á llantos y pesares; pero el dolor se embota como el placer, por-

que la rápida sucesion de las cosas trae nuevos sentimientos.

Opinó mi padre que me distraeria el matrimonio. Resistíme á ello larga temporada; pero tuvieron tanto poder sus ruegos y solicitudes, que al fin cedí. No fue dichoso mi enlace. Tan solo por honradez y obligacion, vivia familiarmente con mi muger, la cual por su parte, me confesó, que si habia casado conmigo, habia sido únicamente por obedecer las órdenes de sus padres, y por seguir el dictámen de su propio juicio; y que alimentaba en su alma una pasion oculta é infeliz, cuyo objeto era un Ateniense, de quien no habia tenido noticia alguna dos años habia. Sin embargo de eso, parió un niño, que es Filotas. Parece que este niño habia de haber estrechado nuestra union; pero un dia entró mi esposa en mi cuarto, y me dijo: „Conozco tu probidad, y que mereces una muger que te ame mucho: yo no te puedo hacer feliz. Tersandro, que es mi amado, acaba de llegar: le he visto, y mi amor, con su presencia, se ha inflamado mas."— Basta, la dije: Cásate con Tersandro; pero con dos condiciones: la una que me quedaré con mi hijo; y la otra, que tú serás quien pida el divorcio; pero te volveré tu dote[18]. Conformóse á todo, y nos separamos amistosamente.

Seis meses estuve penando y pasando

una vida lenta é insípida, únicamente ocupado en la crianza de mi hijo. Pero un dia, al salir del templo de Apolo Ismenio, adonde solia yo ir á admirar el Mercurio de Fídias, y la Minerva de Escopas, emparejé, en compañía de un amigo mio con dos mugeres, y con un hombre, que llevaba á cuestas un haz de ramas: este, al pasar, arañó, con ellas, el rostro de una de las dos mugeres, la cual dió un grito, y yo acudí á su socorro: sentáronla sobre una piedra, levantáronla el velo y se desmayó. Acudieron á ella; y solo yo me quedé como en éxtasis, clavados los ojos sobre aquel objeto, cuyas facciones, miradas, atractivos y congojas, se iban grabando poderosamente en mi alma. Ya que hubo recobrado el uso de sus sentidos, vagaron sus ojos sobre los que la rodeaban, y se encontraron con los mios; y ya fuese porque estos expresaban la inclinacion y el dolor, ó ya fuese por un efecto simpático, los detuvo algun tiempo sobre mí. La hablé del susto que aquel accidente nos habia causado, y me dió las gracias; pero con voz tan alhagüeña y persuasiva, que mi alma se enagenó de gozo, como si en un árido desierto, hubiera repentinamente oido los compases de una música armoniosa. Lleváronla á su casa, y yo la acompañé con algunos otros. Fue menester dejarla, pero la amaba ya locamente. No me detengo en la

relacion circunstanciada de mis amores. Tuve la fortuna de agradar á Eufemia, y de pasar cerca de un año en el colmo de mis felicidades; pèro se fraguaba una tormenta. Rogué, por medio de una persona, al padre de Eufemia, que me diese su hija en matrimonio. Me la rehusó, declarando á su hija al mismo tiempo, que queria absolutamente que se casase con Polemon, hijo de un íntimo amigo suyo. Desde el nacimiento de sus dos hijos habian jurado estos amigos mútuamente unirlos. El corazon de Eufemia rehusó siempre aquel himeneo, porque una repugnancia invencible la alejaba de Polemon; pero en fin, enternecida y obligada por los ruegos de su padre, obedeció. Cuando supe aquella novedad, quedé como un desesperado, y determiné robarla, é irme á vivir con ella á un desierto. Aceché el instante en que se paseaba, fuera del pueblo, con dos compañeras suyas. Acerquéme á ellas, con las armas en la mano, y con semblante amenazador y adusto; sus compañeras huyeron, pero ella me recibió con aire grave y sosegado. Pintéla mi dolor y mi despecho, y la insté á que se fuera conmigo. — „No creí, me dijo, cuando recibí la declaracion de mi amante, que aquel amante mismo hubiera querido deshonrarme, y que me hubiera aconsejado quitar la vida á mis padres, ni tampoco hubiera yo sospechado,

que Díocles, aquel á quien amé, fuese un egoista desapiadado, que quisiese sacrificarme al arrebatamiento de sus pasiones."— Este discurso, tierno y severo, me abrió los ojos. Echéme á sus pies, lloré é imploré mi perdon. —Os perdono Díocles, por lo que vuestro corazon sufre; mas á condicion de que os alejareis de mí por algun tiempo. Pero ¿os acordareis, Eufemia, de un amante, que va á pasar su vida entre lutos y lágrimas? — Y acaso mas, Díocles, de lo que conviene á mi sosiego. A Dios, querido Díocles mio; y sé tan dichoso como yo deseo. Dicho esto, reemplazaron su voz sollozos y suspiros.

Aquella misma noche partí renunciando á mi amor y á mi patria, y mirándome como una víctima del destino, y como un ser desventurado.

Recorrí la Grecia, el Asia menor, el Egipto y la Sicilia, y en ninguna parte hallé reposo ni consuelo, siéndome en todas, la vida una carga insoportable.

Dos años habian pasado, y aun chorreaba sangre mi herida; y llegaba á tanto mi despecho, que carecia hasta de la esperanza de ser feliz.

Llegué á Corinto, y apenas me habia desembarcado, cuando me conoció un Tébano, y se llegó á mí. Pasados los primeros cumplimientos, le pregunté por el padre de Eufemia, sin atreverme á nombrar á

su hija. — Su vida, me respondió, es muy amarga. — ¿Pues por qué? le repuse: ¿qué reveses ha tenido? — Los dioses, añadió, han apartado los ojos de su hija, y por eso vive enlutado y afligido. — ¿Qué dices Tébano? ¡Justos dioses! ¡Eufemia es desgraciada! — Sí: lo es: su marido está desterrado de Tebas, por haber huido cobardemente de una batalla, y no se sabe qué se ha hecho. La vida costó á Polemon la vergonzosa conducta de su hijo; y el padre de Eufemia, indignado contra su yerno, ha conseguido que se sentencie el divorcio. Despues ha propuesto otros partidos á su hija; pero ella le suplicó, que la dejase vivir sola; y el padre arrepentido (asi dicen) de haber forzado su primera inclinacion, no se atreve á abusar mas de su autoridad.

Yo le escuché con igual ansia á la que mostraria un sentenciado, á quien estuviesen notificando su perdon. A cada frase palpitaba mi corazon de pena y de gozo: yo participaba de la afliccion de Eufemia, al mismo tiempo que renacia en mi alma la esperanza. Por segunda vez supe, que el valor y la paciencia era la égide, que habia de oponerse á la adversidad. Partí inmediatamente, sin que fuera bastante á retardar mi viage la necesidad del sueño y del descanso. Llegué á Tebas á media noche. ¡Qué conmocion tan violenta expe-

rimenté cuando me vi dentro del recinto que habitaba Eufemia! Corrí á ponerme debajo de sus ventanas, y á cantar unas coplas, que habia yo compuesto para ella al principio de nuestros amores.

## CAPITULO XVII.

*Interrumpe Díocles su historia. La continúa á la mañana siguiente.*

Pero ya el sol se va elevando, y los ganados retirándose, y el trabajo y mis hijos me llaman; porque en sus brazos es donde olvido mis penas. Mañana, á la hora misma (si es que deseais la prosecucion de esta historia) os la continuaré aqui mismo; pues yo me complazco en contarla delante de la sombra de Eufemia, que sin duda me oye. — Al dia siguiente, al apuntar el dia, volvimos á la colina. Díocles, siguió la narracion, despues de haber hecho sus libaciones, de este modo.

Estuve debajo de las ventanas de Eufemia, cantando coplas. Despertóse con ellas, y quedó maravillada de oir mi voz; pero creyó que era ilusion del sueño. Prestó mas atento el oido, y entonces reconoció las palabras; y no dudando ya de la verdad, abrió, con mucho tiento, su ventana, y me dijo en baja voz: „Díocles, ¿eres tú? — Sí, yo soy: soy tu amante in-

feliz, que vengo á espirar á tus ojos."— Pues, Díocles, la hora no es propicia para una conversacion: procura estar, al salir el sol, fuera de la puerta crenea, en la fuente Dircea, que allá acudiré con una esclava mia. Inmediatamente marché al parage indicado, donde esperé, con vivísima impaciencia, á que la naturaleza despertase.

Por fin, hízose de dia, y vi venir á Eufemia. Cuando llegó á mí, se me turbó la vista, me pasmé, temblé, y de manera, que estaba junto á ella, y no la veia. „Amado Díocles, me dijo entonces, ¿con que vuelvo á verte? — ¡Ya toco que hay en la vida, exclamé, relámpagos de felicidad! Amada Eufemia mia, ¡cuánto he padecido en tu ausencia!" No pudo contener su sensibilidad la espansiva alma de Eufemia, y se dejó ver en sus dichos, en sus miradas, y en sus modestas caricias. — ¡Dioses inmortales, decia yo, con cuántas delicias habeis recompensado mis tormentos! No he padecido lo bastante para merecer tantas dichas. — Quísela hablar de su marido. — „Polemon es infeliz, me dijo Eufemia: callemos, y compadezcámosle; pero sabe que ya no tengo esposo. — ¡Ay amada Eufemia! nómbrame, en su lugar, esposo tuyo, y acaso serás feliz, al ver lo excesivo de mi felicidad. — Sí, Díocles mio; pero necesitamos el consentimiento de mi

padre, y voy al instante á hablarle: aguarda la decision en tu casa, que yo te la noticiaré."—Me aparté de Eufemia embriagado de esperanzas y de amor, y con la idea de que estaba mas hermosa que nunca. Habia el tiempo desarrollado sus gracias, y la naturaleza perfeccionado su obra.

Pero como el rezelo va siempre de par con el amor, fui á visitar á Venus á su templo, para hacérmela propicia. Estaba el templo en un bosque cerca de la ciudad: llevé un canastillo de flores y dos palomas. Al entrar, me purifiqué con agua lustral, que me presentó un sacerdote [19]. Penetré despues hasta el santuario, donde estaba la estátua de la diosa, y puse sobre el altar mis flores y mis palomas; y seguidamente, hincando en tierra una rodilla, la dije: ,, Diosa de los amores, delicias de los ojos y del corazon, dígnate de acoger mi homenage, y corona al amante mas fiel con tu inmortal mirto. Tú distes á Páris la muger mas hermosa, porque te adjudicó el premio de la hermosura: te reconozco por la divinidad mas hermosa: no hay en el mundo cosa comparable á tus atractivos: concédeme á Eufemia, que es la muger mas amable entre cuantas hay nacidas, y coronaré tu frente con mirto y rosas, y humeará á tus pies el mas puro incienso."

Volaron mis ruegos hasta Gnido: Cipris los oyó: vi brillar, en torno de su cabeza,

dos rayos de luz: parecióme que se sonreia; y yo acepté el agüero, y di á la diosa las mas cordiales gracias.

No tardó mucho Eufemia en enviarme á decir, que pasase á verla á su casa. Halléla con su padre, á cuyo aspecto temblé, pero luego quedé tranquilo. Me abrazó, llamándome su hijo, y despues tomó la mano de su hija, y la puso en la mia diciéndome: „Te confio su felicidad y la mia: borra de su memoria los pesares que la he causado."— Seria inútil que yo intentase pintaros el delirio de mi alegria.

Celebróse nuestra boda con pompa; y despues de tantos reveses y sufrimientos, fui un hombre dichosísimo. El tiempo, lejos de entibiarlos, dió mas actividad á nuestros amores. Amaba yo á mi esposa por la necesidad irresistible de amarla; pues hubiera sido forzoso aniquilar mi espíritu para destruir aquel sentimiento: mi alma existia para amar á Eufemia, del mismo modo que los ojos para ver, y los oidos para oir.

La serenidad de aquellos dias deliciosos solo se alteró por la muerte del padre de Eufemia, que murió de vejez en nuestros brazos. Su hija se apesadumbró muchísimo; pero el tiemqo es el dios que consuela. Volvieron á nuestro asilo la felicidad y la paz, y creyó poseerlas para siempre nuestra seguridad incauta. El hombre pa-

recido á un bajel que navega por los mares, se ve alternativamente azotado por todos los vientos. Obscurécese el horizonte, y amenázannos nuevos desastres.

Volvióse á encender la guerra entre Tebas y Lacedemonia; y me fue preciso dejar á mi muger, y á mis pacíficos hogares, para ir á defender la patria. No os hablaré del dolor de nuestra separacion, porque nos aguardaban mayores desgracias. Fuimos vencidos, y quedé prisionero. Mis ganados y mis bienes fueron presa del vencedor, y mis campos quedaron devastados. Llevámonme á Esparta, y me encerraron en una prision obscura. Entonces fue cuando medité sobre la inconstancia de los acaecimientos, y sobre la movilidad de la fortuna. Consumíame el dolor. Pero la experiencia y la memoria de las muchas vicisitudes que habian agitado mi vida, me dejaron la esperanza. No me engañó esta, pues la paz se hizo, y recobré la libertad. Corrí á buscar á mi Eufemia á Atenas, adonde se habia refugiado. Pero ¡ ay ! ¡ cuán mudada estaba! Habíase marchitado su hermosura con su enflaquecimiento y palidez: no era ya mas que una azucena sacudida por los vientos; pero en breve mis caricias, el dulce sosiego de su alma, y la deliciosa fruicion de volver á ver lo que amaba, la restituyeron, juntamente con la salud, el colorido y frescura que la hermoseaban.

Pero Eufemia, como nacida entre comodidades, echaba menos nuestra disipada fortuna. „¡Qué importa, díjela un dia, la riqueza! ¡cuántos hay dichosos bajo un techo pobre! Un campo tengo en Oropa, que han asolado, pero cuya tierra no han podido llevarse: vamos á trabajarlo y á revivirlo. No nos veremos circundados alli del fausto y de los placeres de una gran ciudad; pero tendremos los placeres de la naturaleza. Gozaremos primero de los risueños cuadros de la campiña, luego de su dulce seguridad, y seguidamente de la abundancia de las cosas necesarias."

Aprobó mi plan; y nuestra pequeña colonia, compuesta de nosotros dos, de mi hijo, y de un esclavo, vino á establecerse aqui. Híceme agricultor; díme á los trabajos campestres; estudié la cualidad de las tierras, la influencia de las estaciones, y el régimen de los vegetales, y todo se animó en la habitacion mia.

Mi muger olvidó su pasada fortuna ocupada dulcemente en sus quehaceres domésticos, distraida en la cultura de las flores, y en la crianza de los animales caseros. Me confesó, que nunca hubiera creido que pudiera hallarse la felicidad tan cerca de la pobreza; y acabó de colmar mis deseos el nacimiento de la amable Crisila, en la primavera, como para adornar á la tierra con una nueva flor.

Parecíanos ya nuestro asilo una imágen de las islas afortunadas; nuestro campo iba ganando anualmente; y nuestros dos hijos, porque Filotas tambien lo era suyo, crecian á nuestra vista, y alegraban nuestra soledad. Finalmente, corrieron doce años con la rapidez de un rio, y fueron los mejores de mi vida.

Mi muger, que tenia mucho talento y juicio, tenia tambien una debilidad, que es perdonable á su sexo, esto es, temia muchísimo á los truenos; y cuando los habia, iba á ocultarse en un subterráneo ó se pegaba contra un espeso laurel, situado en medio del jardin [20]. Chanceábame muy á menudo con ella sobre su miedo, y la decia: ,, Amada Eufemia, dejemos esos vanos terrores al hombre acosado de los remordimientos, cuyos crímenes llaman la venganza de los dioses; pero tú, cuya alma es tan pura como el azul de los cielos, y nosotros, que los honramos con la inocencia de nuestra vida, ¿por qué hemos de temer que nos hieran con sus rayos?" Ella aprobaba mi raciocinio y mi seguridad; pero, por mas que se esforzaba, la vista del relámpago y el estampido del trueno sacudian sus nervios, y la llenaban de espanto.

Un dia (¡ay de mí! ¡oh desastrado dia! seis años han pasado ya desde aquel suceso terrible), dejé á Eufemia para ir á cortar

leña al monte: me abrazó, al salir, con una inquietud, nunca vista en ella, diciéndome: ,, Amigo mio, te ruego que vuelvas temprano, porque tengo necesidad de verte: no sé lo que siento, estoy tan triste..... Esta mañana he llorado, y aûn ahora mismo me cuesta trabajo contener las lágrimas." Yo la abracé, y la ofrecí que volveria pronto. No podia resolverse á dejarme ir; y por último, me arranqué de sus brazos, y me alejé á paso largo; y ella estuvo viéndome ir todo el tiempo que alcanzó á verme.

Estaba el sol tan descubierto y hermoso, que nos presagiaba un dia bellísimo. A eso de medio dia se levantaron nubes, se obscureció el cielo, y oí algunos truenos; pero, despues de una pequeña lluvia, se purificó el aire, y el cielo quedó despejado.

Acordéme entonces de lo ofrecido á Eufemia, dejé mi trabajo, y cogí unas violetas para llevárselas, porque gustaba mucho de ellas. ,, Estas flores, solia yo decirla, te gustan, porque son modestas y tímidas como tú." Volvíame, pues, alegrísimo. ¡ Ay! ¡ quién sabe cuando debe afligirse ó alegrarse! Al entrar, solo vi á mis hijos, que jugueteaban: los acaricié, y les pregunté donde estaba su madre. — ,,En el jardin" me respondieron. — Corrí allá, la llamé muchas veces, y no me respondió. Causóme cuidado, y la busqué por todas partes, hasta que, en fin, la encontré sentada al

pie del laurel grande. Soseguéme con aquello, acerquéme, llaméla, pero guardó silencio. ,, Descansa, dije entre mí: no turbemos su pacífico sueño." Tenia Eufemia dos palomas, que la acompañaban siempre: vi á la una muerta á sus pies, y á la otra gimiendo, y con su pico y sus alas, acariciándola y procurando darla vida. ,, ¡ Ay! exclamé: ¡ cuál será el dolor de Eufemia al despertarse!" Sin embargo de todo, me agitaba un oculto terror, y la volví á llamar, acercándome y tirándola del brazo. Mas, ¡ oh espectáculo horrendo! en el mismo instante, aquel bello cuerpo, que formó el amor, y que adornaron las gracias, cayó deshecho en polvo, á causa de un rayo, que lo habia herido y disuelto. ¡ Ay! ¡ la desventurada habia ido á ampararse del laurel, mientras la tormenta! Una preocupacion supersticiosa la dió muerte [21]. Empecé á gritar como un loco, me despedacé la ropa, y me arranqué los cabellos. Acudieron á las voces, me socorrieron, y procuraron consolarme; pero ni atendia, ni escuchaba á nadie, porque estaba desesperado y furioso. Quise matarme; me contuvieron; me trageron mis hijos, y me los pusieron en los brazos; pero los miré friamente, como si no lo fueran. En fin, sus inocentes caricias, y sus lágrimas, me sacaron de aquel entorpecimiento. ,, Llorad, hijos mios, les dije, llorad, pues ya no

teneis madre: ya no está en el mundo: ya no la veremos mas: desapareció como una sombra." Asaltóme una calentura con delirio: quise dejarme morir de hambre, y para ello, tiraba ocultamente los alimentos y los remedios; pero lo llegaron á conocer. Cimon, médico hábil, y amigo mio, que conoció que era mi alma la que necesitaba cura, me empezó á hablar de mis hijos, y encargó mucho que me los tuviesen siempre al lado. Un dia, que yo le aseguré que aborrecia el vivir, y que mi único anhelo era la muerte, me dijo Cimon: ,,¿Y quién cuidará de vuestros infelices niños, que quedarán solos, sin padres y sin auxilios?" Estas palabras, pronunciadas con ternura, me conmovieron extraordinariamente. Lo conoció asi, y añadió: ,,Creed, Díocles mio, que para el que tiene dos hijos todavía puede ser dulce la vida. El tiempo templará vuestra afliccion; y si no, acordaos del encadenamiento y de la variedad de las escenas de vuestra vida: no lo dudeis, Díocles: aun gozareis dias felices." De nada hice caso, porque mi dolorido corazon se habia cerrado á la esperanza. Pero, al fin, la tierna amistad, y las dulces insinuaciones de Cimon, y la presencia de mis hijos, y mas que todo, un sueño que tuve, me restituyeron á la vida. Era la media noche, y yo dormia con mucho desasosiego, cuando me pareció que me des-

pertaba repentinamente un ruido: vi una claridad al pie de mi cama: admirado de ello, miré mejor; y divisé una muger, con el rostro resplandeciente, y la cabeza coronada de flores: quedé pasmado: ella se acercó, y conocí que era Eufemia, la cual se inclinó hácia mí, y me dijo: „ Amado Díocles, ¿qué se han hecho tu virtud y tu valor? Anímate y recobra tu carácter; y si todavía me amas, cuida de nuestros hijos, porque yo te los recomiendo: vive para amarlos, y para hacerlos felices." Al ver aquella aparicion, y al oir aquella voz tan apetecida, me senté sobre la cama, tendí los brazos, y exclamé: ¡Oh amada Eufemia mia!..... Y no pude decir mas. Abrí los ojos, desapareció la fantasma, y quedé en una profunda noche.

Desde aquel instante cedí á las órdenes de mi querida Eufemia, y á la lástima que me causaban mis hijos. Poco á poco fue entrando la calma en mi ánimo; y por grados fuí conociendo el beneficio de la existencia, y felicitándome de haber vencido mi desesperacion. La vida es un bien para quien honra á los dioses, y para aquel, cuya alma honrada y sensible se alimenta con dulces afecciones, y con gustos sencillos. Todavía disfruto placeres en mi edad avanzada. Las caricias de mis hijos, las hermosuras de la naturaleza, el trabajo, el descanso en parages frescos y sombríos,

y el calor de mi hogar en el invierno, me proporcionan fruiciónes exentas de amarguras. Todavía derramo lágrimas sobre las cenizas de mi amada Eufemia; pero lágrimas dulces, que alivian y consuelan mi corazon. Diariamente vengo aqui á hablar con su sombra. La veo, y la oigo: ella me oye sin duda; y suele suceder, que, para arrancarme de junto á esta urna, es menester enviarme á mis hijos. — Con que asi, jóven, aprended, por mi ejemplo, á luchar contra la adversidad. ¿Preveis acaso vuestro destino? ¿sabeis si lo que llamais desgracia os podrá conducir á una felicidad mas pura y mas durable? Sucede, que un acaecimiento, que nos pareció feliz, y que hemos deseado con ansía, oculta en sí mismo el germen de nuestros males. Habeis perdido á vuestra querida, no á vuestra esposa, ni á la madre de vuestros hijos.

Lo mismo que cuando, en una noche obscura y tormentosa, ve el conturbado marinero renacer, juntamente con la calma, la primera luz del dia, que entonces su alma se expande, y respira, y cree que sale del centro de la tumba; del mismo modo desvaneció las tinieblas que me cercaban, la curiosa historia de Díocles, su filosofía sencilla y natural, y la esperanza que introdujo en mi alma. Mucho contribuyó tambien á mi cura la sensibilidad de la

amable Crisila, su alegría inocente, y sus conversaciones entretenidas; y no se diga que algun pensamiento amoroso se mezclaba en el gusto con que la miraba yo: sentimientos tales estaban lejos de mí; y en torno de ella todo respiraba candor y virtud.

## CAPITULO XVIII.

### *Carta de Lastenia.*

Iba pasándose el otoño, y la oliva prestaba su jugo á esfuerzos de la prensa. La hoja, casi seca, se desprendia ya de los árboles, y alfombraba el suelo. ¡Triste imágen de la vida humana, cuando la ancianidad nos despoja de nuestro adorno! Escribí una carta á Lastenia, en que la rogaba que se compadeciese de mí, y que viniese á visitar mi asilo antes de los rigores del invierno.

Me respondió, que no podia abandonar á Arístipo, cuya salud declinaba; y ademas (continuaba diciéndome), tu pérdida me ha costado mucho. La filosofía es una égide muy endeble contra las penas del corazon. ¡Qué fuertes somos en la especulacion, y qué flacos en la práctica! Pero pienso que los dioses, cuando nos separaron, usaron con nosotros de mas indulgencia que crueldad, porque ya habíamos apura-

do las delicias del amor; y llegados á este apogéo, habíamos precisamente de bajar. Ahora, por lo menos, la memoria de aquellos rápidos dias de felicidad acompañará nuestra vida con muy risueñas ilusiones, y nos inspirará dulcísimos sueños; y en aquellos instantes melancólicos en que el alma, penosa y abatida, necesita de un nuevo espíritu de vida, retrogradará nuestro pensamiento á aquellos períodos de tan corta felicidad, y nos transportará, bajo aquellos plátamos hermosos, al jardin que llamábamos nuestro descanso, en donde las agradables conversaciones, las lecturas y el amor, hacian nuestras horas deliciosas. De esta manera, lo pasado extenderá sus beneficios sobre lo presente. Si el destino no nos hubiera sido contrario, tu imaginacion se hubiera insensiblemente resfriado, y no me hubiera engalanado mas con sus hermosos colores, y hubiera llegado dia en que yo no fuese á tus ojos mas que una muger ordinaria.

Aprovéchate de la juventud para viajar. Imita á nuestros grandes filósofos. Pitágoras, Platon, Demócrito y Solon, fueron á coger los frutos de la sabiduría á los climas donde se daban; que aunque Solon sostiene, que es necesaria la edad de cuarenta años para viajar útilmente, yo me atrevo á ser de otra opinion. El tiempo de la juventud me parece propísimo para viages,

con tal de haber adquirido noticias preliminares, y aptitud para meditar.

Zenon, fundador de la secta Estoica, fue á ilustrarse sobre una gran duda. Murió de un siglo, menos dos años, diciendo: „Hago mi último esfuerzo para llevar lo que hay en mí de divino á lo que hay de divino en el universo." Nunca padeció enfermedades. ¡ Privilegio hermoso! Sesenta y ocho años se aplicó á la filosofía. Los Atenienses, que alguna vez son justos, le erigieron un sepulcro en el Cerámico; y por un decreto público, le dedicaron una corona de oro, y le hicieron honores extraordinarios. „Para que todo el mundo, dice el decreto, sepa que los Atenienses honran el mérito distinguido en vida y en muerte." Zenon formó su sabio tomándose por modelo á sí mismo. Decia, „que si los sabios no debian amar, como algunos filósofos opinaban, compadeceria mucho á las mugeres virtuosas y lindas, pues habrian de tener por amantes á los necios." Sostenia, que una parte de la ciencia consistia en ignorar las cosas que no se debian saber. „Un Estoico verdadero, repetia con frecuencia, vive en el mundo como si nada tuviese en propiedad; y ama á sus semejantes, y aun á sus propios enemigos; y su estudio particular es el de su alma. Para rectificar su conducta, examina de noche todo cuanto ha hecho de dia; fiscaliza

sus faltas; busca el testimonio de su conciencia; huye de las alabanzas y de las honras; vive complacido en la obscuridad; y ni las pasiones ni los afectos tienen imperio alguno sobre él." Admitia un destino invencible, que es un sistema peligroso. Cierto dia, que castigaba á su criado por un robo, este exclamó: „Mi destino era robaros. — Y ser apaleado por mí," le respondió el filósofo. — Habrás oido hablar del Platónico Silanion, que no ha mucho volvió de sus viages; es hombre de gran talento, y lleno de conocimientos útiles; pero marcado con el sello de la singularidad. Dicen que tiene vergüenza de estar alojado en un cuerpo; y por lo mismo, ni quiere dejarse retratar, ni tampoco declarar su pais y su familia. Nunca se baña; desecha todo remedio humillante; no come ninguna especie de carne; vive con poco; y aun suele abstenerse de pan; lo cual, junto con la intensa meditacion de su espíritu, es causa de que duerma poquísimo. Todo lo que compone participa de su originalidad. Jamas lee lo que ha escrito, y forma mal las letras, y descuida la ortografía. Es tan fuerte su meditacion, que dispone en su cabeza toda una obra, y nada muda al escribirla. Nunca pierde de vista su plan; y cuando le interrumpen, transporta su entendimiento al asunto de que le hablan, y lo discute y lo termina

sin distraerse de su trabajo, el cual vuelve á tomar, sin leer ni aun las últimas líneas.

Ahora acaban de decirme, que van á quemar los escritos de Pitágoras, porque dice en uno de sus tratados: „No puedo asegurar si hay dioses." Estaba dada la orden para prenderlo; mas, por fortuna suya, se escapó. Fue célebre el destino de este famoso sofista: era un ganapan; y habiéndolo encontrado Demócrito, cargado de hacecillos de leña, colocados en un equilibrio geométrico, concibió alta idea de su talento, y lo admitió en el número de sus discípulos.

A Dios, amado amigo mio. ¿Te acuerdas de las andróginas de Platon? „Los dioses, dice, en un banquete, formaron primero al hombre de figura redonda, con dos cuerpos y dos sexos, y aquello lo hizo insolente, tanto que se atrevió á hacerles la guerra. Iba Júpiter á destruirlo; pero, considerando que destruia al género humano, se contentó con debilitar la andrógina, cortándola en dos mitades. Mandóse á Apolo que las perfeccionara. Desde entonces, cada mitad se busca, se desea, y se arrastra la una hácia la otra [22]. ¡Ay, mi Antenor querido! Yo soy la mitad separada de tí. Conozco que mi alma ha perdido la mitad de sí misma: me enternezco, me melancolizo y derramo lágrimas. ¡Con que no hay

felicidad permanente sobre la tierra! ¡Ay, mi amigo! Ni el salto de Léucades, ni el paso del Cócito extinguirán el amor que me agita y me consume. Mantente bueno, y sé dichoso.....

Esta carta encrudeleció mis dolores y mis penas. Quise disfrazarme, y regresar á Atenas, para ver otra vez á mi amable y digna amiga; pero el sabio Díocles me contuvo, poniéndome á la vista el cuadro terrible de la desesperacion de Lastenia, si era yo conocido y castigado de muerte á sus mismos ojos.

## CAPITULO XIX.

*Pasa el invierno en casa de Díocles. Ceremonia del tauróbolo. Querella entre los dos esposos. Historia de Árquias.*

Pasé el invierno en compañía de aquella estimable familia. El estudio ocupó mis ocios. Leí y releí á Eurípides, á Homero, á Herodoto y á Tucídides. Adorné mi memoria con bellos versos, y con las riquezas de aquellos ingenios grandes. ¡Dichoso el que nace con aficion al estudio, y con inclinacion á vivir solitario en el santuario de las musas! Ese es el que goza del descanso sin penuria, y de un placer siempre nuevo. Pasaba yo las largas noches entre mis huéspedes junto á su hogar. Su honra-

da franqueza, y sus conversaciones sencillas, me tenian mas entretenido aquel rato que lo demas del dia. El sabio Díocles nos contaba los varios sucesos de su vida y los pasages de su tiempo. ¡Con qué ansia los escuchábamos! Hízonos frecuentemente la narracion de un sacrificio expiatorio, llamado taurobolo, que era una ceremonia rara, á que se sometió Diómedon, jóven Megariano. Le conocí, nos decia, en Éfeso, en tiempo que iba yo huyendo de Tebas y de mi Eufemia querida. Nos embarcamos juntos para Corinto. Refrescó el viento, mugió el mar, se hinchó, y atormentó una borrasca desecha á nuestra débil nave. Yo que llevaba á disgusto el peso de la vida, miraba la borrasca y la muerte con mucha indiferencia; pero Diómedon, que era débil, supersticioso y libertino (cualidades al parecer opuestas, aunque emanadas del mismo principio, que es la debilidad del alma), invocaba á voces á Neptuno, á Tetis, y á todos los dioses. Bias, que era uno de nuestros sabios, y que iba con nosotros, miraba con lástima tanta pusilanimidad; y se llegó á Diómedon, y le dijo: „Calla, no sea que los dioses reparen en que vas en este navío." Ni el sosiego de Bias, ni sus bufonadas, animaron el valor de Diómedon; y como la borrasca continuase, hizo voto de que, si los dioses lo salvaban, expiaria sus culpas, y se re-

generaria con el sacrificio del tauróbolo.

Asi que desembarcó en Corinto, cumplió con su voto, y quiso que yo fuese testigo de ello. — Mandaron los sacerdotes excavar un hoyo bastante profundo. Bajó á él Diómedon, ceñida la cabeza con las cintas sagradas, y con una corona y otros ornamentos misteriosos. Asi que estuvo en la hoya, la cubrieron con una tapa de madera, agujereada por varias partes. Trajeron un toro, coronado de flores, cuyos cuernos y frente estaban salpicados con laminitas de oro. Lo degollaron con un cuchillo sagrado, y su sangre fue á caer en la hoya por los varios agujeros de la tapadera; y Diómedon, avaro de aquella sangre preciosa, presentaba el rostro, las espaldas, los brazos, y todas las partes de su cuerpo, para recoger en elllas hasta la última gota. Salió de la hoya espantable. Me parece que todavía lo veo con el pelo, la barba y el vestido, empapados en sangre; pero purgado de sus delitos, y regenerado para la eternidad. — Mas, no obstante, aseguran que aquella ceremonia es preciso renovarla cada veinte años, ó que, si no, desaparece su virtud.

La paz que reinaba en el asilo de Díocles parece como que queria desampararlo. Levantábanse nubes en su horizonte: los zelos agitaban el alma de Filotas, y conturbaban la felicidad de ambos esposos.

Algunos dias habia que Filotas se mostraba rezeloso, pensativo y taciturno. Cuando Crisila le hablaba con timidez y dulzura, él callaba, ó respondia agriamente. Al instante bullian las lágrimas en los bellos ojos de aquella tierna esposa; y se conocia que se esforzaba á contenerlas, especialmente delante de su padre.

Una tarde que me volvia del paseo á causa de la lluvia, la encontré recostada sobre una roca, empapada del agua que caia, hinchados los ojos de llorar, é insensible á lo riguroso del tiempo. Lleguéme á ella, la enjugué lo mejor que pude, y la acompañé á una cabaña vecina, que servia de majada. Alli, despues que se le hubo desahogado el corazon, me contó, y no sin sollozos, que habia trabajado secretamente, para Filotas, una túnica de lana, la cual acababa de presentarle, diciéndole: „Esta es obra mia: llévala por el amor de mí;" pero que su respuesta habia sido hacerla pedazos; y que ella moriria de dolor. Diciendo esto, lloró y sollozó mas amargamente. Yo desplegué mi elocuencia para consolarla, y la prometí hacer de manera que se me explicara su esposo, para saber el motivo de tan imprevista mudanza.

Busqué á Filotas, y lo encontré poseido de un pesar negro y amargo. Primero se negó á abrirme su pecho; pero, despues de vivas instancias, dejó escapar su secreto.

Díjome, que, de algunos dias á aquella parte, encontraba todas las mañanas flores, y ramos de mirto y de laurel, colgados á su puerta; que habia oido muchas noches tocar una lira y cantar unas coplas; y que todo aquello era consecuencia de algun amante oculto. — Aun cuando fuera, le dije, algun amante, ¿en qué es culpable Crisila, que lo ignora? Pero quiero aclarar vuestras sospechas, y mostraros cuan injustas son.

A la media noche, me subí á un árbol grande que habia enfrente de la casa, y en él aceché la llegada del galan rondador; y no quedaron mis esperanzas frustradas. Al apuntar la aurora, se acercó un hombre á la puerta, colgó sobre ella guirnaldas, tomó su lira, y cantó y bailó á un tiempo mismo. Parecióme que aquel amante no podia ser muy peligroso, siendo tan alegre. Bajéme del árbol con mucho silencio, y lo cogí por detras. Él quedó sorprendidísimo; pero mi aire risueño lo sosegó. Preguntóme ¿qué queria, y si era su competidor? — ¿Quién es vuestra dama? le repliqué. — Es una divinidad, me repuso; es una gracia amabilísima; en fin, es la preciosa Crisila: y dicho esto, volvió á su canto y á su baile. Asi que vi yo que su pasion no tenia síntomas tristes, me divertí con ella; pero súbitamente salió Filotas con una lanza en la mano, y dió sobre su jovial com-

petidor. ¡Traidor! gritaba, ¡morirás á mis manos! Tuve que esforzarme muchísimo para oponerme á su furia, mientras su adversario, tan alegre y sereno como al principio, continuaba su pantomima y sus coplas, irritando, por lo mismo, mucho mas á nuestro celoso.

Empezaban á distinguirse ya los objetos, cuando Filotas, que habia mirado mas atentamente á su competidor, exclamó: ¡Oh cielos! ¡Árquias es! ¡Por Júpiter que soy mas loco que él! ¡cuánto me avergüenzo de mis sospechas! — ¿Quién es ese Arquias? le pregunté. — Seguidme, me respondió, y os contaré su historia.

Ese Arquias, continuó Filotas, es de una de las mejores familias de Oropa; y tenia talento, y cultivaba, con utilidad, la poesía y la música; pero nació con una imaginacion tan viva, y con un corazon tan tierno, que iba de hermosura en hermosura rindiendo á todas vasallage. Seguia el carro de la graciosa Fóloe, cuando vió á la bella Teona, que obscurecia á sus competidoras, del mismo modo que el sol obscurece á las estrellas. Desde la vez primera que Árquias la vió, quedó ciegamente enamorado de ella. Consiguió agradarla, y tambien que aceptara su mano y su amor. Fóloe disimuló su despecho; pero luego que supo el matrimonio, ya no pensó en otra cosa que en venganza. Tenia un

hermano, llamado Conon, amante desgraciado de Teona, á quien Fóloe inspiró su rabia; y he aqui cual fue su conjuracion. Cayó enferma Teona, y esto retardó la celebracion del casamiento. Fóloe, que la trataba como amiga, la pidió que la dejase pasar una noche á su lado para cuidarla; y lo consiguió con sus instancias y falsas caricias. Habia convenido con su hermano en vestirse aquella noche como su competidora, y presentarse á la ventana bajo su nombre; y que, asi que estuviese en ella, llegaria Conon á enamorarla, y pedirla que lo admitiese en su casa; y que entonces bajaria ella á abrirle la puerta. Era preciso que Árquias fuese testigo de aquella cita. Un papel anónimo le advirtió que Teona fingia estar mala para romper su concertado himeneo, y casarse con Conon, á quien amaba, y á quien habia dado una cita para la siguiente noche. Aquel papel hizo, por lo pronto, poca impresion en Árquias, y lo tuvo por una malignidad mal tejida; pero pensó mas en ello, y meditó las frases. Volvió á rechazar las sospechas, mas ellas le atormentaron de nuevo. En esta perplegidad, sobrevino la noche indicada. Determinóse, pues, á meterse en el zaguan de una casa contigua á la de su amada, muy persuadido á que su acecho sería inútil.

Llegó Conon, se acercó á la puerta de

Teona, hizo una seña, y abrieron la ventana. — ¿Eres tú, Conon? le preguntó una voz débil y tardía. — Sí, amada Teona: yo soy el amante que te adora, y que viene á impedir tu casamiento con Árquias, ó á morir á tus pies: ruégote que bajes, porque tengo que confiarte un secreto.

El desgraciado Árquias escuchaba lo mismo que no se atrevia á creer; pero la falsa Teona bajó, abrió la puerta, y recibió á su amante fingido.

Aquella odiosa escena hizo en Árquias una impresion tan pronta y tan terrible, que, en el instante mismo, se vió acometido de un acceso de demencia. Se han hecho, para su curacion, cuantos remedios hay conocidos, pero inútilmente. Su erotomanía ha tomado un aspecto chistoso: á nadie ofende con ella, y, acaso, con ella es feliz. ¡Tan cierto es que conviene á veces atolondrar la razon, para disfrutar alguna felicidad! Se pone á la puerta de los templos á ver pasar las mugeres; y si ve, en algunas, ojos hermosos, pie pequeño, ó talle airoso, se le exalta luego la imaginacion, ó el corazon se le inflama; y desde entonces ya no duerme, y templa su lira, y va á cantar bajo las ventanas del objeto adorado, donde pasa noches enteras. Esta efervescencia le dura unos quince dias, y despues corre tras nuevos amores. El infeliz amó nuevamen-

te á la misma Fóloe, que es causa de su desventura. Seis meses despues encontró á Teona en el Templo de Minerva: miróla fijamente con triste ceño; y todos los músculos de su cara se encresparon, pintándose alternativamente en ella el enojo y el dolor. Sacaron del templo á Teona, cuya alma sensible y benigna no pudo resistir la vista de aquel triste espectáculo, y Árquias recobró luego su jovialidad. Veinte y cinco años ha que está asi, porque tiene cerca de cincuenta; pero ni el cuidado de lo futuro, ni la cercanía de la vejez perturban su alegría ni sus amores.—Seria lástima, repuse á Filotas, volverle lo que llamamos razon, porque, con ella, no lograria mas que pesares é inquietudes.

En aquel instante venia hácia nosotros Crisila triste, pensativa y temerosa. „¡Ay! exclamó Filotas: ¡vela alli! ¡cuántas culpas tiene que perdonarme! Voy á echarme á sus pies." Hízose la reconciliacion, porque Crisila perdonó fácilmente. Confundiéronse sus llantos y caricias, y, con ternísimas protestas, sellaron aquella paz, que habia de ser inalterable.

En compañía de esta familia, que acaso era la mas dichosa de este globo, aguardé la vuelta de la primavera. La dulce templanza del aire, y la alfombra verde con que la tierra se cubria, anunciaban su llegada. ¡Quién no olvidaria por algu-

nos momentos su tedio y su miseria con la dulce serenidad de un bello dia del mes de Muniquion! (Abril) ¡ y con el aspecto del campo, risueño con flores y yerbas, oyendo el armonioso coro de los pájaros!

Determiné entonces seguir los consejos de Lastenia, é ir á estudiar las costumbres y los usos de las naciones, empezando mis viages por el templo de Delfos, para consultar su oráculo sobre mi futuro destino. Este proyecto no se conformaba con la doctrina que habia yo aprendido en Atenas, donde las gentes ilustradas y de trato fino dejaban los oráculos, y las preocupaciones supersticiosas, para lo comun del pueblo. Pero el entendimiento humano es un extraño compuesto de debilidades, de razones y de inconsecuencias. Yo no creía en los oráculos, ó, á lo menos, lo imaginaba asi; pero, con todo, mi curiosidad queria consultarlos.

Oprimido el ánimo de tristeza, me despedí de mis amables huéspedes, los cuales me acompañaron un gran trecho. Dándonos los últimos abrazos, llorábamos todos. El buen Díocles, estrechándome en sus brazos, me dijo: „Ya no os veré mas; porque mi tumba está abierta; pero si pasáreis otra vez por Oropa, venid á echar en ella algunas flores, y á hablar de mí con mis hijos."

## CAPITULO XX.

*Su llegada á Tebas. Hazaña de Milon de Crotona.*

Tomé el camino de Tebas. Esta ciudad está situada entre los rios Asopo é Ismeno: sus cercanías son amenísimas. Atravesé jardines y praderías. Desde lejos, sobre una eminencia, se ve la ciudadela. La ciudad está circundada de muros: se entra en ella por siete puertas, y se ven bellísimos edificios públicos, y soberbias estátuas; pero las calles no estan tiradas á cordel, que es un defecto comun á toda la Grecia. Está la ciudad bajo la proteccion de Baco y de Hércules.

Encontré á Tebas agitadísima y llena de extrangeros, porque aguardaban al famoso Milon de Crotona, cuyas gloriosas hazañas, en los juegos olímpicos, habian extendido la fama de su nombre. Toda la ciudad salió á recibirle el dia de su llegada: parecia un coloso, porque tenia seis pies de altura; su barba era negra y cerrada; sus cejas pobladas y casi juntas; sus brazos, piernas y ancho pecho excesivamente peludos; y andaba descalzo, armado con una clava, y cubierto con una piel de leon, á imitacion de Hércules, que era su modelo. Asi que el Próxenes de la ciu-

dad lo alojó[23], llegó un diputado del pueblo y de los magistrados á suplicarle, que tuviera á bien hacer en la ciudad las mismas muestras de fuerza y de brio, con que tanto se habia señalado en los juegos olímpicos. Milon se convino á ello, y advirtió á los magistrados, que mandaran llevar á la palestra, al dia siguiente, al salir el sol, un toro de cuatro años.

Antes de ser de dia estaba ya el gimnasio lleno de espectadores, que de todas partes acudian. No tardó en presentarse el héroe. Marchó hácia los magistrados y ciudadanos principales, precedido de una tropa de músicos, y llevando como Alcides, una corona de chopo. Luego que estuvo junto al toro, dió una ojeada á toda la concurrencia, la saludó, desató al animal, lo cogió, y se lo cargó sobre los hombros. Por todas partes rosonaron gritos, aplausos y clamorosa vocería. Animado con el estrépito nuestro atleta, echó á correr, con su carga, alderredor del recinto. Aumentáronse las estruendosas palmadas, juntamente con la algazara general. Despues de esta carrera, dejó en tierra su pesada carga, y dió al toro tan vigorosa puñada en la cabeza, que el animal titubeó, cayó, y murió. Empezóse de nuevo el estruendo y la gritería al ver aquella nueva hazaña. Milon, entonces, dijo á los magistrados, que si querian mandar asar al toro, él se

obligaba á comérselo todo entero. Aceptáron la proposicion. Corrieron, se afanaron, encendieron una grande hoguera, desollaron la bestia, y la asaron.

Mientras tanto Milon pasmó á todo el pueblo con otro prodigio. Ciñóse estrechísimamente las sienes con una cuerda, contuvo el aliento, é hinchó de tal manera los músculos de la cabeza, que saltó la cuerda. Todo el gran concurso gritó llamándolo prodigio, y aclamando al héroe por superior á Hércules.

Despues de este esfuerzo, pasó á descansar bajo un pabellon, que se habia levantado en medio de la plaza, y lo circundaron los magistrados y los ciudadanos de mayor nota.

Pregutáronle sobre su alimento diario: ,,Necesito, respondió, diez y ocho libras de pan, diez y ocho de carne, y quince cuartillos de vino." Preguntóle uno, en voz baja, ¿si era tan prodigioso en el amor, como en los demas ejercicios? ,,No me atreveria á vanagloriarme, respondió, de igualar á Alcides en sus cincuenta trabajos nocturnos."

Tenia yo á mi lado á un anciano, que se sonreía malignamente, y se encogia de hombros: lo miré, y me dijo, sin mas preámbulo: ,,Me causan compasion esos atletas: para fortalecerse mas escogen los alimentos que les parecen de mayor subs-

tancia, como las carnes de cerdo y de vaca, y un pan muy grosero; pero ese exceso de nutricion no les da mas que una fuerza pasagera; y, por otra parte, nada valen para las fatigas de los viages y las de la guerra: tienen una estatura deforme: un entendimiento torpe: una inclinacion invencible al sueño: una gran disposicion á la apoplegía; y, sobre todo esto, sucede rara vez que conserven su vigor por mas de cinco años. Fuera de que yo me rio de todas esas proezas que acaba de ostentar Milon. Mas digno de elogio es lo que hizo un dia, que asistió á las lecciones de Pitágoras. Fue el caso, que habiéndose desencajado la única columna, que sostenia el techo de la sala, él la sostuvo hasta que toda la gente salió fuera[24].

Llegaron á decirle á Milon, que ya estaba asado el toro. Sentóse á la mesa, y se lo comió todo entero, al ruido de una música guerrera[25]. Poquísimo maravillado yo de aquel prodigio de glotonería, partí sin informarme de cómo estaria dispuesto el esófago y el estómago de aquel animal carnívoro, con dos pies y sin plumas, segun la definicion de Platon.

## CAPITULO XXI.

### *Visita el monte Hélicon. Encuentro que allí tuvo.*

Antes de pasar á Delfos, fui á visitar, junto á la ciudad de Ascra, la montaña Helicona, que es una de las mas fértiles de la Grecia. Dolon, habitador de aquella comarca, me quiso servir de guia. Subimos, por una pendiente dulce y sinuosa, hasta el templo de las musas, que era mucho mas sencillo que el de Apolo en Delfos; pero tan airoso en su sencillez, que parecia el asilo de las gracias, sin dejar de ser el de las hijas de Júpiter y de Mnemosina. Si ellas gustan, como se dice, de los bosques (*a*) y de su quieta soledad, ninguna morada podia serlas mas agradable que aquella. Al salir de su templo, recorrimos unas hermosas arboledas, y un bosque de encinas y de pinos, cuyas copas tocaban en las nubes. Infinitos arroyuelos, que rodaban sobre guijarros el cristal de sus aguas, mantenian la frescura de aquellos varios bosquecillos, y era tan suave su murmullo, que me parecia oir las voces de las náyades y ninfas de aquellas fuentes. Los ruiseñores, y otros

(*a*) *Carmina secessum scribentis et alia quærunt.*

mil pájaros, parece que repetian las lecciones de las musas con sus melodiosos acentos. Arboles y plantas exhalaban hasta muy lejos deliciosos perfumes; y, en fin, en aquel sitio encantado, no habia cosa que no sellase en el alma la tristeza, juntamente con la felicidad. Llegamos á la fuente de Belérofon, aquella fuente que su caballo hizo brotar, dando una patada en el suelo. Sus aguas embriagadoras infunden aquel entusiasmo, que engendra las grandes ideas y las expresiones sublimes. Mas allá corria la fuente fatal, que sirvió de espejo á Narciso, víctima de su belleza, y de su insensato amor. Mas abajo encontramos el rio Hélicon, donde las musas mandan hacer cada año la oracion fúnebre del desgraciado Orfeo. Los Tespianos celebran tambien alli anualmente una fiesta en honor de las musas y del hijo de Venus. Sobre el mismo camino del bosque me mostró Dolon la estátua de Eufemia, nodriza de las musas, y tambien la de Lino, en una gruta de conchas y piedrezuelas: este era hijo de Urania, y excelentísimo músico. Apolo lo mató porque habia osado compararse á él (*a*). Los habitadores

(*a*) Otros autores refieren, que, enseñando á tocar la citara á Hércules, que aprendia con dificultad, lo castigó, llevado de un movimiento de impaciencia, y que Hércules, irritado, lo mató de un citarazo.

hacen anualmente su aniversario antes de sacrificar á las musas. Lo lloraron las naciones mas bárbaras. Despues vimos un Apolo y un Mercurio, en bronce, que se disputan una lira. Aqui, bajo un cenador de laureles, estaba la estátua de Tamíris, que fue desgraciado por su presuncion. Se atrevió á desafiar á las musas, y ellas lo cegaron enteramente, y le hicieron olvidar sus canciones y el arte de la lira: tiene una en la mano, pero rota, como demostrando que aun queria sacar sonidos de ella. Muy cerca de alli se veia Arion sobre la espalda de un delfin. Despues se presentaba Hesíodo sentado, con una cítara sobre las rodillas, sin embargo de que la cítara no sea el símbolo de este poeta; pues él mismo nos dice, que cantába sus versos con un ramo de laurel en la mano. Asi que lo hube considerado algun tiempo en silencio, con una conmocion interior y respetuosa, recorrí, con su poema en la mano [26], el bosque en que tan á menudo se extravió. Aquella memoria me circundaba de un encanto delicioso, porque me parecia que estaba presente su sombra. Sentéme al pie de su estátua, y leí la fábula de Pandora, y me estremecí al abrir aquella caja, de que habian de salir todos los males. Participé de la melancolía de aquel gran poeta, cuando, despues de haber descrito las

cuatro edades famosas, que precedieron á la suya, exclama: „¡Nací en la quinta, y quisiera no haber nacido!" ¡Cuántos hombres, desde Hesíodo acá, dijeron lo mismo![27] Pero mi corazon respiraba leyendo su Teogonia, en la cual nos pinta al amor desembrollando el caos. „El dios Cœlo, decia, estaba mutilado, y sus despojos caian al mar. Venus nacia de una espuma preciosa, y su nombre primero fue Filómetes, que significa amante de los placeres del amor. Venus es la diosa de la hermosura. La hermosura deja de ser amable, si no está acompañada de las gracias. De la hermosura nace el amor. El amor dispara unos tiros, que atraviesan el alma; y lleva una venda, que oculta los defectos de lo amado; y tiene alas, y llega y huye con velocidad." — Hesíodo gustó del reposo y del retiro, y no viajó. En una ancianidad muy avanzada cultivaba aun las flores de la poesía. Su estilo elegante y armonioso lleva el sello de aquella antigua gravedad, hija de la sencillez de las costumbres, y demostrativa de la pureza del gusto, y de la rectitud de las ideas.

Respiraba yo sobre el Hélicon un aire puro y salubre. Iba vagando por valles risueños, donde se levantaban enormes pinos, y encinas tan antiguas, que estuve tentado de preguntarlas sobre las generaciones rápidas, que habian visto pasar.

Entristecióme aquel pensamiento, porque me trajo á la memoria lo breve de la vida del hombre.

Bajé á las orillas del Permeso, donde oí los acentos de una voz muy sonora, que cantaba sobre el modo lidio (*a*). Acerquéme silenciosamente, y divisé á un hombre sentado bajo un árbol. Luego que dejó de cantar, apoyó su cabeza en sus dos manos, y quedó como sumido en una meditacion profunda. Dudé de si me llegaria; pero una paloma perseguida por un gavilan, se arrojó á mis brazos, y yo grité para ahuyentar á su enemigo, y mis gritos advirtieron al jóven, que yo estaba junto á él. Me acerqué mas entonces, mostrándole la paloma palpitante del susto, y le pregunté, ¿qué haria de ella? „No imiteis, me respondió, al areopagita, que acaban de castigar en Atenas, por haber muerto á un gorrion, que se habia refugiado á su seno: dadla libertad." Lo que hice al instante, y le dije: „He oido vuestras canciones: y si he de creer á la melancolía que se os trasluce en el rostro, temo que teneis mucho que quejaros de la fortuna."—*Sí*, me replicó: blanco soy de sus tiros, aborrezco la vida, y aspiro á morir.—No sois, le añadí el único desgra-

(*a*) El tono lidio correspondia á la tristeza: el dorio á la guerra; y el frigio á las ceremonias de religion.

ciado: el gran Júpiter abre con mas frecuencia el tonel de los males que el de los bienes. He padecido como vos: padezco todavía; y he aprendido á compadecer los males agenos. Si puedo consolaros en algo, abrid confiadamente vuestro pecho á un desconocido, que quisiera ser amigo vuestro. _ Gusta el dolorido, me repuso, de asociarse con otro que lo esté. Sentaos aqui, que aunque es la primera vez que nos vemos, vuestra fisonomía publica tanto candor y humanidad, que no vacilo en confiaros mis penas."

## CAPITULO XXI.

### *Historia de Fánor.*

Soy Beociano. Me llamo Fánor. Presumo que somos, á poco mas ó menos, de una misma edad. Habrá como unos diez meses que mis padres me enviaron á Atenas, para cultivar alli las letras, y ejercitarme en los gimnasios. Ya sabeis que el Ática es la morada de las musas; y que, á pesar de Píndaro, que nació en Tebas, pasa la Beocia por ser la de los Marsias; lo cual se atribuye á lo grosero del aire. Luego que llegué á Atenas, como iba tan avariento de placeres y de instruccion, frecuenté las palestras, la academia, el líceo y los teatros, y diariamente

iba al Pnix 28 á oir á los mas celebrados oradores.

Nací con un alma aposionada y fogosa. El mes de Targelion (Mayo) trajo la fiesta de Flora. Las mugeres, para celebrarla, corren de dia y de noche, y bailan al son de trompetas. Las jóvenes se juntan en la pradería, que está á orillas del Céfiso, y alli bailan, y cogen flores, y con ellas se adornan las cabezas, y siembran los caminos. La que gobierna el baile, que es mas hermosa, y va mas compuesta que las otras, representa á la diosa, y canta un himno en honor de la primavera. Teana iba al frente de aquellas tempranas bellezas. Flora, á quien representaba, no es mas lucida ni mas lozana. Seguí, con algunos jóvenes, aquella preciosa tropa; pero la gallardía, las gracias, y el airoso talle de Teana, que sobresalia de sus compañeras, conciliaban todas las atenciones: me pareció que estaba sobre las esmaltadas praderas de Gnido, viendo á Venus en medio de su corte.

Inflamóse mi corazon á la vista de tantos atractivos; y el nombre de Teana, pronuncialo con entusiasmo, y los infinitos elogios suyos, que llegaban á mis oidos, atizaban mas y mas aquel fuego naciente. Mientras la ceremonia se llevó Teana mi alma y mis ojos, y me separé de ella ciego de puro enamorado.

Al alba del siguiente dia, coroné su puerta con mirto y rosas, y escribí en ella y en varios parages de la calle: *Teana es la mas hermosa de Atenas.* Todas las noches cantaba yo bajo sus ventanas, y tocaba la cítara. ¡Cuántas canciones compuse para ella! De dia me paseaba en su calle con un vestido purpurado, y el perfume de mis esencias embalsamaba todo el barrio: llevaba flores en las orejas, un baston torneado en la mano, y me acompañaba un esclavo con una silla de tijera. Finalmente, esperanzado en agradarla, ostentaba todo el aparato del lujo y de la galantería; pero no obstante mi fausto, mis canciones, y mis esencias, lo mas que conseguí fue verla algunas veces desde lejos, porque salia siempre acompañada de su madre, ó de su nodriza [29].

Aquella madre, que vivia sobrecargada del peso terrible de doce lustros, era tanto mas difícil de reconciliar con el amor, cuanto que aquel dios habia sido el ídolo de su mocedad; y aun se conservaban en memoria algunas de sus aventuras amorosas. El Gineconomo [30] la condenó una vez á cierta multa, por haberse presentado en las calles con indecencia, y su nombre fue inscripto sobre una lista, y públicamente expuesto. Como mientras vivió no pensó en mas que en su hermosura y adornos, la cogió la vejez exhausta de recursos

contra ella; de manera, que el tedio la consumia, y estaba morosa, envidiosa y triste, llorando los placeres y triunfos de su juventud, y particularmente la pérdida de su belleza. Como no tuvo principio, ni plan de educacion, no pudo cultivar la de su hija, á la cual no enseñó otra moral, que la de cubrir sus inclinaciones con el velo de la virtud y decencia, ocultar los defectos de la persona, y hacer resaltar sus perfecciones. En fin, el resultado de aquella educacion fueron ridiculeces, vanidades y vicios. La pinto como la veo hoy, y no como me parecia antes. Por desgracia es el dicho sistema de educacion el que siguen en Atenas las mas de las madres.

El alma de Teana, que estaba tan mal preparada, y nadando en un aire tan corrompido, era forzoso que diese unos frutos dignos de aquella cultura; pero aquella belleza, semejante á los cuadros, cuyas imperfecciones disimula un brillante colorido, deslumbraba y seducia. Hermosura, entendimiento, gracia, lozanía, habilidades agradables, hablar hechicero, y en fin, cuanto puede apasionar, todo se encontraba en ella reunido.

Para lograr entrada en su casa, procuré ganar á Filena, su ama de leche. Cierto Rey de Macedonia opinaba, que no hay plaza intomable, pudiendo introducir en ella un asno cargado de oro. Lo mismo su-

cede con las plazas que guarda el amor. Concerté con la nodriza, que pasaria por un sobrino suyo, llegado recientemente á Atenas. Troqué mi magnífico vestido por uno descolorido y grosero, y renuncié á las flores y á las esencias.

Interrumpí á Fánor para decirle, que ya era la mitad del dia, y que, si gustaba, iríamos á buscar asilo y comida, y despues acabaria la entretenida narracion de sus amores. Lo aceptó asi, y me propuso, que fuésemos á casa de un amigo de su padre, que era un filósofo pitagórico, que vivia en el campo, junto á Ascra. Convine en ello, y llegamos en poco tiempo.

## CAPITULO XXII.

*Acogida y retrato del pitagórico. Sus máximas y su filosofía.*

Luego que Fánor dió su nombre, el amo de casa nos tomó por la mano, en señal de confianza, y nos condujo al baño.

Xenófanes tenia ochenta y dos años de edad; pero el aire de su rostro, y la agilidad de su cuerpo desmentian aquella ancianidad. Conservaba aun todo el verdor del otoño de sus años. Su estatura era menos que mediana, sus ojos vivos, sus movimientos prontos, y su voz firme; y su cara sonrosada formaba un contraste

respetuoso con su pelo cano. Era admirable lo fiel de su memoria, y la firmeza de su pulso cuando escribia; y era tan activo, que habiéndose visto privado de la mano derecha, por una herida, á los ochenta años de su edad, aprendió á escribir con la izquierda en pocos dias [31]. Iba descalzo, y llevaba la barba larga.

Al salir del baño, nos presentó Xenófanes unos vestidos, y seguidamente nos fuimos á sentar á la mesa. Empezó ofreciendo á los dioses incienso y perfumes. Contra nuestra esperanza, y contra las leyes dietéticas de Pitágoras, se cubrió la mesa con manjares exquisitos; pero lo que mas nos admiró fue la singular conducta de Xenófanes. Asi que nos habia servido un plato, lo aplicaba á la nariz, se saboreaba con el olor, y luego, sin tocarlo, se lo entregaba á los esclavos; y con todos los platos repitió lo mismo, sin hablar ni comer. Yo reventaba por reir, y especialmente cuando Fánor me dijo en voz baja: ,,La nariz de este hombre ha de tener una indigestion terrible." Pero nosotros no nos alimentábamos de humo, pues nuestro apetito honraba el festin. Continuaba el silencio, cuando, habiendo tenido un esclavo la imprudencia de servir dos platos á la vez, se encolerizó Xenófanes, y echó un plato por tierra, pidiéndonos perdon de su viveza. ,,Ese majadero, nos dijo, debia sa-

ber, que me horrorizo del número dos. Viendo estais en mi mesa tres saleros, y tres frascos: el maestro (asi llaman los discípulos á Pitágoras) asegura, que el número dos es funesto. — Pues con todo eso, le dije, parece el mas feliz, porque dos amigos, dos amantes, y dos esposos, bien unidos, presentan la imágen de la felicidad. — Pero Pitágoras, repuso Xenófanes, que temia el número dos, graduaba el de tres de admirable, y de casi divino. — Sí; contestó Fánor, cuando el amor es el tercero. — Jóven, exclamó Xenófanes mirándome, ¿qué es lo que haceis? — Pues ¿que hago? le pregunté. — Cruzar la pierna izquierda sobre la derecha: el maestro lo prohibe, como tambien el cortarse las uñas los dias de fiesta.

Finalizada la comida, y hechas las libaciones, nos convidó á pasearnos en su jardin. Al entrar, me separé para satisfacer una necesidad ligera, y me volví hácia el sol, que se ponia: corrió á mi Xenófanes azorado, y gritándome: „¡Deteneos! ¿qué vais á hacer? — Yo me detuve medio temblando, y le dije: ¿Qué os asusta Xenófanes? — ¿Pues no veis, me respondió, que manchais la presencia del sol? ¿Ignorais que nada debe hacerse, que sea impuro, delante de esa antorcha de la naturaleza?" Fue de mi aprobacion aquel respeto, y me volví hácia el oriente [32].

Luego que me incorporé con él, me dijo: „¿No es verdad que os he admirado, asi por el lujo de mi mesa, como por la extrañeza de mi régimen? Sabed, pues, la causa. La casualidad os ha servido. Nos está prescrito dar una gran comida una vez al año; pero se nos prohibe participar de ella. Aquel dia observamos un ayuno rigorosísimo, y nos contentamos con oler los manjares. Lo restante del año no se ve en mi mesa ni carne, ni pescado, ni vino, ni habas, porque todos estos alimentos los prohibe el maestro."—Le pedimos que nos explicara la causa.—„Seria horroroso, continuó, comer pescado; pues, en otro tiempo, fueron nuestros compatriotas, y habitamos con ellos en el seno del mar. Nuestros primeros padres fueron pescados.—En la mesa, le repliqué, renegaria yo de filiacion semejante; pero ¿por qué prohibir la carne? ¿hemos, acaso, sido bueyes ó carneros?—No, repuso Xenófanes, pero ¿cómo os atreveis á ser antropófagos, y os exponeis á devorar á vuestros padres?—¡Cómo, Xenófanes! ¿alojais sus almas en las vísceras de esos animales? Por cierto que las dais una linda posada.—Con razon, añadió Xenófanes, creemos en la metempsicosis. Está probado que nuestras almas, que son inmortales, circulan de individuos en individuos. Todo muere y renace en la naturaleza. La materia circula

sin cesar, y el sol aspira el agua del mar y de los rios, que cae en lluvia, humedece la tierra, y alimenta á los mismos rios, desde los cuales vuelve á elevarse para formar las nubes; pero siempre es el mismo volúmen de agua, y la misma materia, que circula sin cesar, y renueva el género humano, y los animales y los vegetales. Puede ser que las moléculas reunidas de Menelao, de Licurgo, y de la hermosa Helena, forman el cuerpo de un infeliz Ilota. Pitágoras se acordaba de haber sido Euforbo en el sitio de Troya, y de haber sido en él herido por Menelao. De Euforbo pasó su alma al cuerpo de Hermótimo, despues al de un pescador, y en fin, animó á Pitágoras [33]. _ ¿Pero por qué, pregunté á Xenófanes, prohibe las habas ese gran filósofo? _ He oido decir, me respondió, á sacerdotes Egipcios, que las habas irritan los sentidos, y perturban el entendimiento; y Pitágoras condena los placeres del himeneo, porque, segun él, es meter un alma en una prision. Este sabio es el primero que enseñó, que todo debia ser comun entre los amigos: sus discípulos habian de vivir entre ellos como hermanos. Renunciamos al vino, á las mugeres, y á comer carne: no llevamos zapatos, y nos dejamos crecer el pelo y la barba."

Nos habló despues del silencio que exigia el maestro, para ser admitido en la

comunidad: nos dijo, que él habia estado cinco años sin hablar: es una prueba que se ha de hacer con todos los prosélitos. Mientras este noviciado, nunca ví á Pitágoras; pero lo oía, y algunas veces me hablaba detras de un velo. — Dadnos el gusto, Xenófanes, de repetirnos algunas de sus máximas. — Ved aqui algunas: „Conviene declarar la guerra á tres cosas; á las enfermedades del cuerpo, á la ignorancia del entendimiento, y á las pasiones del corazon." „El mejor regalo, que el cielo hace á los hombres, es el de ponerlos en el caso de ser útiles á sus semejantes, y de enseñarles la verdad." „Está prohibido el abandonar el puesto sin licencia del que lo manda." „El puesto del hombre es la vida." „La templanza es la fuerza del alma." „El imperio sobre sus pasiones, su luz." „El espectáculo del mundo es semejante al de los juegos olímpicos. Unos tienen tienda, y no piensan mas que en el provecho. Otros pagan con sus personas, para comprar la gloria. Y otros se contentan con ver los juegos."

Su método de vida era el siguiente. Al amanecer iba á los templos, donde hacia purificaciones y sacrificios. Se nutria con los alimentos mas puros, para que su cuerpo no contrajese mancha alguna. Iba vestido de Lino de Egipto, como los sacerdo-

tes de aquel pais. Se conciliaba la veneracion de los pueblos con un aspecto venerable, una voz armoniosa, y una elocuencia afectuosa y viva. En Crotona solia llegar su auditorio á dos mil personas. Los magistrados fabricaron un edificio soberbio y espacioso en el mismo sitio donde daba sus lecciones.

Le pregunté ¿si era verdad que Pitágoras hubiese hecho prodigios, como detener, con unas palabras el vuelo de un águila, y aparecerse, en un mismo dia y hora, en Crotona y en Metaponto? „Esos prodigios, me respondió, son inútiles para la moral, y por eso no los he verificado. Ved aqui lo que puede creerse en cuanto á la magia que se le atribuye. Para corregir á los habitadores de Crotona, cuyas depravadas costumbres manchaban la castidad del himeneo, se ausentó, por algun tiempo, de su ciudad. A su vuelta fingió, que venia de los infiernos, donde habia visto á los esposos infieles atormentados con terribles castigos. Hizo efecto su ficcion, porque las costumbres se purificaron, fueron respetados los matrimonios, las mugeres se despojaron de su lujo, enviaron al templo de Juno sus perlas, sus piedras preciosas, y todos los vanos adornos de la hermosura, se presentaron en adelante con vestidos sencillos, y miraron la modestia y el pudor como el mas rico adorno suyo. Los ancia-

nos, y aun los jóvenes, prefirieron el estudio y la filosofía á la fortuna y á los placeres 54." — En aquel instante mismo le trajo un esclavo un pedazo de pan, y un vaso de agua. — „ Esta es mi cena, nos dijo. El dia va bajando, y no se nos permite comer despues de puesto el sol." — Continuó hablándonos de Pitágoras. — En la eleccion de sus discípulos atendia particularmente á la configuracion exterior, la cual, segun él, le respondia de las prendas del alma, porque creia que un bello cuerpo albergaba una bella alma. „ Toda especie de madera ó de mármol, decia, no es buena, en general, para hacer un Apolo ó un Mercurio." Nos ejercitaba especialmente en la sumision y en la paciencia. Segun él, un verdadero pitagórico no debe soltar lágrimas, ni quejas en las desgracias, ni mostrar flaqueza en los peligros; y nada debe haber mas estable que su palabra. Cierto dia entré en un templo de Juno, cuando Eufemo, que era uno de mis condiscípulos, salia de él. Le pedí que me esperara, y me lo ofreció asi. Mis oraciones me arrastraron á una meditacion tan profunda sobre los dioses, y sobre la inmortalidad del alma, que olvidé que me esperaba mi amigo, y salí por la otra puerta. Al dia siguiente fui á la concurrencia de los discípulos, y los vi inquietos por la falta de Eufemo: al momento

me acordé de su promesa, y de mi distraccion. Corrí al templo, y encontré á Eufemo, bajo el vestíbulo, sentado sobre la misma piedra, donde lo dejé la víspera, aguardándome todavía. Todo el mundo sabe la historia de un pitagórico, que murió en un meson, sin poder pagar al mesonero; pero, antes de morir, trazó sobre una lamina ciertos caractéres simbólicos, que el mesonero fijó en la puerta de la posada. Algun tiempo despues Lisis, condiscípulo suyo, pasó por aquel parage, vió los caractéres, y pagó las deudas del muerto. — Nos habeis citado, Xenófanes, los sacerdotes Egipcios, de lo que inferimos que habeis viajado por aquel celebrado pais. — Sí, Fanor: fui allá acompañando á mi maestro Pitágoras. — Dadnos, pues, Xenófanes, algunas nociones sobre sus pirámides tan nombradas. — La estrella de Venus brilla, y es, para mí, la señal del retiro. Un verdadero pitagórico debe levantarse antes que el sol. Si el hospedage os agrada, mañana pasaremos el dia juntos, y satisfaré vuestra curiosidad. Dímosle gracias afectuosas, y se retiró.

Rogué á Fánor que se aprovechase de la frescura y belleza de la noche para acabarme su historia. Fuímonos á sentar junto á un estanque, sobre el cual reflejaba la luna sus movibles rayos.

## CAPITULO XXIII.

*Continuacion de la historia de Fánor.*

Os he bosquejado, continuó Fánor, el retrato de Teana. La naturaleza hizo por ella cuanto pudo; pero una mala educacion marchitó los dones de la naturaleza.

La vez primera que me atreví á explicar mis sentimientos, me repelió tan severamente, que mi amor propio quedó mortificadísimo, y mi despecho fue tanto, que estuve dos dias sin verla; pero era sobradamente penoso aquel esfuerzo, y cedió mi vanidad á otro sentimiento mas dulce. Volví á casa de mi tia la nodriza, á quien confié mis disgustos, procedidos de la dureza de Teana. Manifestóse sorprendida, y me prometió aclarar el motivo de semejante tratamiento. A la noche fui á saber el resultado. „Fortuna habeis tenido, me dijo mi estimada tia, en que hayan recibido mal vuestra declaracion. ¿A qué atolondrado se le ocurre escoger un jueves para empezar un galanteo? — ¿Y qué mas tiene, dije á la nodriza, ese dia que otro cualquiera? Todos los dias son buenos para el amor. — No lo creais, Fánor: ¿ignorais que el jueves es dia funesto y de mal agüero [35]? Teana misma me dijo, que por lo mismo que os estimaba tanto, no podia

acoger vuestro afecto bajo semejantes auspicios." En el instante que hablábamos asi, entró aquella hermosura, y se mostró admirada de verme; pero su aire risueño, y sus benignas miradas, me anunciaron las felices disposiciones de su corazon.

No tardó mucho en oir con indulgencia mis expresiones amorosas; y mi querida tia, á quien yo tenia magníficamente asalariada, me aseguró, que adelantaba en la carrera á pasos de gigante. De manera, que lo futuro me embelesaba, y lo presente me tenia enamorado y feliz. Mas ¡cuán frágil es el apoyo de nuestras esperanzas!

Un dia, que salia de ver á Teana, tan dichoso y tan alegre, que tuve que ir á respirar el aire libre, me encontré (despues de haber vagado largo rato, en el líceo), bajo el pórtico del medio dia, el cual paseé, á largos pasos, meditabundo y distraido. Llegóse á mí un Bapto jóven. Ya sabeis que los Baptos son unos sacerdotes afeminados, que juran por la diosa Juno, que tienen amistades con mugeres, y que asisten á los misterios de los tocadores: este, que se llamaba Teon, llevaba, segun su costumbre, una hermosa túnica azul, las cejas teñidas de negro, y ademas, iba perfumado con esencias, y fingiendo los quiebros y las monerías de una petimetra [10].
,, Amigo mio, me dijo tocándome sobre el hombro, ¿no eres el sobrino de Filena,

nodriza de la bella Teana? — Sí, le respondí humildemente, acordándome del personage que representaba, y de la sencillez de mi vestido: ¿en qué tengo que serviros? — Puedes obligarme, me replicó, y te recompensaré generosamente; pero ¿eres callado? — Lo soy cuando se confian de mí. — Muy bien, repuso el Bapto: me fiaré de tí: sabe, pues que estoy prendado de la incomparable Teana. — ¡Vos prendado! — Sí: yo: prendado, enamorado, ó como quisieres: lo esencial que exijo de tí es, que empeñes á tu tia en que me consiga una cita de aquella hermosura. Sé que tengo competidores, y entre otros, un bribonzuelo, que ha tenido muchas veces la insolencia de arrancar mis guirnaldas; pero cualesquiera que sean mis competidores, nunca me asustan: si lo descubro, yo le enseñaré á que me respete." Mientras esto hablaba el Bapto, me hervia la sangre y me abrasaba el rostro el fuego de la cólera; pero bajé la cabeza, y guardé silencio. ,,Querido mio, continuó, dí á Filena, que si me proporciona una conversacion, no tendrá límites mi generosidad; y ella debe saber que soy fiel á mis promesas. — ¿Pero mi tia ha tenido otra vez la dicha de seros útil con Teana? — Esos no son negocios tuyos; sino darte prisa á cumplir con mi encargo, y á traerme la respuesta. — Fiad de mi zelo, dije al Bapto, y creed, que es igual á la

vuestra mi impaciencia." Quiso entonces el Bapto gratificarme con algunas dracmas; pero le dije: que yo no cobraba la paga hasta hecho el servicio.

Corrí enfurecido á casa de Filena, y empecé á desahogarme con invectivas y reproches sangrientos: ella me escuchó con sosiego y desden, y me respondió, que ignoraba el motivo de mi arrebatamiento, y que no esperaba tal premio por sus buenas intenciones. Entonces le balbucié el nombre y los proyectos del Bapto. —,,Nunca hubiera imaginado, me dijo Filena, entre una sonrisa amarga, que un Bapto os hubiera podido engañar de ese modo. Id, y asegurarle de parte mia y de la de Teana, que en balde trabaja, y que le exhortamos á que retire sus redes, y á que lleve á otra parte sus flores y sus suspiros. Decidle tambien, que Teana lo mira con la mayor indiferencia; y si lo dudais, seguidme: en su cuarto está Teana; y como nada la obliga á disimular, y como no está prevenida, leereis sus sentimientos en lo interior de su alma, transparente como una agua límpida." Diciendo esto, me llevó á la habitacion de Teana, y no me tuvo á la puerta mas que un minuto, para saber si estaba en estado de recibirme.

Me acogió benigna y afectuosamente. En sus ojos se veia el candor, la sensibilidad y la calma. Lo mismo fue mirarla, que de-

jar de ser delincuente para mí. Preguntóla Filena, despues de haber hablado otras cosas, si conocia al Bapto Teon. — „ Lo conozco mucho, respondió Teana, porque se le encuentra en todas partes, como que es uno de aquellos seres que poseen el secreto de multiplicarse, para importunar mas al mundo. — Pues, Teana, yo sé que ha confiado á cierta persona que está enamorado de vos. — Sí, Filena: no ignoro que quiere dar á entender que me pretende, y que publica mis elogios; pero si continúa mas representando tan mala comedia, yo hablaré á mi madre para que la desenlace." Al oir aquello, procuré no dar á conocer mis zelos. Hice seña á Filena para que callase, y salí avergonzado de haber sido juguete de un Bapto, y de haber dudado del corazon de una amante tan tierna.

Volví inmediatamente al Líceo para tener el gusto de burlarme del bello Teon. Paseábase muy erguido, dejando ondear su hermosa túnica azul á merced del viento, y perfumando el pórtico con sus olores. Llegóse á mí diciendo: „ ¿ Qué hay, buen amigo? ¿ qué respuesta tenemos? ¿ qué dice la tia? — Dice que quisiera obligaros contribuyendo á vuestras felicidades; pero sostiene, que Teana, no obstante vuestro mérito, se muestra fria á sus vivas instancias; y que, ademas, como os aman tan-

tas mugeres, teme encender sus zelos, y conciliarse su ódio. Esta es la respuesta de mi tia, la cual tambien os aconseja, como amiga, que dejeis vuestras pretensiones, y que emprendais otras mas felices. — ¿En esos términos te ha hablado tu tia? no puede ser: ó has oido mal, ó has hecho el mensage torpemente. A dios: te doy gracias; pero me pasaré sin tus servicios, y trabajaré yo mismo en la obra." A estas palabras, hizo una cabriola, y se disparó como un rayo.

Desde entonçes, siempre que nos encontrábamos, me saludaba con un airecillo de suficiencia y de bufonada, como mostrando reirse de mi credulidad; pero yo me reia de verlo tan fatuo.

Cuando yo hubiera podido alimentar sospechas, despues de haberme desengañado la misma Teana, su sensibilidad tierna, y sus caricias tímidas, hubieran acabado de disiparlas. Mi estimada tia, por su parte, ejercitaba su ardiente celo y sus diligencias en favor de su sobrino querido, y el sobrino multiplicaba sus larguezas. Vivia yo de aquel modo, deliciosamente seguro, y plenamente dichoso; pero iba pronto á obscurecerse aquel dia tan brillante y sereno.

Un dia, despues de comer, fuí á casa de Teana, á mi hora acostumbrada. Alumbraba su cuarto una claridad muy endeble: divisé á Filena junto á la cama, la

cual me hacia señas para que anduviera poco á poco. Acerquéme mas, y me dijo, en voz muy baja, que su amada hija tenia calentura, y un fuerte dolor de cabeza: acaba de dormirse, me añadió: dejémosla descansar, y mañana la vereis mas tiempo. Entristecido yo con tal noticia, pedí que me la dejara mirar un instante. Levanté la cortina; pero su cabeza, envuelta en una cofia, estaba mirando hácia la parte opuesta. Yo, que me vi privado de la vista de aquel rostro que adoraba, me contenté con exhalar algunos suspiros, y con besar la colcha de la cama. El dia antes me habia dejado el baston en el cuarto de Filena: fuí á buscarlo: encontré la puerta entreabierta, arrempujéla, vi que estaba obscuro, y oí una dulce voz, que preguntaba: „¿Quién es? ¿eres tú?" Quedé inmóvil, y mudo de puro sorprendido, porque me pareció la voz de Teana. Lejos de responder, volví á su cuarto, para asegurarme de aquella doble vision. — „¿Aun estais aquí? me preguntó mi buena tia: aun no ha despertado: ¡pobre niña! dejadla dormir, porque lo necesita mucho." Sin darla oidos, me acerqué á la cama, meneé á la enferma, la llamé, y no despertó: quísela tocar la cabeza, pero se me rodó entre las manos, como que era una cabeza de madera: juzgad cual seria mi cólera. Llegó Filena á quitarme aquella

figura; pero la dí un tremendo bofeton sobre su descarnada mejilla: tiróse á mí enfurecida con las uñas presentadas, y yo la derribé en tierra de otro bofeton: desde alli volé al cuarto donde habia oido la voz de Teana; y en la puerta me encontré cara á cara, ¿con quién direis que me encontré? con el despreciable Bapto Teon. Enagenado de rabia, me eché sobre él, y lo cargué de golpes: defendióse, y entonces lo así por la garganta, y empezó una lucha vigorosa; pero dí con él en tierra, lo pateé, y lo hice pedir á voces misericordia. Acudieron á sus alaridos, y tuve que abandonar mi presa, despues de haber señalado mi despedida con muchos y repetidos golpes.

Asi que entré en mi casa, empecé á sentir todos los furores de un amor ultrajado. No pensaba en otro que en venganzas y en desatinados proyectos. Quise sacrificar á la perjura, á su vil amante, y á mí mismo con ellos; pero la imágen de Teana, adornada con todas sus gracias, sus hermosos ojos, sus miradas embelesadoras, y su dulce habla, se me presentaron en la idea, y desarmaron mi cólera. Acaso, decia yo entre mí, me engaña la apariencia: puede que no tenga culpa: yo soy quien la ha ofendido: conozco mi falta, y anhelo el instante de expiarla á sus pies; pero unos momentos despues no habia cosa que

pudiese justificarla, siendo, para mí, un mónstruo de perfidia y de ingratitud.

Pasé tres dias entre aquellas convulsiones. Pero, en fin, triunfó el amor de los zelos y de la desesperacion. Determiné escribirla, humillarme, y pedirla perdon. Fui muy de madrugada á llevarla mi carta 37. Encontré la casa adornada con ricos muebles. Ardian delante de la puerta muchas hachas. Habia músicos que tocaban instrumentos, cantores de himeneo, y una gran concurrencia. Me quedé espeluzado y trémulo. Vi salir de la casa unas criadas, que llevaban hachones en las manos, y vi arder la antorcha nupcial, que era mas corpulenta que las otras. Seguia Teana, coronada de flores, y hermosa como Venus: iba junto á su madre; y al otro lado, ¡oh que espectáculo! el Bapto Teon, que la llevaba al templo. Alcanzóme á ver Teana, y desvió de mí los ojos, sin la menor alteracion. Perdido de furor, y sediento de venganza, quise arrojarme á ellos, y matarlos á puñaladas; pero sin duda que algun dios me ató el brazo, y me sacó de alli por los cabellos, pues me encontré á cuarenta estadios de Atenas, sin saber donde iba.

Vuelto en mí, determiné pasar á Léucades para hacer la prueba del salto de la roca, y terminar mi desventurada vida, ó arrancar de mi alma la imágen de un objeto que quiero aborrecer. Viajo á pie, porque

me distrae el ejercicio, y la agitacion del cuerpo calma la del espíritu. He compuesto por el camino una elegía sobre mi aventura, y me complazco en cantarla.

## CAPITULO XXIV.

*Costumbres de los Pitagóricos al salir el sol. Máximas de Pitágoras.*

Asi que el primer albor del dia blanqueó los bordes del horizonte, vimos llegar á Xenófanes, pusímonos á examinar lo que hacia. Se sentó sobre un banco de céspedes, con la cara vuelta al oriente. Tomó su arpa, y cantó unos cánticos sagrados. Luego que descubrió el disco del sol, se prosternó delante de él, y lo adoró. — Entonces me llegué á él, y le pregunté el motivo de tal ceremonia. ,,Es, me dijo, un rito de la religion de Pitágoras. Debemos preceder al sol, cantar sus alabanzas, y adorarlo asi que se presenta. Debemos tambien, en aquellos instantes, pasar en revista las acciones del dia antes, y seguidamente, ir á los templos, ó á los lugares solitarios, para entregarnos en ellos á la meditacion; despues de lo cual nos vamos á hablar con nuestros amigos, y á hacer una comida muy sobria, mientras la cual discurrimos sobre algun asunto político ó filosófico: lo restante del dia lo damos á la

sociedad; y la tarde se emplea, como la mañana, en pasear y en meditar, y acabamos el dia con una cena menos frugal que nuestro desayuno; porque algunos de nuestros Pitagóricos suelen permitirse un poco de carne y de vino. — Pero no me olvido de que os prometí daros algunas noticias sobre Egipto. Voy á llevaros á una capillita, que he dedicado á la diosa Isis, ó mas bien á la naturaleza. Está en el inmediato bosque. Allí disfrutaremos del fresco y del silencio. — La capilla era redonda, revestida de estuco. Entraba en ella la luz por tres ventanas ovaladas. La estátua de Isis era de pórfido, y ocupaba el centro. En su pedestal se leia esta inscripcion:

„Soy lo que ha sido, lo que es, y lo „que será siempre. No hay todavía hombre „mortal, que pueda quitarme el velo que „me oculta."

En las paredes habia grabadas muchas máximas de Pitágoras.

„El mejor regalo que hace Dios al hom„bre es el de inclinarlo á decir la verdad, „y á hacer buenos oficios: estas dos cosas „se parecen á las obras de Dios."

Leed, nos dijo Xenófanes, la que está enfrente, que me parece una de las mejores suyas.

„No necesiteis jamas de juramentos, ni „de llamar á la divinidad por garante de „vuestras promesas: procurad, sí, dar tan

„buena opinion de vuestra probidad, que „seais creidos sobre vuestra misma palabra."

Esta, dije yo, me parece muy agradable:

„Cuando estoy con mi amigo, no estoy solo, sin embargo de que no somos dos."

Sentémonos sobre estos bancos, dijo Xenófanes, y prestadme atento oido.

## CAPITULO XXV.

*Fenómenos del Egipto. Partida de ambos amigos.*

Existen tres pirámides mas celebradas que las otras, y que pueden colocarse en la clase de las siete maravillas del mundo: estan junto á Menfis. Solamente os hablaré de la mayor de las tres, situada á los veinte y nueve grados y cincuenta segundos de latitud. Su fábrica es de piedras, y la menor de ellas de treinta pies de largo, trabajadas con arte maravilloso, y cargadas de figuras geroglíficas: cada lado de las pirámides tiene ochocientos pies de ancho, y otros tantos de alto. A ciento y sesenta pies debajo de tierra se encuentran salas, que se comunican entre sí por medio de unos ramales llamados siringos. Se emplearon en aquellas obras cien mil tra-

bajadores; y, por todo el tiempo de treinta años, se fueron sucediendo igual número de obreros de tres en tres meses. Y solamente las legumbres suministradas á los trabajadores costaron diez y seis mil talentos.

Se cuentan mil locuras de la pirámide grande. Segun algunos, la fabricó una cortesana famosa con los caudales que la regalaron sus amantes: otros la atribuyen á la cébre Ródopa: ved aqui su historia.

Era natural de Tracia, de orígen obscuro, y fue vendida como esclava. Enamoróse de ella un Griego; la rescató, y se la llevó á Néucrates, ciudad de Egipto. Un dia que Ródopa estaba bañándose, se abatió un águila sobre sus vestidos, tomó uno de sus zapatos, y se lo llevó en el pico hasta Menfis, residencia del Rey Psammis, y lo dejó caer sobre sus rodillas. Maravillado el Príncipe, lo miró atentamente, y formó ventajosa idea del molde, por la forma agradable y reducida del calzado. Fuera de que la accion del águila le pareció cosa milogrosa y extraordinaria. Acaloráronle la imaginacion todas estas circunstancias reunidas, y le infundieron un ardiente deseo de conocer á la hermosura, cuyo era aquel calzado tan lindo. Mandóla buscar, y la encontró fácilmente. Graduóla el Rey por muy superior á la idea que de ella habia formado, á la vista del zapato: enamorado

de ella, la tomó por esposa, y mandó erigir, en honor suyo, aquel soberbio monumento. Pero me parece mas probable que todo, el que aquellas pirámides fueron destinadas para sepultura de los Reyes.

Un prodigio de arquitectura, acaso superior á las pirámides, es el famoso laberinto edificado á la extremidad del Moeris, junto á la ciudad de los Crocodilos. Se entra á él por doce puertas, de las cuales seis miran al norte, y seis al mediodia. No es un palacio solo, sino la union de doce palacios cubiertos con solo un techo de vastísima extension; y los contiene un largo circuito de una muralla anchísima. Todo el edificio se compone de dos pisos, el uno superior, y el otro subterráneo. Cada uno contiene mil y quinientas habitaciones, que se comunican entre sí. Los pórticos, las galerías, los gabinetes, los cuartos, y los terrados, forman tantos ambages, y se repliegan de tal manera, que, cuando se entra en ellos, no se puede salir sin alguna guia, ó sin el hilo de Ariadna. Las paredes y los techos son de piedra. Las salas estan circundadas de columnas hermosas, y la mayor parte de mármol blancó; y termina el laberinto una pirámide, cuyos frentes tiene cada uno doscientos y cincuenta pies de ancho, y por ella se baja á los subterráneos. Yo he visitado el primer piso; pero no el segundo, donde no se entra, á

causa de conservarse en él los cuerpos de los Reyes, y de los sagrados crocodilos. No se sabe quien fue el fundador de este edificio. Se cree que es obra de muchos Monarcas.

Uno de los trabajos mas gloriosos del Egipto, y muy superior á los otros, por su utilidad, es el lago Moeris. Es un magnífico estanque, de setenta y cinco leguas de circunferencia, cavado entre dos montañas. Todo aquel terreno estaba, en otros tiempos, cubierto de arena estéril. Un Faraon, llamado Moeris, concibió uno de los mas bellos proyectos, que el entendimiento humano haya podido concebir, y tuvo la gloria de ejecutarlo. Millares de hombres excavaron aquel árido terreno. Mandó construir un canal de cuarenta leguas de largo, y de trescientos pies de ancho, para conducir las aguas del Nilo al gran reservatorio. Aquellas aguas, llevadas por el canal, en el tiempo de la creciente del rio, se amontonan en aquel vasto recinto, circundado de diques y de montes. En los seis meses en que baja el Nilo, se abren las esclusas; y una circunferencia de ochenta leguas, treinta pies mas elevada que el nivel del Nilo, forma otra segunda inundacion, que se dirige como se quiere. Una parte de ella vuelve al rio, y sirve para la navegacion; y otra parte, dividida en riachuelos, lleva la fecundidad

hasta las colinas arenosas. Y por rezelo de que aquella mar artificial no rompa sus barreras, se abrió un canal de descargo, atravesando la montaña, por el cual se vierten en la Libia las aguas sobrantes. Dicho lago tiene cien pies en su mayor profundidad. Dos pirámides construidas en una isla situada hácia el centro, tienen cien pies bajo las aguas, y se levantan otros ciento sobre ellas: cada pirámide remata en una estátua colosal sentada sobre un trono. Esta obra, que es la mas grande y la mas útil que se ha hecho en el mundo, suple en los años de una creciente mediana, conteniendo aguas preciosas, que se perderian en el mar.

Pedí á Xenófanes, que me diese noticias de la estátua vocal de Memnon. ,, No he dejado, me contestó sonriéndose, de ir á Tebas á rendirla mi omenage. Memnon es hijo de la Aurora. Una estátua colosal lo representa como un hombre en la flor de sus años: tiene la cara vuelta hácia el oriente. Al salir la aurora la saluda con graciosa voz, como regocijado de ver á su madre; y al ponerse el sol, expresa el dolor de su ausencia con un sonido lúgubre. — ¿ Y vos, Xenófanes, dais asenso á semejante milagro? — Sin duda que lo doy, pues yo propio he oido los sonidos. Es menester fiarse algo de los sentidos, por mas que digan los escépticos. Con todo, yo sospecho, que

alguno, escondido bajo el pedestal, pega en la piedra que lo forma; y lo que mas descubre el artificio ès, que el sonido no parte de la cabeza, sino del plinto ó del trono sobre que está colocada la estátua."— Xenófanes, habladme ahora del clima de Egipto. ¿Es verdad que es mas bello que el de la Grecia? — Me parece, Fánor, que es el mas delicioso de la tierra. Los Egipcios disfrutan robusta salud, debida á la salubridad del aire, y á la templanza de su clima, que varía poquísimo. Cierto es que los calores de la Tebaida sobrepujan á los que se experimentan en muchas comarcas mas inmediatas al ecuador. Atribúyese este fenómeno á la aridez de las llanuras arenosas, que circundan al alto Egipto, y á la reverberacion de los montes que lo estrechan.

Pero en el bajo Egipto, la vecindad del mar, la mucha magnitud de los lagos, y la abundancia de las aguas, amortiguan los ardores del sol, y mantienen una templanza deliciosa. Ademas de esto, el viento etesiano, ó viento del norte, que sopla en el estío, refresca y purifica la atmósfera. En aquel hermoso clima siempre está el cielo sereno y sin nubes. Las lluvias, que son rarísimas, ordinariamente no caen hasta los meses de diciembre, enero y febrero, y durante pocos dias. En aquella estacion, se levantan espesas nieblas, que

son mas frecuentes que las lluvias; y en el discurso de todo el año cae un rocío tan abundante, cuando el cielo está sereno, que equivale á una pequeña lluvia. Los vientos meridionales son una de las plagas de aquel pais agradable, y soplan por intervalos, desde febrero hasta fin de mayo, llenan el aire de un polvo sutil, que impide la respiracion; llevan por delante perniciosas exhalaciones, y corrompen, en pocas horas, las substancias animales. Hallábame yo en Menfis, un mes de mayo, y se levantó repentinamente un huracan de aquella especie, que traia por delante torrentes de arena abrasada: un velo espeso cubria el firmamento; el sol parecia de color sanguinoso; y el polvo penetraba en las habitaciones, y quemaba ojos y caras. Al cabo de unas cuatro horas calmó la tormenta, y el cielo volvió á su serenidad. Infinitos desgraciados quedaron sofocados en el desierto, y un hombre, de extremada gordura, murió repentinamente en la ciudad, ahogado por el calor. Huracanes semejantes han sepultado ejércitos enteros. Aquella plaga terrible, llamada el gigante Tífon, duró una vez tres dias y tres noches; y se hubiera tragado al Egipto, si hubiera durado mas con la misma violencia. —Dadme á conocer, Xenófanes, ese Nilo tan decantado, y la causa de sus inundaciones.

Los manantiales del Nilo, Fánor, estuvieron mucho tiempo ignorados. El colegio sacerdotal de Tebas, que ha gastado sumas inmensas para descubrirlos, deja al pueblo en esta ignorancia, creyéndola un misterio propio para alimentar la piedad. Dichos manantiales estan en la Etiopia, á doce grados del equador, sobre una montaña, coronada de una reducida llanura, cubierta de árboles. Alli se ven dos estrechas aberturas de cisterna, bastante juntas. El rio sale del pie de la montaña, frente al norte, y va á formar una laguna, que tiene mas de sesenta leguas de circunferencia; y, despues de muchos rodeos, entra en Egipto, y lo atraviesa, casi en línea recta, de mediodia á norte. Los filósofos de Menfis disputan mucho sobre la causa de su acrecentamiento periódico. El pueblo lo atribuye al dios Sérapis; pero las gentes instruidas saben, que, en los meses de marzo, abril, mayo y junio, los vientos del norte acumulan las nuves sobre las cimas de las montañas altas, situadas mas allá del ecuador, donde se resuelven en lluvias, que caen en torrentes. La reunion, pues, de infinitos arroyos y riachuelos, hinchados con las lluvias, forma el Nilo, y produce la inundacion. Se gozan en Menfis, en los tres primeros meses, dias muy serenos; pero, luego que se pone el sol, llueve

hasta que sale, y á esto se siguen relámpagos y truenos. En los primeros dias del mes de junio empieza el Nilo á crecer; pero su crecimiento no es notable hasta el solsticio. A esta época se enturbian sus aguas, y toman un color rojizo, de manera que, para beberlas, es menester purificarlas. Continúa aumentándose el Nilo hasta fin de agosto, y frecuentemente hasta setiembre. Su elevacion necesaria es de diez y seis codos: si es menor, amenaza hambre; y si mayor, es peligrosa. Hay una columna delante de Menfis, en la que estan señaladas sus varias crecientes. Desde esta ciudad se publican á lo restante del Egipto. Si la inundacion llega á tocar al décimocuarto ó décimosexto codo, se apodera de los habitadores una alegria universal, y se hacen fiestas y regocijos públicos. Dícese que las aguas del Nilo estan impregnadas de una sal, que tiene virtud estimulante, no solo para los hombres, sino tambien para las bestias. Me aseguraron que habia mugeres que parian hasta cuatro y siete criaturas; pero lo dudo. Lo mas cierto es, que las Egipcias usan, contra la esterilidad, diferentes composiciones. Una de las mas fuertes es una infusion de giroflia con hiel de crocodilo, cuyas partes todas son afro lisíacas. Pero volvamos á las aguas benéficas del Nilo.

Se han abierto canales, que las llevan

hasta las mas distantes campiñas, que son, por lo mismo, las mas fecundas del universo; porque en vez de que otros rios, en sus inundaciones, se llevan el jugo de las tierras, y las deterioran, el Nilo deposita en ellas un limon que las engrasa y fertilica; y cuando sus aguas se retiran, revuelve el labrador la tierra, mezclando en ella un poco de arena, y siembra sin trabajo, y casi sin gasto.

Los tiempos de las siembras son los meses de octubre y noviembre, á proporcion de como las aguas se embeben. Y dos meses despues, estan ya las campiñas cubiertas de toda especie de granos y de legumbres. Se cogen las cosechas en los meses de marzo y de abril. No hay cosa tan bella como el Egipto en las dos estaciones de estío é invierno. Nunca me he cansado de disfrutar del espectáculo que presenta en estas épocas varias. En los meses de julio y de agosto me subia sobre una pirámide, ó sobre una montaña, y desde alli descubria un vasto mar, sobre el cual se elevan infinitos pueblos y aldeas, con muchas calzadas para comunicarse entre ellas, y todo entremezclado de bosquecillos y de árboles frutales, cuyas copas únicamente se veian. Aquella perspectiva, circunscripta por los montes y los bosques, se termina, á lo lejos, por un horizonte risueño y bellísimo. En invierno era otra cosa, pues

hácia los meses de enero y febrero, se parecia la campiña á una pradera esmaltada de flores. Por todos lados se veian ganados esparcidos, y una infinidad de labradores y de jardineros. Entonces estaba embalsamado el aire con el perfume de las flores, de los naranjos y limoneros, y de otros árboles; de modo que no podia respirarse cosa mas agradable ni mas sana.

Acabábase esta narracion, cuando nos trageron una merienda pitagórica, la cual comimos sobre los céspedes en la sombra del bosque. No obstante, nos dió Xenófanes un frasco de vino; y, acabada la merienda, nos despedimos de aquel rígido filósofo, quien nos dijo abrazándonos: „Hijos mios, no olvideis la siguiente máxima del maestro:

„El hombre solo es dichoso bajo el escudo de la sabiduría."

## CAPITULO XXVI.

*Descripcion de Léucades. Allí encuentran á Safo, y á dos Griegos infelices.*

Dije á Fánor que lo acompañaria hasta Léucades. Dos motivos me animaban; el uno era curiosidad; y el otro deseo de disuadirlo de un remedio tan violento. Representéle, que ninguno se mataria por ser picado de una espina ocultada entre las

flores; que era felicísimo en verse desembarazado de Teana; que la inconstancia y la perfidia de un sexo voluble no debia causar mas admiracion que la inconstancia de los vientos, ó la ligereza de la mariposa; y que era necedad afligirse por ello[38]. — „Conozco, respondió, toda la fuerza de vuestra lógica, y conozco que desprecio á Teana; pero su memoria me persigue, y me destroza: la amo todavía con mas furor; y veo que el salto de Léucades puede únicamente curarme. — Pero exponeis vuestra vida, Fánor. — Mas vale perderla que arrastrarla bajo el peso de las aflicciones. Ademas de que conozco á un hombre, nombrado Máces, que ha hecho cuatro veces aquel salto peligroso, y, lejos de perecer, ha encontrado, en aquella prueba, el remedio de cuatro pasiones desgraciadas. — ¿Ignorais, Fánor, el desastrado fin de Artemisa, de aquella Reina de Caria que peleó tan valerosamente en Salamina?.... Ciegamente prendada de un jóven, natural de Ábidos, se vió de él abandonada, y, loca de zelos y de ansia de vengarse, se dedicó á perseguirlo, y lo sorprendió en los brazos del sueño, y, con un puñal, le quitó la vida. Tuvo venganza aquel crímen del amor; porque los remordimientos, las memorias crueles, y el mismo fuego del cariño, irritado con mas furor en el pecho de aquella amante

la despedazaron desapiadadamente. Despechada, pues, y mas apasionada que nunca, fue á buscar á Léucades un remedio á sus males; y allí encontró la muerte."

Mientras lo restante del viage no me habló Fánor de otra cosa que de la ingratitud de Teana, y de su hermosura. Mil veces me juró, que renunciaba al sexo ingrato y peligroso. Despues repetia su cantinela lastimosa, y á veces la cantaba yo con él; y de esta suerte llegamos á Léucades.

La isla de Léucades, ó Léucates, está situada en la mar Jónia, sobre la costa de la Acarnania. En una de las extremidades de la isla, frente de Cefalonia, se levanta una montaña altísima y cóncava, que tiene excavada su base por la continuada impetuosidad de las olas del mar: sobre la cúspide del promontorio se ve una roca, que amenaza precipitarse á los abismos del mar, pues se presenta como suspendida en el aire. Dícese, que un niño, llamado Léucades, se arrojó, desde lo alto de la roca, á las aguas por huir de las persecuciones de Apolo, y que dió nombre á la isla.

Muerto Léucates, se estableció un templo y una fiesta en honor de Apolo, y se precisaba á un delincuente, condenado á morir, á que se arrojara desde lo alto del promontorio. Teníase cuidado de pegarle á sus vestidos alas de pájaros, y aun pájaros

vivos, que lo sostenian en el aire, y hacian mas dulce su caida. Muchos barquillos situados alderredor del precipicio, lo aguardaban para socorrerlo 39.

Encontramos en Léucades tal afluencia de viageros, que nos sorprendió; pero pronto supimos la causa. Fue Fánor á inscribirse entre los que querian dar el salto de la roca, y le dijeron los sacerdotes que la célebre Safo se habia anticipado á él, y habia de saltar al dia siguiente; pero que prestase el juramento, y que saltaria despues de ella. Al oir el nombre de Safo (cuyos talentos, gracias y amores, publicaba por todo el mundo la fama, y á quien la Grecia embelesada habia nombrado la décima musa), pregunté á uno de los sacerdotes, ¿si sería posible verla y hablarla? ,, Es dificilísimo, me dijo, que se deje ver. Su amante la ha vendido, y ciega de pesar, de amor y de zelos, viene aqui á buscar su curacion ó la muerte. Vedla alli paseándose sobre los bordes del promontorio, con el rostro pálido y caido, y con sus ojos fijos en la tierra. Medita profundamente, y parece que está inmóvil. Miradla cual anda á pasos largos, agitadísima, inflamada de cólera la cara, gesticulando, mirando al cielo, y lamentándose de sus desgacias. Ahora se adelanta hácia la extremidad de la roca. Sigámosla. Reparad como sus ojos miden la profundi-

dad. Ya retrocede. El ruido de las olas espumosas la espanta. Ya su rostro aparece mas sosegado, y pasea sus ojos por esas esparcidas rocas, donde estan grabados los nombres de los amantes, que verificaron felizmente el salto del promontorio. Ved como se para delante del sepulcro de la Reina Artemisa; como lo mira atentamente; y como se la desprenden del rostro gotas de sudor frio. ¡Qué motivo de meditacion para Safo! ¡Qué relacion tan notoria entre su sensibilidad y sus desventuras!"

Continuamos acercándonos, y observando sus movimientos y su persona, con aquella ansia curiosa que excita un sugeto célebre y desgraciado.

Safo no disfrutaba del lisonjero don de la hermosura. Su estatura era pequeña, su tez morena, y sus ojos poco rasgados, pero vivísimos, y centelleando ingenio. El deleite, el fuego del talento, y la sensibilidad, se mostraban alternativamente sobre su fisonomía; ó, mas bien, se juntaban, como colores mezclados entre sí, para componerle un rostro de los mas agraciados y atractivos; de manera, que si la belleza, como puede definirse, no es mas que lo que agrada á la vista, y lo que agita agradablemente al alma, Safo gozaba de aquella preciosa prerogativa.

Para tener un pretexto de hablarla, empeñé á Fánor en que pidiese á Safo la pri-

macía para el salto del promontorio. Estaba sentada sobre una roca, mirando al mar fijamente, y como si dijera: *He alli mi sepulcro.*

Nos llegamos á ella, y Fánor formó su demanda. Respondióle Safo: ,, ¿Tambien vos encontrásteis un monstruo de perfidia? No me admiro. Hombres y mugeres, todos son ingratos; ¡pero Fáon es el hombre mas pérfido de todos! Contadme vuestras desgracias; y si los dioses son mas crueles con vos que conmigo, yo os concedo vuestra demanda. " — Entonces Fánor le narró la traicion de Teana. — ,, Sufris, le dijo Safo, un reves bastante comun: no perdeis mas que una muger falsa, que era de todos, que amaba á otro, ó que á ninguno amaba, que era idólatra de sí misma, que no os debia amor ni gratitud, pues nada habíais sacrificado por ella. Pero Fáon, el ingrato Fáon me lo debe todo: me debe sus talentos, sus conocimientos y su celebridad, y el haber hecho inmortal su nombre asociándolo al mio. Si Venus me negó la belleza, que es una flor muy frágil, Minerva me dió el talento y el ingenio, que son dones celestiales, y muy superiores á la hermosura. Sacrifiqué mi reputacion y mi virtud á lo que él llamaba su felicidad: yo vivia solo para él: él era el centro y el fin de mis pensamientos, deseos y afecciones: toda mi alma estaba llena de él, y única-

mente para él existia: por ese traidor abandoné á todos mis discípulos, y á la jóven y preciosa Erínea, que era mi igual en el talento: sacrifiqué al ingrato los tres grandes poetas de este siglo, Arquíloco, Hipónax, y Alceo: sí: ¡Alceo que me adoraba! Por Fáon me concilié el aborrecimiento de las mugeres, que me han pintado con los negros colores de la calumnia 40. Por él me aparté de la senda de la gloria, y dejé las delicias de Atenas, en donde gozaba del doble placer de reinar sobre vuestro sexo y sobre el mio, á impulsos de la admiracion y del amor. Viéndome viuda, y señora de mí misma, me obscurecí y huí del mundo. ¿Qué no hice? Rehusé el título de esposa, por no entristecer al amor con las cadenas, y porque el nombre de su amante era para mi corazon mas grato...... pero ni el tiempo, ni la situacion de mi ánimo, me permiten alargar mas este discurso. Os confiaré el manuscrito donde estan grabadas mi historia y mis desdichas. ¡Ay de mí! ¡lo empecé en el sosiego de los bellos dias del amor y de la soledad! Direis que Safo vendida, desesperada, y ya cubierta con las sombras de la muerte, tuvo tanta fuerza de alma y tanto imperio sobre su dolor, que depositó en el seno de la posteridad su infortunio, y el crímen de Fáon. Si perezco, podeis publicarlo; si sobrevivo, os exijo la palabra de que me lo

volvereis." — Se la dimos solemnemente. Entregónos entonces un bastoncillo, guarnecido de marfil por los dos extremos, y arrolladas en él unas hojas de papiro, escritas de su propia mano. — „En cuanto á la primacía, añadió, que me pedis, os la rehuso: la herida de vuestro corazon está muy somera, y no tardará en cicatrizarse; pero la mia es incurable y profunda. A dios: necesito estar sola." — Diciendo esto, nos saludó, y se alejó rápidamente.

En aquel mismo instante arribó una nave; de la cual bajaron á tierra dos hombres y subieron al templo de Apolo. Sospechamos que serian dos amantes infelices, que iban á buscar remedio á sus males. Fuimos á verlos al templo. A los dos se les traslucia en los rostros una melancolía envejecida. El uno era muy jóven, y el otro no tanto. Ambos sentaron sus nombres para dar el salto despues de Fánor.

Teníamos curiosidad de saber la causa de su viage. El de mas edad se apartó de su compañero, y nos llegamos á él. Le cogí, segun costumbre, la barba con la mano derecha (1), y le hice algunas preguntas sobre el jóven que le acompañaba, y sobre el triste motivo que lo llevaba á Léucades. — „Ninguno tiene que sea razonable, me respondió: se le ha exaltado la imaginacion, y es de un corazon pusilánime. ¡Pluguiera al cielo que

mi desgracia fuera tan quimérica como la suya!"

Ambos somos naturales de Sicione, que es uno de los mas hermosos y ricos paises de la Grecia. Habia dos años que mi compañero amaba á la bella Agarista. Estaba determinado su matrimonio; pero aquella hermosura vió, en sueños, á Diana, calzada con coturno, con una media luna sobre la frente, y con un arco en la mano, que la mandaba, bajò pena de los mayores castigos, consagrarla su virginidad. Horrorizada con aquella vision, é intimidada con las amenazas de la diosa, arrostró los ruegos de su familia, y los llantos de su amante, y se refugió al templo de Diana.

Ese jóven viene desesperado á buscar su curacion en Léucades. Ya veis que la pérdida de una querida es una pérdida ligera, que puede fácilmente reponerse: y con todo, se cree el hombre mas desventurado del mundo, como si no existiera yo. — Le aseguré que tenia razon; me lamenté de sus desdichas, sin saberlas; y le dejamos satisfechísimo de nosotros. La curiosidad, que es un monstruo lleno de orejas, nos instigó á buscar al compañero de nuestro hombre. Lo divisamos grabando letras sobre la corteza de un árbol. Fingimos encontrarnos junto á él casualmente, y le dimos á entender, que sentíamos estorbar-

lo. — „No podeis, nos dijo, importunarme, porque, sin duda, sois infelices, que venis, como yo, á buscar en Léucades el fin de vuestras penas." — Le aseguramos que éramos muy dignos de compasion; y le preguntamos ¿si su compañero era tan desdichado como él? — ¡Ay! exclamó: ni con mucho, por mas que él lo piense: su pérdida es ligera, y su infortunio ideal; pero el mio es irreparable. Os referiré la historia de mi compañero.

Se llama Filóxenes, y está opulentísimo. Casó, no ha mucho, con Tamiris, temprana belleza, á quien adoraba; y lo que mas lisonjeó su amor propio fue la preferencia que obtuvo sobre Timantes, mozo, amabilísimo, pero pobre. Por muchos dias fue Filóxenes feliz; pero el himeneo tiene dias nebulosos. Uno de sus esclavos le confió el secreto de que su muger habia dado una cita á Timantes, con la condicion de que él mismo habia de estar presente. Aquella cláusula no tranquilizó al esposo sorprendido, y quiso ser testigo ocular de aquella cita misteriosa. Disfrazóse con el vestido del esclavo, y á la primera vigilia de la noche (*a*), que era la hora dada, fue con una luz en la mano á abrir la

(*a*) Los Griegos dividian la noche en tres vigilias: la segunda empezaba cerca de cuatro horas despues de puesto el sol.

puerta de la casa al amante desgraciado, quien como iba tan presuroso, y tan embriagado de alegria, no se detuvo á mirar á su introductor. Luego que estuvieron en el cuarto de Tamiris, se puso el esclavo fingido en un rincon, en donde la luz debilitada le permita ver sin ser visto; pero su muger que á lo menos era tan astuta como él, habia puesto en un frasco, de excelente vino, un licor soporífero. Llenó, pues, una copa de él, y se la dió al esclavo, diciéndole, que para pagarle su cuidado, habia escogido el mejor vino que su marido tenia. Filóxenes, que gustaba de beber, y que no sospechaba la virtud que aquel vino escondia, se echó á pechos toda la copa. Fue pronto el efecto: cargáronsele los ojos, de manera, que por mas que se esforzaba á abrirlos, se le cerraban al momento; y aunque mas queria escuchar, nada veia. Luchó cuanto pudo contra la fuerza del brebaje; pero de alli á poco, aprisionó todas sus facultades un sueño profundo. Aprovecháronse los amantes de tan precioso tiempo, pero como que eran jóvenes, fogosos y enamorados, se olvidaron de medir el tiempo que pasaba. Despues de un pacífico sueño, despertó el marido, aunque sobrado tarde para su quietud. Acordóse de que no habia ido alli para dormir; miró, restregóse los ojos, dudó, y procuró recordarse las ideas. Finalmente, bien des-

pierto ya, vió á Timantes al lado de su muger. Furiosamente enagenado, se levantó, gritó, se arrojó, trastornó y rompió cuanto encontró al paso. Si hubiera caido un rayo á los pies de aquellos amantes felices, y si las furias se les hubiesen repentinamente aparecido con las cabezas ceñidas de culebras, no se hubieran asombrado tanto. Quedaron confundidos y aniquilados. Pero Timantes, que no tardó en reponerse, se opuso á la furia de Filóxenes, agarró del brazo á Tamiris, y huyó con ella. El desgraciado esposo, sediento de venganza á los principios, repudió á su muger; pero no puede sobrellevar su separacion, y la llora noche y dia, y viene á Léucades á buscar el fin de sus tormentos. No es tan digno de lástima como yo. No se pierde mas que una muger loca, que no lo ama, y á cuya compañía volverá cuando quisiere; pero á mí me quitó Diana, para siempre, una amiga adorada, cariñosa, sensible, y que me amaba mucho. —Convenimos con él en que su desgracia era verdadera, y quimérica la de Filóxenes.

## CAPITULO XXVII.

*Da Safo el salto de Léucades.*

El dia en que Safo habia de dar el salto del promontorio, nos llegamos, por mar, hasta el pie de la roca. Habia infinitos barquillos colocados en semicírculo, dejando el espacio necesario para recibir á aquella desventurada. Ocho nadadores excelentes la aguardaban para sacarla á tierra. Lo alto de la roca estaba coronada de espectadores, atraidos por la celebridad de la víctima. Esta habia ido al templo para que Apolo la fuese propicio. Los sacerdotes sacrificaron una ternera, y declararon favorables los auspicios.

Salió Safo del templo, sin flores, sin velo, y con los cabellos esparcidos, y se dirigió, entre dos sacerdotes, á la orilla del promontorio, y paseó sus ojos por todos los espectadores, y midió, con sosegada vista, el espacio que iba á salvar. Todo el mundo, fijos en ella los ojos, aguardaba, callando, el éxito de aquella prueba terrible. Tres veces se precipitó Safo hasta la extremidad de la roca; y tres veces, á impulso de un movimiento involuntario, retrocedió. Los sacerdotes la exhortaron y la animaron. Por fin, levantó los ojos y las manos al cielo, tomó carrera, y se pre-

cipitó. Vimos por los aires á la infeliz Safo, dando vueltas sobre sí misma, y despues la vimos dar en el abismo de las aguas, y desaparecerse de la vista de todos. Crecieron los clamores y los sustos de los espectadores. Los buzos se zambulleron por buscarla. Dos veces se la vió debatiéndose y luchando contra las aguas; y dos veces se la engulleron las olas. Por último, la hallaron los nadadores, y la trasportaron á tierra. La tendieron sobre la arena, pero fria é inanimada. Apiñáronse las gentes en torno de ella, y exclamaron á voces: ¡No vive! ¡ya murió! Púsela la mano sobre el corazon, y conocí que aun tenia calor y movimiento. — „¡Aun vive! grité: ¡socorrámosla! ¡salvémosla! — Hiciéronsela remedios, y en fin respiró, abrió los ojos, los fijó sobre mí, y haciendo esfuerzos para incorporarse, me dijo: „¡Cualquiera que seais os encomiendo mi sepultura! ¡Muero víctima del amor y de la ingratitud!" Si, por casualidad, encontrareis á Fáon, habladle de una desgraciada, á quien por recompensa de su amor, ha dado la muerte. — Safo, la dije, pensad en vivir y en conservaros, para ser el ornamento y la gloria del mundo. — ¿La gloria? me replicó: ¡qué quimera! ¡Ay! ¡no dejo en la tierra mas que desventurados!" Dichas estas palabras, murió. Llorábamos todos. Fánor y yo nos apartamos al instante de

aquella escena dolorosa, despues de haber encomendado á los sacerdotes las exequias de aquella desgracia, á las que prometimos asistir.

Caminábamos por la orilla del mar pensativos y taciturnos. Queria yo dar á Fánor tiempo para que meditara sobre aquella catástrofe. Pero, en fin, despues de un largo silencio, prorrumpí asi: ,, ¡ Qué suerte tan deplorable, la de esa muger á pesar de su talento, de su ingenio, y de lo tierno de su corazon! — Sí, Antenor: es una muerte terrible. — ¿ Y qué pensais, Fánor, del salto de Léucades, y de su modo de curar? — Que es un modo infalible. — ¿Os queda todavía, Fánor, alguna gana de ensayarlo? — En eso iba pensando: confiésoos, Antenor, que estoy algo perplejo. — Convenid conmigo, Fánor, en que es un acto de locura. — Sí, Antenor: mucho se le parece. — ¿Quereis, Fánor, que partamos mañana? — Sí lo quiero: ya me reconcilio con la vida." — Encontramos á los dos desesperados de Sicione, que tambien habian de dar el salto de la roca. Fanor les dijo, que él cedia su vez al que tuviese mas prisa de los dos. ,, Os doy gracias, respondió Filóxenes: el remedio me parece sobrado violento: mas quiero ser marido engañado, que esposo sumergido: dejo á mi compañerito la gloria y el honor de hazaña semejante. Este le replicó,

que no abusaria de su favor: que la bella Agarista podia votar su virginidad á la triple Hecate, á Proserpina, y á quien quisiese; pero que él no daria el salto de Léucades ni aun por lograr las primicias de la bella Helena. De manera, que la funesta muerte de Safo salvó á tres necios de una muerte casi segura; pero los ministros del templo no dejaron de atribuir su curacion á la santidad del parage.

## CAPITULO XXVIII.

### *Historia de Safo y de Fáon.*

Vi á Fáon, por la primera vez en Atenas, bajo el peristilo del templo de Júpiter. Acababa de señalarse en los nobles ejercicios del gimnasio. El jugo aceitoso de la oliva brillaba aun sobre su descubierto pecho. Un vello ligero, y mas suave que la yerva naciente, empezaba á apuntar sobre lo encarnado de su tez. El jóven Hilas, á quien robaron las ninfas; y Ciparisо, que fue llorado por Apolo, no tuvieron gracias mas seductoras. Lo vi, y me estremecí toda; volvílo á mirar, y me empezó á consumir una fiebre ardiente. Entré en mi casa desatinada y perdida. Prosternéme á los pies de Venus, imploré su piedad, y le pedí á Fáon. Mi dulce lira,

aquella lira tan dulce, ya no dió mas sonidos. El dia me abrumaba con su lentitud. La noche me parecia la imágen de la eternidad de los infelices. Púsoseme todo el cuerpo parecido á los que tienen la ictericia. Cinco veces habia ya el sol descrito su círculo diurno, y mi dolor era todavía el mismo. Por último, me confié á Biblis. „Querida Biblis mia, la dije, ten compasion de mí: yo soy presa del cruel amor: el jóven Fáon absorve toda mi alma: corre al gimnasio, y dile: „Safo quisiera veros" y lo conducirás aquí." Partió Biblis, y volvió con él. Asi que lo vi salvar, con pie ligero, el umbral de mi puerta, me quedé mas helada que la nieve, y despues me puse trémula, y seguidamente ardorosa. El cruel conoció mi turbacion, bajó los ojos, y se sentó á mi lado. — „Hermosa Safo, me dijo, mi corazon se os ha anticipado. Yo os vi en el templo de Júpiter, y el fuego del amor se introdujo en mis venas. Si el mismo ardor os inflama, nada mas tengo que pedir á Cipris, pues he llegado al colmo de la gloria y de la dicha." Dijo; y yo me persuadí fácilmente á todo.

En los dias primeros de nuestra embriaguez, me propuso Fáon abandonar á Atenas (adonde me llevó el amor á las artes y á la gloria), para retirarnos á una soledad agradable y campestre. — Fáon mio, le

satisfice, pronta estoy á seguirte al monte Ródopo, ó á los desiertos de la Tebaida: por tí dejaria yo el mundo, los placeres, la fortuna y la gloria; porque ¿qué es todo esto en comparacion del amor? Cierta estoy de vivir gustosa contigo en el mas rústico asilo: ninguna de las horas mias será envenenada alli por el tedio: la paz, el estudio, las delicias del campo, y sobre todo, mi amante, alegrarán mis dias, y precipitarán su curso; pero tú, ¡podrás soportar la monotonía, el vacío del retiro, el peso de una vida inactiva, y la larga duracion de nuestras conversaciones solitarias?" A esto exclamó: ,, Amabilísima Safo, el tedio no puede estar donde estás tú: tú sabes unir lo sentimental con el sabroso atractivo de lo vario: tus conocimientos y tu imaginacion lo animan todo, y todo lo vivifican: cuando se está á tu lado se está en el templo de las musas."— Mas seducida yo por el cariño, que por los discursos de Fáon, y arrastrada por mi inclinacion al campo, que es una inclinacion natural á las almas tiernas, y á los entendimientos sabios, tuve la debilidad de condescender á sus deseos. Pero, con todo, procuré buscar una soledad risueña, donde alguna vez pudiera oirse la voz humana, y donde la delicia del descanso, y aun la del amor, fuese, alguna vez, interrumpida con los placeres de una sociedad escogida.

Habia yo recorrido una parte de la Grecia. Conocia el valle de Tempé, en Tesalia, morada deliciosa, donde le parece á la imaginacion que todo rie, y donde el hombre sensible é ilustrado conoce que puede vivir solo con la naturaleza. Este asilo fue el que propuse á Fáon, y el que aceptó con gusto. Partimos muy en breve, gozosos de alejarnos del ruido tumultuoso de Atenas, para disfrutar de los dulces ocios y atractivos del campo, y de los placeres del amor.

Llegamos á Gonno, ciudad de Tesalia; y nos embarcamos sobre el Péneo, para reconocer sus orillas, y buscar una casa que estuviese en una situacion agradable.

Estábamos entonces en medio de la primavera; y el valle de Tempé parecia su templo: ábrese este valle al salir de Gonno; su longitud es de cuarenta estadios [12], su latitud desigualísima, ya de dos, y ya de cuatro, entre el Olimpo y el Osa; y el rio Péneo la recorre, en un canal sosegado, serpenteando alderredor de las islillas, cuya verdura y sombra eterniza. Una luz pura reposaba dulcemente sobre los objetos. La frescura de los bosques y de las aguas templaba la accion del sol. Desde el pie de las colinas hasta la orilla del rio, todos son vergeles y praderas esmaltadas, y pobladas de pájaros, cuyos cantos melodiosos se mezclan con las rústicas consonancias de la churumbela campestre. El Osa y el

Olimpo, á derecha y á izquierda, nos presentaban pinturas estupendas. Aqui se veian viñas, ordenadas en anfiteatro. Alli bosques de chopos, de plátanos, y de fresnos. Caian en cascadas aguas abundantísimas, que formaban, al pie de las colinas, muchos arroyuelos, los cuales, despues de haber paseado sus olas límpidas por entre las praderas, acaban su curso en el seno del Péneo (*a*); del mismo modo que acabaremos el nuestro en el seno de un Dios eterno é inmenso. Una floresta de árboles, que alli espontáneamente crecen, cubria con sus sombras el rio. A un aspecto como aquel, exclamé: ,, ¡Esta es la festividad de los ojos! ¡este valle hermosísimo se formó para las felices escenas del amor, de la inocencia y del sosiego!" Despues de haber paseado por las orillas del rio, retrocedimos á las cercanías de Gonno, donde estaba el asilo que buscábamos. Dejamos el barco, y llegamos, atravesando bosquecillos de laureles, al pie del monte Olimpo. Hallamos, en su falda, una casa preciosa, que dominaba la llanura, el rio y la ciudad, de la que solo distaba veinte estadios.

Pródiga estuvo la naturaleza en hermosear aquel parage. No se veian en él esta-

(*a*) Aquel delicioso valle produce vino excelente, y exquisitas frutas; y su aire es puro y sano.

tuas, ni mármoles, ni obeliscos, ni magníficos estanques; pero sí praderas, arroyuelos y vergeles, que nos presentaban, sin fausto, bellezas de mayor precio. Aquel admirable asilo fue quien fijó nuestra eleccion y nuestros deseos.

Allí se nos pasaba el tiempo con suma rapidez. Lo que únicamente nos causaba inquietud en nuestras dichas, era la demasiada celeridad del tiempo. ,,Nuestros dias, solia yo decir á Fáon, se siguen y se atropellan como las aguas del Péneo; nuestra juventud se pasa, y la muerte viene corriendo hácia nosotros; pero nosotros gozamos. Apuremos los deleites, para que hallándonos la ancianidad hartos de placeres y de vida, dejemos la existencia del mismo modo que un convidado deja la mesa de un festin." Para variar nuestros entretenimientos y ocupaciones, le enseñaba yo de dia, á la sombra de los árboles, á casar su voz con los sonidos de la cítara; y tambien le enseñaba el ritmo de los versos, y el arte encantador de unir el sentimiento á la armonía y á la viveza de las imágenes. Para este ingrato fue para quien un dia (entusiasmada con la poesía y con el amor) compuse aquella oda, que circuló por toda la Grecia, y que, sin duda, repetirá la posteridad [13].

Por la noche, cuando el cielo, sin nubes, desplegaba el maravilloso espectáculo

de aquella inmensidad de estrellas, que brillan al traves de un espacio inconmesurable, paseaba yo sus ojos y su pensamiento por aquellos cuerpos errantes y luminosos, y le desarrollaba los sistemas de la astronomía. — „Mira, le decia yo, la estrella de Venus, la cual, por la mañana, bajo el nombre de Lucifer, precede al carro del sol, y luce todavía cuando todas las demas estrellas han desaparecido ya. Por la tarde, bajo el nombre de Vésper, sigue á dicho astro, de quien lo mas que se separa son cuarenta y siete grados y medio. El gran brillo de este planeta proviene, á lo que presumo, de la cadena de montañas altas y áridas, que la ciñen por todas partes (*a*). Mostréle despues las siete hijas de Atlas, ó las Pleíadas, que se aparecen, por la primavera, en la cabeza del Toro. Habian estas perdido á su hermano, que un leon despedazó, y no cesaban de llorar su muerte, y Júpiter, movido á compasion, las colocó en el cielo. Expliquéle tambien las fases de la luna, y su revolucion, en torno de la tierra, en veinte y siete dias y un tercio. „Anaxagoras, le decia yo, sostiene que está habitada.

(*a*) Bianchini, de Verona, contó, hácia la mitad del disco de Venus, siete mares que se comunican por cuatro estrechos, y otros dos mares hácia las extremidades, sin comunicacion con los primeros.

Metródoro opina, que es tan absurdo no poner mas que un mundo en el vacío infinito, como decir, que no podria crecer mas que una espiga de trigo en una vasta campiña. Epicuro, Demócrito y Léucipo, son del mismo dictámen. En efecto, vemos seis planetas alderredor del sol, que giran en sus órbitas, y que tienen, como la tierra, un movimiento de rotacion, desigualdades y montañas; ¿por qué, pues, no estarian tambien habitados? Lo que estos grandes filósofos dicen de estos planetas, lo extiendo á todos los sistemas planetarios, que circundan las estrellas: cada estrella debe ser un sol, esto es, un cuerpo luminoso é inmóvil, el cual, probablemente, estará circundado de sus planetas, poblados como la tierra (*a*).

Pero yo creo á Mercurio inhabitable, porque su proximidad al sol debe hacer la intensidad de su accion sobre él mucho mas considerable que el mas grande calor de la tierra 44."

Le expliqué luego la causa de los eclipses, que tanto asombran al pueblo. Le hice observar el polo boreal. Contábamos juntos las siete estrellas brillantes de la Osa grande. Le referí la historia de la des-

(*a*) *Necesse est confiteare*
*Esse alios aliis terrarum in partibus orbis,*
*Et varias hominum gentes et secla ferrarum.*
Lucret.

graciada Calisto, á quien la celosa Juno metamorfoseó en osa, para quitársela á Júpiter, que la amaba; pero este dios la colocó en el cielo, bajo el nombre de Hélita, ó de Carro: la estrella, que brilla á su lado, es su hijo Arcas, el cual, cazando, iba á herir á su madre con un dardo, cuando Júpiter, por estorbar aquel parricidio, lo transformó en oso, y lo fijó en el cielo, bajo el nombre de Bootes, ó el Boyero. Por mucho tiempo sirvió la Osa grande de guia á los navegantes; pero se descubrió, mas cerca del polo ártico, á Cinósura, ó la Osa pequeña, compuesta tambien de siete estrellas brillantes, que fueron, en otro tiempo, unas ninfas, que cuidaron á Júpiter cuando niño. Los navegantes se rigen hoy por esta última constelacion, y, especialmente, por la estrella polar, que está aislada, y á la cola de las otras: aparece inmóvil, porque es pequeño el círculo que describe, y solo se aleja del polo dos grados á lo mas (*a*).

Habléle del ciclo, ó del número de oro del filósofo Meton, que los Atenienses grabaron en la plaza pública 45.

Algunas veces, cuando el mediodia der-

(*a*) Las estrellas fijas tienen movimiento, pero de suma lentitud. No cambian de situacion entre sí. Los astrónomos las toman por puntos inmobles, á quienes refieren todos los movimientos de los planetas, que estan debajo de ellas.

ramaba torrentes de fuego sobre la abrasada tierra, nos retirábamos á una gruta, tapizada de musgo; y alli, coronados de flores, y blandamente sentados sobre camas de hojas, cantaba, sobre mi lira, las delicias de la primavera, los beneficios de Ceres, la belleza y el poder de Citérea, los dulces placeres, y la embriaguez del amor; y cuando Morfeo nos circundaba con sus adormideras benéficas, recibíamos al dios en nuestros cargados ojos. ¡Qué existencia tan dichosa! ¡qué sueño tan apetecible! pero al despertar ¡qué espantoso!

## CAPITULO XXIX.

*Interrúmpese la lectura. Exequias de Safo.*

En aquel momento llegaron á decirnos, que iban á hacer las funerales á la desventurada Safo. Acudimos inmediatamente. Fánor dijo á los sacerdotes, que renunciaba al salto del promontorio. Objetáronle su juramento á Apolo. Respondióles, que era cierto que habia jurado; pero que habia jurado despues no mantener su juramento por los manes de Safo.

Estaba ya el cadáver lavado, perfumado con esencias, y vestido con un ropage magnífico. Hallábase expuesto á la entrada del templo, junto á un gran vaso de agua lustral, en que se purificaban los que tocaban

el cadáver. Cubrimos su cabeza con un velo, y la pusimos una corona de laurel, adornada con algunas flores. Un sacerdote le puso en la mano una torta de harina y de miel para apaciguar al Cerbero, y bajo la lengua una moneda de plata para pagar el pasage á Cáron [46].

Asi quedó á la vista el cadáver lo que faltaba del dia, y toda la noche. Las mugeres que la velaban daban largos gemidos, y gritos dolorosos; y algunas, en señal de cariño, se cortaban el pelo, y lo depositaban en el ataud, que era de madera de ciprés.

Anuncióse el entierro, segun costumbre, para antes de salir el sol. Delante iban músicos tocando flautas. Unos hombres enlutados, con los ojos bajos, precedian al carro, y unas mugeres cerraban la marcha. En aquel órden subimos á una colina destinada para la sepultura. En ella se hizo la hoguera, se colocó el cuerpo vuelto hácia el occidente, y se le pegó fuego con unas hachas. Mientras el cadáver se quemaba, hicimos libaciones, y echamos en el fuego flores, miel, pan y algunos despojos de Safo; y la llamamos tres veces. Asi que estuvo consumido el cadáver, se recogieron las cenizas en una urna, y se sepultó en la tierra. A la inmediacion se puso un cipo ó columna [47], sobre la cual se grabó una lira,

atributo de la poesía, con este epitafio:

*Yace aqui Safo, de la Grecia gloria:*
*Llorad, musas y amores, su memoria.*

Plantamos algunos olmos al derredor de la sepultura, y despues la llamamos otras tres veces[48], y con esta despedida última se renovaron nuestras lágrimas. Los que asistieron al entierro fueron convidados al festin fúnebre; y en él celebramos, á porfia, el talento y el ingenio de Safo. Finalizada la comida, nos abrazamos todos, y todos nos despedimos, como si nos viésemos por la última vez.

Acabada la ceremonia, nos fuimos á continuar nuestra lectura, debajo de una vasta roca, donde reinaba el silencio y la frescura.

## CAPITULO XXX.

*Continuacion de la historia de Safo.*

Estábamos ya cerca del aniversario de una fiesta, que los Tesalianos celebran cada año en el valle, en memoria de un temblor de tierra, que abrió camino á las aguas del Péneo. Los habitadores de Gonno, y de los pueblos inmediatos, acudieron, en tropas, á las orillas del rio, que apenas se veia con la multitud de barcos que subian y bajaban. Se ofrecieron innumerables sacrificios. El aire estaba em-

balsamado con infinitos perfumes. La flor de los mozos de ambos sexos, separados en dos bandas, con ramos de laurel en las manos, cantaban á coros, y se correspondian alternativamente con religiosos himnos. Los ecos repetian sus cánticos y alegres gritos; y ya que hubieron cumplido con los ritos y ceremonias, pusieron, á la sombra de los bosquecillos, en las islitas, las mesas del festin. En aquella celebridad entran los hombres en la primitiva igualdad de la naturaleza, porque, confundidos los señores con los esclavos, comen juntos, y aun los mismos señores sirven á sus esclavos.

Con esta igualdad crece la alegria y la licencia de la fiesta. Duraron las comidas hasta entrada la noche, y se terminaron con bailes, músicas y otros ejercicios.

Entre aquel tumulto perdí á Fáon; pero tuve la dicha de encontrar á Táles de Mileto, que se paseaba con unos sofistas de Gonno y de Homelis. Este filósofo, que fue despues llamado uno de los siete sabios de la Grecia, volvia de Egipto; y yo lo habia conocido en Atenas. Despues de las expresiones de gozo y de amistad, nos llevaron los sofistas á una de las gargantas del monte Osa, donde dicen que los Titanes se atrevieron á pelear contra los dioses. Alli un torrente espumoso, que va estrepitosamente rodando por entre rocas,

las remueve, y aun suele arrollarlas. Sus aguas se chocan, se parten, se levantan y se precipitan, furiosas y mugientes, en un abismo, desde el cual, con nuevo furor, se lanzan á los aires.

Continuamos subiendo, y nos hallamos entre dos montañas negras, desnudas de todo gérmen de fecundidad, y sin presentar, por todas partes, otra cosa que profundos abismos. Las nubes vagaban sobre nuestras cabezas, y debajo reposaba el caos. Veíamos montes desplomados, escondidos bajo sus mismos escombros, y unas rocas amontonadas, y otras amenazando aterrar, con su peso enorme, á cuanto se las pusiese por delante.—Vueltos al valle, supliqué á Táles, que nos refiriese algunas particularidades del Egipto. Fuímonos á sentar, lejos del ruido, bajo unos chopos, que estaban á la orilla de un hermoso arroyuelo. La luna enviaba, por entre los árboles, un resplandor dulce y moderado con la sombra de las hojas. Táles se sentó en medio de nosotros, y empezó su narracion del modo siguiente.

## CAPITULO XXXI.

*Accion arrojada sobre el Nilo.*
*Del Fenix.*

Voy á hablaros de una accion valerosa, que se ejecuta en una de las cataratas del Nilo, porque este rio tiene muchas, y especialmente dos, que caen desde muy alto. ,, Cerca de la principal, nos dijo Táles, estrecha el rio su madre entre dos montes, se enfurece repentinamente, espuma, y se precipita por entre las rocas, con estruendo tan horrísono, que infunde terror á sesenta estadios á la redonda (*a*). Los naturales del pais dan aqui un espectáculo mas horroroso que divertido. Se meten dos en una barquilla, el uno para dirigirla, y el otro para desaguarla. Despues de haber navegado algun tiempo sobre las aguas agitadas, se abandonan al rio que los lanza, como una pelota, á lo mas hondo de aquel abismo. Los espectadores asustados los creen ya sumidos en las aguas; pero el Nilo, vuelto ya á su curso, los empuja hácia la superficie de sus aguas tranquilas, y se les ve continuar su navegacion alegres y risueños."

Despues se trató del pájaro, llamado Fenix, tan poco conocido, y tan nombrado

(*a*) Cae de doscientos pies de altura.

en la Grecia. Pregunté á Táles ¿si lo habia visto, y qué pensaba de ello? — Oid lo que yo mismo he presenciado mientras mi residencia en Menfis. Un diputado de la ciudad del Sol fue á anunciar al Rey Amasis la llegada de un nuevo Fenix. — „Han visto, señor, le dijo el mensagero, encenderse la hoguera; y yo he partido en diligencia para daros esta maravillosa noticia. No se atreven, sin vuestro mandato, á tocar á sus cenizas preciosas." — Amasis mandó, que se buscara cuidadosamente, por todos los archivos de Egipto, cuanto concerniese á aquel pájaro milagroso. Hallóse, que habia dejado verse, por la primera vez, quinientos años antes, bajo el reinado de Sesostris. — „Cuidado, dijo el Rey al diputado, que no se toque á la ceniza de que debe renacer el Fenix. Aguardemos, sin poner mano en él, á que la naturaleza complete su obra." Observáronse las órdenes de Amasis, y compareció en el mundo el segundo Fenix. Ahora os haré su retrato.

„Nace en la Arabia, y vive de quinientos á seiscientos años. Es de la magnitud de un águila. Tiene adornada la cabeza con un plumage reluciente; las plumas del cuello doradas; las demas purpuradas; la cola blanca, y mezclada de encarnado; y los ojos centelleantes como estrellas: cuando, ya cargado de años, conoce que

se le acerca su fin, hace su nido de canela y de goma aromática, se encierra en él, y despues muere. De sus huesos y tuétano nace un gusano, que llega á ser otro Fenix. Su primer cuidado es hacer á su padre los honores del sepulcro. Para esto compone una especie de huevo, ó de bola, con mirra; mide la magnitud y el peso con sus fuerzas para llevarlo, y lo ensaya varias veces; despues lo vacia, en parte, y deposita, en su hueco, el cadáver de su padre, y cierra cuidadosamente la entrada con mirra y con otros perfumes. Entonces carga con aquel fardo precioso, y va á quemarlo sobre el altar del sol, en la ciudad de Heliópolis." — La descripcion de ese pájaro, dije á Táles, es magnífica; pero ¿me asegurais su existencia? — La naturaleza, me replicó, está para los humanos tan cubierta, y tiene tan impenetrables misterios, que fuera temeridad negarlo todo, y simplicidad todo creerlo.

En la isla de Cos tenemos un gusano precioso, que saca de su cuerpo una materia finísima, la cual hila, y con la cual se hacen ricas estofas. Este gusano, semejante al Fenix, renace de sí mismo. Luego que ha hilado la seda, hace un capullo en que se sepulta. Rómpese el capullo, y sale de él un gusano, que se transforma en mariposa, y muere, despues de haber cobado sus huevos. Estos son otros tantos

gusanos recientes, que el calor vivifica, los cuales, asi que se han alimentado algunas semanas de hojas de morera, hilan la seda hasta que han consumido la materia; y despues se encierran en sus envoltorios. Segun mi opinion, no es el Fenix mas maravilloso que estos gusanos.—Heme aqui, le repuse, casi obligada, segun vuestra analogía, á creer en su existencia.—O á lo menos, añadió Táles, á adoptar un escepticismo razonable. Aun estoy persuadido á que, en Egipto, dió lugar el ejemplo del Fenix á la ley tan respetable, que manda á los hijos honrar el cadáver embalsamado de su padre; y la misma ley priva de sepultura á los hijos, que mueren sin haber cumplido con esta obligacion.

La salida de la aurora suspendió los juegos, las danzas, y la narracion de Táles, quien se despidió de nosotros.—Fuime á buscar á Fáon, y nos retiramos satisfechísimos de tan agradable dia.

En efecto, nunca vi escenas mas divertidas ni mas animadas. El rio cubierto de barcos, todo el mundo inspirado por la alegria, el baile, la música, aquellas comidas sobre las praderas, y en los bosquecillos, aquellos conciertos armoniosos unidos al canto de los pájaros, todos aquellos grupos, y aquellos cuadros campestres, encantaban la imaginacion, y llenaban al alma de dulces conmociones. Fáon habla-

ba, enagenado, de los placeres de aquella fiesta.......—

Aqui acababa la primera parte de la memoria. — La segunda empezaba asi: — „ ¡Hijas de Helicona, no me abandoneis, porque quiero inmortalizar los crímenes de Fáon! ¡Cuántas veces mi mano vaciló y tembló al grabarlo sobre estas tablillas!"

Al dia siguiente de la mencionada fiesta, quiso Fáon ir á Gonno. Yo no puse atencion alguna en aquel viage, porque no entran fácilmente las sospechas en el alma noble. Pasó el dia siguiente conmigo, pero con aire pensativo y embarazoso. Parecióme que estaba indispuesto, y se lo pregunté; pero me aseguró que no lo estaba. Mi confianza le alentó, y volvió á Gonno. Poco á poco se fueron haciendo frecuentes las ausencias, y empezaron mis inquietudes. Disimulé, pero observé atentamente sus pasos; y por fin, aclaré su embarazo, su tedio, su impaciencia, y los falsos coloridos que daba á sus ausencias; de modo, que no pude dudar de su perfidia. Fermentó en mis venas el veneno de los celos; y queriendo ocultar su actividad, obró con mayor energía. Un dia, por ultimo, no pude menos de reprocharle sus continuados paseos á Gonno. Dióme por disculpa la enfermedad de Meliso, amigo suyo, y me pintó el peligro de su situacion, y cuan melancólico era morir á la flor de su edad. Co-

nózcase la credulidad de los amantes. ¡Cómo gustan de engañarse! O, mas bien, conózcase la noble sencillez de mi alma. Creí aquella ficcion; y aun yo misma le exhorté á que le continuara su asistencia, diciéndole, que las obligaciones de la amistad eran tan sagradas como las del amor. Una noche, á su vuelta, le vi inquieto y cuidadoso, y le pregunté el motivo. Respondióme; que su amigo declinaba visiblemente, y tanto, que queria volver á asistirlo muy de madrugada; pero que volveria á comer. ¡Ay de mí! ¡Aprobé su zelo! y él partió al amanecer. ¡no sé que dios, ó qué genio maléfico, me inspiró el irle á esperar al camino! Convidaba el dia á ello, porque las nubes tapaban el sol. Iba yo andando y leyendo á Homero, cuando me encontré con Táles; pero ¡ó sorpresa! lo acompañaba Meliso, el cual, en vez de estar moribundo, gozaba la mejor salud. No produce efectos tan rápidos la cabeza de Medusa. Encendióseme el color, y de alli á un momento, me quedé pálida. Conoció mi turbacion Táles, y creyó que me importunaba su presencia. Repúseme pronto, y le aseguré, que, lejos de incomodarme, me daria gusto en venir á comer conmigo, juntamente con su amigo Meliso. Aceptaron, y nos volvimos juntos.

A la ora de comer, salí á recibir á Fáon, que venia corriendo, jadeando y cu-

bierto de sudor, porque el falso no dejó la ciudad hasta lo mas tarde que pudo. Preguntéle por la salud de Meliso. — „Gravísima es su enfermedad, me respondió; pero los médicos dan alguna esperanza." — Sí, Fáon me lisonjeo de que no morirá, y de que cesarán tus ansias. — Y le añadí, con mucho sosiego, que teníamos dos convidados á comer.

## CAPITULO XXXII.

*Máximas de Táles. Pasages de Solon. Invencion del vidrio. Sabe Safo el nombre de su competidora. Fin de la narracion.*

¡Cuánto fue el pasmo de Fáon, á la vista de Meliso! No se queda mas muerto el labrador, á quien ha fulminado un rayo, y que, vuelto en sí, ve muertos en tierra á sus bueyes. Yo me gozaba malignamente con su pena. Él estaba sin movimiento y sin palabras. Pero, con todo, nos pusimos á la mesa, y yo estuve tan señora de mí misma que mantuve y animé la conversacion.

Táles nos habló de moral y de filosofía, y citó una máxima odiosa, la que yo impugné con toda mi dialéctica. — Dijo: „Que debiamos vivir con nuestros amigos, como siendo posible que algun dia fuesen nuestros contrarios." Y otras muchas citó tam-

bien mas dignas de él, como estas: „La cosa mas difícil es conocerse á sí mismo. „La mas fácil, aconsejar á otro. „Y la mas dulce, el cumplimiento de sus deseos." Y añadia: „Que para vivir bien, era menester abstenerse de las cosas que se tienen por reprensibles en los otros. „Que la felicidad del cuerpo consiste en la salud. „Y la del alma en el saber." Le pregunté ¿por qué no se habia casado? — „Solon, me respondió, fue á visitarme á Mileto, y me preguntó lo mismo; pero callé. Algunos dias despues aposté un hombre, que fingió llegaba recientemente de Atenas. Solon le pidió noticias de allá; y el hombre, que tenia aprendida su leccion, le dijo: „No hay mas de nuevo que la muerte de un jóven, á cuyo entierro fue toda la ciudad, porque era hijo del hombre mas honrado de Atenas, quien se hallaba ausente á la sazon. — ¡Ay! exclamó Solon: ¡qué digno de compasion es ese padre! ¿cómo se llamaba su hijo? — Se me ha olvidado su nombre, replicó el paisano; y solamente me acuerdo de que celebraban mucho la sabiduría y la justicia del padre." Cada respuesta aumentaba el terror de aquel padre tierno. — ¿Seria, por ventura, volvió á preguntar temblando, el hijo de Solon? — Cabalmente: el mismo es." — Solon, al oir esto, se desgarró los vestidos; se golpeó el pecho, y se abandonó á un

dolor desmedido. Entonces le tomé la mano, y le dije riéndome: sosegaos que todo esto es una ficcion: ved ahí porque no he querido casarme."— Desaprobé aquella leccion de Táles, porque la filosofía no nos aconseja que nos privemos de las cosas agradables, porque podemos perderlas, sino que nos enseña á sobrellevar su pérdida.

Fáon, no obstante, aunque encendido y cortado, se esforzó, para disimular su inquietud, á aventurar algunos monosílabos, con motivo de una copa de cristal, que Táles admiraba; porque le preguntó ¿si sabia cómo se habia hallado la composicion del vidrio?— „A la casualidad, le respondió Táles, debemos este descubrimiento. Unos comerciantes de nitro, que atravesaban la Fenicia, se detuvieron sobre las orillas del rio Belo: quisieron cocer su carne, y pusieron por falta de piedras, para sostener la vasija, unos pedazos de nitro. Aquel nitro, mezclado con la arena, y abrasado por el fuego, se derritió, y formó un licor claro y transparente, que se cuajó enfriándose 49."

Por desgracia de Fáon, cayó el discurso sobre un catarro, que entonces reinaba en la ciudad. Yo pregunté, con malicia á Meliso ¿si lo habia padecido?— „No, me respondió, nunca he estado enfermo, y me parece que debo esta excepcion á la costumbre que he contraido de vestir li-.

geramente, y de arrostrar, á semejanza de los Espartanos, las intemperies del aire, y las mudanzas de las estaciones [50]." Miré á Fáon, mientras esto se hablaba, y estaba inmóvil: la vergüenza y la humillacion tenian encorvada su frente hácia la tierra. ¡Qué vil es la mentira cuando está ya desembozada! Tan confundido y aterrado estaba Fáon, que tuve lástima de él. Por ello mudé de conversacion, y hablé de la funcion de Tempé. Meliso elogió las bellezas que la habian hermoseado, y preguntó á Fáon ¿cual le gustaba mas de las dos, Filónema ó Teágena? Y Fáon respondió, con embarazo y cortedad, que si él fuera Páris, se veria indeciso sobre á cuál dar la manzana; mas que no obstante, Filónema era de mayor estatura. — *Meliso.* — Pero Teágena es mas bien formada, y su talle es mas suelto y mas ligero. — *Fáon.* — Asi es; pero Filónema, tiene un exterior mas hechicero, y un modo mas jovial. — *Meliso.* — Yo hallo en la otra mas expresion y sensibilidad en la fisonomía, y mas gracia en su porte. — *Fáon.* — Puede ser. Pero Filónema, alucina á la primera ojeada, porque es la imágen del placer, é inflama la imaginacion. — *Meliso.* — Teágena despierta los sentimientos dormidos, y habla al corazon: procede con mas lentitud; pero con mas seguridad. — *Fáon.* — Filónema tiene bellos ojos, fogosos y vivaces. —

*Meliso.* — Los de Teágena son azules, pero por lo mismo, muestran mas dulzura y agasajo." — Paré aquel diálogo que ya me cansaba; y adiviné que mi competidora era Teágena. Lo económico que anduvo Fáon en sus elogios, y las alabanzas que dió á Filónema, todo esto me confirmó en que amaba á Teágena. No me engañé. La larga violencia que padecí, me hizo penosísima la comida. Finalmente, como ya el dia declinaba, se despidieron mis convidados.

Ya quedamos solos. Fáon no se atrevia á mirarme. Tenia la cabeza tan inclinada, que le tocaba al pecho. Largo rato estuvimos sin hablarnos una palabra. Por fin, le supliqué, que me dijera como habia el dios de Epidaura obrado tan súbitamente el milagro de sanar á su amigo moribundo. Permaneció mudo con los ojos fijados en tierra. Compadecíme de él, y dejando la ironía, le reproveché la torpeza de sus mentiras, su ingratitud, y su amor á Teágena. — ¡Teágena! exclamó él. — Sí: Teágena: atrévete á negarlo. Ingrato, ¿es este el premio de mis bondades? ¿y del amor mas tierno? ¿Es esto lo que merecia de tí Safo, la inmortal Safo? ¡Qué lastimosas astucias las tuyas! ¡cuánto deben degradarte á tus mismos ojos! ¡Gran triunfo, por cierto, el de engañar á una muger tan excesivamente confiada y generosa, que no

pudo bajarse hasta la vileza de sospechar!... Veamos cómo lo desmientes todo. Acúsame de injusticia y de error: habla: justifícate: acaso podrás todavía engañarme. — Fáon cortado, y mas rojo que la púrpura de Tiro, rompió, en fin, su silencio. Confesó su falta, y la atribuyó á la seduccion del momento, y solicitó su perdon, y prometió no volver mas á ver á Teágena. — ¿Me lo juras? — „Te lo juro por Venus y por Apolo; y si me hiciere perjuro, que este dios me mate con sus saetas como á la serpiente Piton." Mientras esto hablaba, estaba de rodillas, jurándome ser fiel. Conocíasele tanto amor en los ojos, y tanta sensibilidad en la voz, y me era tan dulce el perdonar, que al fin, obtuvo su perdon. Pasamos lo que quedaba de aquel dia entre las dulzuras de un desenojo. Cuando íbamos á separarnos, bajaba por el horizonte la estrella de Venus. — „Ya ves, le dije, aquel planeta, en que preside la diosa de Pafos: por testigo lo has tomado de tu fidelidad: tus juramentos ha oido: si los quebrantas, teme su venganza." Sonrióse, al oirme decir esto, y abrazándome tiernamente, renovó las protestas de amarme hasta morir. Respondí á ellas con lágrimas y caricias, y me fui sosegada y dichosa.

Estuve tan agitada con el despecho, con los celos y con el amor, que no sentí la

necesidad del sueño, y me puse á pasear vagamente por el campo. Plateaba la luna la superficie de las aguas, y esparcia por la tierra una claridad tierna y voluptuosa. La noche, coronada de estrellas, paseaba su carro en profundo silencio, y toda la naturaleza reposaba. Mi alma, descargada del peso que la habia oprimido, respiraba y se abria á la consoladora esperanza. Me parecia que estaba circundada de la felicidad y del amor; pero era el delito quien velaba á la inmediacion mia. Apenas una dudosa claridad anunciaba la venida de la aurora, cuando entré en mi cuarto. Púseme á escribir nuestra conversacion con Táles. Despues empecé un himno á Venus. A la voz de las musas circuló por mis venas un sosiego desconocido, y mi corazon descansó de tantas agitaciones. Del mismo modo que el labrador, abrumado de fatigas y calores, olvida sus trabajos al oir el canto del ruiseñor. En fin, se me cargaron los ojos, y me puse en disposicion de gozar un sueño benéfico y pacífico.

Habia ya el sol andado el tercio de su carrera cuando desperté. Al instante pregunté por Fáon. Respondióme el esclavo, que habia salido muy de mañana. Aguardé su vuelta, no sin alguna inquietud. Devoraba el medio dia la tierra, y aun no parecia. Arrastróme la impaciencia, salí, le busqué, y lo llamé; pero todo lo ocupaba

el silencio, y solo el eco se atrevió á repetirme su nombre. Aquella soledad, y aquellos desiertos taciturnos me espantaron. Desmelenada, perdida, abrasada con los ardores del sol, y sin aliento, corrí atravesando los campos; subí á las colinas y á las peñas; y visité aquellos asilos secretos y voluptuosos, en que el amor tantas veces me embriagó con sus delicias; pero todos estaban lúgubres y callados. Al cabo, extenuada de fatiga y de sudor, y palpitando de dolor y de miedo, di la vuelta. ¡Ay! Todavía me alucinaba la esperanza de encontrar á mi amante. Entregáronme una carta de parte suya. Temblóme la mano, me ericé toda, pero la abrí. ¡Ah, perjuro! Acusaba á los dioses de su inconstancia, como si los dioses fueran los autores del delito. Quedé sin voz, sin color, y sin respiracion. Diéronse prisa á socorrerme. Volví en mí, pero ni derramé una lágrima, ni me era posible. Acabóse el dia. Salí á los bosques, y vagué por ellos, y me extravié. El astro de la noche, tan rojo como la sangre, se mostraba ya en los términos de la tierra. Entonces grité: „¡Hecate, terrible Hecate, comparece, ven á vengar mi injuria! ¡Pero no, oculta tu importuna antorcha! cúbrete con los mas sombríos velos!... Mas ¿qué es esto? ¡Todos me venden! ¡Con qué calma lleva su carro por entre las brillantes estrellas que

la siguen! ¡Qué silencio! ¡La naturaleza está insensible!"— Reparé que tenia en mi brazo un bracelete, tejido con cabellos de aquel pérfido. Me lo quité, lo deshice con los dientes, lo pisé, y lo hice mil pedazos. Entre estas agitaciones, y entre tormentos infernales, acabó la noche mas larga que jamas hubo. Al apuntar el dia partí para Gonno. Quise todavía ver al traidor, abrumarlo con mi indignacion y con mis desprecios, y, ¿qué sé yo?... matarlo á puñaladas en los brazos de mi competidora. Llegué á casa de Teágena; pero ya no estaba Fáon, porque habia marchado con ella. „¿A dónde van? exclamé: los seguiré hasta el centro del mismo Tenaro." No pudieron decirme el camino que habian tomado. Apoderóse de mí una calentura, y un tremendo delirio; y no hablé, en mi enagenamiento, de otra cosa, que de venganzas, de traiciones y de puñales. Pero ¡ay! ¿quién lo creerá? Para sosegarme, me pronunciaban el nombre de Fáon, é inmediatamente recobraba mi rostro su serenidad. Cuando volví en mi acuerdo, me dijeron, que estaba en casa del sofista Zenon, quien, compasivo y generoso, habia querido transportarme á ella. Díjome, que Fáon y Teágena se habian ligado con un lazo criminal; que era forzoso apelar á mi filosofía, y armarme de constancia, y olvidar á un ingrato. Al oir tal noticia, vol-

ví á los accesos de mi tétrico furor. Grité á los dioses pidiendo venganzas, é invoqué á Némesis y á las Furias. Pero el sabio Zenon, á imitacion de Pitágoras y de Empédocles, empleó las modulaciones de la música para abatir mi despecho. Me rodeó de músicos hábiles. Observó cuales eran los tonos y la melodía que me penetraban hasta el alma, y los hacia repetir; y ya fuese encanto de la armonía [1], ó beneficio de la naturaleza, mi frenesí se calmó poco á poco; pero di en una negra melancolía. Imploré la justicia de los dioses, y el castigo de los culpados. Zenon, que era secuaz de la filosofía de Epicuro, me decia: „que la razon era el único numen que yo debia implorar; porque las divinidades, como seres impasibles, no se mezclaban en nuestros negocios, y mucho menos en nuestros amores." Este sistema, que nos separa del ser supremo, y que deja á nuestra flaqueza sin apoyo y sin consuelo, no era á propósito para un corazon afligido, y asi me pareció odiosísimo, como lo es en efecto. — „¡Ay! exclamé: ¡ dejadme creer que Júpiter, que un Dios omnipotente castigará el vicio, y recompensará la virtud! ¿Cuáles serian las esperanzas y consuelos del hombre de bien, abatido por los malos, si desviáseis de él los ojos de los dioses, y si no viese, en una vida futura, la recompensa de sus trabajos? ¡Ay,

Zenon! ¡Creedme: la religion es el vínculo de la sociedad, y el apoyo de la virtud!" — Asi que algun poco de vida hubo animado mis débiles órganos, partí de Gonno. Abandoné mi dulce retiro, y me fui en busca del pérfido. Supe que estaba en Sicilia: volé allá: llegué, y entré en su casa. Estaba solo, y tocando la lira de marfil, que yo le di, y aun cantando atrevidamente *la escolia* que yo le habia enseñado[12]. ¡Cuál se quedó al verme! Cayósele de las manos la lira, se demudó, bajó los ojos, y me pareció que se habia transformado en mármol. Y aun yo misma, desatentada, y con el corazon dolorosamente oprimido, permanecí algunos instantes sin hablar. En fin, le reprendí con dulzura, su ingratitud, su abandono, y los males que me causaba. No me respondió. Pero yo, vencida por el cariño, (¡ha qué humillacion!) me puse á sus pies, y reclamé su ternura, los dias de mi felicidad, mi amante, y mi esposo. Atrevióse entonces á decirme, que estaba unido á Teágena con un nudo solemne y sagrado. — „¡Qué nudo mas sagrado, Fáon, que el que me une á tí! ¡Ingrato! ¡pues no sabes que te ligan á mí la honra, el agradecimiento y el amor! — „¡Ay de mí! pronunciando estas palabras, vertia yo lágrimas á sus pies; pero los crímenes habian sofocado en su alma los remordimientos, y toda sensibilidad.

Tuvo, por último, la barbaridad de declararme, que no podia separarse de Teágena. A estas palabras, me entregué toda al furor, arrojé sobre él una ojeada terrible, y salí resuelta á ir á Léucades, ó para perecer, ó para borrar en mi corazon la memoria de tan odioso monstruo. Dentro de poco, ó yo atravesaré el Cocito, ó mi suplicio acabará.”.... Asi finalizaba la memoria de la inmortal Safo [55]. Debajo habia una oda, escrita de su mano, y precedida de estas palabras.

„ ¡Cítara divina, corresponde á mis deseos! ¡Expresa bien todos los sentimientos que me agitan!.... Calíope, tú misma eres....

¡O tú, que animas la naturaleza,
Manantial de delicias y de llantos,
Véngame tú, alma Venus, de un perjuro!
¡Fulmina! ¡toma parte en mis agravios!

¡Y vosotras, Tisífone y Megéra,
Hórridas furias del Estigio lago,
Lanzad sobre el traidor, que me abandona,
Vuestras sierpes y espectros irritados!

¡El buitre roedor de Prometéo
Devore el corazon de aquel tirano!
¡Y su sombra infeliz, entre congojas,
Cante al Erébo, que oiga sus quebrantos!

Pero ¡ay triste! ¿qué digo? ¡O Citeréa!
¡Consérvame al amante que idolatro!
¡De un furioso despecho enagenada,
Maldigo al mismo á quien estoy llorando!

¡Viva siempre dichoso (si es posible,
Menospreciando asi mi amante trato)!
¡Y si de su conciencia el grito horrendo
No amargáre sus dias desdichados!

¡Que yo, cuya existencia deplorable
De un invierno sombrío es fiel traslado;
Yo, que vi que mis grandes esperanzas
Como ligera sombra se escaparon;

¡Yo, sola, desgraciada en mis cariños,
Y en la florida edad del placer grato,
No tengo mas recurso que la muerte,
Pues aun los dioses me han abandonado!

¡Y tú, mi lira, que eres mis amores,
Tú, compañera de mis ocios blandos,
Descansa en paz! ¡Mi triste musa espira!
¡Recibe ya mis últimos abrazos!

¡Muramos: habitemos el averno!
¡Mi espíritu huya del comercio humano!
La imágen de Fáon irá conmigo;
¡Y hablaré con las sombras de este ingrato!"

Acabada la lectura, subimos al sepulcro de aquella desventurada, y echamos en

él algunas flores, é hicimos libaciones; y luego dirigimos oraciones á su sombra, y la recomendamos á los dioses manes. Supimos despues que los de Mitilene, compatriotas suyos, habian decretado que se grabara su retrato sobre las monedas. Despedímonos de los dos Sicionenses, los cuales se volvieron á su patria, curados de su pasion, y especialmente de la gana de dar el salto de Léucades.

## CAPITULO XXXIII

*Proyecto de viage de los dos amigos. Su morada en casa de un filósofo escéptico.*

Propuse á Fánor que me acompañara á Delfos para consultar al oráculo; y desde alli irnos á Laconia, á efecto de ver la celebrada competidora de Atenas, aquella soberbia Esparta, cuyas costumbres y valentía eran la admiracion del universo. Gustóle infinito la proposicion, y empezó á aficionárseme; y ademas, él tenia la misma curiosidad que yo sobre sus destinos futuros, y esperaba que la Pitia le abriese el libro de lo venidero.

Partimos para Calcis, y pasamos el rio Acheloo, que es tan famoso por su pelea con Hércules, á quien quiso quitar á Dejánira. Acheloo para huir de su ruina, se transformó en serpiente y en toro; pero Al-

cides tres veces victorioso, le arrancó un cuerno, y lo precisó á ocultarse en lo profundo de las aguas. Acheloo, por recobrar su cuerno, le cedió el de Amaltea, ó el cuerno de la abundancia.

A proporcion de como nos alejábamos de Léucades, iba haciéndose mas amable el carácter de Fánor. Su chiste y su amenidad, que una desgraciada pasion habia eclipsado y comprimido, empezaron á desarrollarse; y ya solo hablaba, chanceándose, de la infidelidad de la bella Teana; y solia tambien reirse de los dos bofetones tan bien sentados sobre la descarada mejilla de su tia, y de los gorgoritos del Bapto, cuando le apretaba la garganta. ¡Tan cierto es que la causa de los mas de nuestros pesares es tan frívola, que basta dejar al tiempo, para reirnos algun dia de nuestro dolor y de nosotros mismos!

Caminábamos frecuentemente á pie. Nos deteníamos en los sitios mas amenos. Descansábamos á la sombra de los bosques. Comiamos junto á los riachuelos y las fuentes, con el mejor apetito; y asi llegamos á Calcis, gozosos y satisfechos de lo presente, y poco cuidadosos de lo futuro.

De Calcis pasamos á Anfisa. Fánor conocia, en aquel pueblo, á un amigo de su padre, llamado Lácides, filósofo escéptico, natural de Cirene. Habia sido discípulo de Arcesilas, y su sucesor en la academia. Era

pa quebrada, le repuse, del mismo modo que veo los carneros; pero acaso la copa no tiene tampoco existencia; y, fuera de esto, la ataraxia.... aquella paz del alma.... ¡Valgaos Pluton! me replicó: ¡En la escuela opino de un modo, pero en mi casa me gobierno de otro!

Cayó la conversacion sobre los vicios é injusticias de los hombres. „Pienso, dijo nuestro huésped lo mismo que Pirron, quien sostiene que la injusticia ó justicia de las acciones depende únicamente de las leyes humanas y de la costumbre; y que no hay nada que sea en sí mismo honrado ó vergonzoso." Combatimos vivamente una moral tan peligrosa; y él añadió: „Ningun medio tenemos para conocer la verdad: la razon, la imaginacion, los sentidos, todo cuanto está en nosotros, y fuera de nosotros, nos engaña: no hay objeto que haga impresion á dos hombres, ó á un mismo hombre, en dos instantes diferentes, y de la misma manera. Despues de esto, ¿qué podemos pensar de la razon? Mas: en sueños vemos los objetos como si existieran: ¿quién, pues, puede asegurarnos de que nuestra vida no es un sueño continuo?" Pareciónos tan absurdo aquel sistema, que creimos Fánor y yo que habia algun trastorno en la cabeza de aquel Escéptico; pero raciocinaba tan exactamente sobre otros objetos, y mostraba

tanta erudicion, que al instante lo restablecíamos en su juicio. Al irnos á acostar, le dije, que acabábamos de soñar, que habíamos cenado bien y delicadamente.— „Y yo, replicó, sueño que os he dado la cena de bonísima voluntad."

Nos fue á buscar muy de madrugada para llevarnos á casa de su amigo Bion.— „Vereis, nos dijo, á un poeta filósofo, muy amante del campo, y resuelto á nunca dejarlo. De él puede decirse, cuando celebra en sus idilios los placeres campestres, que canta lo que ama. Posee muchos bienes, y el don rarísimo de saberlos disfrutar. Pasa una vida deliciosa, y hace de modo, que cuantos le rodean participan de su felicidad. Al fin del año reparte sus economías entre sus domésticos y esclavos. Jamas ha rehusado auxilios pecuniarios á hombres de bien. No vive solo en su retiro, porque tiene una compañera amable, mucho mas jóven que él, la cual hace su vida dichosa: su historia es curiosísima: el mismo Bion os la contará.

## CAPITULO XXXIV.

*Llegan á casa de Bion. Sus costumbres y su filosofía. Son presentados á Teofánia.*

Dijéronnos, al llegar á casa de Bion, que estaba en el inmediato bosque. Al estar ya

cerca de él, vimos un rebaño disperso. Lácides nos dijo entonces: „No está lejos Bion, cuando no está lejos su ganado: en efecto, vedle allí." Presentósenos un anciano bastante fresco, pero tan extrañamente vestido, que no queríamos creer que fuese el poeta Bion. Iba en trage de pastor, y llevaba sobre su cabeza, encanecida por los años, una corona de chopo, y en la mano un cayado lleno de flores; no le faltaban sus alforjas para el pan, y su perro le acompañaba. Saludónos cariñosamente; y como notase que Fánor y yo lo mirábamos con alguna novedad, nos dijo: „Veo que mi trage os maravilla; pero, tenga razon, ó no la tenga, me he vuelto pastor á los setenta años de mi edad. Tan bueno es este oficio como otro cualquiera, y por cierto que yo no lo trocara por el del Rey. Imito á Apolo, mi señor, pero con la diferencia de que los que guardo son ganados mios. Mas la calor empieza, y necesitareis de reposo: vamos á buscar un asilo. Daré órdenes para que os traten lo mejor que se pueda; que, aunque pastor sencillo, no siempre vivo con raices, ni siempre bebo leche sola." Hizo entonces una seña á su perro, el cual recogió el ganado; y pastor, perro y corderos, marchábamos en buena compañía. Bion argumento risueñamente á Lácides sobre sus filosóficos principios; y le preguntó ¿si

realmente existíamos? — Respondió Lácides, que no habia cosa mas sujeta á duda. Entonces el filósofo pastor le dió una gran puñada. El Escéptico se resintió con un grito. — „Esa puñada, le repuso Bion, os la habeis soñado, porque no hay cosa mas incierta que mi existencia." Todos reimos al oir la fuerza del argumento, y tambien el mismo escéptico, que no tuvo que responder.

Asi que Bion metió al ganado en su redil, nos llevó á su majada. „ Alli encontraremos, nos dijo, á la amable Psiquis, que estará preparándonos manteca. Psiquis es un nombre afectuoso que yo la he puesto, por lo mucho que se parece á esta divinidad; pero se llama Teofánia. Es un dulce regalo que los dioses me han hecho. Algo disonantes son nuestras edades, porque mi alma no habita ya mas que ruinas, y Teofánia está en su primavera; pero con todo, me lisonjeo de que me es fiel. Tuve la felicidad de hacerla un señalado servicio, al cual debo su amistad. Os contaré esta aventura en la mesa, pero sabed, que, lejos de abusar de su gratitud, la llevé una mañana cierta escritura de donacion. — „ Ya os veis, la dije, al abrigo de la indigencia, é independiente: si quereis retiraros al campo conmigo, os deberé mis dichas; pero si la compañía de un anciano, sobre quien pronto van á dar las enfer-

medades, puede contristar vuestros bellos dias 55, libre sois: ningun servicio, ni ningun agradecimiento prescribe el sacrificio de sí mismo y de su libertad." Al oirme hablar así, me juró una fidelidad inviolable el alma sensible de Psiquis. Nos retiramos á este solitario parage, en el que habitamos dos años ha, y no creo que ni el tedio, ni los disgustos, hayan habitado con nosotros."

Entrábamos á la sazon en la majada, y Bion nos presentó á su temprana divinidad; la cual nos saludó con aquella amenidad y gracia, que ni se difine, ni se aprende. Al verla, quedamos como en éxtasis Fánor y yo. Lácides, que conoció la impresion que nos habia hecho, preguntó á Fánor, ¿qué le parecia? — „Una lindísima apariencia, le respondió, una ilusion de óptica preciosa; y mas quiero soñar que la veo, que soñar que veo al rebaño." La misma pregunta me hizo Bion, á la que respondí, „que me parecia estar viendo á la misma Psiquis, su atractiva fisonomía, sus hermosos ojos negros, su mirar tierno y vivo, y, en fin, aquella expresion y aquella gracia insinuante, que le mereció el nombre de Psiquis 56."

Ninguna ponderacion habia en aquel elogio. Imaginaos una figura celestial. Su cabeza y su frente no eran grandes. Su fisonomia, y sus rasgados ojos negros, expre-

saban sentimientos purísimos. En su alta estatura se notaba la flexibilidad del junco. Y el órgano dulce y lisonjero de su voz penetraba hasta lo íntimo del alma. Estaba batiendo manteca, y nos la dió á probar; y, como batida por tan bella mano, nos pareció ambrosía. Bion se puso á ayudarla en aquella manipulacion. ,, Maravillados estareis, nos dijo riéndose, de ver á un filósofo, y á un discípulo de las musas, humillarse á ocupaciones tan menudas, y entregarse á este género de vida; pero lo que siento es haberlo empezado sobradamente tarde. Esta vida pastoral era la de nuestros padres: leed á Homero, que suministra mil ejemplos de ello. En la Siria y en Sicilia se hallan aun gentes honradas, que se ocupan en criar ganados, y que, en sus ratos ociosos, componen canciones sencillas y graciosas. ¡Solo aqui he hallado esta felicidad, tanto tiempo buscada por engañosos caminos! Yo fui, como infinitos, juguete de las necedades humanas; pues, atormentado por la vanidad, y por las pequeñas pasiones, me sacrifiqué, durante las tres cuartas partes de mi existencia, á las opiniones humanas, como si la conciencia de un hombre de talento no debiera ser el primer juez de sus acciones. He pasado mi vida en contradiccion conmigo mismo, luchando, sin cesar, contra mis gustos y mis sentimientos, y alején-

dome del fin á que aspiraba. Por último, he sacudido mis viejos errores, y he visto que el retiro era el puerto del sabio, y no hablo de un absoluto retiro, porque los extremos son flaquezas ó manías: estoy en el mundo para lo que me agrada: huyo del trato que me cansa, y de las conversaciones que me fastidian: busco un comercio suave con mis amigos: tanto me ofende un placer grosero, como una virtud sobradamente austera; y yo mismo me forjo tranquilas é inocentes fruiciones. El mayor bien de la ancianidad es el reposo. Habito en el campo, porque en él todo rie, y todo habla en él al alma y á los sentidos. Tanta moderacion necesita la sabiduría como la locura. A los de mi edad nos inclina á la austeridad la flaqueza de los sentidos, y la melancolía del ánimo; y debemos defendernos contra ella, como en la juventud contra la intemperancia. Yo me esmero en animar, cuanto me es posible, mi vida. Quiero poder decir, como no sé qué filósofo Epicureo: ,,Los años bien me pueden arrastrar; pero ha de ser de espaldas."

,,Ved aqui nuestro plan de vida: por la mañana, cuando el tiempo está sereno, Teofánia y yo llevamos á pacer nuestro ganado; y ya que el sol va subiendo, nos refugiamos á los bosques, y alli, bajo sus sombras, acompaña Teofánia su voz con las dulces consonancias de su lira: ya,

acostado blandamente junto á ella, compongo idilios; ya leemos á Herodoto y á Tucídides; ó ya, otras veces, recitamos escenas de Sófocles y de Eurípides, ó, coronados de rosas, cantamos las escolias de Anácreon; y muy á menudo, en los hermosos dias del verano, comemos en los bosques con leche y frutas; y á la caida de la tarde, cuando ya las sombras empiezan á ennegrecer los valles, conducimos nuestro rebaño; y, despues de un paseo variado y agradable, terminamos el dia con una cena, mas delicada que las de Ulises y de Agamenon. Este Rey de los Reyes, segun Homero, cenando en casa de Ajax, fue regalado con un toro cocido; y el festin de Ulises, en casa del buen hombre Eumeo, consistió en dos cerdos asados. Acaso hallareis extrañeza en este modo de existir; pero vivid persuadidos á que la primera extrañeza, y la mayor inconsecuencia del entendimiento humano, es ser constantemente el esclavo y la víctima de las costumbres, y de las preocupaciones de los hombres." Llegó un criado á preguntarle ¿en qué sitio, y á qué hora queria comer? A estas palabras nos previno, que nunca comia en el mismo parage, ni á la misma hora. — „ Ninguna cosa es para mí tan ridícula, añadió, como fijar el instante de las comidas, y mandar al apetito que llegue á hora señalada. Los ani-

males comen á la voz de la necesidad. En cuanto á la sala de comer, tambien tengo mi poco de manía, porque mi sala está en todas partes; ya sobre una colina; ya á la sombra de los bosques; ya junto á una fuente; y ya en una gruta, de que gustamos mucho. De manera, que, evitando la insipidez, hija de la costumbre, variamos nuestros placeres. Diversidad es la divisa del hombre. Elegid, pues, hoy el lugar de la escena." Dijimos, que dábamos nuestras voces á la amable Psiquis, la cual decidió, que comiésemos en la gruta.

Su entrada era estrecha, pero presentaba una rotunda espaciosa, cortada en la misma roca, y recibia la luz por una gran abertura central, hecha en lo alto de la bóveda; y unas claraboyas entreabiertas daban una luz suave, y una deliciosa frescura. Tambien encontramos camas sencillas y cómodas.

## CAPITULO XXXV.

*La comida. Cancion de Psiquis.*

Fue excelente la comida. Sirviéronnos un pan delicioso, amasado con leche y trigo purísimo, y con aceite y sal. Tuvimos aceitunas de Atenas, dátiles de Fenicia, y las almendras de Naxos, tan buscadas. La buena eleccion de manjares y vinos

publicaba la sensualidad y delicadeza del amo. A cada servicio lavaron la mesa con esponjas. Sirvióse á cada uno de nosotros la porcion en unos platitos; y el mismo Bion hacia las reparticiones. Teníamos copas de muchas magnitudes. Trajéronnos coronas, y nos las pusimos sobre la cabeza, sobre el corazon, y alderredor del brazo.

Pero me admiré de ver junto á las mas hermosas copas, y junto á una vajilla de plata, y de plata sobredorada, vasijas del mas grosero barro. Pregunté la causa á Bion. —,,Hago esto, me respondió, para tener siempre á la vista mi primera fortuna, y para acordarme de que, en otro tiempo, me servia con semejantes platos."

En medio del festin, tomó Teofánia un ramo de mirto y su cítara, hizo muestra de sus bellos brazos, torneados y redondos, ensayó un preludio musical, y, hermanando su voz con sus consonancias, cantó las desgracias de Psiquis.

## PSIQUIS.

### ROMANCE.

¡Almas sensibles y tiernas
Que me escuchais con agrado,
De mi existencia infelice
Compadeced los trabajos!

Venus se mostró celosa
De mi hermosura. Fui blanco,
Sin cesar, de sus enojos:
Por eso conocí el llanto
Desde tierna edad. A todos
Mis amantes declarados
Alejó de mí. De tedio
Consumida y de quebrantos
He vivido: y, desde niña,
Sin esperanzas me hallo
De ser amada ni amar.
Mis padres, (¡tremendo caso!)
A un oráculo acudieron,
Quien les dijo: „Un monstruo alado
„Será esposo de vuestra hija.
„Llevaréisla á un despoblado,
„Y alli la abandonareis."
Obedecióse el mandato,
Y al desierto me llevó
Mi mismo padre. Llorando
Me significó su pena.
Sobrecogida de un pasmo
Caí desmayada en tierra;
Y al volver en mí, (¡qué encanto!)
Vi aquel desierto espantoso
Convertido en un palacio
De dórica arquitectura.
Vi cenadores, vi cuadros,
Vi flores, vi bellas fuentes,
Y un pórtico dilatado.
Tan repentinos prodigios
Mis sentidos pertuabaron.

¡Dioses! ¡cuántas maravillas!
En mil troncos estampado
Leí: „ Psiquis hechicera,
„ A tí solamente te amo."
Lo mismo que vi dudé:
Indecisa estaba, cuando
Una dulcísima voz
Me dijo, en sentido claro:
„ Psiquis, tuyo es este sitio,
„ Porque, al fin, he decretado
„ Hacerte feliz. De noche
„ Seré tu esposo. En llegando
„ La aurora, como una sombra
„ Me escaparé de tus brazos.
„ ¡Desventurada de tí,
„ Si das el mas leve paso
„ Para conocerme! ¡Tiembla
„ De mi enojo soberano!"
Las palabras referidas
Mi espíritu sosegaron.
Recorrí mi hermoso asilo;
Paseéme por entre arcos,
Entretejidos de flores;
Y seguí el curso encantado
De unas aguas cristalinas;
Pero pronto reemplazaron
La luz del sol las estrellas;
Y allá, en el obscuro espacio
De una alcoba magestuosa,
Divisé un lecho adornado,
Y en extremo voluptuoso,
Donde me acosté temblando.

Mas ¡ay! observé al instante,
Que uno se me puso al lado,
Haciéndome mil caricias,
Y diciendo todo cuanto
Cabe en el amor mas fino;
Pero cumplió lo pactado,
Porque, antes de amanecer,
Desapareció. Pasaron
Las horas del otro dia;
Y, á la noche, enamorado
Volvió á mí el objeto mismo,
Y otra vez se renovaron
Los placeres, los amores,
Las promesas, los halagos.
Dos meses duró seguidos
El mismo nocturno trato.
Completamente feliz
Me hallaba en aquel estado.
¡Cuál fue el maléfico genio
Que me inspiró error tamaño!
Faltóme la resistencia,
Y me rendí al insensato
Deseo de conocer
Al objeto de mi encanto.
Despues, en fin, de mil luchas
Me resolví: para el caso
Oculté, lejos del lecho,
Una luz. A poco rato,
Llegó mi esposo, y me dijo:
„Psiquis, tú eres mi regalo."
Tras esto habló dos mil cosas,
Y me dió un estrecho abrazo;

Pero como los placeres
Duran tan poco, al descanso
Del sueño se dió mi esposo.
Abandoné el lecho blando
Con silencio: traje luz.
¡Dioses! ¡qué objeto tan grato!
¡Cuál me deslumbró su vista!
¡Cuán bello era! Pero ¡ah! ¡vanos
Contentos! mientras yo estaba
Yerta é inmóvil del pasmo,
La luz cayó, y le quemé.
Despertó sobresaltado.
„¡Qué haces, temeraria! dijo:
„¡Tiembla de mi enojo! Engaños
„Manda castigar mi madre.
„¡Reconoce al dios de Pafos!
„¡Al mismo amor, que vivia
„De tu mérito prendado!
„A dios, pérfida!" Asi dijo;
Se fue; y me quedé temblando.
En aquel instante mismo
Se desplomó mi palacio;
Y al través de negras sombras,
Mil relámpagos brillaron:
Ya no vi mas que ruinas,
Y montones de peñascos.
„¡Perdon! grité arrodillada:
„¡Perdon, Venus! ¡Perdon clamo!
„¡En el nombre de tu hijo,
„Mi esposo, te pido amparo!"
„¡Muger infeliz serás!
„Respondió una voz tronando:

,, Renuncia, pues, desde ahora
,, A tus atractivos vanos,
,, Y á ese necio engreimiento,
,, Que te ha envanecido tanto.
,, Desde hoy causarás horror
,, A los mismos que de aplausos
,, Llenaron á tu belleza."
Desde aquel inmortal alto
Decreto, por todas partes,
Bañada en lágrimas, vago,
En busca de aquel esposo,
Ofendido de mi trato;
Y á mi horrorosa fealdad
Ya me voy acostumbrando.
,, Amor, no se me da mucho
,, De mi destino contrario,
,, Pues para amarte, sin fin,
,, El corazon me ha quedado."

Entre tanto que Teofánia, con penetrante y armnoiosa voz, celebraba los amores y desgracias de Psiquis, todos los presentes atentos y suspendidos, recibíamos cuantas impresiones queria hacer en nuestros ánimos. Ya nuestras almas, voluptuosamente arrastradas, se paseaban errantes por aquellos encantados bosquecillos, disfrutando las felicidades de aquella tierna Psiquis; y ya, vivísimamente conmovidos, llorábamos su infortunio y la venganza de Venus. Asi que hubo recibido nuestros elogios, con mucha modestia, nos dijo que Bion tenia

compuesta, no habia mucho, una breve cancion sobre sí mismo, que le agradaba cantar. — Yo os la diré, repuso Bion, con mi voz ronca y cascada, que algun dia fue llena y sonora; pero me ha vencido el tiempo, y tengo que ceder á sus ultrajes.

Bion desventurado,
¿Qué suerte tan funesta
Te dirigió la vista
Hácia la luna del espejo tersa?
  Los cabellos te faltan,
Las carnes te se secan:
Bion desventurado,
¡Qué viejo estás! ¡La muerte tienes cerca!
  Tu frente, ya marchita,
De mil arrugas llena,
A las risas y amores
Intimída, desvía y exaspera.
  Esos dulces amores,
Que perfidias encierran,
Bion desventurado,
De tus canas se apartan á carrera.
  Pero, Bion ¿qué dices?
No hagas de anciano muestra,
Y pásate los dias
Sin sujetarlos á ninguna cuenta:
  Porque tú, Bion, sabes,
(Y no es lisonja necia)
Que mientras mas se dista
De las fruiciones de la edad primera,
  Se deben, por lo mismo,

Saborear, con mas priesa,
Aquellos pocos dias
Que, de gozar la vida, al hombre quedan.

Aplaudimos mucho aquel pensamiento moral. Despues recordamos á Bion, que nos habia prometido contarnos el como un dios propicio le llevó á encontrar tan amable compañera.—Con mucho gusto lo cumpliré, añadió Bion: hagamos nuestras libaciones, y desempeñaré mi promesa.

## CAPITULO XXXVI.

*Como encontró Bion á Teofánia.*

Estaba yo en Mileto, ciudad de Jonia, donde el cielo es puro y sereno, y donde corre el Meandro por entre deliciosas praderas, bajo doseles de chopos, describiendo mil vueltas y revueltas, que retardan y hermosean su curso. Este rio goza del particular privilegio de que las jóvenes, algunos dias antes de su himeneo, vayan á ofrecerle sus primeros favores, que aquel dios se digna aceptar algunas veces. En aquel voluptuoso clima no se respiran mas que placeres y amores. Se dan á multiplicar las fruiciones, y á crear nuevos deleites; pero descuidan los del espíritu y los del corazon, que son mas gratos, mas verdaderos y mas durables que los de los sentidos.

El placer, es sin duda alguna, una cosa excelente; pero no puede ser, para el hombre, un estado habitual y constante. El reposo y la paz consigo mismo, y con los otros, es el blanco en que debe poner la mira todo hombre sensible y juicioso. Esta es la filosofía de mi maestro Epicuro.

Un dia de invierno hermosísimo comí en el campo. Fue larga la comida, y no volví á la ciudad hasta la entrada de la noche. Distaba de ella solo algunos estadios, cuando encontré dos hombres, que muy azorados, me preguntaron ¿si habia encontrado á una muchacha? Al oir mi respuesta negativa, se fueron. No lejos de alli, un perrillo, que llevaba conmigo, se paró enfrente de una cerca que seguia el camino; y luego se vino á mí de repente, despeluznado, y ladrando á mas no poder. Sus ladridos y su espanto me hicieron sospechar que podia haber algun pícaro oculto detras de aquel abrigo. Aunque viejo, tenia yo brios y vigor; y asi armado con mi garrote, me arrimé, y mi perro reforzó sus ladridos. Procuré mirar por encima de la cerca; pero me detenia un foso cenagoso. La noche no era obscura. Vi súbitamente asomarse por la cerca una figura....., un espectro, que yo hubiera creido fugitivo del tártaro, si su voz dulce y persuasiva no me hubiera mostrado una muger moza y desdichada. Díjome con tono melancólico: ,, ¡ Hombre hon-

rado, en el nombre de Júpiter, os pido que tengais compasion de mí, y que socorrais á una desventurada!" Diciendo asi, saltó la cerca, y se quedó en el foso. Aquellos dolorosos acentos, y aquel órgano suave de voz, me penetraron el alma. Salvé, pues, el foso. ¡Qué aspecto! ¡qué cuadro! Vi á una muger medio desnuda, con un niño en los brazos. Su pecho, su cara, y su extendida melena, estaban salpicadas de sangre y de lodo; y tan pasada del frio, que la temblaban todos sus mienbros. Titubeé en si llegaría ó no; y ella, conociendo mi temor, se me arrodilló delante, me presentó á su hijo, levantó los ojos al cielo, é imploró mi conmiseracion y humanidad. — ¿Quien sois? la pregunté: ¿qué haceis en este foso? ,, No puedo, me respondió con voz debilísima, hablaros ahora: estoy agobiada de penas, y me muero de frio y de susto: salvadme de lástima, y os haré saber mis desdichas." No vacilé mas, la eché mi capa, la ayudé á salir del lodazal, la di un brazo para que se apoyara, y con el otro, tomé al niño: estaba caidísima, y el frio la habia aterido: yo la sostuve y animé cuanto pude; pero, de alli á poco, se dió á su debilidad, y se desmayó. Me vi embarazadísimo, y me determiné á llevarla acuestas. Con aquella carga pues, llegué á Mileto, sumamente fatigado. Mandé encender fuego, la di cordiales, y

reparé que estaba gravemente herida en una mano. Cuidé su herida, la hice luego meter en el baño, y la envié vestidos. ¿Cómo podré pintaros mi sorpresa cuando la volví á ver? Creí que alguna nueva Circe habia transformado en divinidad á una muger espantosa. Habia yo reparado muy bien en sus bellos ojos; pero todo lo demas de su rostro estaba tan deshecho, tan sucio y tan negro, que no pude, ni con mucho, sospechar las perfecciones de aquella amable figura. Echóse á mis pies para mostrarme su agradecimiento; yo la levanté, elogié su belleza, y me felicité de tan feliz encuentro. Cenamos; y cuando ya el alimento y el buen vino hubo restaurado las fuerzas de nuestro cuerpo y espíritu, la supliqué que me contase su historia. Pero quiero daros el placer de que se la oigais referir á Teofánia, que era la misma muger de quien os he hablado; porque la contará con aquella naturalidad y gracia que yo estoy lejísimos de imitar. La estrella de la noche nos trae el fresco: vamos á respirarlo sobre la colina que tenemos enfrente: alli encontraremos alfombras de céspedes, y mientras la narracion, llevaré á pacer mi ganado. Entonces salimos de la gruta. La hermosa Psiquis nos pidió licencia para dejarnos por algunos instantes. Bion tocó su churumbela, é inmediatamente acudió todo el ganado. Aturdieron el valle los bali-

dos de las ovejas y carneros: uno de estos marchaba, gravemente ergido, á su cabeza; y dos mastines ocupaban los flancos, para mantener la diciplina y el órden. Andando como íbamos, nos dió Bion á observar las comodidades y bellezas de su jardin. — El de Alcinoo, le dije, tan celebrado por Homero, era comparado con el vuestro, el jardin de un pastor; y este seria digno del Rey de los Feacos. — En mi juventud, repuso Bion, cuando me acosaba la pobreza, no ambicionaba yo mas que una de las cuatro puentes de Alcinoo, y algunas fanegas de tierra de su vergel. Pero la aficion á lo bello, las proporciones exactas, y el deseo de gozar, se van, poco á poco, insinuando en el alma, y perfeccionando su delicadeza y sensibilidad. ¿Es esto un beneficio, ó un presente funesto de la naturaleza? Déjolo á la decision de nuestros grandes metafísicos, los cuales seguramente no se pondrán de acuerdo sobre este punto. — Pero Bion, le pregunté, ¿cómo, habiendo nacido pobre y ambicioso, habeis podido llegar á la opulencia que disfrutais! — Lácides le dijo entonces que debia á sus huéspedes la historia de aquella revolucion de la fortuna, porque los divertiria mucho. — Lo haré con gusto, dijo Bion: subamos á la colina, y os haré la tal narracion, mientras viene Teofánia.

## CAPITULO XXXVII.

### *Historia de Bion.*

Esmirna es mi patria. Un suceso singular señaló los primeros dias de mi nacimiento. Sorprendió el enemigo la ciudad, y los habitadores, amedrentados, se salvaron por la puerta opuesta. En aquel desorden, me dejó mi ama de cria en un campo raso.

Pero algun dios cuidó de mí; porque, á mis lloros y chillidos, acudió una cabra, que habia parido poco habia, me dió de mamar, ahuyentó los perros y demas bestias, y me continuó por mucho tiempo, aquel caritativo oficio. Retirados ya los enemigos, volvieron los habitadores á sus hogares. Unas mugeres me encontraron, y se quedaron sorprendidas de hallarme todavía vivo. Muchas de ellas quisieron darme de mamar; pero yo desviaba la cabeza del pecho, dando agudísimos gritos. Acudió entonces corriendo la pobre cabra, y tomé su teta delante de todas aquellas mugeres, que mostraban su sorprendimiento y alegria. Desde entonces, para que acudiera la benéfica cabra, me excitaban á gritar, y venia al instante.

Mi padre, que fue discípulo del dios de Epidaura, y hombre de talento y de mundo, no me dejó mas herencia que unos

libros de medicina, un Homero, el busto de Esculapio, una cajita llena de retratos y de cifras de pelo de sus queridas, muchas deudas, y un poco de dinero contante. Tomé las monedas y el Homero, y dejé á los acreedores los libros de medicina, el Esculapio y la cajita de los retratos. Fui á Atenas llevando, cual Bias, todos mis bienes conmigo; pero como jóven, y enamorado de los placeres, sediento de instruccion, sin pensar en mas que en versos, y siempre paseándome por las alturas del Parnaso, miraba yo con superioridad las riquezas, y preferia una sonrisa de Apolo á todos los regalos de Pluto. Pero las necesidades, que solian ser punzantes, avisaron á mi filosofía, que el dinero valia para algo, y que era necesario regar las flores del Helicon con algunos hilos de agua del Páctolo. Pero, con todo, opiné que un hombre de ingenio, un discípulo del Líceo, no debia sacrificar al cuidado de enriquecerse, mas que un cortísimo período de su vida; porque la sed inextinguible de oro, y la continuada aplicacion para adquirirlo, esterilizaban el alma, y sofocaban sus luces.

Habíase extendido por la Grecia la reputacion de Dionisio de Siracusa. No se hablaba de mas que de sus riquezas, de su poder, y de la proteccion que daba á las letras y á las artes. Determiné, pues, ir á

su corte, para arriesgar la entrada al templo de la fortuna. Pedí á Platon una recomendacion; y sus cartas y el peso de su nombre, me consiguieron de Dionisio una acogida de mucha distincion. Antes de mucho, fui admitido á sus diversiones, y poco á poco, me fueron grangeando su confianza mis versos y mi jovialidad.

Supe que aquel Soberano de la Sicilia, que ejercia un poder ilimitado, y que gozaba de todos los dones de la fortuna, era, acaso, el hombre menos feliz de los nacidos. Bajo sus dorados techos habitaban los rezelos, los temores, y los remordimientos. Todo el mundo sabe la historia de Dámocles, que se ha contado de mil diferentes modos; pero oid su verdadera version, esto es, lo que he visto yo mismo con mis ojos.

## CAPITULO XXXVIII.

### *Historia de Dámocles.*

Dionisio dió una fiesta al pueblo, el cual se amontonaba, y se impelia en la plaza que estaba delante del palacio. Paseábase el Príncipe desde una ventana á otra; y Dámocles, que era uno de sus mas intrépidos aduladores de corte, lo seguia, diciéndole: ,, Príncipe mio, ¡qué dichoso sois! Todo ese pueblo, todo lo que veis, todas esas riquezas, y mucho mas, todo

os pertenece, como que sois dueño de todo." Tanto repitió aquellas sandeces, y tanto celebró las felicidades de su amo, que Dionisio, cansado de sus torpes adulaciones, le dijo: „Esta tarde quiero que disfrutes de mi felicidad suprema: serás Rey por veinte y cuatro horas: ordena una fiesta; elige tus convidados; que yo asistiré como vasallo, y eso si me convidares." Abrevio lo restante de la historia. Entró Dámocles en el salon del festin con la corona puesta, circundado de sus guardias, y de los grandes de su corte. Una orcuestra magnífica tocaba marchas triunfales; y nosotros lo acompañábamos, juntamente con Dionisio, confundidos entre la multitud. El feliz Dámocles se colocó sobre una suntuosa camilla, bajo un dosel de púrpura, sembrado todo de estrellas de oro y de plata. Las varas y sus remates eran de oro macizo. Jóvenes de las mejores familias lo rodearon para servirlo. Mientras la comida, tomó la lira una cantarina diestra, y cantó los placeres y las delicias del amor. Un poeta le presentó unos versos, en los que celebraba su talento, su poder, sus virtudes, su valor, su generosidad, la dulzura de su reinado; y todos, á porfia, aplaudieron las alabanzas que se daban al nuevo Monarca: al cual, cuando hablaba, escuchaban todos admirados y silenciosos. Dámocles se

embriagaba con aquellos inciensos, y con aquellas lisonjeras veneraciones, y se saboreaba con las delicias de una delicadísima comida. Pero alzando casualmente los ojos, vió una espada, verticalmente suspendida sobre su cabeza, cuya acerada punta lo amenazaba, y solo pendiente del techo por una cerda. Aquella vista acibaró su gozo y su apetito; y por mas que continuaron prodigándole elogios, y alabándole lo exquisito de los manjares, y los vinos de Grecia, se cerraron sus orejas y estómago, y no vió ya mas que aquella espada, que por instantes iba á caer, y pasarlo de parte á parte. Hacia gestos tales, que Dionisio y los espectadores se divirtieron mucho. Por último, aquel Rey de un dia, inquieto y agitado entre sus grandezas, suplicó á Dionisio, que le permitiera abdicarlas. Con aquella leccion emblemática, dió á conocer Dionisio la existencia de los tiranos en el centro de los deleites y del fasto que la circunda.

## CAPITULO XXXIX.

*Continuacion de la historia de Bion.*

Un dia encontré á Dionisio profundamente melancólico. Quise alejarme; pero me llamó, y me dijo: ,, Filósofo Griego, has adivinado alguna vez el enigma de la

felicidad? ¿Sabes donde existe?"—*Oid*, le respondí la respuesta de Anaxagoras á un gran señor, que le preguntó ¿cuál era el hombre feliz? „no es aquel que cargado „de honores y de riquezas, parece dicho- „so á los ojos del vulgo, sino aquel que „cultiva un reducido campo, y que mez- „cla, con sus trabajos campesinos, el co- „mercio, sin ambicion, de las musas. Es „verdad que su modesto exterior, y su so- „segada cara, no expresan las vivas con- mociones de la alegria; pero es porque esta hábita en su corazon."—Tambien os cita- ré la bella fábula de Crantor. Presenta en los juegos olímpicos á la riqueza, á la salud, á la virtud, y al deleite. Cada una de estas pide la manzana. La riqueza dice: yo soy el soberano bien, porque con- migo se compra todo. El deleite dice: la manzana me pertenece, porque, si las riquezas se desean, es solo por conseguirme. La salud asegura que no hay deleite sin ella, y que la riqueza es inútil. Por último representa la virtud que es superior á todas tres, porque, con oro, deleites y salud, cabe ser miserabilísimo, gobernándose mal. La virtud logró la manzana.— „La fábula es ingeniosísima, repuso Dionisio; pero seria mas exacta, si Crantor hubiese dicho, que el soberano bien, ó la felicidad, es la reunion de las cuatro competidoras, virtud, salud, delei-

tes y riquezas. Pero Crantor y Anaxagoras dicen bien. En el ápice de las grandezas, y nadando entre la molicie y el lujo, estoy cansado de vivir, y me juzgo el hombre mas desventurado de los nacidos. Dame consejos: dime, ¿qué camino deberé tomar, para ver algunos resplandores de esa felicidad fugitiva? ¿qué harias en mi lugar?"— Me escaparia, señor, de este vastísimo palacio: dejaria de ser Rey, para volverme particular y hombre: me retiraria á Atenas, que es la morada dichosa de las artes, de la filosofía, del buen gusto, de la cortesía y de la libertad: compraria una bellísima casa de campo: plantaria y fabricaria: hablaria con hombres amables y con filósofos: me meteria dentro del círculo de unos pocos amigos: me haria una casa que fuese feliz con mis beneficios; y siendo sabio, sin austeridad; filósofo, sin sistema; amante de las letras, sin pretensiones de literato; aficionado á los placeres, con delicadeza; y solitario, sin misantropía; aguardaria, con dulcísima incuria, á que saliese mi último sol."—„ Me has persuadido repuso Dionisio: voy á deponer un cetro sitiado por tantos riesgos y trabajos, y á preparar mi retiro. Con todo, guárdame el secreto. Ven mañana por la mañana, y trataremos, de acuerdo, sobre el proyecto que me ha seducido."— Despedíme de Dionisio, dándome la enhorabue-

na de haber hecho semejante prosélito, y de haber adquirido un Rey á la filosofía.

Volví al dia siguiente á la hora señalada; pero encontré á Dionisio, en medio de una corte numerosa, cuyos homenages y adulaciones recibia. Sonrióse benignamente conmigo, y me hizo seña de que aguardara. Y asi que se disipó la cortesana multitud, me habló del esplendor que queria dar á su imperio, de la guerra que meditaba contra los Cartagineses, y de las tropas y de los navíos que queria armar; pero ni una palabra del plan de la víspera. Yo estaba como aturdido. Cuando ya hubo acabado de hablar de su poder, y de sus futuras conquistas, le dije riéndome: ,, Espero, señor, que, en vuestras rápidas expediciones, mirareis con benignidad á Atenas, la cual tan generosamente os ofreció ayer un asilo. — ,, Te entiendo, Bion: he meditado sobre ello; pero cada hombre tiene su destino. Conozco que la diadema está circundada de agudas puntas, y que un filósofo es mucho mas dichoso que un Rey; pero pásense algunos años mas de trabajos, y despues, libre de cuidados y de inquietudes, disfrutaré, entre el reposo y las musas, de todos los placeres de la vida. y de mi pasada gloria. " — ¿ Podré atreverme, señor, á preguntaros qué edad teneis? — Sesenta y dos años tengo. — Pues bien, señor: cada dia que continuais res-

pirando, es un dia de gracia. — ¿Y por qué asi Bion? — Vuestro contingente de vida es, senor, de veinte y dos á veinte y tres años, que es lo que los hombres viven uno con otro. Ademas de que, segun los cálculos de la duracion media de la vida en cada edad, no podeis esperar mas que de unos nueve á diez años de existencia. — Pues mi plan, Bion, ya que la porcion de mi vida es tan corta, se reducirá á contar con las de los otros, y á existir á sus expensas lo mas que pudiere." — Interrumpiéronnos en esto; y concluí, al irme retirando, que, para Dionisio, y para los mas de los hombres, los frutos de la sabiduría y de la felicidad nacen en unos árboles exóticos, que no saben cultivar.

Volvamos á la causa de mi fortuna. Dionisio, que era ambicioso de toda especie de gloria, envió á los juegos olímpicos una diputacion solemne, para disputar el prémio de los versos y de la carrera de los carros. Componíase de algunos lectores, dotados de voces claras y sonoras, y de muchos carros tirados de cuatro caballos cada uno. Cargaron, en nombre suyo, los altares de Júpiter de ricas ofrendas. Aquel aparato, y la bella voz de los lectores, fijaron, por unos instantes, la atencion de los Griegos; pero no pasó mucho sin que, cansados de la insipidez de los versos, prorumpiesen en murmuraciones, silbasen á

los lectores y al poeta, y aun llevasen el insulto y el desprecio hasta saquear y trastornar sus tiendas. Igualmente desgraciado fue su éxito en la carrera, pues los carros, mal conducidos, se hicieron pedazos unos contra otros; y, para colmo de infortunios, el navío que regresaba á los diputados y sus reliquias, naufragó sobre las costas de Italia. Abatido Dionisio con aquella afrenta, estuvo, muchos dias sin comparecer, y comió solo, y vió á muy pocas gentes. Unicamente yo fui admitido á su presencia el dia siguiente á la fatal noticia. Víme embarazadísimo sobre el porte que habia de mostrar á la entrada, y sobre los consuelos que habia de dar al amor propio de un poeta, que tenia ejércitos á sus órdenes. Yo no queria imitar á Políxenes, que fue enviado á las canteras; y, por lo mismo, me presenté con la fisonomía tétrica y afligida. Primero me habló Dionisio de cosas indiferentes; y luego, con semblante tan triste como el mio, me dijo: ,, Ya sabes mi desgracia en los juegos olímpicos, donde ha sido silbada mi tragedia." — Respondíle, que un gran Príncipe, como él, lleno de gloria, no necesitaba de un laurel poético para inmortalizar su nombre; y que, por otra parte, en aquellas tumultuosas concurrencias, decretaban las coronas el entusiasmo, la cabala y la preocupacion, y que tambien debia conocer la

ligereza é inconsecuencia de los Griegos. Fuera de que, le añadí, el mismo Esquilo no consiguió mas que trece coronas, habiendo compuesto ochenta tragedias; y Eurípides no fue coronado mas que cinco veces, no obstante de haber enriquecido nuestro teatro con mas de ochenta piezas. —,, Todo eso lo sé, Bion: los Griegos son ligeros, inconsecuentes y burlones; pero son los dispensadores de la gloria, y tienen en la mano la trompeta de la fama. Quiero absolutamente levantarme de esta caida, y concurrir, en Atenas, á las fiestas da Baco. Estoy trabajando una tragedia, cuyo argumento es la muerte de Egeo. Ya te acordarás de que Minos, cuando venció á los Atenienses, les impuso un tributo anual de catorce jóvenes (siete varones y siete hembras) para que sirvieran de alimento al Minotauro. El jóven Teseo, nacido para aterrar monstruos, quiso ser uno de los siete jóvenes, resuelto á perecer, ó libertar su patria de tan vergonzoso tributo. Afligido y asustado Egeo de semejante audacia, mandó al piloto del navío, que llevaba aquellas tempranas víctimas, que, á su vuelta, si su hijo venia vencedor, enarbolase una bandera roja ó blanca, en vez de la negra, que se acostumbraba en aquellas ocasiones. Teseo triunfó del Minotauro, y purgó de él á la tierra. Egeo iba diariamente á las orillas del mar, y miraba

lo mas lejos que podia, por ver si divisaba el bajel donde venia su hijo. Por fin, lo alcanzó á ver. Era un dia sereno: un viento fresco hinchaba las velas; y el navío iba ligeramente sulcando las tranquilas ondas. El piloto y Teseo, enagenados del gozo, olvidaron el órden de Egeo. El pabellon negro ondeaba al arbitrio de los céfirios. Viólo el buen padre, y, dando á su hijo por devorado, se tiró al mar. Esto asunto, que es importante y nacional, debe gustar á los Atenienses. Todavía no he trazado mas que algunas escenas, porque estoy sobrecargado de negocios. Vosotros sí que sois dichosos, bellos ingenios, pues habitais siempre sobre el Parnaso, sin tener precision de bajar de él para otras ocupaciones; pero ello es cierto, que no es poeta todo el que lo quiere ser. — Ni tampoco es Rey, señor, todo el que quiere serlo; bien que yo no quisiera ser Rey sino de mi jardin, y de mi querida. — Ve aqui, pues, estimado Bion, el servicio que de tí aguardo, unido al mayor secreto. — ¿Os contentareis, Dionisio, con que os jure guardarlo por la laguna Estigia? — Quiero que me ayudes para la conclusion de mi tragedia. Acaba mi plan, pon en verso las primeras escenas, y yo tambien trabajaré por mi parte." — Rehusé primero, por modestia, asociar mis pobres talentos á su vasto ingenio; pero insistió, y cedí. Encerréme al

momento en mi gabinete. El plan de Dionisio no estaba mas que bosquejado, y lo extendí hasta cinco actos. Dionisio quedó satisfecho; pero, con todo, me hizo algunas observaciones juiciosas, porque ni le faltaba talento, ni literatura. Terminado, pues, el plan, entré en la poesía. A cada escena iba á consultar con mi Apolo Dionisio. Corregimos mucho. Advertí que Dionisio decia siempre: ,, Mi tragedia"; fuese porque, á fuerza de repetirlo, quisiese persuadirme á que era su autor, ó bien fuese para persuadirse á sí propio: yo le contestaba tambien sobre el tono de ,, vuestra tragedia"; bien que en substancia, no dejaba de pertenecerle, asi por algun centenar de versos, que habia en el drama, á su modo, como por el precio en que lo compró. Ya, pues, que hubimos suficientemente visto, revisto, tachado y retachado aquel fenómeno trágico, partí para Atenas, en un bireme, y presenté al primer arconte el poema del dueño de la Sicilia. Hice resplandecer á sus ojos, y á los de los jueces, nombrados para admitir ó reprobar las piezas, el precioso metal del oro; y su brillo reflejó sobre la obra, porque fue juzgada digna del concurso. Dirigíme á los coregos (*a*); y nada reparé en

(*a*) Los coregos presidian en los coros, y arreglaban el gasto que se hacia para los actores y para los músicos en las fiestas públicas.

el gasto de los coros y de las danzas. Di á los actores ropas talares, tejidas de oro, y esmaltadas de púrpura, y de muchas suertes de colores; y máscaras dibujadas y coloridas por los mejores maestros; y como era tan del caso una estatura magestuosa y respetable, levanté á mis héroes sobre unos coturnos de cuatro pulgadas de altura, y espesé, digámoslo asi, sus pechos, sus vacíos, y todas las partes de sus cuerpos, á proporcion de sus estaturas; y, con unos guantes, se prolongaban, á la vista, sus brazos. Trabajaron las decoraciones los pintores mas celebrados. La primera presentaba una campiña risueña. La segunda, una soledad espantosa, y la orilla del mar, circundada de escarpadas rocas, y de profundas grutas. La tercera, representaba un soberbio templo, cubierto de oro, de luces y de pedrería. Treinta mil espectadores llenaban el teatro. Tuvo Dionisio la recompensa de sus trabajos y de sus gastos. La tragedia, apoyada sobre tan grandes medios, subió hasta las nubes, y el tirano de Siracusa fue declarado vencedor. Por las vivas conmociones que experimenté, conocí que era padre. Pero, fiel á Dionisio, no arranqué ninguna flor de su corona literaria. Aquella misma noche me embarqué, forzando á vela y remo; y, favorecido por los vientos y por Neptuno, llegué, en pocos dias, á Siracusa.

La noticia de aquel lucido suceso causó á Dionisio un delirio de gozo, que casi le perturbó la razon. No hablaba de otra cosa que de su tragedia, porque yo creo que se convenció, al fin, de que era parto de su ingenio. Llamó á todos sus amigos, y les noticio su triunfo; y lo mismo hizo con toda su corte, y con cuantos encontró. Calmado ya algun tanto su enagenamiento, me preguntó ¿cuáles fueron los versos mas aplaudidos? Yo no falté á citarle los suyos; con lo cual completé el efecto. Y apenas habia entrado en mi casa, cuando recibí el magnífico don de cien talentos, y un recado de convite para cenar con él. Quiso Dionisio celebrar su triunfo con los amigos. ¡Ay! ¡aquel triunfo tuvo la rápida instabilidad de las cosas humanas! Ni el lujo, ni la profusion, dispusieron nunca un festin tan suntuoso. Sirviéronse hasta dos mil pescados, y hasta siete mil piezas de caza, en la cena. La camilla del vencedor estaba colocada bajo un dosel cargado de laureles, y aun él mismo llevaba puesta una gran corona. La mesa era de cien convidados. Cuando entró en el salon, resonaron por todas partes las palmadas. Dionisio, animado con la alegría, con el apetito y con los sabrosos manjares, se entregó á su intemperancia. A cada instante circulaban grandes copas de vino; y él bebia siempre á la salud de sus amigos,

de los Atenienses, de Apolo y de las nueve musas. Fue tan ardiente su zelo, y celebró tanto al dueño del Parnaso, y á las nueve vírgenes que lo habitan, que cayó embriagado; y, de alli á poco, terminó sus glorias una indigestion violenta, y acabó su reinado, sus placeres, sus penas, y sus vastos proyectos. Tenia sesenta y tres años de edad. Cuando los Atenienses supieron su muerte, dijeron, que de muy buena gana lo hubieran coronado veinte años antes, á haber sabido, que, por aquel medio, libertaban á la Sicilia (*a*). Acabaré de hablar de Dionisio con un pasage singular que le pertenece. Este Príncipe, abominado de sus vasallos, y objeto de sus imprecaciones, supo que una buena vieja pedia diariamente á los dioses, que la quitaran la vida antes que á Dionisio. Lisonjeado este de tan tierno afecto, la preguntó el motivo de su plegaria. — „En mi infancia, respondió la vieja, oia yo á todos los Siracusanos maldecir á su Príncipe, y desear su muerte. Fue asesinado. Sucedióle otro, cuyo bárbaro reinado nos hizo echar menos al anterior. Tuvieron los dio-

(*a*) El oráculo vaticinó á Dionisio, que moria en venciendo á los que valian mas que él. Creyó que el oraculo hablaba de los Cartagineses: pero se desengañó muriendo. Habia vencido Dionisio á los poetas de Atenas, que le eran muy superiores en talento.

ses compasion de nosotros, y nos libraron de él. Vos, señor, le sucedísteis, y nos va peor que nunca; y como presumo que el sucesor vuestro valdrá menos que vos, ruego todos los dias á los dioses por la conservacion vuesta." Maravillado Dionisio de la franqueza de aquella muger, la despidió sin tomar venganza alguna.

Muerto aquel tirano, pensé en preservar mi tesoro de la rapacidad de Dionisio el jóven, y de sus favorecidos; y, para ello, andaba yo inquieto como un viejo avaro, que ve que le rondan sus arcones. Embarquéme secretamente para Corinto, desde donde vine aqui á visitar algunos parientes, los cuales me propusieron la adquisicion de esta hacienda. La situacion me sedujo, porque vi que era capaz de adelantamientos y mejoras; y en ello he trabajado en diversas épocas, por tiempo de cuarenta años.

Llegó Teofánia: la colocamos en medio: su perro se le puso á los pies; y asi que nos vió atentos, empezó su historia.

## CAPITULO XL.

### *Historia de Teofánia.*

Nací en Mileto, de cuya ciudad os ha hecho Bion la pintura; pero acaso no os habrá dicho que las Milesianas se creen

obligadas, por una antigua tradicion, á dar sus primeros y mejores años al amor; y por eso son los comercios de galantería sus principales negocios, y las fruiciones de toda especie su único objeto.

No sé si mi madre, cuando jóven, fue muy zelosa del culto de Venus: lo que sí sé es que, á los diez lustros, se vió viuda y pobre, y, no teniendo mas sociedad que la mia, se retiró á vivir en el campo, en una sencilla cabaña, que poseia, á las orillas del Meandro. Entonces tenia yo doce años. Allí vivimos con legumbres y raices de nuestra huerta, y con el producto de los cestos de juncos, que tejíamos en las noches de invierno, y en el tiempo de la canícula. Mi madre era una buena muger, esto es, una muger de candor y de probidad; pero de espíritu apocado, y crédula y supersticiosa en extremo. El tártaro la asustaba, y á la menor omision en los ritos, y en el culto de los dioses, la parecia verlo ya abierto bajo sus pies. Al oir el nombre del Cerbero, de las Euménides, y de Minos, se estremecia. El temor, mas que el amor, la hacia religiosa; y siempre estaba temiendo la venganza de los dioses. Aunque era tan pobre, sacrificaba todos los años una cordera negra á Pluton, y hacia lustraciones y libaciones, en honra suya, casi á todas las horas del dia; y lo que derramaba en la tierra ó en

el fuego, era leche, vino ó miel; y, en su defecto, derramaba agua. Cuando teníamos algun pedazo de carne, quemaba la mejor parte en honor de aquellos lares, ó de su genio, ó de Mercurio, ó de Baco. Los dias de ayuno, ó de abstinencia religiosa, que eran las vísperas de las fiestas solemnes, no hacia mas que una ligera comida por la noche; y, cuando mas, tomaba, por el dia, algun pedazo de pan; pero no bebia. Teníamos siempre provision de agua lustral, con la que nos purificábamos mañana y noche: llevaba sobre sí piedras sobrenaturales, que tenian propiedades maravillosas (1): me hablaba, sin cesar, de los tormentos de los condenados, del buitre que roia los hígados á Prometeo, de la roca de Sísifo, de la rueda de Ixion, de las metamórfosis de los dioses, y de su venganza: decíame frecuentemente, que un sacerdote de Minerva la habia asegurado, que cuando los Pedasianos estaban amenazados de alguna desventura, le nacia una gran barba á la sacerdotisa de la mencionada divinidad, y que aquello habia sucedido hasta tres veces. El mismo sacerdote la contó la venganza que tomó Baco de los Calidonios. — „ Coreso, que era uno de los sacerdotes de aquel dios, se tenia por el mas infeliz de los mortales: amaba á la jóven Calliroe; pero mientras mas la adoraba, mas desden, mas insensibilidad,

y mas ingratitud le oponia ella. Ya que hubo empleado, sin fruto, lágrimas, súplicas, y todo cuanto puede aconsejar la violencia y el abandono de un amor ardiente y delicado, recurrió á Baco. Coronó su estátua de pámpanos, y de ramas de manzano y de granado, y se echó á sus pies: „Poderoso hijo de Júpiter y de Semele, le dijo, ten compasion de mis tormentos, y venga la injuria hecha al mas zeloso ministro tuyo." — Llegaron sus ruegos hasta el dios. Acometió á los Calidonios una embriaguez que los puso enfurecidos. Despechados como estaban, enviaron á consultar al oráculo á Todoreo, y le respondió: — „Que Baco, irritado contra ellos, solo podia apaciguarse con la sangre de Calliroe, sacrificada en el altar por su gran sacerdote Coreso; ó bien con la muerte de alguno que quisiese morir por ella." Como ninguno se presentó, la llevaron al sacrificio: caminaba pálida, trémula, y fuera de sí; pero Coreso, respirando venganzas, esperaba su víctima. Levantó los ojos, vió sus lágrimas, su palidez, y su hermosura todavía encantadora: conmoviósele el coracon, calmósele el resentimiento; y, en su lugar, le inflamaron y le instaron la piedad y el amor juntos. Tenia en sus manos el cuchillo sagrado: titubeó un poco, volvió á mirar á aquella desgraciada, y súbitamente se hirió con el

cuchillo, y cayó á sus pies. Calliroe, despechada por la muerte de un amante tan tierno y tan generoso, abominó de la ingratitud con que habia pagado tanto amor, y fue á matarse junto á una fuente, que despues tomó su nombre."

Afirmaba á mi madre en sus preocupaciones un sacerdote anciano de Cibeles, que era nuestro único trato. Dábale mi madre sus ahorros, y solíamos privarnos de lo necesario, para enviar ofrendas y víctimas á la madre de los dioses.

Me educó con estas ideas, y me infundió el terror del cielo y del infierno; de manera, que yo estaba tan penetrada de todas estas cosas, que cuando me veia sola en el campo, al acercarse la noche, se me aparecian en el aire dioses y genios. Un dia pasé un miedo mortal. Divisé un toro blanco, que venia hácia mí: yo sabia la metamórfosis de Júpiter, en un toro de este color, para robar á la bella Europa. Parecióme que aquel dios me perseguia: espantada, pues, y sin fuerzas, doblé las rodillas, le pedí perdon de mis faltas, y de mi tibieza en su culto, y le prometí sacrificarle un cabritillo, á quien yo amaba mucho. El toro dios oyó, sin duda, mis ruegos, y se conmovió de ver mi inocencia, porque echó por otro camino; y yo, como una paloma, perseguida del gavilan, me refugié al materno seno.

Ya estaba yo para cumplir los quince años de mi edad; y ya empezaba á perfeccionarse la formacion material de mi persona: mi estatura era entonces, á poco mas ó menos, la misma que hoy; pero mi cándida sencillez era proporcionada á los pocos años de una muchacha, educada en una soledad, por una madre piadosa.

Teníamos licencia para ir á cortar juncos á un parage, que estaba á las orillas del Meandro, adonde yo iba muy á menudo. Cierto dia oí los sonidos melodiosos de una lira: presté atencion, y miré á todas partes, sin ver cosa alguna: maravillada del prodigio, imaginé que era el mismo Apolo, que, invisible, tocaba su lira. Encantada estaba yo, cuando, repentinamente, salió, de entre unas cañas, no sé que dios, bajo la figura de un mortal. Retrocedí asustada, pero me llamó, y me dijo: —„Detente, graciosa Teofánia, destierra tu temor."— Soseguéme algun tanto al oirlo, y levanté los ojos para verlo: ceñia su cabeza una corona de hojas de caña, y tenia en sus manos una lira, y un ramo de rosas, que me presentó: la sorpresa, y no sé qué otro movimiento mas, suspendieron mis ideas, y me dejaron en mi puesto como una estátua. El dios se compadeció de mi cortedad, y me dijo con dulzura: „Tranquilízate, Teofánia hermosa, porque yo disto mucho de causarte ningun sinsa-

bor."—¿Pues quién sois? le pregunté balbuciendo: ¿cómo sabeis mi nombre?—„Soy el rio Meandro, me respondió: habito en ese palacio de cristal, en lo mas hondo de las aguas: conozco lo presente, lo pasado y lo futuro: tengo los ojos puestos en tí: he visto que tu virtud, tu inocencia y tu piedad, son iguales á tus gracias; y asi, he resuelto colocarte entre mis náyades: luego que te veas en aquella clase suprema, no tendrás que temer las enfermedades, las penas, ni la horrorosa muerte; y siendo inmortal, como yo, conservarás eternamente tu belleza y juventud."—Di gracias al dios avergonzada, y le añadí, que hablaria de ello á mi madre.—„No, me replicó: no es tiempo todavía: nuestros misterios no se pueden revelar á los profanos.—Pero ¿qué debo hacer, le pregunté, para merecer la honra de volverme náyade?—Es menester me respondió, por tres dias seguidos, purificarte, mañana y noche, con agua lustral, invocando cada vez á Neptuno, dios del mar; y ademas de esto, ayunar, y por la noche, no comer mas que legumbres, leche y miel. Espirados los tres dias volvereis á este sitio, donde me llamareis por tres veces: entonces me levantaré sobre la superficie de las aguas, y con mi aliento, purificaré vuestro cuerpo de cuanto tiene de perecedero y de terrestre: os animaré con este princi-

pio de vida, el cual, de mortal que sois, os convertirá en una felicísima náyade." Dicho esto, me ayudó á cortar un manojo de juncos, y desapareció.

Maravillada, reflexiva y agitada de gozo, de esperanza y de temor, me volví, á paso lento, á mi casa: oculté á mi madre aquel augusto secreto, y observé fielmente los mandatos del dios Meandro.

El cuarto dia, al apuntar la aurora, me encaminé al lugar de mi cita, y no sin alguna conmocion; pero sostenian mi valor la religion y la curiosidad. Asi que llegué á la orilla del rio, llamé, por tres veces, al dios: á la tercera oí unos sonidos, y noté que se movian las hojas: apoderóse de mí el miedo: cerré los ojos, y cuando volví á abrirlos, encontré junto á mí al dios, mas resplandeciente que en la aparicion primera: las tiernas cañas, que circundaban su cabeza, estaban entretejidas de rosas: exhalaba un olor suavísimo: su ropage era superiormente blanco; y finalmente, el dios me deslumbró. Díjome: „Fuísteis fiel á mis preceptos, y no habeis revelado el secreto de los dioses. Neptuno, padre mio, me permite que recompense vuestra piedad, y que os sublime á la clase de náyade: seguidme hasta aquel asilo, donde va á obrarse el misterio." A estas palabras, me llevó á una gruta, poco distante, á la cual ocultaban unas parras

silvestres: las paredes interiores estaban tapizadas de yedra, y en lo mas hondo, habia una cama de hojas frescas, y de yerbas odoríferas. Parecia la caverna aquella que preparó el dios Pan para recibir á la bella Siringa. El rio Meandro me mandó sentar sobre aquella cama, y se puso á mi lado: ni me atrevia á hablar, ni á mirar; pero él me dijo: „Voy á iniciaros en un misterio, en que solo se admiten los elegidos, y á daros nueva existencia."— ¡Ah cruel! ¡Cómo abusó de mi simplicidad! ¡Yo lloré, yo me resistí; pero él estuvo sordo á mis lágrimas y ruegos!

Al salir de la gruta, me dijo: „Bellísima y amada Teofánia, he empleado todo mi poder para hacer de vos una náyade: la metamórfosis está muy adelantada, porque ya teneis la hermosura, las gracias, y la lozanía de la amable Galatea, aquella de quien Polifemo estaba tan ciegamente prendado. Neptuno, á quien voy á implorar, acabará mi obra. Pero el sol se acerca á nuestro zenit: sé, por mi prevision, que vuestra madre, empieza á tener inquietud por lo largo de vuestra ausencia: es preciso separarnos: prometedme que vendreis pasado mañana; y con la segunda conferencia, se acabará de purificar vuestro cuerpo de cuanto le pueda quedar de terrestre y de impuro. Idos, bella Teofánia, y cuidado con que esteis siempre so-

metida á los dioses, y con que seais fiel á sus secretos."

De vuelta á mi casa, pensé mucho en aquella aventura, que á mi entender, era una mezcla de cosas divinas y humanas. No obstante, una cierta inquietud templaba la deleitosa impresion de que mi alma gozaba todavía. Aunque yo estaba muy persuadida de la divinidad de mi amante, me reprochaba tácitamente mi facilidad en obedecerle, y los medios de que él se habia valido para hacer de mí una náyade. Abstúveme, con todo, de hablar de ello á mi madre; y como vi que mis remordimientos callaron á la vista de los atractivos del placer, hice diversas romerías á la misteriosa gruta, que era muy diferente del antro de Trofonio. Pero el amor es un arbusto fértil, que despues de haberse coronado de flores, produce amargos frutos. Mi amante fue el primero que sospechó que ocultaba yo algun nuevo fruto en mi seno. Hablóme de ello, y dióme á conocer mi situacion, y la necesidad de ocultársela á mi madre especialmente. „Seguid mis consejos me dijo, y saldreis de inquietudes. vuestra madre está bien penetrada del espíritu de su religion; y conozco su piedad. A media noche fingireis que os despertais sobresaltada, dareis un gran grito, y direis á vuestra madre, que Palas se os acaba de aparecer sobre su carro, tirado

por buhos: que os ha mandado que os hagais recibir en el número de sus sacerdotisas; é ir con ella, al amanecer, á las orillas del rio Meandro, donde estará un sacerdote anciano, de Minerva, con encargo de llevaros á Atenas, al Partenon, que es su templo. Y añadireis, que la diosa, para consolarla y recompensar su piedad, la da un talento, que encontrará oculto en el jardin, al pie de su estátua. — ¿Y quién dará ese talento? repliqué: ¿dónde encontrareis ese anciano sacerdote? — El talento, me satisfizo el dios, es un don de Minerva: lo sé muy bien; y en cuanto al anciano, seré yo, porque tengo, á semejanza de Vertumno, la facultad de tomar cuantas formas quiero." — Ya veis, pues, que mi amante era un dios tan entendido y tan astuto como el mensajero del Olimpo. Seguí el plan que me propuso. Despertéme sobresaltada, á la media noche, y conté á mi madre mi vision fingida. Juzgo que la creyó, porque, apenas amaneció, cuando fue en busca del talento. Por mí confieso, que me atreví á dudar del presente de Minerva; pero mi madre que me precedia, exclamó: ¡Hele aqui! Echóse súbitamente á los pies de la diosa, para darla gracias, y asegurarla de su agradecimiento eterno. Yo hice lo mismo, maravilladísima del milagro. Aquel dia lo pasamos entre júbilos y entre ejercicios piadosos: y que-

mamos incienso delante de la diosa; y la ofrecimos tortas, miel, aceite, é higos secos, y la coronamos de ramos de oliva. Pero mi madre no pudo determinarse á dejarme partir, porque mi separacion afligia sobradamente su alma. Yo misma tampoco hubiera podido resolverme á tanto sacrificio, si mi situacion no me lo hubiera mandado. Dí parte al rio Meandro de la perplexidad de mi madre. Díjome, que las habia previsto; pero que obraria un prodigio, que fijaria sus irresoluciones. „Anunciadla, de parte de Minerva, añadió, que si, dentro de tres dias, no cumple con sus órdenes, se eclipsará el sol, dos horas antes de medio dia, y os rodearán las tinieblas; y si no partis inmediatamente, para presentaros á mis orillas, no volvereis mas á gozar de la vista de aquel astro, porque cubrirá la tierra una eterna noche."

Aunque era yo tan crédula y sencilla, me reí de aquella prediccion: notólo mi amante, y me dijo con gravedad: „Pudiera desde ahora castigar vuestra incredulidad, y mandar al sol que ocultara sus rayos; pero quiero esperar hasta el tercer dia: y entonces conocereis lo extendido de mi poder. Pero, con todo, anunciad á vuestra madre, de parte de Minerva, el terrible castigo á que su desobediencia la expone." No obstante de que mi fe era titubeante, le prometí obediencia.

Quedó mi madre asustada de las amenazas de Palas; pero, forzada de la ternura con que me amaba, aguardó el dia fatal para determinarse: llegó aquel dia. Toda la mañana tuvimos los ojos fijos sobre el sol, siguiendo su camino: dos horas antes de medio dia empezaron á apagarse las orillas de su disco, fue insensiblemente creciendo la sombra; apoderóse de nosotras el espanto; y nos pegamos estrechamente una á otra. — Creció prontamente la obscuridad, aumentóse nuestro miedo, lloramos, nos prosternamos á los pies de Minerva, imploramos su clemencia, y solicitamos su perdon. Hecha esta oracion, exhorté á mi madre á que me dejara votar al culto de la diosa, y á que me acompañara á las orillas del rio; en lo que consintió. Salimos cuando mas espesas eran las tinieblas. Iban siguiendo á mi madre el remordimiento y el terror; y ella se acusaba á sí misma de aquel trastorno de la naturaleza. En fin, á medida de como nos acercábamos al rio, se iban disipando las sombras, de manera que no tardó el sol en mostrarse con todas sus luces. Renació la alegria en nuestras almas; y dirigimos á Minerva las gracias mas expresivas. Yo tenia embrolladas mis ideas, sin poder concebir aquel prodigio. Parecíame mi amante un hombre como todos los demas; pero sin embargo, veia que mandaba en los astros y

en la noche. — „ Vuestro amante, interrumpió Bion, no era mas que un pícaro instruido y astutísimo, que sabia que, á tal hora de tal dia, debia haber un eclipse de sol. — Eso mismo supe despues (*a*).”

Al llegar cerca del rio, continuó Teofánia, divisé un anciano, sentado al pie de un chopo, con un libro en la mano, y con aire de estar absorvido en la meditacion. Saliónos al encuentro asi que nos sintió. Cubria la mitad de su rostro una barba blanca: sus cabellos y cejas eran blancas como la nieve: andaba á paso lento, con el cuerpo encorvado y apoyado sobre un báculo. Lo miré atentamente, sin poder conocerlo. Mi madre le preguntó ¿si era sacerdote de Minerva? — „ Ya veis, la respondió, que tengo sus vestidos sagrados: sé lo que os trae aqui, porque me lo ha revelado Palas: por poco no ha causado vuestra imprudencia un grandísimo desorden en la naturaleza toda. El sol, á la voz de la diosa, ocultó sus rayos; pero, en fin, habeis reparado vuestra falta: entró el arrepentimiento en vuestra alma; y han vuelto á brillar las luces del astro del dia.

Desde las primeras frases, reconocí en su voz, aunque bajo los vestidos de un anciano, que era mi amante. Mi madre,

(*a*) Verisímilmente fue el mismo eclipse que asustó tanto a Xerxes, cuando marchaba contra los Griegos.

que estaba familiarizada con los milagros, y que se sorprendió poco de ver á un sacerdote confidente de Minerva, le dijo: que ella se sometia á las órdenes de los dioses, y le confiaba el destino de una hija tan amada. A estas palabras, me abrazó tiernamente, no sin verter un torrente de lágrimas; y las mias no cesaban de correr. Muchas veces estuve ya para retractarme; pero la presencia y las señas del sacerdote falso, y la memoria de mi situacion, reprimieron aquellos movimientos de sensibilidad.

Fuimos á Mileto. Filon (porque, al fin, mi amante no era mas que un hombre mortal) me alojó magníficamente. Parecióle que mi voz era buena, y me proporcionó maestros de música. Tomé aficion á esta arte, é hice en ella muchos progresos.

Seis meses despues parí una niña de tan linda figura, que hubiera podido pasar por obra de un dios. No quise que una muger extraña la alimemtase; y llegó en mí á tanto este modo de pensar, que estando un dia con calentura, y advirtiendo que una muger daba de mamar á mi hija, me arrojé de la cama, tomé á mi hija, y la hice vomitar la leche que habia tragado.

Cieé asegurada mi felicidad con su nacimiento. Amaba yo á Filon; adoraba á mi hija, disfrutaba de los favores de la fortuna; enviaba frecuentes socorros á mi ma-

dre; y no tenia que desear; pero es una sola línea lo que separa á la felicidad de la desgracia.

Apenas tendria cuatro meses mi hija, cuando Filon me dió á entender, que convendria separarla de nosotros, confiándola al cuidado de alguna muger de bien. La proposicion me enojó mucho, y él mudó de conversacion. Al instante eché de ver, que nunca se sonreia con la niña; que la rehusaba sus caricias; y aun tambien que la desviaba de sí con desabrimiento. Yo estaba pasada de pena; y al fin, me quejé. Respondióme, con dureza, que hijos semejantes no merecian apego alguno. — „¡Pues cómo! le repliqué: ¿no habla la naturaleza á tu corazon? ¿no eres padre suyo? — ¡Quita allá! me repuso: esa palabra naturaleza, es una palabra que nada significa: la preocupacion, la costumbre, y mas que todo, el amor propio, es el solo vínculo que une los padres á los hijos: separaos de ellos, al nacer, y la naturaleza callará. Por último, la naturaleza no es, á mi ver, otra cosa que la costumbre.

Contesté á tan despreciable metafísica con los llantos de una madre, y con los repetidos y tiernos besos que dí á mi hija. Cierto dia (¿podreis creer tanta barbarie?) me estaba acariciando, y mi hija estaba junto á nosotros, y yo le dije: „Mírala bien, Filon: ¡qué bonita es! — Sí, me

replicó: seria lástima envenenarla [59]." — ¡Qué proposicion tan fatal! le repuse. Toda temblé de horror. Desde aquel dia pasé mi vida entre lutos y temores: entró en mi corazon el odio, y aborrecí á Filon; pero peleé cuanto pude contra aquel sentimiento importuno. ¿Podia olvidarme de que era el padre de mi hija?

Una mañana entró en mi cuarto con encapotado ceño, y me dijo: „Esa niña origina frialdad entre nosotros, y te absorve toda entera: quiero absolutamente ponerla en otras manos: no temas nada: la cuidarán, y tendrá una educacion análoga á su existencia futura." Yo estaba callando, y mirándolo de hito en hito. — „¿Me entiendes, Teofánia? — Sí: te entiendo; pero el bárbaro Filon antes me arrancará el corazon que mi hija. ¿Me entiendes tambien?" — Se fue sin responderme, y estuvo ausente tres dias. ¡Qué dias! ¡qué siglos! Las ansias, los terrores, la soledad, y el amor materno, me agitaban y me destrozaban alternativamente.

Al tercero dia, un poco antes de anochecer, volvió, y me preguntó, con semblante sosegado y afectuoso, por mi salud: díjome: que habia dado algun dinero á mi madre, y luego me añadió, que entrase con él á mi gabinete, para ayudarle á descolgar un cuadro, que queria enviar al pintor para reparar algunos de-

fectos que tenia. Mi hija estaba durmiendo. Yo nada sospeché, y le seguí. Arrimó una escalera á la pared, y me encargó que la tuviese firme: parecia como que le costaba trabajo el descolgar el cuadro. En aquel instante mismo gritó mi niña: oí pasos en el cuarto, y corrí allá: pero ¡qué fue lo que vi! ¡Una enorme megera que se la llevaba! Arrojéme á ella, y la agarré por los cabellos, gritando: „¡Monstruo infernal, no te escaparás!" Presentóme un puñal la infame: yo se lo cogí, sin miedo, y con fuerza: quiso desasirlo de mi mano, y nos púsimos á luchar. La rabia, el furor, y la presencia de mi hija, aumentaron mis fuerzas, y vigorizaron mi espíritu: empezó á correr sangre de mi mano herida, pero nada se me dió. Resistí, me abalancé, y di espantosos chillidos. Entró, por último, Filon: sin duda tuvo miedo de que mis voces descubrieran su atrocidad. (¡Y aquel monstruo era el padre de mi hija!) Hizomela volver, y, temblando de ira, salió con su cómplice.

Llamé á mis esclavos; mas ninguno respondió: víme totalmente sola; pero estaba con mi hija, á la que di mil besos, y la inocente infeliz se sonreia con mis caricias, y me alargaba sus tiernos bracitos. Advertila bañada en sangre, y entonces pensé en curarme la herida.

Pero la noche me iba trayendo mayores

espantos. Resolví, pues, escaparme, y buscar algun asilo en que pudiese hallar conmiseracion para una madre. Acudí á la puerta de la casa; pero el nudo que la cerraba estaba tan bien hecho, que no pude desatarlo (*a*). Aquella precaucion acrecentó mis sospechas y terrores. Anduve, de cuarto en cuarto, despavorida y trémula, y formando mil proyectos, que mútuamente se destruian. Púseme á medir la altura de las ventanas, y me arredró por demasiada. Tenia yo un jardinillo, cercado de tapias bastante altas, y me atreví á formar el proyecto de echarme por ellas. Era la noche obscura; pero me favorecian las sombras. Arrastré al jardin una escalera grande, púsela sobre la tapia, y, con mi ceñidor, me até sobre la espalda á mi hija. Al subir me temblaban los pies; pero no era por mí por quien temblaba. Asi que estuve en lo alto de la tapia, me senté, acaricié á mi niña, y apreté mi ceñidor. Traspasé la escalera al otro lado, y, no sin trabajos y esfuerzos, bajé lentamente con mi carga. Luego que tomé tierra, lo primero que hice fue arrodillarme para dar gracias al cielo. ¡Qué resorte tan poderoso es el amor materno! Desvié-

(*a*) Los lacedemonios fueron los que inventaron las llaves. Antes de esta invencion, se cerraban las puertas con nudos tan enredosos, que solo podia desenredarlos quien tenia el secreto.

me á paso acelerado, y caminé rodeada de temores y de sombras, pareciéndome siempre que venian detras de mí Filon y sus satélites. Pero ¡ay! abandonáronme las fuerzas, y caí desmayada junto á una cerca; y allí, casi sin pulsos, demudada y palpitante, prestaba toda mi atencion á cualquier graznido de los pájaros nocturnos, y al ligero movimiento de una hoja. Súbitamente oí pasos de hombres: púseme á escuchar con el mayor cuidado: acercóse el ruido, y yo me resolví á salvar la cerca, pero caí en un lodazal. ¡Qué idea tan tétrica me ocupó entonces! Llegaron dos hombres, y se pararon. ¡Ay! ¡cómo me palpitaba el corazon! Cuajóseme la sangre en las venas, y me quedé casi sin respiracion. Lo que mas temia yo eran los lloros de mi hija. Decian aquellos hombres: „¿Adonde habrá huido? mucho camino ha andado en pocas horas: sigámosla, con todo, y la alcanzaremos." Algunos instantes despues, me envió á Bion aquel dios que vela sobre los desgraciados. ¡Ese que veis ahí es mi salvador! ¡cuánto agradecimiento y fidelidad le debo! Él me ha reconciliado con los hombres, á quienes yo mortalmente aborrecia. Nunca se ha desmentido su generosidad, su complacencia, y su tierno cuidado. Por él he olvidado mis penas: hoy es dichosa mi vida, y no tengo otros deseos que formar que los de

hacer la suya tan afortunada como lo es la mia." — Preguntámosla por su hija y por su madre, y nos respondió, que habian ido á Anfisa por algunos dias.

Hecha la antecedente narracion, se levantó Bion, y nos dijo: „La noche ha extendido su velo: el sueño ha salido ya de su antro sombrío, y nos aguarda á las cabeceras de nuestras camas: vamos á gozar de sus beneficios; y para esparcir vuestros ánimos, os contaré, en el camino, una aventurilla, que yo presencié, y que tiene mucha relacion con la del dios Meandro y la de Psiquis.

„Viajaba yo por la Troada para visitar las ruinas de Troya. En aquellas comarcas prescribe la religion á las vírgenes ir, algunos dias antes de su himeneo, á bañarse en las aguas del Escamandro, y á ofrecer sus primicias al dios del rio. La bella Calliroe, conforme á aquel uso piadoso, fue, al parage dicho, con su nodriza, dos dias antes de su casamiento, y se sumergió en sus aguas, clamando: „¡Dios del Escamandro, ven á coger mi virginidad, si esta oferta puede serte agradable!" — „Yo la acepto, respondió el dios, saliendo del centro de unos cañares, con la cabeza rodeada de sus hojas." Inmediatamente tomó de la mano á Calliroe, y la llevó bajo una vasta roca, circundada de mil arbustos, que la hacian som-

bra; de la cual volvió luego á salir, y fue á buscar á su ama, que la aguardaba á la orilla del rio.

La jóven desposada, vestida gallardamente, pero mas hermosa por sus atractivos naturales, siguió, el dia de la boda, una procesion, que se hacia en honor de Venus; y, entre la turba de los jóvenes, conoció, improvisamente, al dios Escamandro. „¡Ay, Cleona mia! exclamó, hablando con su nodriza: ¡Ved alli al dios Escamandro, á mi esposo del otro dia!" Descubrió la nodriza el fraude, voceó, pidió socorro, y quiso que prendieran al fingido dios; pero, por fortuna suya, tuvo tiempo para escaparse.

Bion se apartó de nosotros, diciéndonos: „Un pastor debe estar levantado cuando aun brilla la estrella matutina. Mañana comeremos en la isla de la amistad. La vida se me va acabando; y cada sol que me alumbra puede ser el último. Debo imitar al labrador, que, mientras mas cerca está la noche, mas trabaja.

Cada dia es un bien del cielo pio:
Gozo, pues, de este dia que me ofrece:
No es mas del tierno jóven, que lo es mio;
Y el de mañana á nadie pertenece."

# CAPITULO XXXV.

## *Paseo solitario de Antenor.*

Levantéme con el dia para recorrer las posesiones de mi huésped. Admiré sus bosques, sus collados varios, la abundancia y diafanidad de las aguas, y el delicioso silencio y sosiego de aquella soledad. Despues de haber paseado bastante tiempo, subí á la cumbre de una colina escarpada, cuyo centro ocupaba un solo árbol de vasta circunferencia. Sentéme bajo su sombra; y, desde alli, descubrí, á distancia larga, prados dilatadísimos, pagos de viñas fertilísimas, bueyes, que, á paso lento, araban la tierra, y numerosos ganados. Veia el agua mansa y transparente de un lago, que terminaba los jardines de Bion. Fui siguiendo los rodeos de sus verdes orillas. Miré, con cariño, al robusto labrador, abrasado de los soles, sufriendo incansable las inclemencias, y dirigiendo la pesada reja de su arado. Bajó á mi corazon la tierna melancolía, y lo penetró de una suspension mas dulce y atractiva que las ruidosas conmociones del contento. Paseéme imaginariamente con Lastenia á las orillas del Iliso ó del Céfiso. Recordéme de aquel dia, mil veces feliz, que pasé en la ermita de Flora. Luego me transporté al fatal

instante de nuestra separacion y tierna despedida, é inmediatamente brotaron mis ojos lágrimas, que bañaron mi rostro.

Sumido estaba yo en este sueño extático, cuando llegó un esclavo á decirme, que me esperaban para el desayuno. Este fue como el de unos sencillos pastores, pues consistió en leche, miel y frutas. Propúsonos despues Bion la guerra con los peces de su lago. Lácides le objetó la incomodidad del calor.— »Suponed, le dijo chistosamente Bion, que no es mas que su apariencia. Los Escépticos son dueños de sus imaginaciones. Fuera de que yo os prometo un viento de poniente, cuyo soplo benéfico templará los ardores del medio dia. Bien sabeis que los zéfiros estan á las órdenes de los poetas. ¡Ya se vé como que tan á menudo los cantan!» En efecto, sopló el zéfiro obediente mientras nuestra navegacion. Y ademas, una tienda de púrpura cubria nuestro barco, y nos defendia de los rayos del sol.

## CAPITULO XXXVI.

*Paseo sobre el lago. Pesca. Conversacion.*

Primeramente nos paseamos alrededor del lago para reconocerlo. Contemplábamos aquellas orillas verdes y risueñas, sombreadas con altos chopos, sauces, é infinidad de arbustos.—,, Esta decoracion, nos

dijo Bion, es obra mia. Cuarenta años ha que planté todos esos árboles. Siempre he gustado del campo, y de su dulce quietud. Cuando hice esta adquisicion, me retiré á ella para hermosearla, y para pasar en paz, en compañía de las musas, la mayor parte de mi vida. Ejecuté el primer proyecto. Planté, fabriqué, derribé, y trabajé yo mismo con actividad; pero ni mi corazon, ni mi cabeza, estaban todavía tan maduros que pudiesen sobrellevar los ocios del retiro; pues, para complacerse en ellos, es menester poseer aquella filosofía del alma, que es superior á la del entendimiento, esto es, es preciso saber vivir consigo propio. Desterráronme, pues, de él ambiciones, inquietudes y deseos de mas placeres. Solia venir á recogerme aqui, y á reposar mi alma; pero me detenia poco, porque me faltaban brios para romper mis cadenas. En fin, pasados treinta y ocho años de errores y de agitaciones, he aprendido á gozar de mis bosques, de su sombra amiga, y del reposo, que es de mas precio todavía. Hállomo en la mas afortunada época de mi carrera. ¡Quién creerá que esto sea asi á los setenta años de mi edad! La primavera de la vida no es la estacion de las felicidades, porque la cercan sobradas pasiones y urgencias. Verdad es que las fruiciones son mas vivas y mejor sentidas; pero se compran con punzantes

cuidados, y muchas veces con arrepentimientos. Un anziano, prudente é ilustrado, que se grangeó una reputacion buena, y con salud y fuerzas debilitadas, pero no destruidas, se crea placeres puros, tranquilos y proporcionados á sus necesidades, porque todo lo ha justipreciado; de manera, que la vanidad, los falsos placeres y las preocupaciones, que engañan y atormentan á los hombres, ya no alteran la paz y serenidad de su alma. Me objetareis, que un viejo está mas cerca del término, y que la tal perspectiva debe contristar su ánimo y alterar sus placeres. Responderé con el pasage de uno de nuestros sabios. „Volvia de un viage, lleno de vigor y de salud; y ya no estaba mas que á algunos estadios de su casa, cuando se acordó de que habia olvidado un artículo en su testamento. Apeóse al instante del caballo, y escribió su voluntad sobre sus tablillas [60]. Temia aquel sabio que no le sorprendiese la muerte antes de su llegada. Concluyo de esto, que el temor de la muerte debe ser, sobre poco mas ó menos, el mismo en todas las edades; ó mas bien, que debe esperarse y arrostrarse con ánimo indiferente y tranquilo."

Hablando asi, llegamos al centro del lago, que tenia 16 estadios de longitud, y 12 de ancho. Mandó Bion que cesaran de remar, y nos dijo: „Quiero divertiros

con un espectáculo nuevo." Entonces pidió á Teofánia que tocase su cítara. Vimos, de pronto, y con agradable sorpresa, que acudieron los pescados, y rodearon el barco, y se animaron con las dulces consonancias de aquel instrumento. No nos olvidamos de comparar aquella hermosura con el celebrado Arion, cuyos dulcísimos sonidos atraian á los delfines á rondar su navío; pero no la aconsejamos que lo imitara precipitándose al lago, visto que no habia un pescado tan grande que pudiera transportarla á la orilla.

No quiso Teofánia permitir que se echasen las redes al agua en aquel momento. ,,Seria, nos dijo, una traicion vil dar una fiesta á esos pobres animalitos, y atraerlos, con el cebo del placer, para darles luego la muerte." Continuamos nuestra navegacion, y pasamos por delante de una islilla. ,, Ved alli, nos dijo Bion, la isla de la amistad. Aquella cabaña grande, irregularmente construida, baja, y cubierta con rastrojos, será hoy nuestra sala de comer: os parecerá, sin duda alguna, sobradamente rústica; pero yo me debo acordar, de tiempo en tiempo, de que no soy mas que un pobre pastor."

Suplicamos á aquel poeta filósofo, que nos recitase alguno de sus idilios, y que nos diese, sobre el placer del paseo, el placer, mucho mas sabroso, de oir sus

amables producciones. — ,,Os satisfaré, nos dijo, y con tanta mayor facilidad, cuanto que no oireis mis obras, sino las de Teócrito y de Anacreon, mezcladas. Ambos trataron el mismo asunto, que es *el amor picado por una abeja*; y cada uno de ellos tiene aprensiones felices, que le faltan al otro. Me he entretenido en reducirlas á un solo cuerpo. Pero, en fin, boguemos sin ruido, y tan ligeramente, si es posible, como boga la concha de Anfítrite cuando sulca la superficie de su imperio.

,,Una maliciosa abeja picó, cierto dia, ,, al amor, que estaba sacando miel de sus ,, celdillas: el diosecillo, que se vió herido en el dedo, se soplaba la mano, y ,, pateaba de cólera. Voló hácia la bella ,, Citerea, y la dijo: Madre mia, ¡ya yo ,, acabé! ¡ya me muero! Una sierpecilla ,, alada, á quien los labradores llaman ,, abeja, me ha herido con su dardo. — ,, Sonrióse Venus, y le dijo: No te pareces tú á la abeja? ¡Qué chiquito eres! ,, Pero ¡qué grandes heridas haces!"

Tanto nos gustó el idilio, que rogamos á Bion que lo repitiera. Los remeros pararon sus remos, y lo escucharon tan atentamente como nosotros. Asi que Bion acabó, le dijimos: Nos habeis dado deliciosas frutas, pero no de vuestro jardin: sabemos que las lleva dulces y delicadas, y

nosotros somos golosos. — „Por mas que me alabeis, añadió Bion, conozco cuan lejos estoy de la gracia y de la naturalidad de aquellos dos poetas, hijos verdaderos de Apolo; pero á bien que el producir mis versos, despues de los suyos, es daros prueba de mi modestia y de mi zelo. Elegiré, entre mis idilios, el mejor; porque es regular tratar á los convidados lo mejor que se pueda.

## IDILIO.

### AQUILES Y DEIDAMIA.

MIRSON.

¿Quiéres cantar ¡ó Lícidas! una cancion dulce, tierna, armoniosa, y digna de ser escuchada por Apolo, ó por la amable Galatea?

LICIDAS.

Con mucho gusto. ¿Qué asunto te parece mas agradable?

MIRSON.

Dinos la cancion de Esciros. Cuéntanos el amor ardiente del hijo de Péleo, sus temores, sus placeres y sus caricias furtivas, cuando, vestido de muger, estuvo en la corte de Licomedia. Refiere como la hermosa Deidamia inflamó á aquel héroe hasta el extremo de hacerle pasar una vida obscura y sin gloria.

LICIDAS.

,, En tiempos pasados robó un pastor á Helena, y se la llevó al monte Ida. Irritada Esparta de aquella afrenta, llamó, para que tomaran su venganza, á todos los pueblos de la Acaya. Los habitadores de Micenas, de la Élida y de la Laconia, corrieron á tomar las armas, y marcharon, llevándose consigo la desolacion, el incendio y la muerte. Pero Aquiles, escondido en lo interior del palacio de Licómedes, y confundido entre las princesas, aprendia á hilar lana, armado con una rueca. Las flores de la juventud y de la hermosura se le traslucian en el rostro. Envolvia sus cabellos un delicado encaje. Tenia el porte y el aire blando y desdeñoso de una ninfa de la corte de Venus; pero abrigaba en su corazon el valor de Marte y el amor de un héroe. Adoraba á Deidamia. La aurora lo encontraba á sus pies, y la noche solia sorprenderlo en la misma adoracion. Imprimia sus labios sobre aquellas manos de alabastro, y derramaba sobre ellas lágrimas deleitosas. Deidamia, con la punta de su velo, enjugaba los bellos ojos de su amante. Se separaban con juramento de volverse luego á buscar; y cuando volvian á verse, juraban nunca mas separarse."

Prendados del idilio, lo alabamos á porfia. Bion, que era poco aficionado á elogios y á inciensos, no quiso seguir hasta

conclusion, y mandó echar las redes, y fue abundantísima la pesca, por la cual echamos en olvido las horas. Pero el vigilante Bion nos advirtió que el sol declinaba, y que nos aguardaba la comida. Causó mucho contento el aviso. Propúsenos que tomáramos el baño en la orilla del lago. „Hallareis, añadió, parages muy acomodados." Aceptamos la proposicion, y los remeros nos guiaron.

Habíanse formado dichos baños en las diversas ensenadas, ó pequeñas bahías, que formaban las sinuosidades de la orilla. Las paredes y el pavimento estaban revestidos de mármol; y una espesa bóveda de árboles y de arbustos daban una sombra impenetrable. La casta Diana hubiera podido desnudarse alli sin vergüenza y sin miedo de las miradas de Acteon. Metímonos en aquellas voluptuosas guaridas; y mientras estábamos blandamente sumergidos y recostados en aquella agua transparente, millares de pájaros nos divertian con sus gorgeos.

Salí, con disgusto, de aquel lugar delicioso; y un esclavo me trajo aceite, esencias, y una túnica blanquísima. Bion y Lícidas llegaron á recibirme en el barco. Al pasar recojimos á Fánor, despues á Teofánia, y bogamos á la isla de la amistad.

## CAPITULO XXXVII.

*Descripcion de la isla de la amistad, de la sala de comer, y de las tres estátuas que habia en ella.*

La isla estaba inculta y agreste: no se veian mas que plantas espontáneas y silvestres, algunos pinos, que crecian entre rocas, y cabras que pacian las yerbas, que eran sabrosas, aunque pocas. Paseábanse por las orillas del lago gansos y patos; y una cabaña ocupaba el centro, fabricada al pie de una enorme peña. — „Veo, nos dijo Bion, que no os seduce la amenidad del sitio; pero son necesarios los contrastes y las oposiciones en los placeres; asi como tambien lo son en las situaciones, en las pinturas, y en las obras del ingenio. Mañana os parecerán mejores mis bosques y mis jardines; y por hoy ya querreis contentaros con una comida campestre en esta choza miserable." Yo fui el primero que entré en ella, y luego me siguieron Bion y Fánor. Estuvimos algunos instantes á obscuras; pero unos esclavos, que habia dentro, á una señal de su amo, abrieron repentinamente las ventanas, y nos vimos transportados á un salon magnífico y risueño, que recibia una luz templada, y exhalaba suavísimos olores, y deleitosa frescura. De

puro admirado no pudieron mis palabras salir de mis labios. Bion se estaba gozando en nuestra sorpresa; pero, en fin, le pregunté: ,, ¿Por medio de qué magia habeis renovado aqui el prodigio de Filemon y de Baucis, transformando una pobre cabaña en un templo suntuoso; pues yo creo que sea este, sin duda ninguna, el templo de la amistad?"—,, Este prodigio, y otros muchos, respondió Bion, se hacen con medios muy sencillos: unas ventanas, oportunamente abiertas, han obrado esta metamórfosis."

Estaba el salon cortado en dos partes desiguales: la parte alta, que estaba apoyada á la peña, formaba un paralelógramo: la otra parte, que era mucho mas grande, tenia forma elíptica: tres estátuas de alabastro, de cinco pies de altura, puestas sobre pedestales, ocupaban el testero del rectángulo, que estaba lleno de vasos, y de cajones de flores, colocados sobre gradas: una balaustrada, de hierro dorado, á la altura del pecho, separaba las dos divisiones: la segunda estaba circundada de columnas, alternativamente de mármol blanco y verde: unas celosías movibles llenaban el intervalo de las columnas: el techo presentaba un gracioso cuadro: era Teofánia, bajo el trage y facciones de la aurora, adornada con una guirnalda de flores varias, de rosas y de jazminez, y gobernando

su carro por los aires encendidos: su cara, que brotaba gozo y frescura, anunciaba á los mortales el mas bello dia: las horas, con alas de púrpura y de azul, y esparciendo flores, que llevaban en unas canastillas, circundaban su carro: infinitos pájaros, de variados plumages, revoloteaban alrededor, la seguian, y la iban precediendo; de manera, que nos parecia oir sus cantos y gorgeos alegres, y aun creíamos participar de su felicidad misma.

Estaba ya servida la mesa: correspondió el festin á lo primoroso del sitio. Habia mezclados, entre los platos, vasos de cristal llenos de flores. Siviéronnos conchas, pájaros y pescados rarísimos. Tuvimos profusamente vinos de Chipre, de Lesbos, y de Chio. No se bebian mejores en los festines de los Sátrapas de la voluptuosa Jonia.

Despues del primer servicio, pedí á Bion que me nombrase los personages que representaban las tres estátuas. — ¡ Ay ! me respondió suspirando: son retratos de tres amigos íntimos, que por mi desgracia perdí. ¡Quien vive mucho tiempo ve perecer á muchos, y se queda solo en el mundo! Y eso que tengo la fortuna de que Teofánia, como un sol benigno, anime y hermosee los dias lánguidos de la última estacion de mi vida.

La estátua de la derecha, que en la una mano, tiene una lira, y con la otra, sos-

tiene á un amorcillo que con ella juguetea, es la del poeta de Teos, la del sabio y voluptuoso Anacreon, mi maestro y mi amigo, aunque me llevaba veinte años de edad: él fue quien me enseñó á modular versos, á ocultar el trabajo bajo la facilidad, y á cubrir la negligencia con lo delicioso del sentimiento. ¡Dichoso yo si hubiera podido imitar su facilidad y sus gracias! Sus inmortales cantilenas, hijas de la imaginacion y del placer, respiran la molicie y el chiste. La estátua de la izquierda, que tiene una flauta en la mano, y un cordero á sus pies, es la de Íbico, poeta bucólico, y autor jovial: nuestra union fue íntima, porque como éramos jóvenes, y de iguales inclinaciones, vivíamos en lo sumo de la incuria, y mas avaros de instruccion y de placeres, que de riquezas. La estátua de en medio, que medita sonriéndose, es Apolónides de Coo. ¡Ay! pereció, igualmente que Íbico, de un modo trágico: sus funestas muertes han entristecido y enlutado mi vida mucho tiempo. Los años, en fin, me han consolado algo; pero su aspecto y su memoria todavía cargan mi alma de amargos pesares: voy á contaros su historia. Aun me gusta hablar y tratar de ellos. Empezemos por Anacreon, cuyo sosegado fallecimiento no fue mas que un paso desde la existencia al sueño perdurable.

## CAPITULO XXXVIII.

### *Historia de Anacreon.*

Ya sabeis que Anacreon pasó su vida entre el vino y el amor: gozaba de una medianía de bienes y era desinteresado, que son dos buenos medios para conseguir la felicidad. Vivió mucho tiempo en Samos, en casa de Polícrates, que era protector ilustrado de las artes: este Príncipe le regaló cinco talentos. Anacreon, que jamas se habia visto con tal suma, perdió el sueño por dos dias; lo cual le determinó á volvérsela al instante á Polícrates, diciéndole: „Aborrezco regalos que me quitan el reposo."

A los cuarenta y cuatro años de su edad dejó á Atenas, para retirarse á un asilo campestre, á las puertas de su patria. Escitaba su casa ventajosamente situada: dominaba el mar Egeo, y las islas esparcidas alderredor. Alli, en deliciosa calma, disfrutaba aquel poeta filósofo de las inagotables delicias de la naturaleza. Ejercitábase en los trabajos del campo; y coronado de pámpanos, presidia en las vendimias. „El retiro, decia, vuelve al hombre á sí mismo, y á los fáciles placeres de la naturaleza. En el bullicio de la sociedad cansan las preocupaciones, y las obligaciones

disgustan. La inquietud y la ambicion agitan y estrechan en todos sentidos; pero, en la soledad, respira el alma, se goza, y disfruta del sentimiento íntimo de su existencia, y deja á un lado, por decirlo asi, los cuidados extraños, y las ilusiones vanas; asi como el agua deja, en el fondo de un vaso inmoble, el sedimento que la enturbiaba."

Cuéntase que aquel favorecido de las musas y de las gracias partió un dia para Teos, acompañado de un perrillo y de un criado, llevando dinero en un talego. El criado que lo llevaba se detuvo junto á una zarza, y alli olvidó el talego. Ni él ni su amo cayeron en que no los seguia el perrillo. Anacreon se quedó muchos dias en Teos, fácilmente consolado de la pérdida de su dinero, pero muy sentido de la de su perro. En fin, se puso en marcha para volver á su casa. Pasaba por delante de la zarza, donde se paró el criado, cuando súbitamente, vió delante de sí el perrillo, que procuraba, con demostraciones á su modo, llevarlo hácia la zarza. Junto á ella encontró su talego, que aquel pobre animalito habia guardado fielmente; pero, como no habia comido en tantos dias, espiró al instante de desfallecimiento.

Aquel amable poeta tenia un rostro que expresaba el candor, la penetracion, y el sosiego del ánimo, pero con una cierta gravedad. Sus ojos vivaces descubrian lo

delicado de su entendimiento, y su inclinacion al amor y al deleite. Era su alma noble y elevada, su genio jovial y divertido, y su imaginacion rica y florida. Era moderado en sus placeres, y cantaba á Baco y al amor, sin entregarse á su embriaguez. Su última querida, llamada Cea, estaba todavía en la cuna, cuando, al pasar junto á ella, acalorado del vino, la empujó con violencia, y la ultrajó con palabras: su ama de leche, irritada, deseó, entre sus imprecaciones, que Cea fuese algun dia tan hermosa como Helena, y que Anacreon, ciegamente enamordo de ella, fuese tan infeliz como Menelao. Cumplióse una parte de su imprecacion. Anacreon, ya octogenario, suspiró por la bella Cea; mas, por un beneficio especial de su naturaleza, pudo agradar y fue escuchado.

Habia cinco años que pasaba al lado de Cea los últimos de su vida. Estaba una noche cenando, con algunos amigos suyos, y el poeta de Teos cantó con voz todavía firme, la escolía de que mas gustaba.

„Corre la vida como un carro en rápida „carrera. De aqui á poco no seremos mas „que tierra. ¿Por qué, pues, derramar „inútiles libaciones? Mejor es que me per„fumeis mientras que vivo. Coronadme „con rosas, y brindemos."

Acabada la cancion, comió algunas pasas: usaba de este alimento para sostener

la languidez de su ancianidad; pero, por su desgracia, se le atascó un grano de ellas en el tragadero, y lo ahogó (*a*). Una muerte tan pronta y tan dulce, despues de una vida larga y voluptuosa, se miró como un particular favor de los dioses del Paganismo, no menos voluptuoso que él. No sucedió asi al desgraciado Ibico.

## CAPITULO XXXIX.

### *Historia de Íbico.*

Ibico era natural de Regio, ciudad de la gran Grecia. Las musas, sin duda alguna, le prestaron su lira; pero él es un ejemplo de aquellos seres predestinados de quienes se escapa la felicidad en el instante de ir á cogerla, asi como se escapa el sueño en el momento de despertar. Luchó dilatado tiempo contra los infortunios, y despues se enamoró de Néreis, muchacha Ateniensa, adornada con todos los dones del entendimiento y de la persona, y ademas heredera rica. Tuvo la dicha de gustar; pero el padre de Néreis era un verdadero Midas, que se mostraba mas sensible al sonido del oro, que al encanto de la poesía. Ni los llantos, ni la tristeza, ni los ruegos, ni

(*a*) Aquel grano le causó, sin duda, alguna tos violentisima.

la consuncion de su hija, pudieron doblegar su avaricia. Là encerró en su ginéceo [61], y la presentó despues por esposo al rico Euforin, polemarco de Atenas. Néreis, para gozar algun poco mas de libertad, y algunas veces de la vista de su amante, fingió que aceptaba el casamiento, pero encontraba siempre algun pretexto para dilatar la boda. Ya, por ejemplo, habia alcanzado á ver en su camino alguna comadreja, olvidándose de tirar tres piedras antes de pasar; ya habian estornudado á su izquierda, y pronunciado palabras de mal agüero; ya el dedo pequeño se le habia entorpecido, ó bien habia sentido retintin en las orejas; ya cierto dia se encontró con un muerto, y aunque escupió prontamente, no por eso se asustó menos; y ya, finalmente, un mal sueño la habia espantado; y despues habia ofrecido una víctima á Juno; y los sacerdotes habian declarado las entrañas lívidas y mal sanas. Su padre, aunque supersticioso como Ateniense [62], se impacientó con tantos presagios siniestros, y significó á su hija, que habia de casarse con Euforin de alli á ocho dias. Desesperados estaban nuestros pobres amantes; pero por fortuna suya, un violento acceso de cólera contra un esclavo, que rompió un vaso, separó para siempre al avaro de los vivos, y de sus amados tesoros. Vió Ibico amanecer para él un dia mas benigno, y notó que se acla-

raba el horizonte, y que iba á poseer á su amada y á sus bienes.

Algunos dias antes de la boda exigió Néreis de él que fuese á Oropa á consultar á Anfiarao, que era el dios de los sueños, sobre su casamiento, y á procurar la curacion de un mal de ojos que le habia sobrevenido. El templo de aquel dios está á doce estadios de Oropa, en el mismo parage en que se dijo que se habia abierto la tierra bajo sus pies, y que se lo habia tragado con su carro cuando huia de Tebas. Junto al templo hay una fuente, llamada tambien Anfiarao, cuya agua no sirve para los sacrificios, ni para las lustraciones, y aun está prohibido lavarse en ella las manos. Esta es la fuente destinada para las curaciones. Íbico se lavó en ella los ojos, y echó dentro algun dinero, como estaba mandado. Despues entró en el templo, se purificó, inmoló un carnero, estendió su piel en el suelo, y se acostó encima para dormir y soñar. Tuvo efectivamente, un sueño, que los sacerdotes, intérpretes de ellos, le declararon que no era favorable. Con todo, despreció aquella interpretacion siniestra, y partió para Atenas.

Caminaba, segun su costumbre, á pie solo, y componiendo su epitalamio. De tal manera se apoderó de su imaginacion el entusiasmo poético, que salió fuera de sí, se extravió, y vagó todo el dia por el

campo, embriagado de la poesía y del amor. Al ponerse el sol conoció su descamino, y empezó á mirar por toda su circunferencia, semejante á un hombre que vuelve de un desvanecimiento, ó de un sueño profundo. Procuró saber de sí mismo qué hacia, qué veia, y en qué lugar estaba: por fin, cayó en que queria ir á Atenas; pero, como desconoció el camino, comprendió que se habia extraviado. Divisó entonces á una especie de pastor, corrió á él, y le preguntó por el camino de la ciudad. — ,, Algo distante os hallais, le respondió; pero si quereis os pondré en el camino." — Aceptó Ibico, y prometió gratificarlo. Llevólo el guia por entre montes. Fuese obscureciendo hasta casi ser de noche; de manera que caminaban ya solo á la luz del crepúsculo. — ,, ¿Adelantamos mucho? preguntó Íbico. — ,, Sí, respondió el pastor: ya estamos cerca; pero columbro dos hombres que me inquietan, porque tienen mala traza. — ¿Qué importa su mala traza? repuso Íbico: ¿no somos tambien dos? — Pues ya que sois tan valeroso, replicó el pastor, preparaos, porque á nosotros vienen." — Mi desgraciado amigo, valiente como Teseo, levantó su palo, y aguardó, con denuedo, á sus asesinos: el que lo guiaba se le puso detras, y le dió una puñalada. Volvióse Íbico furioso, y lo derribó en tierra de un garrotazo. Los otros dos mal-

vados se le echaron entonces encima, puñal en mano. Defendióse mucho tiempo con suma bizarria. Rompió un brazo al uno; pero el otro, en el mismo instante, le dió una puñalada. Cayó en tierra el valiente Íbico, y antes de expirar, puso por testigos de su muerte á unas grullas que le pasaron entonces por encima. ¿Quién creeria que aquello no fuese en vano? Pero el castigo de los delitos está á cargo de los dioses.

Pasáronse seis meses, y á pesar de grandes pesquisas, arrostraron los asesinos la vindícta pública, envueltos en su secreto. Pero un dia en el mercado de Atenas, vieron grullas, y uno de ellos dijo riyéndose á sus camaradas: „Ved alli los testigos del poeta Íbico." Como la muerte de este sonó tanto, una jovencilla que lo oyó, y que tuvo por sospechosa la traza de aquellos tres hombres, corrió á repetir á un arconte lo escuchado. Prendiéronlos por aquel leve indicio: confirmaron las sospechas su turbacion y la ambigüedad de sus respuestas: pusiéronlos en una máquina de madera con cinco agujeros, que les sujetaban cabezas, brazos y piernas: diéronles despues tormento sobre una rueda, que giraba con extraordinaria velocidad. La fuerza del tormento les arrancó la confesion del delito. Fueron condenados á ser precipitados en el báratro [65]."

Admiramos la justicia de los dioses en el castigo de aquellos malvados. ,, ¡ Pero quién, exclamó Bion, me volverá á mi amado Ibico! Poeta amable, ¿ qué otro que tú sabrá tocar esa flauta armoniosa? ¿ qué mortal atrevido osará aplicar sus labios sobre ella? ¡ todavía se acuerde ese instrumento de tu canto del soplo que lo animaba!"

Para interrumpir aquellas reflexiones melancólicas, le pedimos la historia de Apolónides. ,,Os la contaré, nos dijo el filósofo; pero los rayos del moribundo sol apenas doran ya las márgenes del horizonte: hagamos circular esta copa de vino de Lesbos en honor de Cómus; y mientras tanto, iluminarán nuestra cabaña." Vésper, ó lucero Vespertino, continuó diciendo, tú traes contigo el reposo y los placeres: tú nos anuncias la hora en que van á llenarse nuestras copas: á tu salida entran los rebaños en sus rediles, y la pastorcilla vuelve á su madre, la abraza, y la da cuenta de su ganado. ¡ O Vésper! ¡ tú juntas todos los seres que ha dispersado la aurora!" Con efecto, encendieron los esclavos muchísimas luces: abatieron las celosías, y nos hallamos en un peristilo abierto por todas partes, excepto por el lado de la peña. Entonces disfrutamos de la vista del lago, de sus ligeras ondulaciones, de la frescura del aire, y del reflejo de la lu-

na sobre la superficie de las aguas. Retiráronse los esclavos, y nos narró Bion la historia de Apolónides.

## CAPITULO XL.

### *Historia de Apolónides.*

Primero os contaré como se formó nuestra amistad. A los veinte y cinco años de mi edad estaba yo en Megara, enredado en los lazos de la cortesana Nicareta, muger, de mucho talento, que habia recibido lecciones de filosofía en la escuela de Platon. Tuve precision de hacer un viage á Tebas; pero el hijo de Venus apresuró mi vuelta. Quince dias parecieron un año á mi tierna impaciencia. A mi llegada, volé á ver á mi Nicareta, que me recibió con semblante sosegado y modesto, pero con cierto desvio. Maravillado de tal acogida, la di mis quejas. — „Tranquilizaos, me dijo, y escuchadme: Sois amable, y os he amado cerca de seis meses. — ¡ Tiempo prodigioso! interrumpí. — Sí, y no, continuó Nicareta: todo es relativo. Mientras habeis estado ausente he hecho uso de una de vuestras máximas, que frecuentemente me habeis predicado, y es: „*Que el placer debe ser nuestro oráculo.*" Con este oráculo, pues, he consultado, y me ha respondido: „que, siendo mas dichosa con otro, debia

preferirlo." Al oirla, me arrebaté, y la llamé pérfida é indigna. —,, ¡Ola! ¡Ola! exclamó ella. ¡He aqui nuestros modernos filósofos, admirables en teoría, pero exiguos y pusilámines en la práctica! Convenid conmigo, Bion, en que es el amor propio, y no el amor, quien enciende vuestra cólera. — Pues á vos, Nicareta, no es el amor propio quien os arrastra á la inconstancia; porque, segun el estilo de vuestro sexo, me sacrificais á algun necio sin duda alguna. — Sobre ese punto, Bion, mi justificacion es fácil. Si sois capaz de razon y de sosiego, os convidaré á cenar con vuestro competidor, y entonces vereis si es digno de serlo. No os conoceis el uno al otro, porque no ha mas que siete dias que está aqui. — Bien rápidos han sido sus progresos, Nicareta: muy seductor debe ser ese hombre. — Vos lo juzgareis, Bion. — Nicareta, ¿cómo se llama? — Apolónides es su nombre, natural de Coo, que es una isla, no tan celebrada por sus buenos vinos, como por el nacimiento en ella de Apeles y de Hipócrates: ejerce la medicina con aplauso, y no os lleva mas que un año de edad." Pasamos algunos instantes en quejas, y acepté despues el convite. Cené con Apolónides. Este, siguiendo la natural inclinacion de su ánimo, procuró agradarme, y me dijo cosas muy gratas sobre mi talento y mi reputa-

cion; y solicitó mi amistad con aquel deseo y con aquella gracia que arrastra el corazon, sin dar tiempo para meditar. Desde aquel dia fue íntima nuestra union; y por su retrato, vereis si habia nacido para la amistad y para el amor.

Tenia Apolónides muy viva la imaginacion, gran perspicacia, y aquella exactitud de entendimiento, que ve y abraza las verdaderas relaciones, y que constituye el verdadero talento. El suyo era cómodo y natural, porque ni lo ocultaba, ni hacia muestra de él. Tenia feliz memoria. Era sabio en la botánica, en la fisiología y en la medicina, y daba lustre á la ciencia con lo ameno y chistoso de su carácter, y con la aficion á la música y á la poesía, que eran habilidades amables que cultivaba con mucho fruto. Era tambien amante de la gloria, avaro de placeres, é idólatra de las riquezas; pero, á fin de prodigarlas, sacrificaba su vida á sus pasiones. Estudiaba de dia, y pasaba la noche en festines, de modo que solo dormia dos ó tres horas. Una vez que le representé el poco tiempo que daba al sueño, me respondió con un verso de cierta tragedia:

„*Lo que á la noche quito, al dia añado* 61."

Diéronle mucha celebridad sus máximas médicas. Condenaba los remedios violentos diciendo, que un médico ha de tratar á sus enfermos cariñosamente: sus medica-

mentos eran benignos: ordenaba, en ciertas ocasiones, abstinencia de carne y de vino, pero no de paseo: cada dia inventaba algo de particular para recrear á sus enfermos: imaginó varias suertes de baños, y entre otros, baños suspendidos: desaprobaba las sangrías: usaba rara vez de purgantes: decia, riyéndose, que era mejor dejar á los tintoreros el exámen de la orina: no se afanaba en acelerar las curaciones, dándose por satisfecho de partir la gloria con la naturaleza: confesaba, al ver tanta multitud de malos médicos, que la sociedad hubiera ganado en que se suprimiese tal profesion: para agradar á las mugeres estudió la naturaleza de los cosméticos, é inventó, para aumentar su belleza, muchas especies de afeites, y composiciones para teñir el pelo y la barba. Dióse principalmente á curar la melancolía, producida, segun él, por una bilis negra, que lleva al delirio. Los acometidos, decia, de esta enfermedad tienen una tristeza profunda, una inclinacion irresistible á la soledad, y se creen transformados en dioses, en reyes, en lobos, en perros, en conejos &c.: llámanse licántrofos. Contaba que una muger tenia siempre un dedo levantado para sostener al mundo. Que un pintor se imaginaba tener todos los huesos blandos como cera, y no se atrevia á dar un paso. Apolónides le ofreció remedios infalibles, pero

le prohibió andar por seis dias. El melancólico obedeció puntualmente, y despues se paseó con facilidad y sin miedo. Un cierto Leucipo, natural de Argos, se figuró que era conejo; pero, sobre todo lo demas, raciocinaba como hombre juicioso; y solo cuando veia algun perro, temblaba y corria á esconderse. Mi amigo lo curó con bailes, con espectáculos, y, especialmente, con música. Y si las menudencias de la medicina no fueran fastidiosas, os diria cuales eran sus máximas. — Le aseguramos que lo oiriamos con gusto. — Antes es menester, continuó Bion, que os refiera el desenlace de sus amores con Nicareta. No tardó en saber que yo habia sido competidor suyo, y competidor expulsado por él. Vino á mí, muy pesaroso, á suplicarme que volviera al trato de aquella hermosura. Yo me negué obstinadamente, y sobre ello, hubo grandes debates. Para terminarlos, me propuso que echásemos suertes sobre su obsequio. Parecióme chistosa la idea. Echamos, pues, tres dados, y él dió el golpe de Venus (a). Entonces le dije: „La deidad de Chipre y la fortuna os dan á Nicareta: quedaos con ella." Este acomodamiento cómico llegó á oidos de la misma; y su amor propio, que era mucho mas irascible que el

(a) Los Griegos llamaban golpe de Venus al que daba todos los seises.

mio, se irritó hasta lo sumo; y mi vencedor quedó despedido sin apelacion. — Pasemos ahora á sus aforismos.

Aconseja á todo hombre, de buena constitucion, no sujetarse á régimen alguno, no consultar médicos, y vivir en el campo mas que en la poblacion. Encarga mucho el ejercicio, porque el reposo enerva, y el trabajo fortifica; el uno apresura la vejez, y el otro prolonga la juventud. Prescribe tambien no atenerse á igual porcion de comida diaria, y hacer mas bien dos comidas que una sola.

„ Ahora, continuó Bion, voy á entrar en la narracion de la catástrofe cruel, que me privó del amigo mas amable que he tenido. ¡ O Apolónides querido! ¡ cuántas lágrimas me ha costado tu muerte! ¡ Cuánto daria yo por poseer tu precioso cadáver, que quedó en un bárbaro pais! Lo cubriria con flores y laureles: mis lágrimas regarian tu sepulcro; y tu sombra inmortal recibiria, con agradecimiento, mi tributo de dolor y de amistad."

Apolónides, que era avaro de conocimientos, fue á buscarlos á Atenas. Estuvo alli un año, y partió para Samos, donde curó al tirano Polícrates de una gravísima enfermedad. Lo recompensó con dos talentos de oro. Algun tiempo despues lo cogieron prisionero los Persas. Ocultóles su nombre y profesion; pero fue conocido y en-

viado á Persépolis, para curar al Rey Darío, que padecia mucho por la dislocacion de un pie. Fue mi amigo dichoso en la operacion, y curó, con igual éxito, á Atosa, muger del Rey, enferma de un cáncer. Ambas curaciones le valieron ricos regalos, y el favor de Darío, que lo admitió á su mesa. Hubiera sido el hombre mas dichoso del mundo, si, en medio de aquella corte lucida y voluptuosa, hubiera podido moderar su inclinacion al amor, ó si, á lo menos, no hubiera elevado sus deseos hasta Amitis, hermana del Rey, viuda de superior belleza, y todavía muy jóven. Las agudezas de su entendimiento, y sus cosméticos, le valieron el tratarla con familiaridad. Usó, no obstante, la prudencia de disimular sus sentimientos sobradamente tiernos. Cayó Amitis enferma de laxitud. Irritóse el amor de Apolónides con la frecuencia de las visitas; pero, á pesar de su cuidado, y de todos los recursos de su arte, la amable Princesa decaia, como una rosa separada de su tallo: no tenia consuelo, porque temia la muerte. Mandó hacer sacrificios innumerables, sobre las cumbres de los montes, al sol, á la luna, á la tierra y á los vientos. Mitra, ó Venus Urania, recibió infinitos dones y ruegos. Un dia que estaba sola con Apolónides, deploraba su destino, que la condenaba á morir en la primavera de sus dias, circundada de

todos los placeres, y de todas las seducciones. „¡Ay, querido Apolónides! exclamó una vez, en medio del abandono á que la precisaba su dolor: ruegoos que hagais todos vuestros esfuerzos, y que empleeis en mí toda vuestra ciencia: ¡salvadme! ¡libradme!" Diciendo esto, inundaba con llantos la seda y el oro de su fastuoso lecho.

Apolónides, íntimamente conmovido y apesarado, la dió por respuesta un profundo suspiro. — ¡Ay! Exclamó Amitis. ¡Ya lo veo! ¡ya lo conozco! ¡perdida estoy! ¡desesperais de mi curacion! ¡acabáronse para mí los remedios! — Acaso hay uno, señora, cuya eficacia conozco; pero ¿cómo he de atreverme á proponéroslo? — Al oir Amitis aquellas palabras, que volvian á esperanzarla, quiso precisamente conocer el remedio. Mi amigo bajó los ojos, y calló; pero como la Princesa aumentase sus instancias, y aun diese órdenes, declaró, finalmente, ya porque lo creyese asi, ó ya porque lo cegase su pasion, que los placeres amorosos eran el único remedio que podia conservarla la vida. Avergonzóse la Princesa al oirlo. Vióse en su rostro, á un tiempo mismo, la cortedad del pudor, la inquietud de la duda, y la serenidad de la esperanza. „Sé muy bien, continuó Apolónides, que la virtud y la decencia condenan el uso de semejante específico; pero

vuestra vida es tan preciosa, y de tanto valor para toda la Persia, que no vacilo en aconsejároslo.

Pero Amitis, semejante á las víctimas que se coronan de flores en el momento del sacrificio, fue decayendo mas y mas; y la actividad del remedio, lejos de destruir la enfermedad, aceleró sus progresos.

Luego que los llantos, la consternacion y el silencio de cuantos la rodeaban, la noticiaron su extremo peligro, se apoderó de su alma un negro despecho. No podia resolverse á morir. Una de sus damas, para lisonjearla ó distraerla, la habló de su grandeza, y del esplendor de su clase. — ,,¡Sí! exclamó: ¡hoy hermana del mayor Rey de la tierra, y mañana nada!" — Atribuyó Amitis su muerte al fingido específico de Apolónides; y entre su enagenamiento, confió el secreto á su madre. De alli á poco se arrepintió, y pidió el perdon del culpado. Prometiéronselo, pero la engañaron. Estaba irritadísimo Darío. Es implacable el orgullo de los poderosos.

Fue condenado el infeliz Apolónides á ser enterrado vivo en un sótano. Llevélo á él un destacamento de las guardias llamadas inmortales. — ,,¡Ay, Apolónides querido! ¡Ay digno y buen amigo! ¡Cuál seria tu susto á vista de aquella tumba adonde bajabas vivo, y adonde ibas á sepultar tanto ingenio y tanto entendimien-

to, juntamente con la vida! ¡Cuál seria tu despecho, tu furor y tu llanto, en las crueles horas que vivistes en aquel abismo!" — Dicho esto, quedó sin voz el filósofo, á fuerza de sus llantos y gemidos. Todos llorábamos, y un profundo silencio reinaba en la sala. Pero Bion, superando su pena, continuó la narrativa. — ,, Puesta una piedra sobre aquel horrendo subterráneo, dejaron alli una centinela. Dos veces habia ya descrito el sol su círculo diurno, cuando Amitis supo el suplicio de Apolónides. Despedazado su corazon de lástima, y conmovidas sus entrañas, determinó abreviar los tormentos de aquel desgraciado, y apresurar su muerte. Ganó la guardia del subterráneo. Bajó un hombre á él, con una lámpara en una mano, y en la otra, una copa de veneno. Estaba Apolónides echado en tierra, envuelto en su capa, y sin quedarle mas que unos instantes de vida. Asi que divisó la luz, se esforzó á incorporarse, y tomando la copa, preguntó al ejecutor ¿si vivia todavía Amitis? — ,, Sí: aun vive, le respondió; y ella misma es quien, dolorida hasta lo sumo de vuestro infortunio, os envia este veneno para abreviar su término." Dióle gracias Apolónides con un bajar de cabeza; y mirándolo despues con dulzura, le dijo: ,, Me traeis una buena noticia: no soy desgraciado en todo: dad, en mi nombre, gracias á la Princesa por

su benignidad." Acabando de decir esto, bebió el veneno, y volvió á tenderse sobre su capa; pero estaba tan débil y abatido, que murió de allí á poco. Aumentáronse los lloros y gemidos de Bion, quien se levantó súbitamente, y se abrazó con la estátua de su amigo. — A efecto, pues, de acabar aquella escena ternísima, hice señas, á Fánor para que tocara su lira. Hizo el preludio sobre el modo cromático de Timoteo, y pasó, graduadamente, á tonos mas vivos y animados. Teofánia unió su voz á las consonancias de este, y cantó una escolía de Bion.

„Vuela el tiempo. Mil siglos, en com„paracion de la eternidad, no son mas que „un punto. Empleemos tan fugitivos ins„tantes en gozar lícitamente de los bienes „que nos estan reservados, entre los cuales „son los primeros la salud, la hermosura, „y las riquezas adquiridas sin fraude; de „cuyo uso resulta aquel amable deleite, „que consuela y ameniza el vivir."

Aquella armonía disipó la melancólica niebla que se habia levantado. Volvió la alegría. Dispúsose una caza de aves para el dia siguiente. Al retirarnos, nos paseamos, á la luz de la luna, por las pacíficas orillas del lago, y luego surgimos en el puerto, y ca la cual, contento y pagado del dia, fue á buscar á su cama el descanso y el sueño.

## CAPITULO XLI.

*Conversacion de los dos amigos. Partida de caza.*

Asi que quedamos solos, me habló Fánor tanto, y con tanto calor, de las gracias, de la hermosura, y del ingenio de Teofánia, que le sospeché con una nueva herida de amor. Me confesó, en efecto, que la amaba. — ¿ Y Teana, le pregunté, á quien amabais poco ha? ¿ Y vuestro despecho terrible, vuestra aversion á la vida, y el salto de Léucades? ¿ Qué se ha hecho todo esto? — Lo que se hacen, cuando despertamos, los sueños de la noche, me respondió. — ¿ Y qué será, Fánor, de vuestros versos elegíacos? — Me servirán para otra ocasion, amigo, si es que vuelvo á ser tan loco que me desespere por la infidelidad de una muger. — ¿ Y cuál es vuestra esperanza, Fánor? — La de hacerme amar, porque Bion es ya muy anciano. — Pero mirad, Fánor, que aun es amable: él mismo os ha contado que Anacreon, octogenario ya, poseia el talento de agradar. — Permitido es, Antenor, el dudar de ello: fuera de que estos fenómenos aparecen una vez [1]. Para amar se necesita audacia. Voy á pasar esta noche en un delirio poético, y á componer versos para esa

temprana belleza." Quise disuadirlo, y sofocar aquella llama naciente; pero estaban sus oidos cerrados á la razon.

A los primeros rayos de la aurora del dia siguiente, todos estaban ya en pie. Animados con la vivificante frescura de la madrugada, partimos para la caza, llevando cada uno en la mano un halcon. Pusímonos en medio de una llanura, rodeada de colinas. Colocamos en ella las redes, y luego ocupamos las alturas. La vista y los graznidos de los halcones arrojaron de ellas á los pájaros, y aquellos pobres fugitivos se refugiaron á la llanura; pero, al ver las redes, se dispersaron á bandadas. Entonces soltamos los halcones, los cuales, arrojándose sobre ellos, mataron muchísimos. Infinito nos divirtió aquella caza, menos á Teofánia, cuya alma sensible se compadecia de la destruccion de aquellos tímidos pajarillos.

Despues de haber descansado, Bion y yo acompañamos á Lácides, que se volvia á su casa. Fánor se quedó para ver á la hechicera Psiquis, y darla sus versos. En el camino perdí mi bolsa; pero, por fortuna mia, la eché luego de menos; y como mostrase de ello algun cuidado, me dijo Lácides friamente: "A unos veinte pasos de aqui se cayó vuestra bolsa junto á la zarza donde nos paramos." Corrí allá, y, en efecto, la encontré. Pregunté despues á

Lácides; ¿cómo no me avisó cuando la vió caer? — Porque eso es indiferente, me respondió; mas yo le repuse, que para él, y no para mí. Contóme entonces, para justificarse, que Pirron habia visto caer en un foso á su maestro Anaxarco, pero que habia continuado su camino, sin siquiera alargarle una mano. Hablónos, con este motivo, de aquella feliz indolencia del alma, esto es, de la ataraxia, que manda en las opiniones; y tambien de la matriopatía, que modera las pasiones[66]. Sonreíase Bion hoyendo la tal gerigonza metafísica, y dijo á su amigo chistosamente: „Paréceme que me voy alejando mucho de mi casa, y que será ya tiempo de dejaros. A dios, mi querido Lácides: regaladme algunas veces con vuestra apariencia, y hacedme soñar agradablemente que estoy en vuestra compañía." Dicho esto, nos abrazamos, y nos separamos para siempre.

A nuestra vuelta hablamos de su amigo, y de aquella filosófica indiferencia con que vió caer mi bolsa. — „Es un hombre original, me dijo, infatuado con el escepticismo, que es un sistema necio que hace, á los ojos de los escépticos, problemática hasta su misma existencia; pero, á pesar de sus errores y manías, es sugeto de probidad, y de alma noble y generosa. Cierto dia le pidió un amigo suyo su vajilla de plata prestada, y nunca mas quiso

volverla á tomar. En una época de su vida, en que se hallaba en baja fortuna, le ofreció Atalo, Rey de Pérgamo, una suma considerable, si queria ir á su corte; pero se rehusó á ello diciendo: „Que los retratos de los Reyes habian de mirarse desde lejos."

## CAPITULO XLII.

### *Exito de los amores de Fánor con Teofánia.*

De vuelta á casa de Bion, encontré á Fánor gozosísimo, porque habia acabado y entregado los versos compuestos para Teofánia. — Voy, me dijo, á recitároslos: dicen asi:

„Cuanto hay en cielo y tierra se ha trocado:
„Venus en los amores ya no reina:
„El rubio Febo, el dios que nos alumbra,
„De un dia hermoso padre no se crea.
„Vanamente las rosas, entre espinas,
„De sus colores la hermosura ostentan:
„Bajen, pues, sus cabezas orgullosas,
„Pues no son de las flores las primeras.
„Una diosa, de todos adorada,
„Lo eclipsa todo con sus gracias nuevas:
„En vez de Citeréa, Teofania
„En Gnido, en Páfos y en el orbe impéra.
„Cual Hebéa y cual Flora, Teofánia

,, Será entre las deidades una de ellas:
,, ¡Dígnese, por piedad, mirar propicia
,, A quien, para adorarla, se prosterna!"

Vuestros versos, Fánor, son graciosos; pero ¿los ha recibido Teofánia? — ,,Sí, Antenor: primero con cierta timidez; pero despues se sosegó, y me ha esperanzado de una respuesta." Díle la enhorabuena del éxito; pero sin fiarme mucho en él. A eso del anochecer se llegó á mí loco de contento, burlándose de mis dudas y de mi incredulidad, y mostrándome unos lindos versos que acababa de recibir de la amable Psiquis. No era ponderado el elogio. Los versos eran ingeniosos; y convine con Fánor en que la discípula igualaba al maestro. — ,, Pero ¡qué lejos está Bion, repuso Fánor, de la naturalidad y de la gracia que respiran estos versos! Corinna, y aun la misma Safo, no han compuesto cosa tan delicada: sobre que parece que los ha dictado la misma Erato. ¡Cuánto aumenta mi amor esta habilidad encantadora! En lo que no hay duda es en que nunca he amado con tanto ardor."

Convencido entonces de que le aguardaba la palma despues de la pelea, solicitó una cita, por medio de otros versos, la cual, le fue ofrecida, tambien en verso, para de alli á tres dias, tiempo en que Bion habia de ir á Antisa.

Admirado quedé de aquella facilidad de Teofánia: llevé muy á mal su ingratitud con un marido tan amable como generoso; pero Fánor graduó aquella preferencia de dulce sensibilidad de un alma tierna y noble. Aquel espacio de tres dias fue para él de mortal lentitud; pero, al fin, espiraron. La cita se dió para la majada; y asi que Bion marchó, corrió Fánor allá, empapado en amor y en esperanzas.

Apenas se separó de mí, cuando vi volver á Bion, acompañado de muchos jóvenes de ambos sexos, que llevaban coronas, flores, antorchas, flautas, címbalos, sistros, y un hacha nupcial. Díjome que lo siguiera, lo cual hice muy admirado. Fuimos á la majada: paráronse delante de la puerta. Hizo el corifeo la señal, y cantaron, á coros, el siguiente epitalamio, compuesto por Bion:

„Venus, reina de las diosas; amor, „fuerza de los humanos; y tú, himeneo, „manantial de la vida; á vosotros canto „en mis versos, himeneo, amor y Venus. „Jóven, despierta: sonriéndose están con„tigo el amor, la tierra y el cielo: dis„puesta está tu guirnalda. Fánor, favore„cido de Venus; Fánor, lucido esposo de „Teofánia, mira á tu adorada hermosa, „que está llena de esplendor y de mages„tad. La rosa es la reina de las flores. Teo„fánia es la reina de sus compañeras. Le-

„ vántate, esposo feliz, que ya está pre-
„ parado tu lecho nupcial. ¡ Ojalá que naz-
„ ca pronto en tu jardin un fruto tan be-
„ llo como la azucena, y tan durable co-
„ mo el cipres."

Acabada la cancion, entró Bion al frente de su lucida tropa. Cada uno presentó una corona á Fánor, que estaba embarazadísimo con su misma persona. La misma Teofánia lo coronó. Paseáronse por el campo, llevando delante de Fánor el hacha nupcial: una muger, de edad madura, iba al lado de Teofánia, sirviéndola de madre y de paraninfa 67. Camináb se al toque de instrumentos, y al son de cantos de himeneo. Asi que se llegó al bosque, se bailó á su sombra. Reia yo á carcajadas de ver el embarazo de Fánor, y la venganza suave é ingeniosa del filósofo. Interrumpióse la danza con un magnífico convite, y sentaron juntos á los fingidos esposos, y repitieron el epitalamio. Teofánia cantó despues una coplilla chistosa, y análoga á la circunstancia, compuesta por Bion 68. Acabado el convite; que fue larguísimo, y muy alegre, menos para los héroes de la fiesta, volvióse á bailar, y no se interrumpieron nuestros placeres hasta la noche. Retirados todos, Bion dió á Fánor la enhorabuena de su matrimonio, y le añadió, que Teofánia le dispensaba de lo restante de la ceremonia. Hecho este cum-

plido, nos saludó, y nos quedamos solos.

Estuve mirando á Fánor algun tiempo, sin hablarle: la vergüenza y la desesperacion se le traslucian en el rostro; y ya se quedaba pensativo, y ya se mordia los labios. — „Confesad, amigo, le dije, que Bion nos ha dado un dia divertidísimo. — Pues á mí, Antenor, me ha parecido muy largo é insípido. — ¿Os habeis picado en el juego, Fánor? — Sí: me he picado: estoy ofendido: la bufonada es pesadísima. — No teneis razon, Fánor: vuestro competidor se ha vengado como hombre de talento y de trato de mundo. — No estoy tan quejoso de él, como de la pérfida que me ha vendido. — Debió hacerlo, Fánor: le habrá mostrado vuestros versos á su marido; y Bion, para divertirse á vuestra costa, ha respondido por ella. Os parecieron sus versos superiores á los de Corinna y de Safo, cuando Bion jamas tuvo la gracia del estilo. Mirad cuales son los juicios dictados por la preocupacion. ¿Quereis permanecer aqui algunos dias mas? — Por Baco que no: cierto que haria un lindo papel. Partamos mañana al ser de dia. — Está bien, Fánor: vamos á despedirnos de nuestros huéspedes.” Fánor se rehusó á esta atencion: hícele cargo de lo indecente que era irnos sin darles gracias: se convenció; pero no quiso ver á Teofánia, porque estaba irritadísimo contra ella.

— El sabio Bion nos dió muestra de lo mucho que sentia nuestra partida. Pidió perdon á Fánor de la chanza molesta que habia usado con él, protestando, que no tanto lo habia hecho por vengarse, cuanto por darle á entender, que la razon, la honradez y la prudencia, habian de ser la guia de sus amores. Despues nos convidó á desayunarnos para el dia siguiente.

## CAPITULO XLIII.

### *El desayuno. Filosofía. Viagillo.*

Nos levantamos con el sol: y asi que estuvimos sentados á la mesa, entró Teofánia, con aire risueño, y nos presentó leche y frutas. Rogó á Fánor que la perdonase la superchería del dia antes; y confesó, que, como nunca habia frecuentado los bosques del Parnaso, se habia visto precisada á recurrir á Bion para la respuesta. Apaciguóse Fánor con el chiste y con la amenidad de aquella muger amable, se echó á sus pies, la pidió perdon, y ofreció, para expiar su culpa, conservar una memoria eterna de la estimable Psiquis.

Despues de la expiacion de Fánor, volvieron la confianza y la amistad á alegrar nuestro reducido banquete. Particularmente Bion estuvo sobremanera jovial. Maravillado yo de su contento, le dije, que me

parecia el hombre mas dichoso del mundo. —„Sí lo soy, me repuso; no obstante aquella máximà de Solon, *de que ninguno puede ser declarado feliz antes de su muerte*, pues la muerte no es mas que un instante; y si arrostramos las fantasmas de la preocupacion, será poco temible. Créome dichoso en el dia, porque no voy contra mi gusto, ni contra mi genio; porque vivo retirado; porque ocupo mi entendimiento para entrenerlo é ilustrarlo, y no por un deseo insaciable de celebridad; porque la avaricia, la ambicion, y las demas pasiones humanas, no tienen acogida en mi espíritu, ni perturban mi reposo; porque mis deseos son conformes á mis medios; y porque hago cuanto bien puedo, á causa de que la beneficencia es un delicioso perfume, que se difunde sobre su autor. Algun dia, y no está lejos, será preciso dejar mi casa, mis arboledas, mis libros, y esta Psiquis, que lo alegra y llena todo; pero cuando se me fija la idea de aquella separacion, medito sobre ella, y no me entristezco. Ya veis, pues, que la felicidad no siempre es como aquellos frutos fugitivos que no puede Tántalo coger; y que nuestro destino está, regularmente, en nuestras manos; y que casi siempre erramos en culpar á los dioses de nuestros trabajos. — Pero no todos los hombres, interrumpí, tienen una hermosa casa de campo, salud, compañera linda,

ingenio y habilidades agradables. — ¿Conoceis, me preguntó Bion, el pasage de Giges, Rey de Lidia? Dícese que tuvo la curiosidad de saber si habia algun mortal mas afortunado que él. Consultado el oráculo, respondió que lo era Aglao. Dicho Aglao (el mas pobre de los Arcades) no se habia separado jamas del campo de sus padres, lo cultivaba con sus manos, y vivia contento con su fruto. — Pero quiero que veais hoy un hombre todavía mas admirable: no tiene una aranzada de tierra, está paralítico, y se manifiesta satisfecho de su suerte. Os acompañaré á su habitacion, que no está lejos." Tambien Psiquis quiso ir con nosotros, y partimos juntos.

El camino fue divertidísimo. Bion nos contó varias cosas. Fánor nos cantó su romance en alabanza de Teana. Dímosle mucha vaya con su último matrimonio, cuyo desenlace no quiso esperar, y él se prestó gustosísimo á la chanza, y asi llegamos, de muy buen humor, á la miserable cabaña de un mortal dichoso. Vi un hombre fresco y encarnado, vestido de andrajos, y acurrucado sobre el suelo de su hogar: tenia delante, sobre unos pocos carbones encendidos, una marmita. Recibiónos con mucho cariño. Bion nos hizo reparar que estaba privado del uso de las piernas por tenerlas paralizadas desde su infancia, y que solo podia andar sobre

sus rodillas. Estaba solo en aquella ahumada cabaña. Preguntéle ¿si habia carne en la marmita? — No, señor, me respondió: hay raicez, porque no soy tan rico que me pueda regalar con esos sabrosos manjares. — ¿De qué vivis, amigo? — De mi trabajo, señor: hago canastos y mueblecillos de madera. — ¿Y os basta eso, amigo mio? ¿estais contento? — Lo estoy tanto como un monarca, y particularmente cuando tengo que trabajar. — Pero decidme, amigo, ¿es vuestra esta casita? — Eso fuera para mí sobrada felicidad: me la presta un conocido. — ¿Salís alguna vez? — Muy rara; porque tengo que arrastrarme sobre las piedras y el lodo; y ademas, podria andar poquísimo. — Y decidme, buen hombre, no os fastidiais de vivir asi tan solitario y abandonado? — De ningun modo, caballero. — Sabeis leer y escribir? — Bien quisiera, señor; pero me paso sin ello. — ¿Y no teneis miedo en este sitio apartado, solo, indefenso, y tan impedido? — ¡Miedo! ¿de qué? nada tengo que perder; y los foragidos son como los hurones, que huelen las riquezas, y no entran en las chozas de los pobres como yo. — ¿Qué edad teneis? — Cuarenta y cuatro años. — ¿Y habeis estado siempre percluso é indigente? — Siempre, señor; pero, gracias á los dioses, jamas me ha faltado el apetito y el trabajo." — No me cansaba

de hacer preguntas á aquel filósofo de la naturaleza, cuya sabiduría, segun mi dictámen, era superior á la de Zenon y de Pitágoras. Despues de otras muchas preguntas, le preguntamos, por último, ¿si podíamos serle útiles en algo, y qué deseaba de nosotros? — Lo que necesito de vosotros, señores, es trabajo, y nada mas." — Bion se lo ofreció: nosotros intentamos darle algun dinero; pero no quiso tomarlo. — ,, Me afligís verdaderamente" le dijo Bion. — ,, Vamos, pues: yo lo acepto siquiera porque sois hombre de bien, y porque dais por bondad de alma y no por ostentacion."

,, ¡Ya veis, nos dijo Bion á la vuelta, donde ha ido á vivir la felicidad! ¡Tantos opulentos, tantos príncipes, tantos reyes, se agitan y se atormentan entre grandezas y placeres; y ese hombre impedido, pobre, solo, desamparado, y reducido á sí mismo, está contento con su fortuna! ¡O justicia de los dioses! ¡Reconozco en eso vuestra munificencia!"

Aquel fue el momento de nuestra separacion.. ¡Qué tierna fue! Nuestros huéspedes nos abrazaron con muy tierno afecto. Fánor no podia apartarse de Teofánia: se desviaba, volvia, renovaba sus despedidas; pero al fin partimos.

Para completar la historia de Bion, voy á contar su muerte, de la que tuve noti-

cia, cuarenta años despues, por un inesperadísimo acaso.

## CAPITULO XLIV.

*Encuentro de Teofánia y de Antenor, al cabo de cuarenta años.*

Iba yo viajando; y al pasar por delante del templo de Juno, que está sobre el camino de Falera á Atenas, quise visitarlo. Su disposicion se hace notable, porque es un recinto circundado de columnas, sin paredes, y abierto por todas partes. La figura de aquel edificio me trajo á la memoria, despues de cuarenta años, la sala de comer de Bion, en la isla de la amistad, que estaba construida, á poco mas ó menos, sobre este modelo. Con aquel dulce recuerdo me pareció bien el edificio, y mi alma se complacia en verlo, y se detenia en él con gusto. Pero de pronto, reparé en una muger vieja, que me miraba con mucha atencion. Yo tambien me puse á examinarla; y por entre las arrugas é injurias del tiempo, me pareció que reconocia sus facciones, y las apreciables reliquias de una figura hermosa. Estaba yo entonces lo mismo que un viagero que examina los arruinados pedazos de un templo, que en otro tiempo, fue magnífico. Retrograda su pensamiento hasta lo pasado: se imagi-

na que ve al templo en pie; y lleno de admiracion, exclama: „¡Qué suntuoso era! ¡qué lástima que ya no exista!" Observándonos como estábamos aquella muger y yo, nos íbamos recíprocamente arrimando paso á paso. Ya que estuvimos uno enfrente de otro, nos mantuvimos algunos minutos sin hablarnos. Al fin, la dije: „Creo que nos conocemos, por habernos visto en otra parte. — Sí, respondió la muger: los lineamientos de vuestro rostro me paran: sí; es la misma cara, el mismo sonido de voz, y la estatura misma. — Hablando asi, me miraba, sin cesar, de cabeza á pies. — Sí: volvió á exclamar: la semejanza es total: ¿sois el hijo de Antenor? — Antenor es mi nombre; pero no tengo hijo; y doy por cierto que no habeis conocido á mi padre. — ¡Vos Antenor! ¡Es imposible! — Pues, con todo, señora, ello es asi. — ¿Os acordais, preguntó la misma, de Bion, y de Teofánia? — ¡Ah! grité entonces: ya os conozco: vos sois Teofánia." — A este reconocimiento, nos abrazamos tiernamente, y luego salimos para hablar con mayor libertad. Hícela mil preguntas, y ella me hizo otras tantas, y no acababa de volver de su admiracion al ver mi juventud y mi frescura. No sabia si yo era algun dios, ó alguno de aquellos genios de que Platon pobló el cielo. Aseguréle de que yo no era mas que un pobre mortal, destinado, ó,

por ventura, condenado á pasar los límites de la vida humana. — ¿Y á mí me encontrais muy mudada? — Aun me pareceis, Teofánia, tan amable como á la edad de veinte años." — Esta respuesta eludia la pregunta; pero la sexagenaria Teofánia tuvo á bien contentarse con ella. Pedíla seguidamente noticias de Bion, y de la época de su muerte. — Vivió trece años, Antenor, despues de vuestra partida, con su acostumbrada amabilidad, y ocupado siempre con su ganado, con la poesía y conmigo. Solo se conocia la declinacion de su ingenio en la abundancia de sus versos. Mientras mas envejecia, mas fecunda era su musa. Verdad es que sus producciones eran flores sin fragancia y frutos sin sabor. Sus versos mas tolerables son los que compuso poco antes de morir. Imitó aquellas lámparas, que al tiempo de apagarse, se avivan, y arrojan por momentos, un resplandor inesperado. Os los voy á recitar, porque nunca los he olvidado [69]. Su sentido es este:

Dime, alma mia, dime, al despedirte
¿Qué disculpas darás cuando te veas
Acusada por Minos sobre todo
Lo que hiciste ó pensaste acá en la tierra?
Dirás que nunca obrastes por malicia,
Por torcidos caprichos, ni por temas,
Y que te dominaron, á su arbitrio,
Las preocupaciones que aqui reynan:

Dirás que el hombre es máquina grandiosa,
Y que su alma (divina) está sujeta
A las leyes del cuerpo deleznable;
Y que es débil ó fuerte, vil ó recta,
Segun el orden físico y constante
De los resortes que en el cuerpo juegan:
Que un deseo eficaz de vanagloria
Te indujo á ser ingenio, á ser poeta;
A fin de que tu musa octogenaria
De sarcasmos picantes blanco fuera.
Dirás que fuiste indócil, perezosa,
Porfiada, versátil, poco cuerda,
Y que de los humanos miserables
Te burlabas con sátiras ligeras:
Y dirás, finalmente, que cual nadie
Pródiga de placeres y de fiestas,
Halagaban, risueños, tus sentidos
Baco y amor con plácida violencia.
Minos es juez adusto, inexorable;
Pero oirá con agrado tus respuestas,
Porque sabe que fuistes en el mundo
Benéfica sin par, y al bien propensa &c.

Murió este amable poeta, por decirlo asi, en mis brazos, y en medio de su ganado. Cuando conoció que iba á acabar su vida, me pidió que le tocase una sonata de que gustaba mucho. Hícelo asi, y todavía advertí en su rostro lívido una vislumbre de alegria. Acabando yo de tocar, acabó de vivir. Corrieron rumores de que habia muerto envenenado; y con este moti-

vo exclamó el poeta Mosco en sus endechas sobre la pérdida de su amigo:

„¡Bion! ¡Bion! el veneno que ha abre„viado tus dias, ¿cómo no ha perdido su „malicia y su amargura al pasar por tus „labios?"

Hice grabar sobre su sepulcro, cumpliendo con su voluntad; el epitafio siguiente:

„*Aqui yace Bion, que pasó ochenta y tres años sobre la tierra, y solo vivió quince* 70."

Hecha esta narracion, aquella destruida belleza, aquella Psiquis, tan seductora en otro tiempo, se vió precisada á dejarme: aguardábala su carro, y nos separamos para nunca mas vernos.

Vuelvo á nuestra despedida de casa de Bion. No me hablaba Fánor de otra cosa que de la amable Psiquis, y me juraba que habia de amarla mientras viviese. — „Lo mismo jurásteis, Fánor, á la hermosa Teana. — ¡Qué diferencia de una á otra Antenor! ¡cuánto aventaja Teofánia á aquella Ateniensa! — Porque es la última, Fánor: Veremos si no se encuentra alguna otra hermosura que ofusque las gracias de la celebrada Psiquis."

Discurriendo asi sobre nuestros amores, sobre Bion y sobre Lácides, llegamos á Delfos.

*

## CAPITULO XLV.

*Del oráculo de Delfos. Descripcion de la ciudad y del templo. Prodigios. Historias.*

La ciudad de Delfos, situada sobre la pendiente del monte Parnaso, se presenta en anfiteatro. Se distingue desde lejos el templo de Apolo Pitio, edificado sobre una montaña, cubierta de estátuas de bronce, las mas de ellas revestidas de planchas ó láminas de oro, cuyo brillo nos deslumbraba: brotaba la montaña resplandores. Supimos que la Pitonisa profetizaba solo una vez al mes, en ciertos dias llamados felices 71.

Nos alojamos en casa de uno, llamado Amintor, hombre piísimo, y no menos crédulo. Oraba á los dioses por la mañana, por la noche, y al salir y ponerse el sol y la luna. Aseguraba que los oráculos de Apolo eran infalibles. Contónos que Creso, Rey de Lidia, habia enviado diputados á Delfos, con la comision de preguntar á la Pitonisa ¿qué es lo que él hacia en Sardes tal dia, y á tal hora? El oráculo respondió en verso: „*Conozco los granos de arena y los límites del mar. Comprendo el idioma de los mudos. Oigo la voz del que no habla. Mi olfato percibe el olor de una tortuga, que se cuece con carne de cordero,*

*en una caldera de bronce.*" Los lidios refirieron á Creso la tal respuesta, el cual, pasmado de admiracion y de respeto, confesó, que en un dia determinado, imaginó, con idea de hacer titubear al oráculo, dividir en pedazos una tortuga y un cordero, y ponerlos á cocer en una vasija de bronce. En otra ocasion, consultó este Rey al oráculo para un hijo suyo, jóven adornado de bellísimas prendas, pero mudo de nacimiento. Respondió la Pitonisa: „*Insensato Creso, no desees oir la voz de tu hijo: empezará á hablar el dia en que empiecen tus desgracias.*" Salió verdaderísimo el oráculo. El dia de la toma de Sardes un soldado, con la espada desnuda, se fue hácia Creso, el cual, cansado de vivir, no le oponia defensa alguna. Al ver aquello el Príncipe, se sobresaltó de tal modo, é hizo tal esfuerzo, que se le soltó súbitamente y se le habilitó el órgano de la voz. „¡ Soldado, gritó, no mates á Creso!" Tales fueron sus primeras palabras, y conservó la facultad de hablar por todo lo restante de su vida. Pero el milagro mas estupendo de Apolo fue el de la destruccion del ejército Galo, mandado por Brenno. Este gefe bárbaro hizo una irrupcion en la Fócida, y despues de haber vencido á los Focenses, marchó en derechura á Delfos. Consternados los habitantes, consultaron al dios, quien les aseguró que nada tenian que te-

mer. Recibieron efectivamente socorros los Delfos, y presentaron batalla á sus contrarios. En aquellos instantes manifestó Apolo su cólera contra los bárbaros. Tembló la tierra bajo sus pies; su mismo campo los amenazó con tragárselos vivos; surcaron los relámpagos la atmósfera; los truenos multiplicados rimbombaban con estrépito horrible; cayeron sobre ellos repetidos rayos; y una exhalacion inflamada abrasó á muchos soldados, juntamente con sus armas. Viéronse en el aire los antiguos héroes de la Grecia animando á los Delfos y acometiendo á los Galos. Aun mas fatal les fue la noche. Cayeron torrentes de nieve, que causaron rigorosísimos frios; y como si todos los elementos se hubieran conjurado para su perdicion, piedras abultadas, rocas enteras, desasidas del monte Parnaso, rodaban hasta su campo, y aplastaban treinta ó cuarenta hombres á la vez. Los Focenses se aprovecharon de tanto desorden, los atacaron y los pusieron fácilmente en fuga.

Tan convencido estaba Amintor de la verdad de aquellos prodigios, que se hubiera ofendido, y escandalizado de la menor duda de parte nuestra. Al dia siguiente de nuestro arribo nos llevó al templo (a).

(a) Los templos de los antiguos eran un vasto recinto circundado de muros, que contenian patios, algun bosquecillo, surtidores de agua, alo-

Noticiónos en el camino que la primera capilla del dios se fabricó con ramas de laurel cortadas en Tempé: aquel templo fue primeramente una especie de cabaña: dícese, que despues fue fabricado de cobre, y que se lo tragó la tierra. En fin los Anfictiones lo edificaron de piedra, tal cual hoy se ve. Súbese á él por cuatro calzadas orilladas de plátanos. El número de las estátuas es inmenso. Allí se ven todos los héroes, dioses y semidioses de la Grecia, trabajados por los mas superiores maestros. Atletas, caballos y victorias, acaban de llenar aquel espacioso circuito. Entre otras estátuas, reverenciamos las de Codro y de Miltíades.

El edificio del templo es cuadrangular, y edificado con bellísimas piedras. En una de las cuatro fachadas está el alojamiento de los sacerdotes. La estátua de Apolo está colocada en alto, en medio del recinto interior. El frontispicio es de mármol de Paros. Se lee en él la siguiente inscripcion, grabada por el sabio Colon: „*Conócete á tí mismo.*"

A la entrada hay dos fuentes de mármol: una de ellas se llama Castalia: sus aguas frescas y puras caen, formando cascada, por la pendiente de la montaña.

jamientos á veces para los sacerdotes, y el santuario ó templo, donde solo estos podian entrar.

Ambas fuentes llenan unos grandes estanques, en los que los sacerdotes, y los que quieren consultar al oráculo, van á purificarse. El pórtico está decorado con preciosísimas pinturas. En él se ven infinitos vasos de infinitas formas. Unos contienen el agua lustral; y en los otros se mezclan el agua y el vino para las libaciones. El piadoso Amintor nos hizo reparar en muchas sentencias escritas sobre las columnas, y entre otras, esta: ,, *Ninguno entra aqui que no tenga las manos puras.*" — ,, Llenas quiso decir," me dijo en voz baja Fánor.

Como todavía, era muy de madrugada, hallamos desocupado el templo. Guardábalo un solo sacerdote, y lo estaba barriendo con una rama de laurel, cortada junto á la fuente Castalia. ,, Uno de los sacerdotes, nos dijo Amintor, se levanta todos los dias con el sol para cumplir con este ministerio: sigámosle: mirad lo que hace: pone coronas de laurel en las puertas, en las paredes, en los altares, y alrededor de las trípodes: ahora va á sacar agua, con vasos de oro, de la fuente Castalia: ya vuelve; y rocía, con aquel mismo ramo, el pavimento, las paredes, y las puertas del templo." Asi que acabó aquellos varios ejercicios, tomó un arco y unas flechas para matar los pájaros que se parasen sobre los techos y estátuas.

En aquella sazon se nos acercó uno de los sacerdotes para ofrecernos su deseo de servirnos. Dímosle gracias; pero Amintor nos dijo al oido, que en aquello no hacia mas que su obligacion, porque era uno de los ministros encargados de mostrar á los extrangeros las bellezas de la ciudad y del templo. Son incalculables los tesoros de este. Los reyes y los particulares, que solicitan respuestas del oráculo, envian, de todas partes, vasos, trípodes (*a*), redomas, estátuas, crisoles, y barras de oro. — Buena cosecha pudiera aqui cogerse, dijo Fánor en voz baja 72.

Hízonos mirar el sacerdote de Apolo, sobre el fronton del templo, las figuras de Latona, de Diana, de Apolo, de las Musas, del Sol saliente, de Baco, y de las Tíades. Veíanse, en los capiteles de las columnas, escudos de oro suspendidos, que eran gloriosos monumentos de la victoria de Maraton. „Esa trípode de oro, sostenida por un dragon de hierro, nos dijo el sacerdote, fue consagrada á Apolo, por todos los Griegos reunidos, despues de la batalla de Platea. Aquel lobo de bronce, que está junto al altar, es una ofrenda de los habitadores de Delfos. Un malva-

(*a*) El trípode era un vaso de tres pies. Los hay de dos especies: unos servian para los festines, y en ellos se mezclaba el agua con el vino, y otros servian para calentar el agua.

do saqueó el tesoro del templo, y fue á esconderse en el parage mas tenebroso del monte Parnaso. Durmióse en él, y un lobo lo devoró. Desde entonces, aquella bestia entraba todas las noches en la ciudad, y la atemorizaba con aullidos. Pareció sobrenatural aquella aparicion repetida. Siguiéronlo una noche, y hallaron el tesoro. En memoria, pues, de aquel suceso, consagraron á Apolo el lobo figurado en bronce."

„Ved allí, continuó el sacerdote, las estátuas de Biton y de Cleobis, que fueron famosos por su piedad filial y por su prodigiosa fuerza. Oid su historia. Celébrase anualmente en Argos una fiesta en honor de Juno. Una lucidísima procesion, precedida de cien bueyes adornados de guirnaldas y destinados para los sacrificios y para las comidas de los asistentes, va solemnemente desde la ciudad hasta el templo de la diosa: unos jóvenes Argivos, ó naturales de Argos, cubiertos de armas resplandecientes, acompañan y protegen aquella pompa: al llegar depositan sus armas sobre el altar. La gran sacerdotisa cierra la marcha sobre un carro tirado por dos bueyes hermosos blancos como la nieve.

Cídipa, madre de Biton y de Cleobis, que entonces era gran sacerdotisa, vió desfilar la procesion cuando los bueyes que habian de llevarla todavía estaban en el campo.

Instaba la hora, y la sacerdotisa moria de pena. Conmovidos ambos hermanos de ver tan apesadumbrada á su madre se uncieron ellos mismos al carro y la llevaron hasta el templo, que distaba cuarenta y cinco estadios (*a*). Llegó Cídipa triunfante entre los gritos de admiracion y la algazara alegre que excitó la piedad de ambos hermanos y la felicidad de una madre que tales hijos tenia. Esta, que lloraba de ternura y de gozo, puesta en pie delante de la estátua de Juno la rogó que concediese á sus hijos la mayor dicha que pudiese conseguir un mortal. Acabado el sacrificio y el festin se durmieron los dos jóvenes en el templo y no despertaron mas. Con aquel suceso dieron á conocer los dioses que la muerte es el término afortunado de la vida. Los Argivos, que miraban á Biton y á Cleobis como á unos favorecidos de los dioses, mandaron erigir sus estátuas en este templo."

Amintor y el sacerdote, mostrándonos las estátuas, nos contaron muchos milagros suyos. ,,La una habia meneado los ojos; la otra habia hablado; aquella habia movido la cabeza; y la otra, que estaba sentada, se habia mantenido en pie una hora entera." Reparé que una no tenia ojos. ,,Esa estátua, me dijo el sacerdote, es la

(*a*) Una legua y tres cuartos.

de un espartano; y dos ó tres dias antes de que él muriese se le cayeron á ella los ojos." „Todos estos prodigios, afirmaba el sacerdote, son de la mayor autenticidad, porque los han presenciado mil testigos." Lo cual apoyó Amintor con toda su persuasion.

Examinamos la estátua de Apolo, que era de oro, y su labor superior á la materia.

Nos contó el sacerdote el origen del oráculo. „Unas cabras, que iban descarriadas por el monte Parnaso, se acercaron á un respiradero, que exhalaba vapores mefíticos: diéronlas convulsiones, y se pusieron á saltar y á triscar como si estuviesen embriagadas. Notaron aquel prodigio; y quisieron unos hombres ensayarlo. Inmediatamente se les vió saltar, caracolear y hacer contorsiones y profirieron palabras vagas y sin orden. Recogiéronlos. Averiguaron que sus palabras eran predicciones, y se dedujo de ello que los vapores del antro eran soplos proféticos de los dioses. Fabricóse el templo sobre el respiradero que está colocado en el centro del santuario; y sobre aquella abertura se pone la trípode en que sube la Pitonisa."

„Venid á ver, nos dijo, la roca de Hiampia, de la que fue precipitado aquel Esopo tan famoso por sus fábulas. Creso lo envió aqui cargado de oro, para ofrecer á Apolo un magnífico sacrificio y distri-

buir cuatro minas á cada Delfo. Esopo, que quedó descontento de ellos, hizo el sacrificio y envió el dinero á Sardes. Irritados los Delfos, lo acusaron de sacrílego y lo condenaron al mencionado suplicio.

La víspera del dia en que habia de hablar el oráculo toda la ciudad, mientras la noche, resonó con cantos y gritos alegres y con músicas instrumentales. Mandóse que al dia siguiente, no se comiese mas que queso y tortas hechas con la flor de la harina.

Muy de madrugada nos coronamos de laurel, y llevando en las manos ramos atados con cordones de lana blanca, subimos al templo con una inmensa turba. Unos querian consultar al dios; y otros iban llevados de la curiosidad ó de la devocion. Cada uno de los consultantes presentaba sus víctimas que erán cabras, corderos ó terneras. La nuestra era un toro de pocos años. Vimos temblar el laurel que está delante de la puerta: tembló el templo hasta sus cimientos; y aquellas señales anunciaron la presencia del dios.

Un sacerdote nos purificó, á la puerta, con agua lustral. Dímosle nuestras preguntas por escrito, y le presentamos nuestra víctima. Los sacrificadores, adornados con cintas y coronas, con los pies desnudos, los cabellos sueltos y las túnicas desceñidas, la pusieron bajo el cuchillo sagrado,

consultaron religiosamente sus palpitantes entrañas y declararon favorables los agüeros. Introdujéronnos á una capilla. El suavísimo olor de los perfumes que nos circundaron, nos anunció el favor del dios. Aseguráronnos de que ninguno sabia el instante en que se difundian los olores. En esto vimos llegar á los Delfos. Los mas entraron con recogimiento y con los ojos bajos: unos oraban en pie y otros de rodillas. Amintor se prosternó y besó la tierra. Algunos, que llevaban ramos en las manos, los levantaban hácia el cielo, y otros besaban sus mismas manos y luego las extendian hácia la estátua del dios. Amintor nos dijo que cuando se hacian homenages á los dioses infernales se golpeaba en tierra, con los pies ó con las manos, para avisarles.

Llevónos un sacerdote al santuario, ó mas bien á la caberna de donde se exhalaba el vapor: estaba todo el contorno tan cargado de ofrendas y tan obscurecida la claridad con el humo de los perfumes é inciensos y con las emanaciones de la caverna, que nada podíamos distinguir. La misma trípode estaba tapada con ramas de laurel y con la piel de la serpiente Piton. La Pitonisa se habia preparado, tres dias antes, con purificaciones, ayunos y sacrificios. Aquella mañana se bañó en la fuente Castalia, se lavó los pies y las manos, bebió

una cierta cantidad de agua y mascó hojas de laurel cojidas junto á la misma fuente. Terminados aquellos ritos, entró acompañada de dos sacerdotes y de los santos. Vimos una mugercilla flaca, acartonada, macilenta, mal vestida, lívida, apesarada y de unos sesenta años de edad, que llevaba ceñida la frente con una venda y la cabeza coronada de laurel. Echó ella misma sobre el fuego sagrado algunas hojas mezcladas con harina de cebada. Bebió de una agua que descubria lo futuro y se arrimó á la trípode; pero se rehusó obstinadamente á subir á ella. Valiéronse los sacerdotes de amenazas y de violencias para que obedeciese [73]. Sentóse sobre el orificio del respiradero y se dejó penetrar bien del vapor profético. De alli á poco la vimos agitarse, encenderse y espumar: hinchósela el pecho y prorumpió en lastimosos chillidos y en gemidos espantosos; y no pudiendo resistir mas á la obsesion del Dios, quiso bajarse de la trípode; pero los dos sacerdotes la tuvieron en ella por fuerza. Entonces se desgarró el velo y la venda, dió una especie de aullidos horrorosos, y pronunció con el hueco del pecho (porque las Pitonisas no hablan con la boca) algunas como palabras, que los sacerdotes recogieron apresuradamente. Despues se bajó extenuada y casi moribunda [74].

Diéronnos los sacrificadores por escrito

la respuesta del oráculo. Amintor nos felicitó por el favor que debíamos á los dioses, diciéndonos que las entrañas de las víctimas eran sanísimas. — „Tanto mejor para los ministros, repuso Fánor, pues con eso cenarán bien.”

Asi que nos dejó Amintor, leímos nuestras respuestas. Yo habia preguntado en mi billete, ¿si viviria mucho tiempo? La respuesta fue: „*Se coge la uva antes que la aceituna.*”

Fánor quiso saber ¿si seria feliz en el matrimonio? Respondió el oráculo:

„*Hijo mio, los bueyes uncidos abren la tierra para que los campos produzcan frutos.*”

Estuvimos mucho tiempo buscando el sentido de aquellos enigmas; pero Apolo los cubrió con un misterioso velo (*a*). Penetramos bien que los sacerdotes no comprometian la prevision del dios con semejantes profecías.

Bajando del templo nos encontramos con dos amantes jóvenes que subian: ambos estaban en su adolescencia, y ambos eran de personal agraciado y atractivo. La jovencita llevaba una cabra y el amante un cordero. Preguntámosles ¿sobre qué punto iban á consultar al oráculo? — „Sobre saber, dijo el mocito, si haremos bien en

(*a*) *Caliginosa nocte premit deus.*

casarnos. — ¿Os amais mucho? — Mucho, mucho, respondieron á una. — ¿Pues por qué temeis uniros? — Porque somos pobres. — Mas pobres sereis en habiendo dado la cabra y el cordero. — Verdad es, señores. — Pues bien: guardad esos dones para vuestra casa; y ya que os amais no consulteis mas que con el dios del amor que favorece los matrimonios formados bajo sus auspicios." Acompañamos los buenos consejos con algunos dones pecuniarios. Atuviéronse á nuestro oráculo y nos prometieron casarse al dia siguiente [76].

## CAPITULO XLVI.

### *Carta de Lastenia.*

Recibí en delfos una carta de Lastenia.

,, Alegría y prosperidad.

No borra el tiempo la sabrosa memoria de nuestros amores. La felicidad pasada perjudica al sosiego y á la dulzura del tiempo presente. ¡Qué soledad me circunda! Mi único consuelo son la filosofía y la amistad. Desechemos esas ideas tristes y entremos en Atenas. No sé si aprobarás el pasage del filósofo Abauco. El otro dia se le pegó fuego á la casa. Avisáronle del incendio y acudió al socorro de un amigo que tenia en ella con perjuicio de sus dos hijos y de su muger. Uno de sus hijos pe-

reció entre las llamas. Y cuando le preguntaron la razon de aquella preferencia: —,,Se rehace el hijo, respondió, pero no el amigo."

,,Pocas noticias te daré relativas al gobierno y á la política. El pueblo siempre es el mismo, esto es, se deja adormecer por el manejo y por las adulaciones de sus demagogos. En tiempo de Solon atendia el pueblo á sus ocupaciones diarias, y su personal interes le desviaba de ir á gastar su tiempo en las juntas generales. Desde que obtuvo el derecho de asistencia corre á ellas de tropel y apartan con insolencia á los ricos y á los ciudadanos distinguidos, los cuales hacen calle para no verse expuestos á humillaciones y á violencias. Pasa los dias enteros en las plazas públicas oyendo á los novelistas y preguntando qué hay de nuevo. Este pueblo es sensible; pero ligero, distraido, disipado y crédulo. En este instante hay fermentacion y tumulto, que son los frutos infalibles de un estado democrático. Yo me oculto en el campo siguiendo aquel precepto de Pitágoras: ,,En la tempestad adorad al eco."

,,A falta de noticias políticas te hablaré de nuestros filósofos."

¿Has conocido á Protágoras? Los magistrados lo han desterrado y condenado al fuego su última obra en la que se atreve á decir: ,,Que no puede asegurar si hay

dioses. Entre las cosas, dice, que me impiden el saberlo cuento, en primer lugar, la duda que sobre esto se forma y la brevedad de la vida humana."

,,Otra opinion suya es que el alma no es diferente de los sentidos. ¡Ve ahí el absurdo del puro materialismo! ¡Cuántas tinieblas! ¡cuántas incertidumbres!.... ¿Quién soy? ¿de dónde vengo? ¿dónde voy?.... ¡Qué profundo y eterno motivo de disputas y de meditaciones 77!

,,El colegio de los sacerdotes se ha sublevado contra Anaxágoras, aquel sabio á quien oistes decir, ,,que preferia una gota de saber á muchos toneles de oro." Lo acusan de irreligioso; sin embargo de que reconoce una suprema inteligencia que ha desembrollado el caos. Ha sido condenado á morir por contumacia. Asi que le intimaron su sentencia respondió con sosiego: ,,Mucho tiempo ha que la naturaleza pronunció la sentencia misma contra mis jueces y contra mí."

,,Acabamos de saber la muerte de la tan famosa Lais: la cuentan de varias maneras. Unos aseguran que se habia ido con un jóven á Tesalia y que las mugeres de aquel pais, habiéndola atraido á un templo de Venus, la mataron á pedradas. Otros dicen que dejó la vida en el campo del amor. Ya entraba en el otoño de su vida. Aseguran que, por no dejar de ser

útil, se hizo proxeneta."

„No sé si tienes presentes los versos que la hicieron cuando fue á depositar su espejo al templo de Venus. Decian asi:

„Dedícoselo á Venus
„Porque es la mas hermosa,
„Y porque él es tan libre,
„Que profiere verdades no lisonjas.
„En ese fiel espejo,
„De desengaños norma,
„No podré ya mirarme
„Ni como fui, ni como soy ahora."

„Mi sexo aborrece la vejez: mas con todo soy de dictámen que los libros, las ocupaciones, la salud, los gustos inocentes y asequibles, y las dulzuras de la amistad, pueden suplir el brillo frívolo y pasagero de la juventud y de la hermosura."

„El filósofo Cleantes se ha ido de este mundo de una manera que dicen unos que es extravagante y otros que es filosófica. Estaba enfermo y su médico le prescribió la dieta. Mejoróse y le permitió comer. Vale poco, dijo, esto de continuar viviendo: ya que estamos en el camino sigámoslo." Con efecto se negó obstinadamente á comer y pereció de desfallecimiento. Este modo original de salir de esta vida me trae á la memoria la muerte de Demócrito. Cansado dicho filósofo de las enfermedades de

una vejez larga determinó matarse de hambre: asustóse su hermana y le suplicó que difiriera su muerte hasta pasadas las tres fiestas de Ceres. Por complacerla se alimentó con miel y vivió todavía algunos dias mas. — Encuentro en nuestros filósofos una mezcla de originalidad, de virtudes y desarreglos que me parecen incompatibles. Pero el amor propio da la solucion de este problema. He aqui, querido Antenor, las noticias que he podido recoger.

„Son entresacadas de las infinitas que corren diariamente por Atenas, pues la ociosidad es parlera y curiosa.... Pero ¡qué ausencia tan amarga!.... Me olvidava de la conversacion milagrosa de Polemon, este era uno de aquellos libertinos chistosos de que hormiguea Atenas, el cual cifraba la suprema felicidad en satisfacer los sentidos y en una vida regalona, disoluta y ociosa: aunque tenia gran talento distaba mucho de imitar la sabiduría y el gusto de Epicuro y de Arístipo, los cuales, sin proscribir los placeres sensuales, colocan en la primera clase los del alma. Y á la verdad, ¿cuál puede ser la felicidad de un ser que se atrinchera dentro de las sensaciones físicas, y que, reducido á un sentimiento ciego y maquinal, no sabe multiplicar sus fruiciones con su delicadeza y con sus luces? Su felicidad es semejante á la de una ostra.

„ Volviendo á Polemon digo que habia pasado la noche en un festin en casa de la cortesana Tais. Cogióle el dia en la mesa. Salió de la casa embriagado de amor y de vino, con los cabellos sueltos, los pies vacilantes, el pecho desnudo y desabrochado, los borceguíes caidos, y la corona destrozada. En aquel estado advirtió que estaba abierta la escuela de Xenócrates. Entró, se sentó, escuchó unos instantes al filósofo, se burló de él y de sus discípulos y le dijo: que él daria toda su moral y todos sus bellos preceptos por un vaso de vino de Chio, ó por una caricia de Tais. Xenócrates no se descompuso y empezó á hablar de la templanza y de la modestia. Primeramente abatió el filósofo con su gravedad la petulancia del licencioso jóven y despues fijó su atencion: escuchó el mozo, se sintió movido y se corrió de su desordenado trage: vióselc, á medida que Xenócrates hablaba, conturbarse, bajarse como al descuido, componerse los borceguíes, taparse los desnudos brazos con la capa y hacer añicos la corona. Desde aquel momento entabló una vida muy austera: no ha querido probar mas vino: procura llevar adelante con constancia su nuevo género de vida y sus progresos son tan rápidos que habiéndole, últimamente, mordido un perro, al parecer rabioso, se quedó sereno y como impasible en medio de mil perso-

mas asustadas. Ama la soledad tanto como amó la disipacion. Su filosofía es práctica. Dice que conviene mas hacer que especular. Se ha retirado á un jardinillo; y sus discípulos (porque ya los tiene) fabrican chozas alrededor de la suya. Su edad es de treinta años.

,, Acaban de decirme que va á representarse en la plaza una escena que promete ser chistosa. Voy allá corriendo; y á mi vuelta te hablaré de ella. A dios.

,, Heme aqui ya de vuelta: me he divertido y reido mucho. Primero es menester que conozcas al personage que ha entretenido al público á costa suya: es un autor cómico, llamado Anaxandrides, que llegó á esta ciudad despues de tu partida. Muchas de sus comedias tuvieron fortuna, porque introdujo en ellas manejos ocultos de amor y muchachas engañadas llorando la pérdida de su mas estimada joya. Estas novedades tuvieron buen éxito. Pero es de aquellos que no corrigen sus obras, y por aqui inferirás de su mérito cuando se leen: con todo eso se resiste á la censura y la rechaza con acritud: esta casta de vanidad presuntuosa es el punto dominante de su carácter. Ostenta un gran lujo; cuida muchísimo de su pelo; lleva un vestido de púrpura con franjas de oro; y como es de bella estatura y de buena cara, se recomienda con su exterior. La escena que

acaba de representársenos pinta muy al natural su jactancia, y da á su retrato la última mano. Anunció al público que leeria una comedia bajo el pórtico del Rey 78. Acudió infinita gente. Llegó él magníficamente vestido y montado en un caballo hermoso. Leyó su comedia sin desmontarse. Primeramente lo aplaudieron, y le salieron al rostro las señales del contento; pero hácia la mitad de la lectura perturbaron su gozo algunas señas de reprobacion. Dió una ojeada de cólera al pueblo, el cual fue tan complaciente que calló; pero como otro nuevo murmullo hiriese las orejas delicadas de aquel poeta hizo inmediatame pedazos su manuscrito y se retiró muy altivo, sin salir del paso, por entre la grita, silbidos y risadas de la multitud.

„ A dios, amable amigo mio: no cesaria de escribirte si siguiera los impulsos de mi corazon: una ilusion .dichosísima te tiene presente á mi pensamiento: estás junto á mí y te hablo: lágrimas de ternura se me escapan de los ojos. Yo no sé si es error, pero me parece que todos los objetos tienen sobre sí el velo de mi tristeza, y tambien que la naturaleza toda participa de mi luto. ¡ Ay, amado Antenor mio! ¡ cómo mudaria todo á tu aspecto! ¡ la noche mas obscura resplandeciera como el dia mas claro!.... La salud de Arístipo

continúa siendo lánguida; pero como la disolucion se hace sin dolor y sin esfuerzos, juega, por decirlo asi, con la muerte: se aprovecha, en cuanto puede, de la poca vida que le queda; pero su indiferencia sobre este término último no minora mi inquietud. La idea de una eterna separacion es muy amarga. Pásalo bien: sé feliz."

Esta carta despertó mi amor y mis penas y caí en la melancolía. El tedio de la vida oprimió mi alma. Fánor se esforzó á disiparme con sus chistes, con las caricias de la amistad y con las máximas de la filosofía; y para mejor distraerme apresuró nuestra marcha á Esparta.

Despedímonos del piadoso Amintor, quien purgó su casa de nosotros con gran gusto. No dudo de que despues de nuestra partida la purificaria, porque nos miraba como á unos profanos atestados de sofismas y de impiedades.

## CAPITULO XLVII.

*Parten para Lacedemonia. Pasan por Daulis y por Corinto. Fiesta de Diana. Se embarcan con Diágoras, llegan á Epidaura, y entran en la Laconia.*

Partimos para aquella ciudad tan famosa cuyas costumbres, leyes y usos eran tan

contrarios á los de la Grecia, y especialmente á los de Atenas.

Sobre el camino de Delfos á Daulis se halla un camino que se abre ó se divide: está manchado con la sangre de Laio. Alli fue donde Œdipo tuvo la desgracia de encontrar y de matar á su padre, el cual fue enterrado en el mismo sitio juntamente con el criado que lo acompañaba. Unas hermosas piedras cortadas y puestas unas sobre otras son todo el ornamento de aquel sepulcro. No pudimos arrimarnos sin estremecernos de horror. ¡Qué terribles memorias nos renovaba aquella funesta aventura!

Daulis no está muy poblada; pero sus habitadores pasan por los hombres de mayor estatura y de mayor robusted de la Fócida. Testigo fue aquella ciudad de una venganza tremenda. Unas mugeres asesinaron al hijo de Tereo y le sirvieron al padre los miembros en un festin. Fue el de las Euménides.

Proseguimos nuestro camino viajando como acostumbrábamos ya á pie y ya á caballo, y llegamos á Corinto llenos de alegria, de vida y de salud.

El istmo de Corinto une el Peloponeso á lo restante de la Grecia. Ocupa la ciudad el centro del istmo; y se cuentan, á poco mas ó menos, sesenta estadios por los dos lados hasta los dos mares. Está fabricada

sobre el lomo de una colina. Decóranla muchos edificios públicos y particulares. El teatro, que es donde el pueblo se junta para los negocios de estado, es un monumento magnífico. El estadio está fabricado con mármol blanco. Un paseo delicioso guia desde el estadio al templo de Neptuno: por un lado está orillado con estátuas que representan los atletas vencedores en los juegos ístmicos; y por el otro con pinos alineados á cordel. Mostráronnos los baños donde la hermosa Helena acostumbraba reposar sus delicados miembros. Llámanse los baños de Helena. Es un manantial abundante de agua caliente y salada que cae en el mar desde lo alto de una roca.

Vimos con gusto otra fuente adornada con un Neptuno de bronce que tiene á sus pies un delfin que vierte el agua en un tazon grande. Está la fuente circundada con las estátuas de Apolo, de Venus, de dos Mercurios y de tres estátuas de Júpiter.

En medio de la plaza se levanta sobre un pedestal la diosa de las artes y de la sabiduría. La musas, fieles compañeras suyas, estan á sus pies, grabadas en bajos relieves.

La fuente de Pirene atrajo nuestra atencion, y nos movió á compadecer la suerte de la desgraciada que la dió su nombre. Las flechas de Diana mataron á su hijo en la caza. Fue tanto el despecho de Piren

y tantas las lágrimas que vertió que quedó transformada en fuente: está revestida de mármol blanco, rodeada de unas grutillas: muy cerca de allí, como para suavizar sus penas, colocaron al mas amable de entre los dioses adornado con todas las gracias de la juventud, esto es, á Apolo: está circundado con una pared á la altura del pecho donde esculpieron la pelea de Ulises con los amantes de Penélope.

Despues de comer cuando los céfiros nos trajeron algun poco de frescura subimos á la colina sobre que está situada la ciudadela. Se encuentra al entrar el templo de Venus. Su estátua, que está cubierta de armas resplandecientes, se ve colocada entre la del Amor y la del Sol. El culto de este astro fue primero entre los Corintos que el de Venus. Desde aquella elevacion parece que la diosa domina con sus miradas la tierra y el mar. Nosotros, sin aspirar á imperio alguno, paseábamos las nuestras por ambos golfos en que vienen á espirar las olas jugueteando. Abrazaba nuestra vista las montañas del Parnaso y de Helicona, y descansaba deliciosamente sobre la ciudadela de Atenas y sobre las ricas campiñas de Sicione.

Infinitos baños públicos y abundantes manantiales hacen de Corinto una encantadora morada. Admiró particularmente Fánor la hermosura de las mugeres. Las Co-

rintias, que nacen naturalmente voluptuosas, aman las artes y los placeres, y honran mucho á las cortesanas, porque las miran como sacerdotisas de Venus. Despues de la retirada de Xerxes atribuyeron á su intercesion la salud de la república; y aquel Capitan las hizo retratar en un cuadro del mismo modo que los Atenienses retrataron á sus Generales despues de la batalla de Maraton. Ambos pueblos estan preocupados á favor de su patria. Sostienen los Atenienses que los dioses se disputaron el Atica; y los Corintios que el Sol y Neptuno tuvieron la misma contestacion sobre su pais.

Convidáronnos á la fiesta de Diana en el puerto de Cencrea. Estábamos muy cerca de la primavera. Parecia que la tierra se sonreia de amor y de placer. El dia de la fiesta hubiérase dicho que era la fiesta de la naturaleza. Hizo esta alarde de todas sus riquezas: la yerba que brotaba y que es tan agradable á la vista se extendia por las llanuras: los árboles se adornaban con hojas y flores: las olas del mar, lentas y pacíficas venian con suave murmullo á morir á la orilla; y una turba inmensa inspirada por la alegría llenaba los caminos. Reunióse en el templo, desde donde la teoría (*a*), con grande aparato, se puso

(*a*) Procesion.

en marcha. Cada cual iba vestido á gusto de su capricho ó de su devocion: uno llevando un tahalí representaba un soldado: otro figuraba un cazador con venablo en la mano y sable en cinta: este vestido con todos los ornamentos del bello sexo y con zapatos dorados fingia el paso y el meneo de una muger: aquel se presentaba como un gladiator con botines, broquel, lanza y espada: su vecino iba andando como un magistrado vestido con una túnica de púrpura, llevando delante de sí las segures rodeadas de varas: otro disfrazado de filósofo se presentaba cón capa, palo, sandalias y barba espesa: aquellos se disfrazaban de pajareros y de pescadores: estos iban armados con anzuelos; y otros llevaban varetas dadas de liga. Pero lo que excitó mayores carcajadas fue la llegada de un oso doméstico, que traian en una silla y lo acompañaba un gimio con un bonete bordado en la cabeza y vestido con una túnica á la frigia de color de azafran; y llevaba en la mano una copa de oro, representando á Ganimedes. (Fánor dijo que era menester ponerle una guardia para que no fuese Júpiter á robarlo.) Vióse tambien un burro con alas acompañado de un anciano decrépito. La diosa protectora caminaba con toda su pompa en medio de aquel pueblo jovial tan extravagantemente enmascarado. Mugeres vestidas de blanco,

coronadas de flores, con diversas cosas en las manos, precedian á la diosa, é iban sembrando flores por el camino que llevaba. Muchas de ellas traian espejos colgados á la espalda para que Diana pudiese ver en ellos las imágenes de los que la acompañaban. Algunas gesticulaban con peines como si peinasen los cabellos de aquella divinidad. Otras derramaban gota á gota delante de ella bálsamos y aceites preciosos. Una inmensa turba, esparcida alrededor de la estátua, llevaba antorchas, hachas de cera, lámparas y toda suerte de luces artificiales. El aire resonaba con las voces y con las flautas de los músicos: una juventud lucida vestida de blanco cantaba alternativamente versos religiosos que explicaban el motivo de aquella fiesta. Unas guardias separaban el pueblo y abrian el camino á los simulacros de los dioses. Despues seguian los iniciados en los sagrados misterios vestidos con unas ropas de lino blanquísimo. Las mugeres llevaban los cabellos perfumados con esencias y envueltos en una gasa. La cabeza de los hombres iba rasa y reluciente. Aquella tropa sagrada con sistros de bronce, de plata y aun de oro, hacian un extraordinario ruido. Seguian luego los principales ministros de la diosa tambien con vestidos de lino blanco que les bajaban hasta los pies:

El primer sacerdote llevaba una lámpara

de oro hecha en figura de góndola. El segundo llevaba unos altarillos llamados el socorro. El tercero mostraba el caducéo de Mercurio con una palma, cuyas hojas eran de oro. El cuarto llevaba en el aire una mano izquierda, símbolo de la justicia; y tambien un vaso de oro que figuraba un pecho lleno de leche y derramándola. Y el quinto sostenia un becerro de oro, con muchas ramillas del mismo metal. A estos seguian los dioses inmediatamente llevados en hombros. Uno con cabeza de perro que era Anubis. Otro que era el mensagero de los dioses con el caducéo en una mano, y una palma verde en la otra. Despues se veia una vaca, levantada sobre sus pies, que era figura de la diosa madre fecunda de todas las cosas: uno de los sacerdotes la llevaba pomposamente sobre sus espaldas. En manos de otro iba una canastilla que contenia los secretos y los misterios de la religion. Y otro llevaba una urnita de oro, redonda por abajo, sobre la cual estaban grabados los geroglíficos de los Egipcios. Dicha urna representaba la divinidad y denotaba lo sublime de la religion, cuyos misterios deben ser impenetrables.

Despues de una carrera bastante larga, acompañada de las vivas aclamaciones y votos del pueblo, llegaron á la orilla del mar y alli depositaron las imágenes de los dioses. El gran sacerdote, con ceremonias

augustas, consagró á la diosa un navío primorosamente construido y purificado con una antorcha ardiendo, con un huevo y con azufre. Leíanse en él, por todas partes, caracteres geroglíficos de Egipto: los votos de los navegantes estaban escritos, en letras mayúsculas, sobre la vela blanca del navío. Veíase sobre la popa un ganso esculpido de oro brillantísimo. El navío, que estaba delicadamente trabajado, era de madera de limonero. Los sacerdotes y el pueblo, á porfia, llevaban canastas de aromas y de otras muchas cosas de uso para los sacrificios y lo iban echando en el navío. Vertieron tambien en la mar una composicion hecha con leche y con otros líquidos. Ya que estuvo cargado el navío con tantas piadosas ofrendas levaron áncoras é inmediatamente un viento dulce y propicio hinchó las velas del bajel y lo alejó de la orilla. Luego que se le perdió de vista volvieron los sacerdotes á tomar las estátuas y toda la teoría regresó hácia el templo en el mismo orden y con las mismas muestras de gozo. A nuestra llegada, el gran sacerdote, los que llevaban las imágenes de los dioses y los iniciados entraron en el santuario y colocaron los dioses cada uno en su lugar. Uno de los pastóforos subió a un púlpito muy elevado é hizo deprecaciones por todos los asistentes y por la prosperidad de la navegacion y de la pa-

tria y acabó diciendo que todos podian retirarse. El pueblo respondió mostrando sus deseos de que aquella fiesta sirviese para el bien y utilidad de todo el mundo. Cada cual se volvió á su casa muy contento despues de haber besado los pies á la diosa y de haber echado ramas de olivo, verbena y coronas de flores, delante de su estátua. Mientras aquel largo paseo trabó conversacion Fánor con dos mugeres Corintias que eran madre é hija: esta de graciosa persona, y aquella de la edad de Hécuba cuando cayó en manos de Ulises. Prendado Fánor de las gracias de la muchacha Timandra, que así se llamaba, no le escaseó el incienso y las atenciones; y ella le correspondió con halagüeñas miradas y amables sonrisas. Ofreció á la madre acompañarlas á Corinto y ella aceptó, de lo cual quedó él satisfechísimo. Pero acabada la ceremonia se llegó á Timandra un sacerdote jóven: á su vista dió ella á entender que se alegraba; y esto entibió algo el amor naciente de Fánor; pero lo que mas lo amostazó fue que se vió descuidado y precisado á ponerse en conversacion con la madre. No obstante habia prometido acompañarla á Corinto. Para salir de su embarazo pretextó un voto hecho á Diana de purificarse siete veces en el mar segun el rito de Pitágoras. Díjole que iba á ejecutarlo, y que volveria á verla acabada la ceremonia. Pe-

ro en lugar de esto fue á buscarme y nos embarcamos inmediatamente para Epidaura.

Encontramos en nuestro navío á Diágoras, llamado el Ateo, cuya conversacion sábia é ingeniosa nos hizo la navegacion muy divertida. Contónos el suceso que le hizo abrazar el ateismo, porque él no se recataba de profesar este dogmático delirio. „Venor, nos dijo, me robó un poema: le cité en justicia: atrevióse á prestar el gran juramento temido aun de los mas malvados. Bajamos á los soterráneos del templo de Ceres y de Proserpina donde (hechos los acostumbrados sacrificios y cubierto el traidor con la capa de Proserpina y con una antorcha encendida en la mano), juró que le pertenecia la obra, puso á los dioses por testigos de su inocencia y pronunció horribles imprecaciones contra los perjuros. Al dia siguiente publicó el poema bajo su nombre y recogió el fruto y la gloria. Hasta entonces, continuó, habia yo sido supersticioso y devoto; pero cuando vi que los rayos de Júpiter dormian y que dejaban impune á aquel malvado no quise creer mas en los dioses.

Nuestra navegacion, que empezó feliz y pacífica, acabó tempestuosa. Enfurecíeronse los vientos, levantáronse montañas de agua y cada momento fue una amenaza de tragarse nuestra pobre nave. Marineros,

pasageros y oficiales, invocaron á gritos todos los dioses del mar, Neptuno, Tetis y Nerea. Diágoras, Fánor y yo, hechos una piña, aguardábamos nuestro destino sin clamar á los dioses. Espantados los marineros decian entre sí que bien merecian perecer por haberse embarcado con un Ateo. Oímos la conversacion y conocimos en la fisonomía de aquellos hombres que querian arrojar al mar á Diágoras y acaso á nosotros con él. Diágoras, que era incapaz de susto, les dijo con semblante sereno: — ,, Esos navíos que veis por ese mar ¿no padecen la misma borrasca? ¿estoy por ventura yo en cada uno de ellos? Andad, amigos mios: los dioses inmortales no conservan rencor: en todas esas naves hay abundancia de pícaros á quienes dejan vivir." — Aquella presencia de espíritu y aquel valor nos salvaron 79.

Asi que llegamos á Epidaura nos volvió á dar Diágoras escandalosas pruebas de su delincuente irreligion. Estábamos en un templo de Neptuno cuyas paredes se veian entapizadas con pintadas tablas ofrecidas por gentes libertadas de naufragios. — ,, Dudad por lo que veis, le dijo uno de los ministros, del poder de este dios. — Pero no veo aqui? le replicó Diágoras, las tablas de los que han perecido á pesar de sus votos y de sus ruegos." — En [illegible]a ocasion queriamos preparar la comida, pero nos

faltaba la leña. Reparó en una estátua vieja que representaba á Hércules: rompióla diciendo: „ Preciso es que hoy nos hagas cocer nuestra marmita; y este será el último de tus trabajos." — Aquella bufonada impía nos hizo reir á costa de Hércules mientras comíamos.

En un rapto de alegría causada por el vino, nos confió Diágoras que el Areópago de Atenas habia puesto á precio su cabeza, esto es, que habia ofrecido un talento á quien lo matase, y dos á quien lo entregase vivo. Esta confianza nos hizo menos agradable su compañía, porque temimos ser envueltos en la proscripcion; y asi luego que pudimos decentemente dejarlo nos despedimos de él.

La ciudad de Epidaura está consagrada á Esculapio; y he aqui la razon que de ello dan los habitadores. La hija de Flegias (que era uno de los mayores guerreros de su tiempo y amado de Apolo) se hizo embarazada, y para ocultárselo á su padre fue á parir ocultamente á las inmediaciones de Epidaura. Dejó su niño expuesto en un monte. Dióle de mamar una cabra, y el perro del mismo ganado fue su guarda. Un dia, que iba el cabrero buscando al perro y á la cabra, los encontró junto al mencionado niño. Quiso cargar con él; pero lo vió tan resplandeciente y despidiendo tantas luces que le pareció ver en él algo

de divino, y por respeto lo dejó. Inmediatamente publicó la fama que habia nacido un niño prodigioso que curaba á los enfermos y resucitaba á los muertos. Sobre la puerta del templo se lee esta inscripcion: *Solo á las almas puras se permite la entrada aqui.* La estátua del dios es de oro y de marfil: está representado sobre un trono, con un perro á los pies y un baston en la una mano, y la otra apoyada sobre la cabeza de una serpiente.

El bosque contiguo al templo está cercado: en su recinto no se permite que muera hombre alguno, ni que pára ninguna muger; y todo cuanto se sacrifica al dios debe ser alli mismo consumido. En la circunferencia del templo se han fabricado casas para los que van á implorarlo; y tambien hay una sala grande llena de camas en las que duermen los consultantes, despues de haber depositado sobre una mesa frutas, tortas y otras ofrendas. Fánor fingió una enfermedad para saber lo que se practicaba en casos semejantes. Uno de los ministros le mandó observar profundo silencio, no entregarse al sueño, y estar atento á los que le enviase el dios. Dicho esto apagó las luces y se llevó las ofrendas.

Al dia siguiente me dijo Fánor, que no habia tenido sueños, pero que habia oido el acento del creido Esculapio que le ordenaba, para su curacion, ir á tomar, por

tiempo de tres meses, los aires de Coo, que era la patria de Hipócrates. Prometióse Fánor tener salud, sin hacer el viage; pero una muger de Lesbos me aseguró que habia visto en sueños al mismo dios, quien le puso la mano sobre el pecho, y que desde entonces no volvió á sentir mas dolores de estómago.

Las serpientes estan consagradas á Esculapio. Los sacerdotes crian una en lo interior del templo, la cual obedece á su voz, se les enrosca al cuerpo, y recibe el alimento de su misma mano. Díjosenos que rara vez salia la serpiente; pero fuimos tan dichosos que se dignó mostrársenos en las calles de Fpidaura mientras alli estuvimos. Paseóse magestuosamente por ellas; y como su aparicion es de bonísimo agüero, se veia pintado el gozo en todos los semblantes. Se arrodillaban delante de ella, la invocaban, y algunos la creian el dios mismo. — Asi como se dice que no hay absurdo que no haya entrado en la cabeza de algun filósofo, puede decirse tambien que no hay necedad que no haya infectado al entendimiento humano.

Los Epidauros celebran anualmente magníficas funciones en honor de Esculapio. Se ven en los bosques infinitas columnas en que estan escritos los nombres de los que ha curado el dios, la especie de sus enfermedades, y los medios de su cura-

cion. Junto á la ciudad hay un bosque consagrado á Diana, donde está representada en trage de cazadora.

Continuamos nuestro camino por tierra para Esparta. El apetito y la alegria fueron nuestros fieles compañeros de viage. Los chistes de Fánor eran inagotables cuando no estaba enamorado; pero en sus accesos amorosos se le modificaba singularmente el carácter; y se alimentaba con plantas y con suspiros; mas, por fortuna suya y de sus amigos, sus calenturas amorosas eran intermitentes: una mirada las encendia, y un dia de ausencia las apagaba. La amable Teofánia estaba ya en la misma clase que la suspirada Teana, esto es, que las aguas del Letéo habian echado de su corazon á una y á otra. Contóme que, á los catorce años de su edad, se apasionó por una estátua de Venus; y como un nuevo Pigmalion la adornaba con flores, suspiraba á sus pies, la componia versos, y aun solia abrazarla; pero un dia, que la apretó sobradamente, perdió la estátua su equilibrio, cayó sobre él y por poco no le mata; con lo cual quedó curado de su amor.

Llegamos tardísimo á Helos, cuyos habitadores, reducidos á esclavitud por los Espartanos, tomaron el nombre de Helótas ó Ilótas. Salimos de alli muy de madrugada, porque aquel pueblo es la imágen de la servidumbre. Al llegar á las monta-

ñas, que hacen frente al Eurotas, divisamos á un hombre que luchaba, cuerpo á cuerpo, y con mucho brio, con un lobo enorme. Corrimos á socorrerlo dando grandes voces; y espantado el lobo, soltó la presa y huyó. Creimos encontrar á su adversario pálido, trémulo y agotado de fuerzas; pero lo hallamos, al contrario, colérico y dispuesto á perseguir á la fiera, la cual se hallaba ya muy lejos de allí. Estaba aquel hombre todo ensangrentado, y se lo advertimos asi. — „Esto no es nada, respondió friamente: tengo dos heridas." — Le instamos para que se dejara curar. Convínose á ello; y despues nos preguntó ¿dónde íbamos? „Somos, le respondimos, unos Griegos ansiosos de ver y de conocer á Esparta, aquella célebre ciudad llamada tan justamente el ojo de la Grecia. — Iremos juntos, replicó: soy Espartano: me llamo Démonax: os alojareis en mi casa: en otros tiempos no recibíamos extrangeros; pero ya acabó ese tiempo." — Aceptamos su oferta tan lacónicamente como él la hizo.

La Laconia está cubierta de montes y de colinas, cuyos caminos son escarpadísimos; pero, de trecho en trecho, encontrábamos valles agradabilísimos, cuyo aspecto risueño nos indemnizaba del tedio y de la fatiga del camino. A medida de como adelantábamos descubríamos paises fértiles sem-

brados de collados pequeños. Démonax nos dijo que aquellos montecillos estaban hechos de manos de hombres, y que contenian las cenizas de los principales gefes de la nacion. Pasamos el Eurotas por el mismo vado por donde lo atravesó Epaminóndas al frente de sesenta mil hombres. Démonax nos mostró, y todavía con irritacion, las devastaciones con que aquel héroe fue señalando su paso hasta las mismas puertas de Esparta.

Corre el Eurotas por entre bosquecillos de mirto y de laurel: el valle que recorre está sembrado de pagos de viñas, de calles de plátanos, de llanadas de olivos, de jardines y de casas de placer. El rio está casi cubierto de blanquísimos cisnes que se pasean por él pomposamente.

Trepando por una montaña vimos que tambien solia habitar la felicidad en los sitios agrestes y solitarios, y que Epicuro tenia razon de decir: „ *Si quieres ser dichoso oculta tu vida* 80. "

## CAPITULO XLVIII.

*Descansan en casa de una buena muger. Sus costumbres. Su vida. Historia de Alcandro.*

Ardia el sol en su mayor altura y la tierra despedia fuego. Caminábamos, ó por

mejor decir, arrastrábamos nuestra humanidad fatigados de sed y de calor: solo Démonax andaba con paso incansable. Encontramos sobre el camino á una vieja que, sentada al pie de un árbol, guardaba unas cabras. Convidónos á que reposáramos en su habitacion y á beber leche de sus cabras. Hízolo con tanto afecto é instancia que hubimos de aceptar. Nos mostró su casita, ó mas bien su cabaña, y la seguimos.

Su habitacioncilla, fabricada sobre la pendiente de una colina, consistia en un establo para sus cabras y gallinas, y en dos cuartitos: enfrente tenia dos higueras viejas que la daban sombra y fruta. Higos, legumbres, cabras, y algunas colmenas, eran todas sus riquezas y su imperio. Aquella nueva Baucis se afanó y se agitó para servirnos su colacion, que consistió en queso y en un vaso de leche y de miel. La mesa de piedra estaba bajo una de las higueras. Díjonos que, sobre aquella misma piedra, habia dado un desayuno al Rey Agesilao. — ¡Pues cómo, exclamó Démonax, si ha ya setenta y seis años que murió! — Ignoro cuando fue su muerte, repuso la anciana; pero estoy segura de haberlo visto aqui muchísimo tiempo ha. Todavía le tengo bien presente en mi memoria: era de pequeña estatura, cojo, y carecia de la magestad de Rey; pero cuan-

do hablaba, se le conocia que era un grande hombre y un digno Espartano. — ¿Qué año pasó por aqui? la preguntó Démonax. — „No me acuerdo, respondió la vieja; pero lo hallareis escrito sobre la piedra en que estais sentado." Leyó Démonax, y vió que habia ya ochenta y seis años. Pregunté á Teodora, que asi se llamaba aquella muger, la edad que entonces tenia. — Tendria yo unos veinte y dos años, respondió: fue un año despues de mi casamiento. — ¿Con que tendreis, la repliqué, ciento y siete años? — „No sé; pero ha ya mucho tiempo que estoy sobre la tierra." — Admiramos aquella larga existencia. La dábamos, á lo mas, ochenta años. Conservaba todos sus sentidos, andaba con paso firme, y apenas inclinaba el cuerpo. Excitó mi curiosidad y la hice mil preguntas. — ¿Vivis sola en este despoblado? — Vivo con mis cabras y con mi perro. Tengo una nieta casada, á dos estadios de aqui, y viene por mis quesos y por mi miel para llevárselos á la ciudad. — ¿Y desde cuando habitais esta soledad? — De mas de ochenta años á esta parte; y solo una vez he salido de mi casita para ir á Esparta. — ¿De qué os alimentais? — De la leche de mis cabras y de la miel de mis colmenas. Con lo superfluo hago ahorros para regalar á mis biznietos. — ¿Estais contenta? ¿no deseais nada? — Deseo que esto me dure

mucho tiempo; bien que como yo sé que es preciso morir, estoy resignada, y vendrá la muerte cuando quisiere Júpiter. Dícese que hay muchos males y pesares sobre la tierra: yo no sé como será eso, porque Júpiter es dueño de hacernos á todos dichosos. En cuanto á mí no tengo de que quejarme, jamas he estado enferma, ni he tenido mas que una pesadumbre en toda mi vida, que fue cuando murió mi valeroso marido. ¡Ay de mí! ¡Qué muchacha era yo todavía! Pero como murió por la patria fue menor mi pesar." La preguntó Démonax: ¿en qué batalla habia muerto? _ En el sitio de una ciudad muy grande, que era enemiga de Esparta, respondió la vieja: he olvidado su nombre; pero el General se llamaba Lisandro. _ Pues fue el sitio de Atenas, repuso Démonax: ese Lisandro era hombre muy hábil, pero peligroso por su ambicion y por sus máximas. Decia que á los hombres se les entretenia con palabras, como á los niños con juguetes: que la verdad es mejor que la mentira; pero que era menester emplear una y otra segun las ocasiones. _ ¿No habeis, pregunté á aquella muger, oido hablar de la guerra de los Titanes, del diluvio de Deucalion y de Pirra, del sitio de Troya, de Agamenon, de Aquiles y de Hector? _ Nada de eso ha llegado á mi noticia, respondió la buena anciana: ni

me cuido de saber si esos eran pastores, ó músicos, ó sacerdotes. Por lo demas yo respeto á los dioses, no hago mal á nadie; sino al contrario, doy leche de mis cabras á cuantos pasan por aqui; con que, ¿qué tengo que temer? — Y ¿querríais empezar á vivir para continuar viviendo como hasta ahora y haciendo las mismas pruebas? — Lo querria sin ninguna duda. — He aqui, dije entonces, el único ser racional que por ventura consentiria en esta proposicion. Amamos la vida por la esperanza de mejorar; pero la sitian sobradas espinas y males para desear renacer á condicion de pasar por las mismas situaciones.

Paseándome alrededor de la casa advertí las ruinas de un edificio grande, piedras, mármoles carcomidos por el tiempo, trozos de columnas, reliquias de entablamientos, cornisas &c. Busqué á Teodora y le pedí la explicacion de aquellas ruinas antiguas que recordaban el reinado del lujo y de la opulencia. — ,, Os la daré me dijo la buena anciana: esta cabaña, tan miserable hoy, fue en otro tiempo un palacio habitado por un rico: en mi juventud oí contar varias veces esta historia; pero á mi edad se pierden las memorias de todo." Démonax nos dijo entonces que todos los Espartanos sabian aquel suceso, y que él iba á contárnoslo.

,, Cuando nuestro gran legislador Licur-

go quiso reformar el gobierno y establecer la igualdad de fortunas, le opusieron los ricos una faccion temible. Alcandro, que era hombre opulento y ambiciosísimo, se puso á su frente, amotinó una parte del pueblo contra Licurgo, lo persiguió con un palo en la mano, le pegó con él y le reventó un ojo. La desgracia de tan grande hombre animó su partido: el mismo pueblo conoció su falta, y arrebatado por un movimiento contrario se arrojó sobre Alcandro; y ya iba á acabar con él cuando el mismo Licurgo, todavía chorreando sangre su herida, lo sacó de entre las manos de aquel pueblo irritado á fuerza de ruegos.

,,No pudo el orgulloso Alcandro habitar una ciudad de la cual estaban desterrados el lujo y los placeres, donde el menor ciudadano era su igual, y donde sentia su alma fatigada con el peso del agradecimiento. Retiróse á esta casa, que fue el último asilo del fausto y de la opulencia, con su muger y con su hijo único que tenia tres años. Su muger que era hermosa y sensible empleó los consejos de la razon, y los ruegos persuasivos y poderosos de la amistad para disipar sus pesares y alegrar su retiro.

,,Pero ni sus tiernas caricias, ni las sonrisas y gracias de su hijo, ni la vista del campo, ni su dulce sosiego, pudieron

suavizar y consolar aquella alma exasperada y altiva. (¡Desgraciado de él que no sabia vivir en el campo con la naturaleza y con tan dulce compañía). ¡Consumíalo el tedio, y se le aumentaba mas y mas el odio contra su patria. En fin luego que supo que Licurgo habia publicado una ley agraria y dividido la Laconia en treinta mil partes para los habitadores, y en nueve mil (con mas inmediacion á la ciudad) para los verdaderos Espartanos, no pudo sobrellevar aquella afrenta. Agitado, pues, por las furias dejó la cama una noche á deshora: su muger que estaba despierta, le preguntó con temor y sensibilidad: „¿Dónde vas, esposo mio? ¿Por qué me dejas? Si te afligen penas y tedios depósitalos en mi pecho, que yo entraré en ellos a la parte y te buscaré alivios." Alcandro la dijo secamente: „Cesen tus inquietudes, que yo no tengo mas pesar que el de no poder dormir, y voy á tomar el fresco." Entró en un gabinete inmediato, tomó á su hijo que dormia junto á su ama de leche, y escribió un papel, que entregó á un esclavo mandándole que no lo entregara á su muger hasta que se levantara. Mirad hácia la izquierda, continuó Démonax: reparad en aquella roca tan alta y escarpada: por ella trepó Alcandro hasta su cima, y desde alli se precipitó con su hijo, y quedaron ambos hechos pedazos.

„No viéndole su esposa de vuelta al amanecer se levantó. Dióla el esclavo la carta. Abrióla palpitándola el corazon de susto, y la leyó: decia asi: „Ya no existo: me era odiosa la vida y me he librado de ella: ¡ojalá que mi ingrata patria perezca como yo! Aborrézcola tanto que no quiero dejarla á mi hijo para que baje (habiendo nacido á ser dichoso y honrado) á la clase del último Espartano. A dios. Consuélate. Yo era digno de lástima. Ya no lo soy." — Leido este papel echó á correr despavorida y frenética de dolor á buscar las reliquias de su hijo y de su esposo. Acaso se lisonjeaba aun de salvarles la vida. Llegó al pie de la roca. ¡Qué cuadro vió tan horroroso! Vió á Alcandro con la cabeza partida en dos mitades, y vivo aun, bien que sin sentidos, y á su hijo al lado suyo deforme y destrozado. La desventurada fijó en ambos intensamente sus ojos; oprimiósela el corazon, y helósela la sangre; y aunque quiso hablar no pudo. Por fin salió un suspiro de lo íntimo de su alma, y fue el postrero. Cayó muerta sobre su mismo hijo.

„Luego que aquella noticia llegó á Esparta mandó el senado que se demoliese una casa que era monumento escandaloso de orgullo y de demencia."

Despues de esta narracion nos despedimos de aquella digna Baucis y la abraza-

mos deseándola que continuara gozando de vida tan pura y tan feliz.

Durante el camino fuimos hablando del carácter y de la situacion de aquella muger, que era virtuosa por instinto, que creia en los dioses por preocupacion, que vivia sin cuidado de lo futuro, que no la causaba pesares lo pasado, que limitaba sus fruiciones y sus placeres á algunas necesidades naturales y sencillas, que ceñia sus estudios y conocimientos al cuidado de sus cabras, que limitaba su ambicion á su prosperidad, y que vegetaba ignorada de todo el universo, y sin saber qué cosa era. Con todo nos pareció que acaso seria el individuo mas afortunado de la tierra. Habia seguido maquinalmente las máximas y la filosofía de nuestros sabios. — „ Admirais, pregunté á Fánor, la felicidad de esa buena muger? — La admiro, sin duda, Antenor. — ¿ Quisiérais, añadí á Fánor, tener la misma existencia, vivir solitario, desconocido, sumido en la ignorancia y en la pobreza, y en fin, ser dichoso al mismo precio? — No sé, Antenor; pero sospecho que no lo aceptaria con semejantes condiciones. — ¿ Por qué razon? — La ignoro. — Pues yo creo saberla, Fánor: es por vuestro amor propio: os tendríais por envilecido y degradado viéndoos pobre y sin talento ni erudicion. Pero lo cierto es que la primera ciencia del hombre y la mas escu-

cial es la de ser feliz. No debiéramos en este mundo para unos momentos de vida tratar de ser elocuentes oradores, escritores famosos, hábiles poetas, ni grandes capitanes; debiéramos, sí, tratar de ser felices. — De vuestro mismo dictámen soy, Antenor; pero á pesar de las voces de la razon ningun hombre de ingenio me parece que querria la felicidad de aquella buena vieja."

Interrumpiónos Démonax para mostrarnos la ciudad de Esparta. La saludamos desde lejos: está en lo hondo de un valle; y como nosotros empezásemos á admirar su posicion nos dijo Démonax: „En nada cede á ninguna ciudad del Peloponeso en cuanto á lo florido de las cercanías. Tiempo tenemos para recorrerlas y yo os serviré de mistagogo." Llevónos á un dédalo de bosquecillos y jardines: los emblemas, las divisas y las estátuas, no hablaban mas que de sucesos mitológicos relativos á las aventuras de Castor y de Pólux, de Hiacinta, de Leda, y particularmente de Helena, cuyo nombre estaba escrito sobre los mas de los plátanos: leíanse estas palabras: „*Veneradme porque soy el árbol de Helena.*" De jardin en jardin llegamos á la ciudad: al entrar en ella ni vimos barreras ni murallas. Pregunté á Démonax, ¿qué muros la protegian? „Nuestros brazos" me respondió. Estábamos fatigados: apagá-

base el crepúsculo; y fuimos á alojarnos á casa de nuestro conductor.

## CAPITULO XLIX.

*Descripcion de la ciudad de Esparta. Vestidos, costumbres, gimnasio, comida pública. Robo hecho á Fánor.*

Al dia siguiente recorrimos la ciudad conducidos por nuestro huésped (1).

La ciudad es redonda, y su terreno desigual está cortado por colinas: tiene cuarenta y ocho estadios de circuito, magnitud bien diferente de la de Atenas, que tiene cerca de ciento. Esparta, en aquella época, no contenia mas que ocho mil hombres en estado de llevar las armas. Está bajo la proteccion de Juno, como Samos, Argos y Micena. Creta está bajo la de Júpiter y Diana. Chipre y Pafos bajo la de Venus. Baco es el dios tutelar de Naxos. Vulcano de Lemnos. Delfos y Rodas estan protegidos por Apolo.

Maravillados quedamos de no ver mas que un agregado de casas pequeñas y bajas. Llegados á la plaza pública nos dijo Démonax: „Aqui es donde se congrega el senado de los ancianos en número de veinte y ocho, y el de los Eforos en número de cinco."

Desde alli fuimos á ver el mas bello edificio de la ciudad que es el pórtico de los Persas, asi llamado porque se fabricó con sus despojos. Vimos en él muchas estátuas de mármol blanco colocadas sobre columnas. ,, Esas estátuas, nos dijo nuestro huésped, representan todos los gefes del ejército bárbaro. Ved alli la de Mardomio que perdió la batalla de Maraton y de Platéa. Aqui está la de la Reina Artemisa, que peleó por Xerxes con tanto valor en Salamina."

Visitamos seguidamente muchos templos consagrados á la tierra, á Júpiter, á Minerva, á Neptuno, á Juno y á Apolo. Reparamos en una gran estátua. Démonax nos dijo que representaba al pueblo de Esparta. Un poco mas allá estaba el templo de las Parcas junto al cual se veía el sepulcro de Orestes.

Al salir de la plaza entramos en la calle de las Barreras, llamada asi porque Icario, padre de Penélope, cuando quiso casarla, la propuso por premio á aquel de sus amantes que aventajase á los otros en la carrera que se hizo en aquella calle. Ulises fue el vencedor.

Divisamos un templo antiguo en lo alto de una colina. ,, Está dedicado á Venus, dijo nuestra guia: su forma es singular: propiamente hablando son dos templos uno sobre otro. En el de abajo se venera á

á Morfo (*a*) ó Venus diosa de la hermosura; pero en el templo superior se dirigen súplicas á Venus tapada y encadenada que es imágen de la fidelidad que las mugeres deben á sus maridos."

Démonax nos llevó á Dromos que era un sitio destinado á la carrera de los jóvenes. Contiene dos gimnasios. A algunos pasos de Dromos se ve una estátua vieja de Hércules á los pies de la cual van los jóvenes á ofrecer sacrificios cuando salen de la adolescencia para entrar en la clase de hombres.

Fuera de Dromos y cerca de la estátua nos mostró una casa vieja que habia sido de Menelao, marido sobradamente desgraciado de la bella Helena. Esparta no tenia ciudadela, como la cadmea de Tebas ó Larisa en Argos: la colina mas alta servia de tal.

Los jóvenes que íbamos encontrando por nuestro camino llevaban la barba larga, los cabellos sueltos en toda su longitud, y divididos en dos ó tres trenzas que les caen sobre las espaldas: bajábanles hasta el pecho unos vigotes espesísimos; y en vez de la capa larga de los Atenienses cubren sus túnicas con una especie de casaca muy corta que es roja en

(*a*) Morfo significa forma, esto es, bello por excelencia.

tiempo de guerra, pero siempre desaseadísima y desgarrada. Un filósofo las llamó la capa del orgullo. Por zapatos llevan sandalias (en otro tiempo una ley de Licurgo los precisaba á ir descalzos), y en la cabeza una especie de sombrero en forma de Cono. Andan en silencio con los ojos bajos y las manos metidas bajo su casaquilla; y otros llevan en la mano un palo parecido á un báculo. Vimos pasar á muchos niños descalzos. — ¡Qué contraste, dije á Fánor, entre la delicadeza y la ostentacion de la juventud de Atenas (especialmente la de vuestro sacerdote Bapto) y la rusticidad de los Espartanos! — Por eso, interrumpió Fánor, le pude sacudir tan lindamente; y no creo que me seria tan fácil hacerlo con cualquiera de esos muchachones." En aquel instante pasaron por junto á nosotros tres muchachas con paso ágil y firme brotando salud, de alta estatura y de admirables proporciones: su peinado consistia en unos sombreros grandes tejidos con juncos del Eurótas: su vestido que era cortísimo las descubria las piernas. Dije entonces á Démonax: „He alli tres mugeres bellísimas. — Y lo mejor es, replicó Démonax, que no lo creen asi. — „Pues yo si que lo creo" repuso Fánor. Añadió nuestro huésped: „Las Atenienses tienen muchísimos zelos de las Lacedemonias y se creen mas lindas porque poseen el arte de ocultar sus de-

fectos con lo airoso de sus adornos" 82. Díjele que los vestidos de las Atenienses eran mas decentes. ,, Nuestras jóvenes, repuso, van tapadas por el pudor, y su virtud las sirve de vestido, pero las mugeres casadas van con la mayor decencia; y las jóvenes con el mismo modo de vestir irian incomodísimas, porque han de aprender á bailar, á luchar, á correr en el estadio y á lanzar el darlo. Se las habitua á todos estos ejercicios para fortificar sus fibras, soltar sus cuerpos, y hacerlas capaces de dar á la patria hijos sanos y robustos. Tenemos hasta fiestas solemnes en que nuestras jóvenes danzan totalmente desnudas. — ¿ Puédese, preguntó Fánor, asistir á sus ejercicios? — Sí, respondió Démonax; con tal que seais casado." Iba yo á decir que no lo éramos; pero Fánor se me antepuso y aseguró que sí. — ,,En tal caso, replicó Démonax, os llevaré mañana á su gimnasio."

Cumplióno su palabra Démonax, y nos llevó muy de madrugada al platanisto, que es una llanura á las orillas del Eurótas sombreada con hermosos plátanos y circundada del Euripo. — ,, En las praderas del Platanon, dijo nuestro Démonax, se cogieron las flores para la guirnalda con que fue coronada la bella Helena el dia de sus nupcias. Allí se junta la juventud para sus ejercicios. Tiene dos entradas: al principio de la una hay una estátua de

Hércules, ó de la fuerza, que es señora de todo; y á la entrada de la otra está la estátua de Licurgo, ó de la ley, que es la que aprisiona á los hombres."

Hiciéronnos sentar sobre unas gradas de piedra. Dióse la señal. Vimos entrar en el estadio cuarenta mozas de estatura gallarda y superior, cuyas túnicas abiertas por ambos lados no las pasaba de la rodilla. Sus piernas y brazos iban desnudos, y una corona de laurel las mantenia el pelo sobre sus cabezas. Marcharon hasta el centro del estadio, y luego se dividieron en dos tropas. Dada la señal, ambas se salieron altivamente al encuentro, despues se pararon, y seguidamente cada atleta se arrojó sobre su adversario: se abrazaron estrechamente, entrelazaron sus brazos y piernas, y empezaron á moverse alternando, y se apretaron y retrocedieron, y titubearon y se repusieron; y á todo esto Fánor inmóvil no apartaba los ojos de aquellas bellísimas combatientas. La hermosa Aspasia ganó el premio; y por cierto que merecia tambien el de la hermosura. Noté durante aquellos ejercicios que las jóvenes satirizaban á los mancebos con bufonadas y aun tambien con epígramas. Otras elogiaban á los que eran de su gusto y les cantaban coplas en su honor: con lo cual inflamaban sus ánimos y excitaban los zelos de sus camaradas.

Despues de la lucha se prepararon aquellas jóvenes para la carrera á pie. Veinte de ellas se colocaron sobre una misma línea formada por una cuerda tendida. Unos instrumentos músicos dieron la señal, cayó la cuerda, y nuestras heroinas se arrojaron á la lid. Levantóse un polvo espeso y volaron. Entusiasmado Fánor, y como en éxtasis, seguía con los ojos á la ligera Aspasia deseándola un éxito brillantísimo: cumpliéronsele sus deseos, porque la bella Aspasia se adelantó á sus competidoras. Tan ligera como Atalanta, apénas dejaban sus pies vestigios sobre la arena: esforzóse cuanto pudo, fue la primera que tocó en el blanco, y entonces celebraron su victoria ruidosos aplausos. Uno de los éforos la salió al encuentro y la puso una corona de azebuche ú olivo silvestre. Entonces vimos que las frescas mejillas de la hermosa Aspasia se colorearon con un encarnado vivísimo, que es el color mas bello de todos cuando es hijo del pudor.

Aquellos juegos gímnicos trastornaron la cabeza de Fánor de manera que perdió el sueño. Toda la noche tuvo delante de los ojos el talle, la ligereza y las gracias de la hermosísima Aspasia; y me confesó que la amaba ya locamente. Recordéle entonces á la linda Teana, de Atenas, y á la amable Teofánia, de Mileto. — ¡ Ah ! exclamó: ¡ Teofánia y Teana no tienen la hermosa y

proporcionada figura de esta Espartana! Algunos dias despues consiguó Démonax permiso para comer con nosotros y para llevarnos despues á una de las comidas públicas llamadas fidicias. Reyes, éforos y ciudadanos, nos dijo, comen en comunidad. Cada uno lleva por mes una fanega de harina, diez y ocho medidas de vino, cinco libras de queso, dos libras y media de higos y algun poco de moneda de hierro para comprar carne. Esta porcion es una parte de sus rentas. Dichas comidas se hacen en unas salas grandes donde hay puestas mesas de quince cubiertos. A la entrada de cada sala hallamos un Espartano, que era el mas viejo, el cual advertia á los convidados que de cuanto oyesen nada habia de salir por allí, señalando hácia la puerta.

Los convidados de una mesa no se mezclan con los de otra; y ninguno puede ser admitido á ellas sin el consentimiento comun bastando la repulsa de uno solo para dar la exclusion [83]. Vimos entrar á un hombre cojo; y yo mostré de ello alguna admiracion. Démonax me dijo: „Es el único que hay en el pais con ese defecto: fue herido en una batalla; y su madre para consolarlo le dijo: „Hijo mio, no darás un paso sin acordarte de tu valor.” En estas comidas los Espartanos, contra las costumbres de los otros pueblos, estan

sentados sobre bancos de madera: se les sirve una salsa negra[84] y cerdo cocido y cortado en porciones iguales. Fánor me dijo en voz baja: „ Por cierto que es una maldita comida. — Pero sazonada con el apetito, Fánor: mirad como se suceden los pedazos." Preguntamos á Démonax ¿si era aquel su alimento ordinario? — „ Sí, nos respondió; pero se les da á veces caza y pescados[85]." Podia la comida no ser exquisita; pero animaba el banquete la chanza y la alegría. Al celebrarle yo á Démonax esta circunstancia me mostró en medio de la sala una estátua consagrada al dios de la risa: „ Licurgo la colocó aqui para dar á entender á los convidados que les imponia el precepto de la jovialidad."

Preguntéle ¿si no podian los Espartanos comer en sus casas? — En dos ocasiones, me respondió: cuando vuelven de la caza muy tarde; y cuando sacrifican á los dioses en sus casas: en ambos casos puede enviar una pieza de lo que han cazado ó las primicias de sus sacrificios á los convidados de su mesa. Llegó el Rey Agis victorioso del ejército, y queriendo comer en su casa con su muger, envió á pedir su porcion. Rehusáronsela los Polemarcos. Picóse Agis, y al dia siguiente no hizo el sacrificio acostumbrado cuando se acababa una guerra con felicidad. Condenáronle los Polemarcos á una multa. — En aquel ins-

tante introdujeron dos Ilótas. Presentáronles unas grandes copas de vino, y asi que hubieron bebido una cierta cantidad, entregaron las copas; pero los ancianos de las mesas les precisaron á que las apurasen. Su proyecto era emborracharlos, y lo consiguieron. Cuando aquellos infelices estuvieron ya bien calientes con los vapores del vino, y cuando ya lo vacilante de sus pasos y lo extravagante y absurdo de sus palabras anunciaban la perturbacion de sus sentidos y razon, los pasearon alrededor de la sala. Mandáronles tambien cantar escolias obscenas, prohibiéronles que cantasen otras, y luego los hicieron bailar y colocarse en posturas indecentes. Aquel espectáculo, lejos de entretenernos, excitó nuestra conmiseracion. Hablé de ello á Démonax. ,, Damos, nos dijo, de tiempo en tiempo esa representacion á nuestros jóvenes para mostrarles la fealdad y consecuencias tristes de la embriaguez. — ¡ Vive Baco, exclamó Fánor, que es mejor que bebais y os emborracheis, porque entonces sereis mas compasivos!"

Algunos educandos jóvenes asistian en pie como simples espectadores. — ,, Vienen á tomar leccion, nos dijo Démonax, de jovialidad y de prudencia." Mientras asi hablaba alcanzó á ver Fánor á uno de ellos que robaba sutilmente frutas y se las

metia en el seno. — „ Mirad, me dijo, como aquel picarillo se aprovecha de los ejemplos que se le dan. — Callad, le repliqué, porque no es justo deshonrarlo y perderlo." — En aquel instante echó de ver Fánor que le habian quitado de la faldriquera dos excelentes perdices que habia comprado para nuestra cena, porque no le gustaba la salsa negra ni el puerco cocido. Pocos dias antes le habian desaparecido en el gimnasio una liebre que habia muerto en la caza y que llevaba bajo la capa. En el primer movimiento del enojo que le causó la pérdida de sus perdices se quejó á Démonax, diciendo que no comprendia como en una concurrencia tan grave y tan prudente era necesario guardar las faldriqueras, y desconfiar de los que se tenian al lado. Al oir aquello Démonax prorumpió en risa diciendo, que de muy buena gana abrazaria al autor del robo de las perdices, y que él apostaria á que era el mismo que le habia robado la liebre con tanta destreza. — ¿Con que segun eso lo conoceis? preguntó Fánor. — Mucho, respondió Démonax. ¿No habeis visto á aquel mozo alto que se puso entre vos y entre mí? Es un amigo mio muchacho listo y astuto, el cual regaló á su querida vuestra liebre, y probablemente habrá hecho lo mismo con vuestras perdices. — ¿Y vos mirais eso como una niñería? Vive Juno que os compadez-

co de que tengais semejante amigo. — ¡ Qué decis! Pues yo estoy envanecido de tenerlo porque es un digno y valeroso Espartano y estimado de todo el mundo. Acaso ignorareis que esa especie de raterías estan autorizadas por una ley de Licurgo, y que es permitido á nuestros jóvenes, sea en la ciudad, sea en el campo cuando van á caza, robar cuanto les pueda convenir. — ¿Con que aquí estamos en medio de un bosque? replicó Fánor: ¡ pues, por Hércules, que yo me desquitaré y robaré tambien! — Pero os aconsejo, repuso Démonax, que lo hagais con sutileza, porque si os cogen en el hecho se castiga la poca maña. — Fuera de que, continuó Fánor, ¿ qué se os puede robar? Escudillas de madera, sandalias y algunos obóles de hierro. — No debeis sorprenderos, añadió Démonax, del principio de esta ley cuando sepais que sirve para educar á los jóvenes.... — En el merode y en la infame pillería, interrumpió Fánor. — En la vigilancia y en las estratagemas guerreras, repuso Démonax." — "Amigo mio, me dijo Fánor asi que estuvimos solos, esta soberbia Esparta es un melancólico pais; porque en él se come malísimamente; se está mal alojado; nos roban vivos; el tedio y la ociosidad lo habitan; las artes y las ciencias estan desterradas; y su idioma es tan áspero y tan duro como sus costumbres. Esos grandes bobali-

tones se pasean todo el dia en la plaza sin pensar en nada, ó cuando mas ocupándose solo en proyectos de dominacion y de guerra. Solo las bellas formas de las muchachas de este pais merecen la atencion de los viageros. Sobre todo esto hay que yo no gusto de ser juguete de nadie; y como yo pueda vengarme de aquel grande amigo de Démonax que se ha comido mi caza no dejaré escapar la ocasion de hacerlo.

## CAPITULO L.

*Accidente en el templo de Diana. Ejercicios de los jóvenes. Partos. Saltos famosos. Cuentos.*

Un suceso fatal en que por poco perecemos aumentó el enojo de Fánor. Un dia solemne estábamos juntamente con toda la ciudad en el templo de Diana. Súbitamente se originó un incendio, se propagó, y se vieron tres mugeres que con antorchas en las manos lo atizaban. Espantado el pueblo se precipitó de monton hácia la puerta. Gritaron, se apiñaron, se arrempujaron; y se ofendieron unos á otros. Los chillidos de los niños y los clamores de las mugeres aumentaron el desórden y el terror. El mismo tumulto me arrastró y me separó de mi compañero. Sin saber como me encontré en la plazuela del templo, magullar

do, molido y desgarrado. Dieron órdenes los Éforos. Prendieron á las tres Euménides, las cuales continuando en su furor iban y venian introduciendo el fuego de un extremo del templo al otro. Por fin di con Fánor, quien aun mas maltratado que yo maldecia la fiesta; y por último contuvieron la actividad de las llamas, y llevaron á la plaza á las tres incendiarias. Era una madre y sus dos hijas; y estas parecian lindas no obstante el desórden de sus vestidos y cabellos.

La madre, que se llamaba Demócrita, con ojos enfurecidos y audaces exhortaba á sus dos hijas á la constancia y al desprecio de los suplicios. Uno de los Éforos la afeó su delito. — "¡No soy delincuente, le repuso ella: no! ¡Vengo á mi esposo Alcipe y al padre de mis hijas! Vosotros lo desterrásteis sin motivo alguno, y nos habeis prohibido acompañarlo: hemos sido condenadas á la vergüenza y á la miseria, y por eso he tomado venganza de vuestra barbaridad é injusticia: mi único sentimiento es no haber conseguido sepultaros bajo las bóvedas del templo. Andad, bárbaros, andad: que no tengo el corazon tan bajo que me humille á pediros la vida." — Diciendo esto sacó un puñal, y sus hijas la imitaron; de manera que todas tres se dieron de puñaladas á vista del concurso que estaba inmóvil de pasmado. Las tres

cayeron en tierra inundadas en sangre; y Demócrita al espirar invocó á Némesis y á Até [36]; y votó su patria á Pluton, á las furias, y á los dioses castigadores. Aquella escena horrorosa consternó á toda la ciudad. Pero admiraron sin embargo la firmeza y la energía de aquellas tres mugeres.

Habíanos anunciado Démonax una batalla en el platanisto entre los mismos jóvenes Espartanos. — „ Ayer, nos dijo, separados en dos tropas sacrificaron al dios Marte un perrillo, que es el animal doméstico mas valeroso. Despues echaron á reñir dos jabalíes domesticados. Cada partido se interesó por el suyo; y á la noche echaron suertes para saber por que puente entraria cada tropa en el platanisto. Ya es medio dia, y por consiguiente hora de la pelea: vamos á verla." Llegamos en el instante que se daba la señal. Inmediatamente se arrojaron ambas partidas una sobre la otra y riñeron, ya á puñadas, ya á puntapies, ya cuerpo á cuerpo, ya por pelotones; y ya se mordian con toda su fuerza, y ya cada tropa se esforzaba para obligar á la otra á que retrocediera y se precipitara en el Euripo. En aquel mismo choque sucedió que un jóven de personal agraciado y atractivo se rompió un muslo cayendo bajo su vencedor. No produjo sensacion alguna aquel accidente. Lleváronse al herido y continuaron los juegos. Indignado Fánor de aquel

feroz sosiego me dijo: „ Vámonos de aqui, porque estas gentes son mas salvages que los Tracios: ademas de que este espectáculo no es tan divertido como el de las jóvenes, ni tampoco veo aqui las bellas formas y proporciones de Aspasia. Querido amigo mio, yo no duermo: siempre las tengo delante de los ojos. Esta mañana la vi pasar con un jubon corto y con su sombrero de junco. ¡Ah, dioses! ¡Qué hermosa iba! No pude menos de seguirla. Procuré hablarla; pero creo que me conoció la intencion porque se me escapó mas ligera que una corza. ¡Vive Polux que me casaria con ella de muy buena gana! — No os lo concederian, Fánor, porque no teneis la honra de ser Espartano; fuera de que no podeis casaros con todas las que amais. — Teneis razon, Antenor.

Al dia siguiente fuimos á ver el alojamiento de los niños. Habitan en unos dormitorios cuyas camas son de cañas, y en el invierno se cubren para que no sean tan duras ni tan frias con una especie de vello ó pelusa que cria el cardo. Démonax nos dijo que á la edad de siete años dejaban las casas de sus padres para entrar en aquellas casernas; y que desde la edad de cinco empezaban á aprender la pírrica ó la danza militar. — „ Pues en Atenas, le repuse, los niños de siete años empiezan á leer á Homero."

La muger de Démonax estaba ya para parir: era una Espartana imperiosa y altiva. Un dia la pidió su marido con instancia el perdon de un Ilota á quien queria castigar; pero ella se lo rehusó con soberbia. Algo sorprendido yo de aquel tono agrio, le dije, que las mugeres de Esparta eran las únicas que mandaban á los hombres. „Pero tambien, respondió ella, somos las únicas que los hacemos."

Finalmente, á eso de media noche llegó Démonax, rebosando alegría, á decirnos que su muger estaba con dolores de parto, y á convidarnos para que viésemos las ceremonias acostumbradas. Pusieron á la parida sobre un escudo, y la dieron un dardo; y asi que nació la criatura, que fue varon, la colocaron los parientes sobre el mismo escudo diciendo en alta voz: *ó sobre él, ó con él* [87]. Asi que fue de dia, el padre, lleno de complacencia, lo llevó al Leschez (*a*), donde ocho de los mas ancianos de su Tribu estaban ya esperándolo para verificar su complexion. El ama de leche echó vino en un tazon, metió en él á su cria, la lavó el cuerpo, y la dejó cierto tiempo en aquel baño [88]. Despues lo presentó á los ancianos. Aquella peligrosa

(*a*) En todas las grandes ciudades de la Grecia habia Leschez: era la concurrencia de los ociosos, como lo son nuestros cafés. Esparta tenia dos Leschez; mas para otros usos.

inmersion fatigó al recien nacido, se resintió de ella, y tuvo convulsiones. Segun el exámen, declararon los jueces que jamas llegaria á ser un hombre vigoroso, y que seria un individuo inútil á la república. Representóles Fánor que aquella era una experiencia incierta; y que ademas la falta de fuerzas físicas podia quedar ventajosamente compensada con el ingenio y con las buenas prendas morales. Pero aquellos graves personages le impusieron silencio con una mirada severa y desdeñosa; y la respuesta fue pronunciar unánimemente sentencia de muerte contra el recien nacido. Al oir aquel bárbaro fallo miré al padre, quien, sin siquiera arquear las cejas, mandó sosegadamente á un esclavo que llevase su hijo á la cima del monte Taigetes. Seguimos allá á los jueces, y en efecto fue arrojado el niño en los Apotetas, que es un abismo destinado para aquel uso [89] ,,¡Qué hombres! exclamó Fánor: ¡qué barbaridad! ¡Ay amigo! ¡Sin las formas hermosísimas de las mozas de Esparta, seria menester destruir esta ciudad!"

No nos atrevíamos á hablar á Démonax de la pérdida de su hijo, ni de la bárbara ley que lo sacrificaba; pero con todo aventuré algunos sentimientos. — ,,Es una ley sapientísima, replicó Démonax friamente: los hijos no nacen para nosotros, sino para la patria; y esta no debe admitir sino á

los hijos sanos y robustos, porque los débiles la serian gravosos. Por eso manda la república que cada diez dias pasen los Éforos revista á los niños, los cuales han de estar desnudos para que examinen su constitucion. Los que estan sobradamente gordos son castigados y condenados á una multa. Mi amigo, que hoy tiene una estatura bastante suelta y airosa, ha ayunado mucho y llevado azotes mas de una vez, cuando niño, para precaver la obesidad. En fin, no es culpa mia que mi muger haya dado un fruto tan delicado y enteco. Entapizada tenia su alcoba con los retratos de Apolo, de Castor, de Hércules, de Hyacinto, de Narciso y de Adonis."

Fánor me llevaba con frecuencia al gimnasio de las jóvenes para ver alli á su amada Aspasia. La devoraba con los ojos cuando tiraba alguna flecha ó se ejercitaba en el salto ó en la lucha ó en la carrera. En todos estos juegos era diestrísima. Desafiaba hasta los hombres, y muchas veces les arrebataba la palma. Pero un dia fue vencida en el salto por un Lacedemonio, quien muy erguido con su triunfo, la dijo algunas chanzas sobradamente pesadas. Un Tesaliense, que presente estaba, quiso vengarla y propuso saltar otro tanto mas que el Espartano, que habia saltado veinte y tres pies. Este aceptó el desafío con ironía. Al Tesaliense, que se animó mas entonces,

le pareció poco lo propuesto, y quiso salvar de un salto el Eurotas. Para disuadirlo le representaron lo arriesgado de la empresa, y mas estando el rio á la sazon rápido y caudaloso. Él insistió. Acudió, pues, una multitud inmensa á la orilla del Eurotas que tenia por aquel parage cuarenta y siete pies de ancho. El Tesaliense se desnudó, tomó carrera, se lanzó y cayó á la orilla opuesta. Aquel salto de cuarenta y siete pies se hizo célebre en la Grecia, y nunca halló imitadores.

## CAPITULO LI.

*Viage á la Laconia. Encuentro que tienen. Estátua del pudor.*

Propúsonos Démonax recorrer la Laconia para examinar sus aspectos, sus cultivos y sus situaciones tan pintorescas. Aceptamos la proposicion. — „Yo dispondré, dijo, un carruage." Replicámosle que era un gasto superfluo, porque nosotros no temíamos el cansancio. — „¿Qué es lo que hablais de gasto? repuso; ni un óbol me costará; ya lo vereis: seguidme." Llevónos á una casa al cabo de la calle, se fue derecho á la caballeriza, tomó dos caballos y los enganchó en un carro: sorprendido yo de aquello le pregunté: ¿si era hermano suyo el amo de los caballos? — No: ni aun parien-

tes somos, me respondió; pero aqui todo es comun. Un Espartano puede disponer de los bienes de cualquiera otro Espartano. — „Ese estilo, dijo Fánor, y el de las túnicas cortas, es lo mejor que hay en este pais."

Démonax se proveyó para los gastos del camino de un saco grosero lleno de piezas de hierro; lo cual divirtió mucho á Fánor. „Esta moneda, nos dijo nuestro huésped, se hace primeramente ascua y luego se apaga en vinagre para que el hierro con aquella inmersion se vuelva agrio y vidrioso, y no pueda emplearse en ningun otro uso."

Encuéntrase al salir de la ciudad el sepulcro llamado *Scismatia*, esto es, el sepulcro de los que han perecido en algun temblor de tierra. „Este suceso fue espantoso, nos dijo Démonax: abriéronse varios abismos que se tragaron muchas cabañas (a). El Taigetes y los demas montes temblaron hasta sus cimientos: muchas de sus cúspides se vinieron abajo; y toda la ciudad quedó resentida, exceptuando cinco casas. Un poco antes de aquel terrible terremoto vieron pasar una liebre algunos jóvenes que se estaban ejércitando en el pórtico. Los de menos edad desnudos y untados de

(a) Segun Diodoro de Sicilia perecieron veinte mil personas.

aceite, echaron á correr tras ella; y apenas hubieron salido cuando se desplomó el pórtico y aplastó á todos los demas. En aquella espantosa desolacion conservó su valor y su cabeza el Rey Archidamo. Asi que vió á los ciudadanos apresurarse, afanarse, correr y llevarse sus mas preciosos efectos, mandó tocar las trompetas, esto es, la generala, como si el enemigo estuviese á las puertas de la ciudad. Aquella presencia de espíritu salvó á Esparta; pues los Ilotas acudian ya de todas partes para acabar de destruir á los que habian escapado del terremoto; pero como los vieron formados en batalla se retiraron á los inmediatos pueblos."

Démonax nos mostró despues la cima llamada *Lacéada*, donde precipitan á los delincuentes condenados á morir por delitos graves. — ,,En este precipicio, nos dijo, fue arrojado el célebre Aristómenes, enemigo jurado de Esparta, y gloria y escudo de Micenas su patria. Sorprendiéronlo nuestros valerosos soldados al frente de un destacamento inferior al nuestro: peleó como un leon desesperado; pero una pedrada le quitó el sentido y lo derribó. Echáronlo vivo en ese abismo con cincuenta de los suyos. ¿Veis su profundidad? — Sí, Démonax: es espantosa. — Pues sabed que por un milagro nunca visto solo Aristómenes, entre todos los precipitados, llegó á lo hon-

do sin haberse quebrantado ni herido peligrosamente. Atribúyese su salvacion á su armadura, pues lo arrojaron armado como estaba. Sepultado, pues, en las entrañas de aquella caverna, aguardó la muerte dos dias con una constancia heróica. Al tercer dia oyó ruido, miró hácia todas partes, y á favor de una claridad confusa divisó á una raposa que buscaba los cadáveres. Aguardóla sin moverse, y ya que la tuvo cerca la agarró con una mano, y con la otra la presentaba Aristómenes su vestido cuantas veces se volvia á morderle. Asi la siguió sin soltar la presa, y en los parages en que el paso era trabajoso se arrastraba aquel héroe como podia para vencer la dificultad. Llegó hasta una abertura por la cual se veia algo mas la luz; pero que no era mayor que lo preciso para que pasara la raposa. Aquella vista confortó su ánimo. Soltó al animal, que trepó y se salvó por aquella salida. Aristómenes, á ejemplo suyo, reunió todas sus fuerzas, trabajó, la ensanchó, y salió finalmente del precipicio. Los de Micenas, que lloraban su muerte, lo volvieron á ver con gozo inexplicable."

Llegamos á Gitium. El puerto y el arsenal de la república estan situados á cinco cuartos de legua de aquella ciudad á la embocadura del Eurotas. Nos desayunamos con su excelente queso, que era muy

superior al de la buena madre Teodora, aunque hubiéramos comido aquel con mas gusto. En Gitium atravesamos el Eurotas para ir al monte Taygetes. Toda aquella parte de la campiña se ve sembrada de viñas y de collados. Junto al vértice de la montaña está el bosque de Enoras, donde se encuentra prodigiosa cantidad de bestias y de cabras salvages, de osos y de jabalíes: aquel es el punto de reunion de la juventud de Esparta para cazar. Subimos hasta la cima nombrada Téleton, donde anualmente se sacrifica un caballo al sol. Al bajar del monte nos asaltó una tempestad. La violencia de la lluvia nos precisó á buscar abrigo debajo de una roca. Démonax no quiso refugiarse, diciendo que un Espartano debia arrostrar la intemperie de las estaciones, y causarle vergüenza tomar ningun abrigo. Continuó el camino recibiendo el agua á cántaros sobre su cabeza.

Asi que cesó la lluvia fuimos á alcanzarle, y vimos venir á nosotros un hombre, cuya figura y trage nos parecieron extraordinarios: iba sin capa, descalzo, con barba negra y espesa, tostado del sol, y tan flaco que causaba lástima. Tenia los ojos hundidos y el mirar tenebroso. Estúvonos observando algun tiempo y despues se nos arrimó preguntándonos ¿si veníamos de Esparta? Sobre nuestras respuestas nos

hizo mas preguntas relativas á los negocios de la ciudad. Dijímosle que éramos extrangeros; pero que Démonax, ciudadano de Esparta, que nos acompañaba, le daria mejor razon. Al oir esto se separó de nosotros con rusticidad. Lo juzgamos maniático. Dimos parte á nuestro huésped de la extrañeza de aquel salvage que habia huido al oirle nombrar. — ,, Es porque nos conocemos, repuso Démonax. Diez años ha que ese desgraciado vegeta en una caverna con muger y con hijos. — Pues será algun Timon, replicamos, algun enemigo del género humano. — Muy al contrario, prosiguió Démonax: gustaba mucho de la sociedad y de los placeres; pero se deshonró por cobarde y está condenado á envejecer cargado de ignominia. ¡Quién lo creeria! ¡Un Espartano cobarde!.... En una batalla tiró su escudo y huyó. Su misma muger, que lo vió volver sin aquella armadura, no quiso tratarlo mas. La república prohibió á sus hijos que hablaran con él. En Esparta estan excluidos de todo cargo los cobardes y los fugitivos. Seria vergonzoso casarse con una hija suya ó emparentar con ellos de cualquier modo. Cuantos los encuentran pueden apalearlos. Viven precisados á llevar vestidos muy sucios, y remendados de colores diferentes. Han de llevar afeitada la mitad de la barba y dejar crecer la otra mitad. Por mas vil y desvergon-

zado que sea ese que encontrásteis no ha podido sobrellevar tanto oprobrio, y se ha venido á ocultar en estos montes su torpeza y su vida. ¡Cobarde! ¡no se atreve á morir!" En efecto, convenimos en que la muerte era preferible á semejante existencia.

A treinta estadios de la ciudad vimos una estátua del pudor. — ,, Es antigua, nos dijo Démonax, y la colocó aqui Icario, padre de Penélope: oid el motivo.

Casada su hija con Ulises instó á su yerno para que fijara su residencia en Esparta; y no pudiendo vencerlo se dirigió á Penélope y la rogó que no la abandonase y que tuviese compasion de sus últimos dias. Quedó enternecida Penélope; pero respondió que no podia separarse de su esposo. Estando ya para partir renovó Icario sus instancias; y ya que no pudo mas siguió el carro con los ojos empapados en lágrimas. Ulises que vió los llantos y pesares del padre y de la hija, dijo á esta: que la dejaba libre de optar entre su padre y su marido, y de seguirlo á Itaca ó quedarse en Esparta. Encendiósele el color á Penélope y respondió cubriéndose la cabeza con un velo. Icario comprendió el emblema y dejó de instar; pero movido del dolor y prendado de la modestia de una hija tan amada, consagró una estátua al pudor en el parage mismo donde se representó aquella escena.

A la sazon estábamos delante de un templo de Minerva. ,, Ese templo, dijo nuestro huésped, es de bronce y ved ahí todo su mérito; pero es famoso por la muerte de un Rey de Esparta, que fue el traidor Pausanias. — Veámosle, le dije, y despues os suplicaremos que nos refirais el crímen y el suplicio de ese personage célebre. — Con muchísimo gusto, replicó Démonax: entremos y en habiéndonos desayunado os haré la tal narracion.

Al salir del templo fuimos á sentarnos bajo unos sauces que bañaban sus raices en un precioso arrayo. Démonax sacó de unas alforjas pan duro y un pedazo de cerdo cocido; y despues de una comida sana y ligera, empezó la historia de Pausanias.

## CAPITULO LI.

*Traicion y muerte de Pausanias. Fiesta de Diana. Flagelacion de los niños.*

Aquel Rey que fue tan gran capitan como hábil político, y que se inmortalizó en Platea con la victoria que ganó sobre los Persas, se atrevió á aspirar á la tiranía. Pocos tiranos presenta la historia felices hasta su último aliento. La muerte fue el fruto de la traicion de Pausanias. Sin duda que los dioses lo precipitaron á su perdicion para

vengar la sangre inocente que acababa de verter á las orillas del Helesponto, donde mandaba nuestra armada. Meditando estaba vender á su patria, cuando se enamoró de una jóven de Bisancio nombrada Cleónice. Mandó que la llevaran á su cuarto á la entrada de la noche. Ejecutóse la orden; pero Pausanias se habia dormido. Al acercarse Cleónice con mucho tiento á su cama, derribó sin quererlo una lámpara que estaba encendida. El ruido despertó á Pausanias, quien agitado de los miedos que persiguen á los traidores, se levantó, tomó su cimitarra, descargó un golpe sobre la desventurada Cleónice, y la quitó la vida. Tanto lo inquietaron sus remordimientos que quiso purificarse de sus delitos; pero fue echado de todos los templos y repelido de todos los dioses. Solo su muerte pudo satisfacer sus venganzas. Oidlo circunstanciadamente. ,, Para mantener su inteligencia con el Rey de Persia enviaba sus cartas por emisarios que no volvian mas á parecer. El último que envió fue un jóven de Tesalia: este, que nunca habia visto volver á ninguno de sus predecesores, desconfió del mensage, rompió las ataduras y el sello de la carta, vió el plan de una conjuracion y tambien su ruina cierta si hubiera cumplido con su encargo. Espantado de aquel descubrimiento, corrió á Esparta y puso el pliego en manos

de los Éforos. Debo alabar aqui la justicia y la prudencia de aquellos magistrados graves: no quisieron prender á su Rey sin haber oido de su boca la confesion de su delito.

Hay en el promontorio de Ténaro un templo de Neptuno, mirado por los Griegos como un asilo inviolable. Mandaron los Éforos al Tesaliense que se refugiara en él: hicieron excavar un subterráneo junto al altar, desde donde podia oirse cuanto se hablaba: tres de los Éforos se metieron en él. Asi que Pausanias supo que su emisario estaba en aquel templo, corrió á él lleno de turbacion y vió al jóven que abrazaba el altar con humillacion y susto. Preguntóle ¿qué causa ó que delito lo llevaba á tomar aquel asilo? Confesóle el Tesaliense que habia abierto su carta. Al oirlo aquel Rey, le suplicó, consternado del terror que no divulgase su secreto, y le prometió tesoros si en vez de denunciarlo le ayudaba á llevar su intento adelante.

Oido todo por los Eforos, volvieron á tomar el camino de Esparta determinados á asegurarse del delincuente. Este, tranquilizado con la oferta del Tesaliense, se volvió, y encontró á los Éforos junto á este templo de Minerva. Uno de ellos, que queria salvarlo, le advirtió por señas el peligro en que estaba. Pausanias que lo entendió. se refugió al templo. Inmediatamente mandaron los Eforos destecharlo y

tapiar sus puertas. Dícese que la madre de Pausanias, aunque de avanzada edad, llevaba piedras y ayudaba á los albañiles. Despues de algunos dias de un padecer cruel, fue extraido de su asilo aquel infeliz casi espirando y acabó su deplorable vida. De manera que aquel Rey, que fue grande por su valor y talentos, marchitó su gloria y sus laureles con su ambicion y con una muerte vergonzosa."

Entramos en Esparta para asistir al dia siguiente á la fiesta anual de Diana Ortia. Su templo está en la calle Limnea. La estátua de la diosa nos pareció muy mezquina. — „Asi es, nos dijo Démonax: es de madera y muy pequeña; pero es la misma que Orestes, uno de nuestros Reyes, y Ifigenia, hermana suya, robaron en la Táurida. Orestes la trajo aqui y nos la regaló. Por mucho tiempo, sobre la fe de un oráculo, se ha regado su altar con sangre humana; pero Licurgo substituyó á tan bárbara costumbre la vapulacion de los niños." Fánor buscó por el templo á la bella Aspasia y tuvo la dicha de encontrarla.

Pusiéronse los sacerdotes junto al altar; y uno de los ministros gritó: „Hagamos las libaciones y oremos." Otro dijo seguidamente: „¿Quiénes son los que componen esta concurrencia?" Respondimos todos de acuerdo: „Gentes honradas." —

„Guardad, pues, silencio." Entonces recitaron la oracion de estilo que estaba en el lacónico. Piden á los dioses poder unir la fama gloriosa con la virtud (*a*). Esto es todo lo que esperan de la bondad celestial, y en dos palabras toda la moral de los filósofos Griegos. Acabada la oracion, trajeron las víctimas, que fueron dos bueyes y dos ciervos: pusieron los sacerdotes sobre sus frentes una torta amasada con harina de cebada y con sal; y derramaron vino sobre sus cabezas: quemaron sobre el altar palos de higüera y de mirto: arrancaron pelos de las frentes de las víctimas, los echaron en el fuego y las mismas víctimas fueron al instante degolladas con el sagrado cuchillo. Seguidamente quemaron las piernas con leña partida. Dividiéronse las víctimas entre los dioses, los sacerdotes y los que las habian presentado. La porcion de los dioses quedó consumida por las llamas.

Concluida aquella ceremonia, mandaron llegar á los niños, que eran los héroes y las víctimas de la fiesta. Ascendian á veinte de edad de siete años y los iban siguiendo veinte esclavos armados con varas. Colocáronse todos en medio del templo. Arrimóse á ellos una sacerdotisa que llevaba en sus manos la estátua de Diana. Levantóla

(*a*) *Ut pulchra bonis adderent.*

lo mas alto que pudo. Entonces los ejecutores empezaron á dar á los niños multiplicados golpes con las varas. Aquellas víctimas inocentes y tiernas los recibian sin siquiera arquear las cejas ni proferir la mas leve murmuracion. Sus mismos padres ya con señas, ya con amenazas y ya con palabras, los exhortaban á la constancia, y á que se dejasen desollar sin proferir ni una queja. Corria la sangre y resonaban los azotes. Los espectadores, hombres y mugeres, serios é inmobles, gozaban de aquella barbaridad como de un espectáculo agradable. Fánor, aunque distraido con los bellos ojos de Aspania, gemia y se enternecia, y me dijo en voz baja: — „¿Qué han hecho esos infelices pequeñuelos para ser asi despedazados? ¿Esto llaman una fiesta? ¡Será la de las Euménides!" Aunque estaba tan conmovido como él le pedí que callase y aun tambien que aplaudiese .

Empezóse á moderar el ardor de los verdugos. La sacerdotisa, que lo echó de ver, exclamó „que no podia sostener mas la estátua." A este grito, que era un grito de reprension para los esclavos como si se les echase en cara su tibieza y su blandura, se animaron de nuevo y se sucedieron los golpes con mas vigor y con mas frecuencia. Veíamos á aquellas tiernas víctimas con los cuerpecitos sangrientos y des-

pedazados, mostrando desprecio del dolor, y sonriéndose siempre que las varas les arrancaban algun pedazo de carne. — „¡Ay! gritó Fánor en voz alta: ¡ved alli un niño que expira!" En efecto, habia caido en tierra casi moribundo. Lo levantaron y sacaron de alli al momento. Pero la exclamacion de Fánor dió mucho que murmurar á los Espartanos, quienes arrojaron sobre nosotros unas miradas fulminantes. Bajamos los ojos y guardamos profundo silencio.

Al salir pregunté á Démonax ¿qué crimen habia acarreado á aquellos niños un castigo tan cruel? — Son inocentísimos, respondió Démonax; pero queremos acostumbrarlos á la pena y al dolor. — Pues segun eso, repliqué, ¿por qué no les rompeis una pierna para habituarlos á andar con una sola? — Convengo, repuso Démonax, en que las pruebas son muy duras; pero tambien tenemos una juventud intrépida que se expone osadamente á todos los peligros. — Mucho me admiraria, añadí, de que vuestros jóvenes temiesen la muerte, vista la insipidez y tristeza de su vida."

# NOTAS.

1 Tenian los antiguos tanta aficion á las coronas, que los convidados se ponian hasta tres, de flores, una sobre la cabeza, otra al derredor de la frente, y la tercera en el cuello; y las ponian tambien sobre las puertas, sobre los bufetes, sobre las botellas y sobre los vasos. Vivian los Griegos persuadidos á que las flores sobre las cabezas, en el pecho, y aun en los vasos, precavian la embriaguez. Por último, las coronas llegaron á ser premio de la destreza y del valor. Hebreos, Egipcios y Gentiles, llevaban cuernos, en señal de honor y de poder. Moisés llevaba cuernos, ó, por mejor decir, unos rayos de luz que imitaban su figura. A Júpiter Ammon se le adoraba bajo la forma de un carnero. Nuestros caballeros antiguos, para hacerse mas temibles en las batallas, llevaban cuernos en sus cascos.

2 Dadas estas noticias sobre las comidas de los Atenienses, no será enojoso conocer las de los Romanos. Su comida principal se verificaba entre tres y cuatro de la tarde; y esta era la mas agradable y s untuosa. En los primeros tiempos comian en sus vestívulos á la vista de todos. Despues tuvieron bellas salas para comer. Primero fue la mesa de madera, y cuadrada. No tenian manteles. En lo sucesivo emplearon el marfil, la concha de la tortuga, y la madera del limonero; y engastaron piedras preciosas, y cubrieron las mesas de láminas de oro. A los principios comian sentados en bancos; y luego recostados sobre unas camillas voluptuosas y magníficas. Los convidados pasaban á comer, al salir del baño, con un vestido destinado solo para esto. Los hombres se quitaban los zapatos al ponerse á la mesa, pero las mugeres no. Cuando no habia baño, se les daba agua para que se lavasen manos y pies. Los convidados llevaban sus servilletas; y esto duró hasta mucho tiempo despues de Augusto. Presentaban á cada

convidado coronas de flores ó de yedra, á las que se atribuia la propiedad de impedir, con su frescura, la subida de los humos del vino. Conservaban las coronas mientras la comida, y no se las ponian hasta haberse empapado el pelo con esencias odoríferas. Daban á cada convidado la lista de los manjares, y de cuántas veces habia de cubrirse la mesa. Estas se cubrian, por lo regular, tres veces, y, en ocasiones, hasta siete. Primero venian los huevos, y luego venian las ensaladas, las lechugas, las ostras del lago Lucrino, y las aceitunas. El segundo cubierto se componia de asados y de carnes sólidas, con las cuales se mezclaban algunos platos de pescado. El tercer cubierto consistia en pastas y en frutas de toda especie; y esto era de suma magnificencia; y se aguardaba este cubierto para hacer las últimas libaciones. Derramaban, antes de beber, un poco de vino de la copa, en honor de alguna divinidad, ó del Emperador, ó del genio de alguna persona; y aquellos eran los instantes de la alegria. Entonces empezaban los brindis. El amo de casa mandaba traer una copa, mas grande y mas rica que las otras, para beber á la redonda á la salud de las personas de su cariño. Cuando se brindaba por la salud de alguna dama, solíase, por galantería, beber otras tantas copas como letras tenia su nombre. Y habia criados, que en el verano, servian únicamente para espantar las moscas con unos grandes plumeros.

Solíanse tambien lavar las manos otras tantas veces como la mesa se cubria. Si traian algun pescado ó pájaro, de mucho precio, era tocando flautas ú oboeses. Admitíanse en aquellas comidas cantarinas y músicos; ó bien los suplian los mismos convidados. Habia mimos y pantomimos, y se representaban escenas mudas. Tambien contadores de cuentos chistosos, que lo eran de oficio. Y á veces se leian obras de ingenio, ó se presentaban gladiatores. Acabábanse las comidas con libaciones á los dioses. Bebíase brindando por la prosperidad del amo de casa, ó por la del Empe-

rador; despues de lo cual se lavaban las manos con una pasta hecha expresamente para ello. Finalmente, los convidados, al despedirse de sus huéspedes, recibian de ellos algunos regalos.

3 Era un templo consagrado á Minerva.

4 La Venus de Médicis dicen que es una copia de la Venus de Praxiteles: se atribuye al Estatuario Cleómenes, que no era de aquellos artífices de primera clase.

5 Los mas de los ciudadanos de Atenas tenian su sepultura en sus casas de campo. El Cerámico estaba destinado para los que morian en las batallas, ó hacian á la patria grandes servicios.

6 La misma aventura sucedió á Gasendi. Viajó, desde Paris á Grenoble, con un hombre de talento, sin descubrir quien era. Asi que llegaron, se apartó de él el compañero para andar por la ciudad. Encontròse con un amigo suyo, quien le dijo que iba á ver al célebre Gasendi, que acababa de llegar. Replicóle el Parisien, que tendria muchísimo gusto en conocer á un hombre tan grande, y que, asi, queria acompañarlo. Quedó maravillado de encontrarse con Gasendi su compañero de viage.

7 De Henrique II, casado con Catalina de Médicis, se dijo, que entre toda su prole, solo una hija natural se le parecia.

8 Leoncio el Filósofo, padre de Atenais, la instruyó en las bellas letras y en las ciencias. Formó en ella un filósofo, un gramático y un retórico. Sobre tantos conocimientos, tenia todas las gracias juntas de su sexo, sin que la faltase la solidez del sexo contrario. Creyó su padre, que, con tanto mérito, unido á su hermosura, no necesitaba su hija de bienes, y, por tanto, la desheredó. Luego que murió su padre, quiso ella recobrar sus derechos; pero se opusieron sus hermanos. Atenais fue á Constantinopla á pedir justicia á Pulqueria, hermana del Emperador Teodosio II. Pero dicha Princesa, admirada de su sabiduría y belleza, pudo casarla con su hermano. Sucedió esto en el año 421 de nuestra era.

Rehusó Focion cuantos regalos le hizo Antipater, Rey de Macedonia; y uno de sus amigos le dijo: Acepta, á lo menos, para tus hijos. „Si mis hijos, le replicó, se me parecen tendrán bastante con lo que les queda; y si quisieren ser licenciosos, no debo contribuir á sus excesos.

9 Congregábase regularmente el Areópago sobre una colina, en una sala abierta, que tenia una techumbre rústica. No era determinado el número de los jueces; pero los nueve arcontes lo eran de derecho. Conocian de asesinatos, de incendios, de envenenamientos, y de cuanto concernia á la religion. Este tribunal condenó á Sócrates. Hallábase situado enfrente de la ciudadela. Dícese que Orestes compareció en él por su matricidio, de que fue absuelto. Habia en la sala dos escalones de plata, donde se sentaban el acusador y el acusado. El uno era el sitio de la injuria, y el otro el de la inocencia. El templo de las Euménides estaba muy inmediato, y los que quedaban absueltos iban á sacrificar á él. En el recinto del Areópago estaba el sepulcro de OEdipo.

10 Los Griegos filosofaban paseándose, y elegian para escuelas lugares propios á este fin. Platon daba sus lecciones en la Academia, que era un campo, con muchos árboles, á la orilla del Iliso. Aristóteles enseñaba en el Liceo, que era un lugar espacioso, adornado de árboles. Sus discípulos fueron llamados Peripatéticos, porque filosofaban andando. Un vasto pórtico ó galería, pintada por Polignoto, era la escuela de Zenon. Epicuro filosofaba en los jardines.

11 Antenor no pudo prever que la naturaleza formaria un segundo Xenócrates. Pero, en el año 1104, Roberto de Abrisel (despues de haber arrastrado tras sí á muchos prosélitos de ambos sexos) formó en Fontenay, en Poitou, una comunidad, cuyo generalato obtuvo una muger.

12 Caton, el Censor, aprendió el griego á los setenta años: á los ochenta y seis fue acusado; y él mismo defendió su causa.

13 Mucho tiempo se creyó que la vida de las

codornices, y particularmente la de los ciervos, era de dos ó tres siglos. Hoy se sabe que es un error.

14 El ciprés y el olmo estaban consagrados á los muertos, porque no dan frutos.

15 Los heliastas son magistrados del tribunal mas importante y numeroso de Atenas. Su funcion principal era velar en la conservacion de las leyes, é interpretar las obscuras. Eran ciento y cincuenta, y se les elegia entre los magistrados de los demas tribunales, que habian cumplido el tiempo de sus encargos.

Cuando lo permitia el tiempo, se celebraban las juntas en campo raso; y si hacia frio, se les permitia á los jueces el fuego. Abríase la sesion al salir el sol, y se cerraba al ponerse; pero, ante todo, debian los sacerdotes observar las entrañas de las víctimas. Los heliastas prestaban un juramento, que acababa con estas palabras: „Juro por Júpiter, por Neptuno y por Ceres; á quienes ruego, que, si violo mis juramentos, envien su castigo sobre mí y sobre mi familia; pero tambien les suplico que me concedan toda suerte de prosperidades, si fuere fiel á mis promesas."

16 Distinguian los Griegos cuatro cosas en el hombre. El cuerpo, que se resuelve en polvo. El alma, que pasaba al tártaro, ó á los campos elísios, segun sus méritos. El simulacro, que habitaba en el vestíbulo de los infiernos. Y la sombra, que andaba errante en torno del sepulcro, á la cual se llamaba tres veces, y por la cual se hacian libaciones, como tambien á los dioses manes, que eran los genios de los muertos. Estos dioses cuidaban de las sepulturas y de las sombras que andaban por allí vagando.

17 Si algun General moderno se parece en algo á Epaminondas, es el Mariscal de Catinat. La noche que siguió al dia de la batalla de Marsalla, que acababa de ganar, pasó la noche en el vivac al frente de sus tropas. Durmió embozado en su capa, en medio de su cuerpo privilegiado de caballería. Los indivíduos de este cuerpo, que habian

tomado veinte y ocho banderas al enemigo, idearon circundar al General con aquellos trofeos. Los demas regimientos agregaron á aquellas las banderas que habian tambien tomado al enemigo. Amaneció, despertó Catinat, y se vió circundado de los trofeos de su conseguida victoria, y saludado por las aclamaciones del ejército.

18 Cuando era el marido quien pedia la separacion, volvia la dote, ó pagaba una pension alimentaria. Cuando era la muger, perdia sus derechos; y ella misma presentaba su pedimento á los magistrados.

19 Servíanse, para las purificaciones, del agua del mar; pero, con mas frecuencia, del agua lustral: esta era agua comun, en la que apagaban un tizon ardiendo, tomado del altar, cuando en él se quemaban víctimas; y con aquella agua se llenaban todos los vasos, ó tazones, que estaban en los vestíbulos de los templos; y un sacerdote, que estaba junto á ellos, ofrecia de dicha agua á los que pasaban, para que se purificasen. Poníase tambien el agua lustral junto á los ataudes. Los Druidas y los Galos hacian una agua lustral con muérdago de encina. Por medio de esta ceremonia religiosa anunciaban el año, acompañados de los magistrados y del pueblo, que gritaba: *Al muérdago del año nuevo.* Iban á un bosque á buscar una encina que tuviese muérdago; y asi que la hallaban, daban alegres gritos, y disponian alderredor del árbol un altar triangular, y grababan sobre la encina los nombres de los dioses que creian mas poderosos; y despues un Druida, vestido con una túnica blanca, subia á la encina y cortaba el muérdago con una podadera de oro, mientras que los demas Druidas, puestos al pie del árbol, lo recibian en un lienzo, con gran cuidado de que no cayese en tierra. Metian despues aquel nuevo muérdago en el agua, y lo distribuian al pueblo, persuadiéndolo á que aquella agua era eficacísima contra los sortilegios, y que curaba tambien muchas enfermedades.

20 Creian los antiguos que el rayo nunca caia sobre el laurel.

21 Bodino, autor célebre por su libro de la República, murió de una enfermedad pestilencial que él no quiso evitar, llevado de la opinion vulgar de que, pasados los sesenta años, no deben ya temerse los males contagiosos: lo que prueba, que tanto debe desconfiarse de las preocupaciones que espantan, como de las que aseguran.

22 Los andróginos tenian dos sexos, dos cabezas, cuatro brazos y cuatro pies. Muchos Rabinos enseñan, entre sus fábulas, que Adan fue criado hombre y muger á un mismo tiempo, y que Dios separó luego los dos cuerpos reunidos.

23 Los Griegos eran muy amigos de la hospitalidad. Tenian comisionados, revestidos de un carácter público, llamados Próxenes, que acompañaban á los extrangeros por la ciudad, les proporcionaban alojamientos, y cuantas comodidades dependian de ellos.

24 Sanson es el Milon y el Hércules de los Judíos; pero con la diferencia de que la fuerza del atleta judío estaba en sus cabellos, y era, fuera de esto, mas sociable y entendido que Milon.

25 Cuéntase que un dia hizo Hércules una apuesta de voracidad con un cierto Lepreo. Tratábase de comerse un buey entero. Sirvieron á cada uno el suyo, y ambos lo devoraron; pero se adjudicó la victoria á Hércules, porque acabó de comer primero. Mas como ambos antagonistas bebieron en razon de lo que devoraron, se dijeron algunas injurias, las que terminó Hércules machacando, con su maza, á Lepreo.

26 Hesiodo nació en Cumas, en Eólide; pero fue educado en Ascra, en Beocia. Dícese que vivió treinta y siete años antes que Homero. Fue el primero que escribió sobre la agricultura: intituló su poema *Las obras y los dias*, porque la cultura de la tierra pide que se observen puntualmente los tiempos y las estaciones. Sirvió de modelo á Virgilio para sus Geórgicas.

27 La Mothe-le-Vayer decia como Hesiodo: „Paréceme la vida tan indiferente, por no decir „mas, que no querria yo volverla á empezar. No

trocaria yo los tres dias calamitosos, que me quedan que vivir, por los largos años y placeres que se prometen los jóvenes." Pues, con todo eso, gozaba aquel filósofo de cuanto puede hacer gustosa la existencia.

28 El Pnyx era el sitio donde se juntaba el pueblo para deliberar sobre los negocios públicos; y estaba circundado de asientos. Alderredor del tribunal, que estaba erigido en medio de aquella plaza, habia un reducido círculo de terreno, atajado con cuerdas, para que la multitud no incomodase á los jueces. Estaba cerca una gran piedra, sobre la que se subia el pregonero para imponer silencio; y mas lejos habia un cuadrante solar, y, al cabo del Pnyx, se veia un templo dedicado á las musas.

29 En Grecia se quedaba el ama de leche en casa por toda su vida, despues de haber acabado de dar el pecho á su cria.

30 El ginecónomo era un magistrado, cuyas funciones se reducian á informarse de la vida y costumbres de las mugeres Atenienses. Castigaba á las que atropellaban las leyes de la modestia y del pudor, y hacia que se escribiesen sus nombres en la plaza pública. Habia diez ginecónomos.

31 Igual aventura acaeció despues al sabio Haller: famoso médico de Berne.

Un gran pintor, nombrado Juan Jouvenet, quedó paralítico de la mano derecha, y consiguió, á fuerza de trabajo, pintar igualmente bien con la mano izquierda.

32 Los Esenos, entre los Judíos, tenian el mismo respeto al sol. Cuando tenian que acudir á alguna necesidad natural, se desviaban, hacian un agujero en tierra, y se envolvian cuidadosamente con sus vestidos; y, asi que habian acabado, tapaban el mismo agujero con la tierra que habian extraído.

33 Decia Empédocles, que se acordaba de haber sido muger, despues hombre, árbol, pájaro, y, finalmente, Empédocles.

Los Bramanes hacen tambien transmigrar sus

almas por diferentes cuerpos. La del hombre benigno pasa al cuerpo de un pichon. La de un tirano al de un buitre, y asi de los demas. A consecuencia de esto, respetan sumamente á los brutos, y les han fundado hospitales, y rescatan los pájaros que los Mahometanos cogen.

34 San Francisco Xavier renovó este milagro, pues, se halló, á un mismo tiempo, sobre dos navíos maltratados de la borrasca, y distantes uno de otro sesenta leguas, y salvó á ambos navíos.

35 Era una preocupacion de los Atenienses: tenian al jueves por dia de mal agüero; como nosotros y los Turcos tenemos al martes.

36 Un Emperador del Japon mandó destruir muchísimos monasterios de bonzos y de bonzas, siguiendo aquel principio de que siempre que hubiese un hombre que no trabajase y que no se ocupase, era preciso que alguno padeciese el frio y la hambre en su imperio. La diosa Bapta es la diosa de la lubricidad.

37 Las cartas que los particulares se escribian eran sobre unas tablitas delgadísimas y enceradas, las cuales se envolvian en lino y se cerraban con greda, ó con cera de Ásia.

Al empezar sus cartas, ponian siempre: *alegria y prosperidad.* Al acabarlas: *pasadlo bien y sed feliz.* Despues firmaban. Los Atenienses, ponian despues de sus nombres, cuando firmaban, el de sus padres y el pais de su nacimiento: por ejemplo: *Demóstenes de Peanea, hijo de Demóstenes.*

38 En el Talmud se lee aquella fábula que trata de que no quiso Dios criar á la muger, porque previó que el hombre se quejaria pronto de su malicia. Aguardó á que Adan se la pidiese, lo cual hizo; pero Dios tomó todas las precauciones posibles para hacerla buena. No quiso sacarla de la cabeza, temeroso de que no saliese con el alma y el entendimiento poco sólidos; ni de los ojos, porque no guiñase é hiciese gestos; ni de las orejas, porque no se pusiese á escuchar á las puertas; ni del corazon, porque no fuese celosa; ni de las manos ni de los pies, porque no fuese andariega ni

ladrona; pero, por mas que Dios hizo, salió la muger con todos estos defectos juntos; sin embargo de que la sacó de una parte sólida y decente del hombre.

39 Los sacerdotes de Apolo atraian, de todos los pueblos de la Grecia, un monton de desgraciados, cuya muerte era obra suya; y como se aprovechaban de sus despojos, empleaban toda suerte de supercherías para saciar su avaricia; y á fin de que la vista del precipicio no alcanzase á contenerlos, los obligaban por un juramento.

40 Las mugeres la acusaron de una aficion vivísima é ilicita á su sexo.

41 Era una señal de deferencia lo de coger por la barba; y al despedirse, se servian de esta fórmula cortísima: *A Dios, hasta la vista.* La costumbre de besar las manos, era tambien un acto de urbanidad.

42 El estadio es de ciento veinte y cinco pasos geométricos.

43 Es la hermosa oda, traducida por Catulo, y despues por Boileau: de la traduccion de este es la que sigue.

¡Feliz quien, junto á tí, por tí suspira!
¡Quien goza del placer de oir tu habla!
¡Quien ve que te sonries al mirarlo!
La de los dioses á esta dicha ¿iguala?
Siento, de vena en vena, sutil fuego
Discurrir por mi cuerpo al ver tu cara;
Y es tal de mi pasion la fuerza activa,
Que no encuentro la voz para explicarla.
Extiéndese una nube por mis ojos:
Pierdo el sentir: optímenme las ansias;
Y pálido, sin pulsos, sin aliento,
Me hielo, me estremezco, exhalo el alma.

44 El calor de Mercurio, segun Newton, es siete veces mayor que el calor de la tierra, en el mas cálido verano.

45 Meton fue el primero que halló, que al cabo de diez y nueve años, volvian el sol y la luna á un mismo punto, con la diferencia de hora y media.

46 Se les ponia á los pobres en la boca un óbolo, que valia tres sueldos; y á los ricos una moneda de plata.

Hoy dia, en Rusia, pone el sacerdote, entre los dedos del muerto, un papel, para que le sirva de pasaporte en el otro mundo. El papel está concebido en estos términos.

,,Yo, el abajo firmado, obispo ó sacerdote ,,de N.... reconozco y certifico, por la presente, ,,que N...., portador de dicha carta, ha vivido ,,siempre como buen cristiano, profesando la ,,religion griega; y aunque ha pecado frecuen- ,,temente, se ha confesado de sus culpas, y ,,ha recibido la absolucion y la comunion, en ,,remision de ellas, ha honrado á Dios y á sus san- ,,tos, y ayunado y orado en las horas y en los tiem- ,,pos prescritos por la Iglesia. Se ha conduci- ,,do bien conmigo, que soy su confesor, y de ,,manera, que no he puesto dificultad en absol- ,,verle de sus pecados. En fe de lo cual, le ex- ,,pedimos la presente certificacion, para que San ,,Pedro al verla, le abra la puerta de los go- ,,zos eternos."

47 Estaba prohibido poner ornamento alguno en los sepulcros, á no ser alguna columna ó cipo, de tres codos de alto, ó bien estátuas, ó alguna simple mesa.

48 Creian los paganos que las sombras de los muertos vagaban alderredor de los sepulcros, y que los dioses manes velaban sobre ellas y sobre las sepulturas.

49 El vidrio, conocido en aquellos tiempos, no se empleó en vidrieras hasta el siglo IV de nuestra era.

50 No era permitido á los Espartanos, cuando los sorprendian lluvias ó mal tiempo, meterse bajo de cubierto.

51 El pitagórico Clinias, era muy propenso á la cólera. Cuando conocia que lo iba á enagenar, tomaba su lira, tocaba algo, respiraba, y decia con satisfaccion: ,,¡Ay! ¡ya conozco que me apaciguo!" Tambien contribuye la música

para la curacion de algunas enfermedades. Cura á los mordidos de la tarántula, que es una araña grande que se halla, no solamente en Tarento, en la Pulla, que es donde ha tomado su nombre, sino tambien en otras partes. Poco tiempo despues de la mordedura, sobreviene á la parte un dolor agudísimo, y pocas horas despues, un entorpecimiento: cae seguidamente el mordido en una melancolía profunda, respira con dificultad, se le debilita el pulso, cesa el movimiento, y se muere, á menos de no ser socorrido. Cuando alguno se halla en el estado dicho, ha de tocarle algun músico diversas sonatas; y asi que el mordido ha encontrado aquella, cuyo tono y modulacion le convienen, empieza á menearse algo: primero mueve los dedos en cadencia, despues los brazos y las piernas, y por grados, todo el cuerpo, hasta que, por último, se pone en pie, y se abandona al baile, aumentando, sin cesar, la actividad y la fuerza. Los hay que danzan seis horas sin descansar. Despues de esto, se les acuesta; y cuando se les juzga bastante repuestos de su primer baile, se les saca de la cama para otro nuevo; bien que en el mismo tono y compas. Dura este ejercicio de siete á ocho dias, á lo mas, hasta que el enfermo no se reconoce ya en estado de bailar mas, lo cual anuncia su curacion; pues mientras el veneno obra sobre él, bailaria, si se quisiera, continuamente, y moriria de desfallecimiento. El paciente recobra luego sus fuerzas y conocimiento, volviendo en sí, como de un profundo sueño, sin acordarse de lo que le pasó en su acceso, y ni aun de la danza.

Cuando Saul se veia atormentado del espíritu maligno, David se lo expelia al instante tocando el arpa.

52 La escolía era una cancion que se cantaba en la mesa, formando coro, y en un mismo tono. Este era el género de poesía mas antiguo entre los Griegos, y probablemente, entre todas las naciones de la tierra. Los Atenienses fueron

célebres en ella, y sus canciones, alabadas por su inocente sencillez, subian hasta la mas remota antigüedad. Dicen que Terpandro fue el inventor. Alceo, Anacreon, Melito, acusador de Sócrates, y cuatro mugeres, Erifania, Clitágora, Práxiles y Safo, fueron los poetas y poetisas que se distinguieron mas en dicho género. Habia escolías morales, mitológicas, históricas, baquícas y amorosas.

53 Si es que podemos comparar alguna muger moderna á la celebrada Safo, es Luisa Labbé, llamada *la hermosa Cordelera*. Nació en Leon, en 1526. Bien que de nacimiento humilde, fueron sus talentos tan felices, que excitaron á sus padres á cultivárselos. Apenas habia salido de la infancia cuando ya era excelente en la música. Fue dotada tambien de una voz muy seductora. Sabia ya el griego, el latin y el español. Se habia perfeccionado en los ejercicios guerreros; y sobre todas estas prendas, era hermosa.

Por sus obras se ve que su corazon era tierno y bondoso, su alma fuerte y elevada, y todos sus gustos pasiones. Primero tuvo las de la música, caza y guerra. Vivia tan enamorada de la gloria humana, que se dedicó á las armas. A la edad de diez y seis años se pasó al ejército frances, que estaba sitiando á Perpiñan, y allí dió pruebas de gran valor, bajo el nombre del capitan Loys. Entre una turba de amantes que tuvo, distinguió y amó á un guerrero jóven. Sacrificóle Luisa su pasion á las armas, y se volvió á su pais para darse toda entera al amor.

Duró poco su felicidad. Experimentó Luisa crueles persecuciones; pero no fue culpa de su amante, cuya tierna memoria conservó toda su vida.

Las musas suavizaron sus penas. Dióse á conocer en el público primeramente con una comedia. Compuso tambien diferentes piezas en verso, griegas, latinas, italianas, españolas y francesas. El triste estado en que se veia la obligó á casarse con un hombre de edad avanzada,

que se habia enriquecido con el comercio de cables y sogas, de donde vino á Luisa el nombre de la hermosa Cordelera. Abrió su casa á los sabios, á los poetas, á los extrangeros, y á la mejor sociedad de Leon. Su trato era las delicias de infinitas gentes. „Recibia, dice Duvertier, por „medio de targetas, músicos de instrumentos y „de voces, porque era muy diestra en la música: „se leian buenos libros, latinos, españoles, é ita„lianos, de que estaba copiosamente provista su „biblioteca; y ademas, tenia, para agasajar á todos, „excelentes dulces." Miraba con particular predileccion, á los poetas, y á los sabios, y los preferia á los grandes señores, atendiendo á aquellos mas bien gratis, que á estos por cantidades crecidas. „Bastaba, añade Duvertier, ser „poeta, para conseguir de ella afectuosa predileccion." Murió, en el año de 1562, á los cuarenta años de su edad.

54 La hospitalidad era muy ejercitada entre los Griegos. La miraban como una virtud capital, y sumamente agradable á los dioses. Los dioses protectores de la hospitalidad eran Júpiter, Venus, Minerva, Hércules, Castor y Polux.

Cuando llegaba un extrangero, no se cuidaba de preguntarle el negocio que le llevaba. El dueño de casa le tomaba por la mano derecha, en señal de fidelidad, y le iba precediendo. La primera de sus obligaciones era hacerlo bañar, y despues mandar que le lavaran los pies. La primera funcion correspondia á las hijas de la casa, y la segunda á las criadas; y despues de esto, regalaba á su huésped nueve dias el amo de casa. Pero antes de acabar aquel término, y segun las reglas de la urbanidad, que entonces se usaba, no podia preguntársele cosa alguna relativa á su viage. Y sobre todo lo dicho, se le daba muy buena cama, y tambien vestidos y túnicas para mudarse.

55 En Grecia era permitido el concubinato; y se mostraban, sin vergüenza, los hijos que provenian de el; pero no heredaban; y solo to-

nian de la sucesion de su padre lo que sus hermanos legítimos querian darles.

56 Psiquis, en griego, quiere decir alma: era la diosa del deleite; y la representaban con una mariposa alrededor. Apuleyo y la Fontaine han escrito su historia.

57 Hombres de todas edades y países han prestado fe á los talismanes. Los Egipcios dejaron muchos; y los llevaban al cuello en forma de unos cilindros, y adornados con figuras y geroglíficos.

Hacian tambien grandísimo uso los Griegos de los remedios supersticiosos: atribuian propiedades sobrenaturales al laurel, al sauce, á los arbustos espinosos, al jaspe, y á casi todas las piedras preciosas. Los Tesalienses, los Ilirienses y los Tribales, eran célebres por sus hechizos. Los últimos, segun Plinio, podian matar animales y niños solo con sus miradas. Para destruir, pues, tan perniciosos efectos, colgaban al cuello de los niños talismanes hechos en figura de príapos. Hacíanse tambien, con el mismo objeto, collares con conchas de mar, con piedras preciosas y con corales.

Temian los antiguos las miradas de los envidiosos, asi para ellos mismos, como para sus hijos: por eso colgaban al cuello de estos los mismos talismanes; y aun tambien los ponian en los marcos de las puertas; de manera que, al abrirlas, se agitaban, con el movimiento los talismanes, y sonaban unas campanillas que pendian de ellos.

No puede la filosofía negar que los ojos envian emanaciones. Cítanse animales á quienes pasman y perturban las miradas de otros animales. La ojeada de un hombre arrebatado, apasionado ó colérico, puede producir, por medio de sus evaculaciones, impresiones fuertes sobre quien fije sus ojos en los suyos

58 Blanca de Castilla, madre de San Luis, hizo lo mismo en circunstancias semejantes, diciendo: ,,¡Yo habia de sufrir que me quitasen el

,, título de madre que me han dado Dios y la naturaleza!"

59 Calígula amó ciegamente á su última muger, llamada Cesonia; y la decia muy á menudo, acariciándola: ,, Inmediatamente que lo mande yo, será cortada esta hermosa cabeza." Otras veces la decia tambien: ,, Que le daban tentaciones de ponerla en el tormento, para que confesara por que la amaba tanto. Dícese, que cuando estaba arrebatado de la pasion, tenia gusto en exponerla desnuda á la vista de sus privados.

60 Las tablillas de los Griegos eran de madera, flexibles y bañadas de cera. Se escribia en ellas con un estilo ó punzon de cobre, de hierro ó de oro puntiagudo por un extremo y chato por el otro. El extremo achatado servia para borrar. Los Griegos llevaban en la cintura un estuche, llamado *grefiario*, en el que llevaban el estilo y las tablillas.

61 El gineceo era entre los Griegos la habitacion de las mugeres, que estaba muy retirada y colocada detras de la casa.

62 Los atenienses eran muy supersticiosos, y creian en presagios, en prodigios, en sortilegios y en los adivinos, á quienes consultaban en todos sus negocios.

63 El báratro era un profundo boqueron por donde arrojaban á todos los condenados á muerte.

64 Este verso lo tradujo Rotrou, y se encuentra en Venceslao.

65 El abate Chaulieu, de edad de ochenta años, amó á madamisela de Launai, que fue despues la célebre madama Staal.

66 La ataraxia de los filósofos escépticos se parece algo al quietismo de Molinos. Este sostenia que con el pensamiento nos identificábamos con Dios, objeto de nuestra meditacion, y que entonces el alma no recibia ninguna impresion de los objetos materiales; de manera que estando todas las facultades absorvidas por la meditacion, no debe ya el alma ocuparse de lo que pasa en el cuerpo. Poco importa que uno (Molinos habla)

se abandone á los mayores excesos, con tal que el espíritu permanezca concentrado en la divinidad. Madama Guyon y Fenelon adoptaron algunas ideas de este quietismo místico; pero no las mas repugnantes.

67 Las funciones de un paraninfo entre los Griegos se reducian á entender en todos los cumplimientos de la boda; á dar las órdenes necesarias para la economía de la comida, y de las demas diversiones de la fiesta, y tambien á guardar la puerta del cuarto donde estaba el lecho nupcial.

68 Estos versecillos, que se hallan, me parece, en la Anteología griega, llegaron hasta nosotros; y fueron traducidos felizmente por Danchet. Su sentido es:

,, El amante que es dichoso,<br>
Por lo mismo mas fiel sea;<br>
Y siempre en los mismos lazos<br>
Encuentre dulzuras nuevas.<br>
Los suspiros y las ansias<br>
Tan solo conseguir puedan<br>
Templar el rigor y el ceño<br>
De su adorada belleza;<br>
Y en siendo favorecido,<br>
Ya que goce, callar sepa.

....................................

69 El Emperador Adriano, al tiempo de espirar, compuso los versos siguientes:

,, *Animula, vagula, blandula,*<br>
*Hospes, comesque, corporis,*<br>
*Quæ nunc abibis in loca*<br>
*Pallidula, rigida, nudula;*<br>
*Non, ut soles, dabis jocos.*"

70 Civilis, Senador Romano, que vivia bajo el reinado de Trajano, dejó sus empleos, y se retiró al campo á los sesenta y nueve años de su edad. Aun vivió siete años mas en la soledad, y mandó poner en la lápida de su sepulcro: *He*

*estado setenta y seis años sobre la tierra; pero solo he vivido siete.*" El Canciller del Hospital escribia en su retiro: ,,Ignoraba yo que la vida y los placeres campestres tuviesen tantos atractivos. He encanecido antes de conocer el estado en que podia encontrar la felicidad. En vano hubiera sido que la naturaleza me hubiese inclinado á amar el reposo y la ociosidad, si el cielo, mirándome con ojos de compasion, no me hubiese desembarazado de los hierros que acaso sin su auxilio no hubiera yo podido quebrantar. Si alguno se ha imaginado que yo me creia dichoso en aquel tiempo en que parecia que la fortuna habia fijado para mí su rueda, y que ahora por haber perdido aquellas lucidas ventajas me creo infeliz; tenga entendido que se engaña enormemente, y que ignora lo que pasa en lo mas profundo de mi corazon."

71 En los principios no profetizaba la Pitonisa mas que una vez al año, en el séptimo dia del primer mes de la primavera. En lo sucesivo inspiró Apolo á la sacerdotisa una vez al mes; pero en ciertos dias escogidos, porque no todos eran á propósito para ello.

72 Fánor profetizó. El templo fue saqueado algun tiempo despues; y el oro y la plata que se fundió llegó á cincuenta millones. Sila se llevó tambien sus tesoros para pagar las tropas, diciendo que no podia dudar de la victoria cuando los dioses pagaban su ejército.

73 Las Pitonisas habian de ser de cincuenta años de edad, y tres en número: y representaban alternativamente su papel. Elegíanlas entre el pueblo, pobres sin educacion, pero vírgenes y de buenas costumbres. Iban vestidas sencillamente, y no podian usar de perfumes. Tambien habian de ser hijas de legítimo matrimonio. Primero las escogieron jóvenes para anunciar los oráculos, pero como una de ellas hubiese sido robada por un devoto, cambiaron de idea y las tomaron viejas.

74 El papel de Pitonisa era arriesgadísimo,

Muchas morian de resultas de la prueba, y otras quedaban enfermas.

75 Repartíase la víctima entre los dioses, los sacerdotes y los que la habian presentado. Las llamas consumian la porcion de los dioses. La de los sacerdotes era parte de sus rentas. Y la tercera parte pertenecia al que habia dado la víctima. Se la comia religiosamente con sus amigos, ó les enviaba parte de ella. Y aun creian los Griegos que era un acto de religion dar un pedazo á los mismos que se la presentaban.

76 Antenor descuidó algunas particularidades sobre el oráculo de Delfos. Muger ninguna, de cualquiera condicion que fuese, entraba en el santuario. Habia unos cuantos ministros destinados precisamente al culto de Apolo, y profetas que acompañaban á la Pitonisa, al santuario y á la trípode, que ajustaban las palabras á las preguntas, y que recibian las preguntas ó las consultas. Tenian un gefe. Y habia poetas adictos al templo, que ponian en verso los oráculos de la Pitonisa ordenados por los profetas.

Los sarificadores eran cinco, y presidian á los sacrificios.

Los adivinos examinaban el canto y el vuelo de los pájaros, y las entrañas de las víctimas, para predecir lo futuro.

Unas sacerdotisas escogidas entre las viudas mantenian el fuego sagrado que ardia de dia y de noche; y lo alimentaban con leña, no con aceite.

Habia sacrificadores y ministros subalternos destinados á las funciones inferiores del culto y de los sacrificios.

Finalmente, músicos y farautes anunciaban las fiestas públicas; y muchachos y muchachas cantaban y bailaban en las fiestas de Apolo.

77 Se ve en el claustro de la Abadía de San Victor, en París; un epitafio hecho por un Canónigo llamado Adan para su mismo sepulcro, en dos versos de una concision muy filosófica.

*„Unde superbit homo! cujus conceptio culpa,*
*„Nasci pœna, labor vita, necesse mori.”*

78. Los Atenienses conservaban todavía el nombre de Rey: el segundo arconte era el que se nombraba asi: no tenia mas funciones que las de sacrificar segun el antiguo rito, y mantener las ceremonias de la religion. Era preciso que su muger fuese ciudadana de Atenas, y vírgen al casarse. El primer arconte se llamaba Epónimo, porque su nombre servia para señalar el año. El tercero Polémarco; y los otros seis Termótetos.

79 Una aventura semejante á esta, sobre poco mas ó menos, sucedió al célebre Leibnitz en el siglo décimoséptimo. Navegando desde Venecia á Mazola en el Ferrarés, asaltó al navío una tempestad. Los marineros que sabian que Leibnitz era Aleman y herege, se conjuraron en Italiano á fin de arrojarlo al mar para apaciguar á la divinidad. Aquel filósofo, que entendia su lengua, tomó sin hablar palabra un rosario, y se puso á rezar. Dicho expediente lo salvó. El dia famoso y atroz del San Bartolomé tenia doce años de edad el célebre Sulli. A eso de las tres de la mañana lo despertaron el sonido de todas las campanas y los confusos gritos del populacho. Noticioso de la causa del tumulto, determinó refugiarse al colegio de Borgoña, donde estudiaba. Tomó su sotana y un breviario debajo del brazo al estilo de los católicos. Vió las calles inundadas de sangre, y tropas de furiosos, que corrian por todas partes gritando: *Matad, matad los Hugonotes.* Aquel espectáculo y aquellas voces lo asustaron mas, y apretó el paso. Tres veces lo pararon, y otras tantas lo libertó su breviario. El portero del colegio le negó la entrada, pero el principal, que era hombre de bien, le mandó abrir las puertas y lo llevó á su cuarto, donde á no haber sido por su defensa, dos sacerdotes hubieran ascsinado á Leibnitz.

80 La divisa de Cartesio, siguiendo á Ovidio

y Epicuro, era: „*Bene qui latuit bene vixit.*" Decia tambien: „Que era desgracia morir muy conocido de todo el mundo, no habiéndose conocido á sí mismo."

81 Misitra, en la Morea, ó su arrabal, es la antigua Esparta. No quedan mas que algunas ruinas de aquella ciudad célebre. En el platanisto y en el dromos se ven algunos montones de piedras derribadas. En cuanto al platanisto, todavia la naturaleza produce en él plátanos. Los Judios tienen en Misitra tres sinagogas, y las caloyeras ó las jóvenes consagradas á la Panagia poseen un hermoso monasterio. En fin, aquella ciudad solo es recomendable por sus jóvenes Griegas, que son bonitas, y por sus perros, que son excelentes.

82 Una muger de Atenas y una Espartana se encontraron en la calle: ambas volvieron la cara al otro lado; la Ateniensa, porque no podia sufrir el olor de manteca que exhalaba la Espartana; y esta, porque aborrecia el olor de los perfumes de la Ateniensa.

83 Cuando se proponia algun convidado, todos los de la mesa misma tomaban ó hacian una bolilla de salvado ó de migajon de pan, y la echaban en un tazon, que un criado iba pasando, puesto sobre la cabeza, alrededor de la mesa. El que queria rehusar al propuesto apretaba ó deshacia la bolita con los dedos, y aquella era la señal de exclusion.

84 La salsa negra se componia con pringue de puerco, sazonada con vinagre y sal. Plutarco dice que tambien la hacian con anguilas, y que la llamaban el potage blanco.

85 Pronto se introdujo el lujo en aquellos festines. No se servian ya mas que manjares exquisitos, perfumes preciosos y postres refinados. Y las alfombras y almohadones de las camillas, que estaban rellenos de las plumas mas finas de los cisnes de Amiolés, tenian tanto bordado y riqueza, que los extrangeros temian reposar en ellos por no echarlos á perder.

86 Até, diosa maléfica. Júpiter la agarró un dia por el pelo, y la precipitó desde el cielo á la tierra, y como ya no podia enemistar á los inmortales, introdujo la discordia entre los hombres. Recorrió la tierra con velocidad increible; y la iban siguiendo á lo lejos *las oraciones coxas*, procurando reparar los males que hacia. Esta fábula alegórica es sacada de Homero.

87 Cuando los Espartanos marchaban á la guerra les decian las madres dándoles el escudo: „*Aut hunc*, *aut in hoc*, esto es, vuelve con él, ó sobre él", porque los que perecian en una batalla eran traidos sobre sus escudos.

88 Cuando nació Henrique IV fue tratado como un Espartano. Su padre Antonio de Borbon, asi que lo recibió de manos de la comadre le dió á chupar un ajo, y le puso vino en la boca. En su niñez lo vestian y alimentaban como á los chiquillos del pais; y lo acostumbraron á correr y á trepar por las peñas. Su comida ordinaria era de pan moreno, de queso y de vaca, y lo hacian andar frecuentemente con los pies desnudos, y sin nada en la cabeza.

89 Mas crueles son aun para sus hijos los Chinos que los Lacedemonios. Sacrifican á muchos y lo hacen de tres maneras. Las comadres los ahogan en un tazon de agua caliente, y cobran su dinero por la ejecucion. Otros los echan al rio, con una calabaza vacía atada á la espalda: de manera que antes de espirar sobrenadan mucho tiempo. Sus llantos causarian horror; pero los Chinos estan habituados. El tercer modo de deshacerse de ellos es exponerlos en las calles por donde pasan todas las mañanas, especialmente en Pekin, unos chirriones para recogerlos, y luego arrojarlos en una hoya, que no se cubre con tierra, en la espectativa de que los Mahometanos saquen algunos; pero sucede á menudo que antes de que lleguen las carretas, los perros, y particularmente los marranos, de que abundan las calles, se comen á los niños vivos.

90 Ciceron fue testigo en Esparta de una vapulacion semejante, y la aprueba. Dice con este motivo, hablando de los Romanos: „*Nos umbris, deliciis, otio, langore, desidiis animum infecimus. Tuscul.*"..... Los Egipcios se azotaban hombres y mugeres en la fiestas de Isis.

En el año de 1260 se formó en Italia la secta de los Flagelantes. Corrian por el mundo con el cuerpo desnudo desde la cabeza hasta la cintura, y con un látigo de cuerdas en la mano armado de espinas. Se azotaban con tanto vigor que se ensangrentaban las espaldas. Aquella costumbre religiosa se propagó por Italia, Francia y España.

# TABLA DE LOS CAPITULOS.

*Obras que se hallan en la librería de Sanz calle de las Carretas.*

Arte de hablar bien frances ó gramática completa por Chantreau 4.

Amigo de los niños, añadido con notas.

Alejo ó la Casita, 2. 4 tom.

Amelia ó desgraciados efectos de la extremada sensibilidad 12.

Aventuras de Gil Blas, 5 tomos 8., 16 láminas, buena impresion.

Capmani, filosofía de la elocuencia, 1 t. 8 m.

Catecismo histórico, por Fleuri.

Coleccion de muestras grabadas de la verdadera letra inglesa.

Compendio histórico de la Religion, 2 tom. 8.

Catecismo de san Pio V en latin y castellano 4.

Compendio del Colon un tom. en 8.

Despertador eucarístico 8.

Despedida de la mariscala á sus hijos, 8.

El Evangelio en triunfo, en 8. con lám. 4 tom.

Ejemplos morales.

Estela, novela pastoral en prosa y verso 12.

Ejercicio Cotidiano de buena impresion 12.

Fábulas de Samaniego.

Id. de Iriarte.

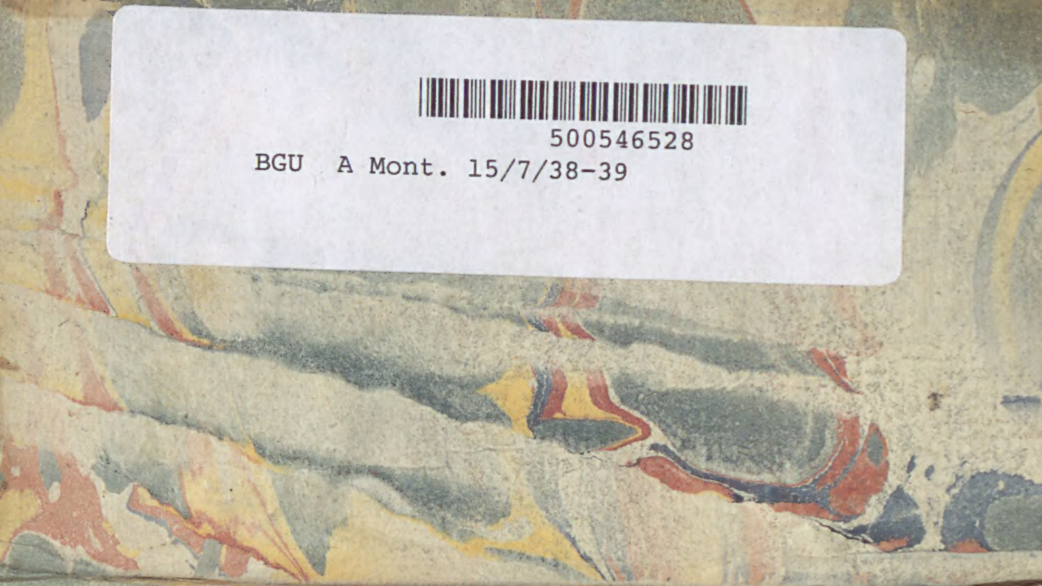
Flebotomía de Sangradores 8.

Física de Libes, 2ª edicion con láminas 3 tom. 4.

Felix y Paulina, 2 tomos en un volúmen.
Historia del caballero Cárlos Grandison, 2ª edicion 4 tom. en 8.
Instruccion utilísima y fácil para confesar particular y generalmente, por el Padre Jaen.
Instrucciones generales en forma de catecismo, por Pouget, 4 tomos en 4.
Juanita ó la inclusera generosa, 8. 2 tom.
Las delicias de la Religion cristiana ó el poder del Evangelio, 8.
La-valle, meditaciones para la Misa, 12.
La voz de la naturaleza, sobre el origen de los gobiernos, 4.
Los Santos Evangelios por Petite, 8.
Manejo Mecánico de un regimiento de Infantería por Torregrosa, 4.
Noches lúgubres de Cadalso, 16.
Nuevo estilo de cartas, 8.
Ordinario de la Misa, 16.
Poesías selectas castellanas por D. M. J. Quintana, 4 tom. 12.
Quince dias en Londres, 8. mayor.
Recopilacion de penas militares, 8.
Saviniano ó Jóven huérfano, 8.
Seis meses en Londres, hace juego á los 15 dias de id. 8. mayor.
Nueva Semana Santa, en castellano, 10 láminas, octavo menor.
Id. latin y castellano, 8. con lám.
Tarifa de todos los haberes de un regimiento infantería de línea y ligera, 4.








EL
ANTENOR
1

colorchecker CLASSIC

calibrite

mm